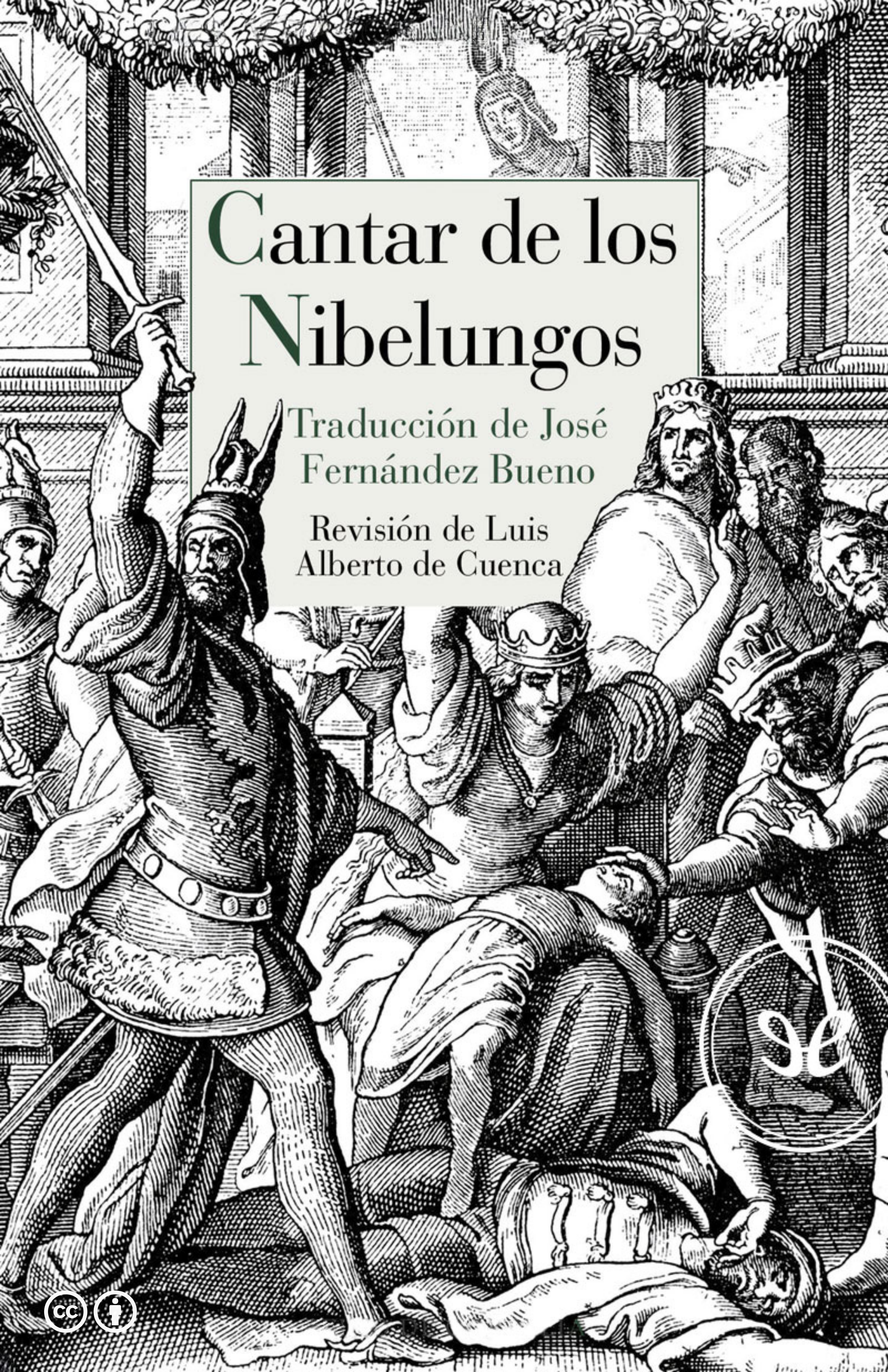

Cantar de los Nibelungos
Traducción de José Fernández Bueno
Revisión de Luis Alberto de Cuenca

Obra cumbre de la literatura alemana y europea del siglo XIII, *El Cantar de los Nibelungos* es una de las grandes creaciones literarias de la Edad Media, considerada patrimonio cultural de la humanidad. El amor, la amistad, la traición, la venganza, son palabras ligadas de forma indisoluble a nuestra especie, y en *El Cantar de los Nibelungos* brillan con luz propia, sumergiéndonos en un mundo que responde a las expectativas de lo humano con una intensidad y una profundidad extraordinarias, en esta edición gracias a la magnífica traducción —revisada por Luis Alberto de Cuenca— de José Fernández Bueno.



Anónimo

CANTAR DE LOS NIBELUNGOS

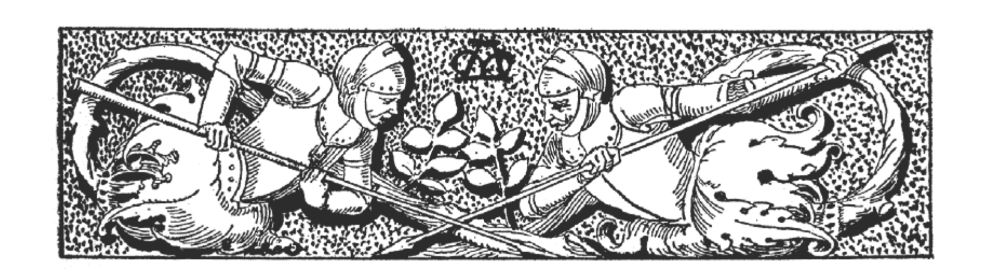
ePub r1.0
Titivillus 04.11.2023

Título original: *Nibelungenlied*
Anónimo, 1230
Traducción: José Fernández Bueno
Ilustraciones: Schnorr von Carolsfeld & Bendemann & Hübner & Rethel



Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Cantar de los Nibelungos

Introducción

Del *Cantar de los Nibelungos* o *Nibelungenlied* conocemos las versiones del mismo que han llegado hasta nuestros días en más de treinta manuscritos diferentes. Proceden del sur de Alemania, Austria y Suiza, y su fecha de composición oscila entre los más antiguos, que corresponden a finales del siglo XII o a comienzos del XIII, y los más modernos, que llegan hasta el siglo XVI. Hay que decir que ninguno de los manuscritos contiene el texto completo. Además, los copistas medievales aportaron al texto que transcribían numerosos cambios que afectaron no solo a la lengua, al estilo o la métrica, sino a la supresión o adición de estrofas enteras. Ninguno de los manuscritos que poseemos reproduce en su integridad la obra original del poeta del *Nibelungenlied*.

Para identificar los manuscritos se sigue el sistema que Karl Lachmann creó en su día, y que se basa en el uso de letras mayúsculas por orden alfabético (*A, B, C, D*…) para aquellos manuscritos más antiguos, y de letras minúsculas para los más modernos, tanto en pergamino como en papel. Actualmente se consideran más importantes los manuscritos designados como *A, B* y *C* por ser los más antiguos y los más completos. El mismo Lachmann creía que el manuscrito *A* era el más significativo de todos, pues lo consideraba el más próximo al original perdido. La prime-

ra traducción que se hizo al castellano en 1883 por A. Fernández Merino siguió precisamente este modelo, puesto que en aquella época eran las ediciones de Lachmann y Simrock las más prestigiosas. Desde un principio surgió la cuestión de cuál de los manuscritos era el más adecuado para considerarlo como modelo. Hablaremos ahora de los tres más importantes.

El manuscrito A o manuscrito de Hohenems-Múnich (por ser en Hohenems, en Austria, donde se encontró y en la Biblioteca Nacional de Baviera en Múnich donde se conserva) consta de 2316 estrofas y procede del último cuarto del siglo XIII. Con excepción de la edición de Lachmann, este manuscrito no ha gozado de particular aceptación. El poema está dividido en tres partes. Las dos primeras son simétricas respecto al número de estrofas, 660 y 660, que son antitéticas y se corresponden con la felicidad y desgracia de Crimilda. La tercera parte, la más larga, tiene 990 estrofas y se la llama *Abgesang* o caída. Esta versión redondea las tres partes, omitiendo estrofas sin gran interés, y es, por lo tanto, mucho más breve que las demás.

El manuscrito C se conserva en la Biblioteca de Donaueschingen en Baden-Württemberg, y se piensa que su composición data de la primera mitad del siglo XIII. Consta de 2442 estrofas. Curiosamente, el último verso de este manuscrito es el que da el título al poema: *daz ist der Nibelunge liet* («este es el Cantar de los Nibelungos»), que no aparece en A ni en B, en los que figura: *daz ist der Nibelunge nôt* («este es el fin o caída de los Nibelungos»). Junto al manuscrito B, es el C el que más aceptación ha tenido. Este manuscrito presenta un texto muy revisado y ejerció una gran influencia en los manuscritos del grupo B. Su autor fue probablemente un adaptador o redactor que aportó al texto cambios, correcciones, aumentando el nivel de *courtoisie*. De hecho, excusa o exonera de culpa a Crimilda, y paralelamente acusa y desprecia a Hagen. El redactor de la versión C quería, así, responder a la obje-

ción de que el mundo caballeresco era terrible, y presentar al mismo tiempo que aquel mundo había supuesto un modo de vida superior. Cabe reseñar que el *Cantar* se difundió inicialmente en su versión c.

El manuscrito b procede de St. Gallen, Suiza. Contiene 2376 estrofas y es de mediados del siglo xiii. Los filólogos W. Braune y K. Bartsch, así como H. Paul y, más recientemente, H. de Boor y B. Nagel, concedieron prioridad a este manuscrito respecto de los demás. El que hayamos basado nuestra traducción en este manuscrito obedece a que está considerado desde hace mucho tiempo como el mejor de los manuscritos conservados del *Cantar* y parece separarse del arquetipo por menos intermediarios y conservar de manera más fiel la tradición.



Poco sabemos del autor del *Cantar*, pero se cree que pudo haber nacido entre Passau y Viena y que se vio amparado por mecenas como el obispo de Passau y la corte de los Babenberger en Viena, donde florecía una importante literatura. Se deduce, por la dedicatoria que el autor hace al obispo de Passau, Wolfger von Ellenbrechtskirchen, cuyo episcopado se extiende de 1194 a 1204, que el *Cantar* fue escrito entre 1200 y 1210. En el poema se encuentran todas las características que son consustanciales a la poesía heroica alemana: costumbres y tradiciones, luchas y victorias, gestos y motivos heroicos y tribales. Posee el *Cantar*, además, un trasfondo histórico, si bien considerablemente alterado. En su composición se integran dos sagas de índole muy distinta. Por un lado, la de Sigfrido y su muerte; por otro, la caída de los burgundios a manos de Atila.

La lengua utilizada es el medio alto alemán, que generalmente se utilizó desde 1050 hasta 1350, muy alejado ya del antiguo alto alemán en el que se habían consolidado los grandes cambios consonánticos que diferencian la lengua alemana del resto de las ger-

mánicas y de los dialectos del centro y norte de Alemania. Ya pretendía aquella lengua encontrar una modalidad que fuese válida para todo el territorio de habla alemana. Es decir, un modelo que superase los dialectos, por lo menos en lo que respecta a la literatura. Precisamente son los diferentes rasgos lingüísticos de los diferentes copistas lo que permite fijar con bastante precisión los lugares de origen de los distintos manuscritos del *Cantar*. El poema mantiene la estructura estrófica, que recuerda su carácter melódico-recitativo, en el que cada verso de arte mayor está dividido en dos hemistiquios, el primero de cuatro acentos y el segundo de tres.

Es muy difícil encontrar una base para la trama del *Cantar* en las crónicas latinas de los siglos V y VI, y los nombres de los personajes que aparecen en él son difícilmente identificables. Los burgundios, pertenecientes a una tribu germánica oriental, aparecen asentados al oeste del Rin vinculándolos a Worms, pero no existe ninguna evidencia histórica o arqueológica sólida que lo justifique. Sabemos que a medida que avanzaban hacia el oeste entraron en conflicto con el imperio romano. En el *Epitoma Chronicon*, compuesto por Próspero de Aquitania entre el año 435 y 455, se nos dice que en el año 436 se libró una memorable batalla contra los burgundios que llevó a la destrucción de casi toda la tribu y de su rey a manos del general romano Aecio. Ninguno de las crónicas de este período vincula la aniquilación de los burgundios con Atila. Además, la geografía de los acontecimientos en el poema es diametralmente opuesta a la de la invasión de los hunos. El poeta toma prestados nombres históricos, pero les asigna una función completamente diferente de la sugerida por el registro histórico. Teodorico el Grande, que figura en el poema como Dietrich von Bern (es decir, Teodorico de Verona), gobernó el imperio ostrogodo en Italia desde 493 hasta 526, unos cuarenta años después de la muerte de Atila. El papel de Teodorico como exiliado en la corte de Atila figura en la *Canción de Hildebrando*, poema épico en

antiguo alto alemán que data de principios del siglo IX. En el siglo XIII, Teodorico se convierte en el héroe de un ciclo de epopeyas heroicas: las *Dietrichsepen*.

Existen muchos textos escandinavos, afines al *Cantar*, en los que se ha creído encontrar una explicación a las anomalías y posterior evolución del poema. Estos textos provienen principalmente de fuentes continentales. Fueron los juglares viajeros y las relaciones comerciales con los países escandinavos los factores que hicieron que estos motivos legendarios fuesen conocidos por los habitantes de la península escandinava. Por otra parte, es muy probable que los poetas escandinavos que en el siglo XIII crearon la *Edda* se basaran en la tradición oral e incluyeran en las obras algunas características de la tradición nórdica, también transmitidas oralmente. Dado que estos textos fueron transcritos solo en el siglo XIII, no sabemos cuándo fueron concebidos. Citaremos los principales: la *Edda* poética, compuesta por canciones de dioses y de héroes que datan de finales del siglo XIII, pero que son copia de un manuscrito más antiguo, compuesto entre 1210 y 1240 en Islandia; la *Edda* en prosa de Snorri Sturluson (1230), en la que el autor lleva a cabo una síntesis de la mitología germánica; la *Völsungasaga* o Saga de los Volsungos, de la segunda mitad del siglo XIII, y la *Thidrekssaga* (Saga de Teodorico), escrita alrededor de 1225-1230 para el rey Haakon IV de Noruega, que incorpora material del primitivo *Cantar de los Nibelungos*. En el mundo nórdico, Sigfrido es Sígurd, Gúnter es Gúnnar, Hagen es Hoegni y Crimilda es Gudrun. A Gúnnar y a Hoegni se los denomina *Niflungar*, equivalente a *Nibelungen* y a Nibelungos.



PERO LO VERDADERAMENTE importante, a partir de estas breves líneas introductorias, es sumergirse en la lectura de uno de los diez o doce textos más deslumbrantes de la literatura universal. El amor, la amistad, la traición, la venganza, son palabras ligadas de forma in-

disoluble a nuestra especie, y en el *Cantar de los Nibelungos* brillan con luz propia, sumergiéndonos en un mundo que responde a las expectativas de lo humano con una intensidad y una profundidad extraordinarias. Prepárense a gozar con la magia inigualable de una epopeya que, partiendo del ámbito germánico, pertenece ya por derecho propio a toda la humanidad. La lectura del *Nibelungenlied* es una experiencia única, irrepetible. Están ustedes a punto de disfrutar de ella, enriqueciéndola con visualizaciones tan poderosas y bellas como las que acompañan a nuestra traducción. Han sido extraídas de la obra plástica de pintores e ilustradores alemanes del siglo XIX de la talla de Julius Schnorr von Carolsfeld (1794-1872), Eduard Bendemann (1811-1889), Julius Hübner (1806-1882) y Alfred Rethel (1816-1859).

Decía Hesíodo: «Sin ser invitados, los nobles acuden a los banquetes de los nobles». Dígnense acompañarnos en el maravilloso banquete de palabras que conocemos como *Cantar de los Nibelungos*.

Luis Alberto de Cuenca y José Fernández Bueno
Madrid, 21 de enero de 2018

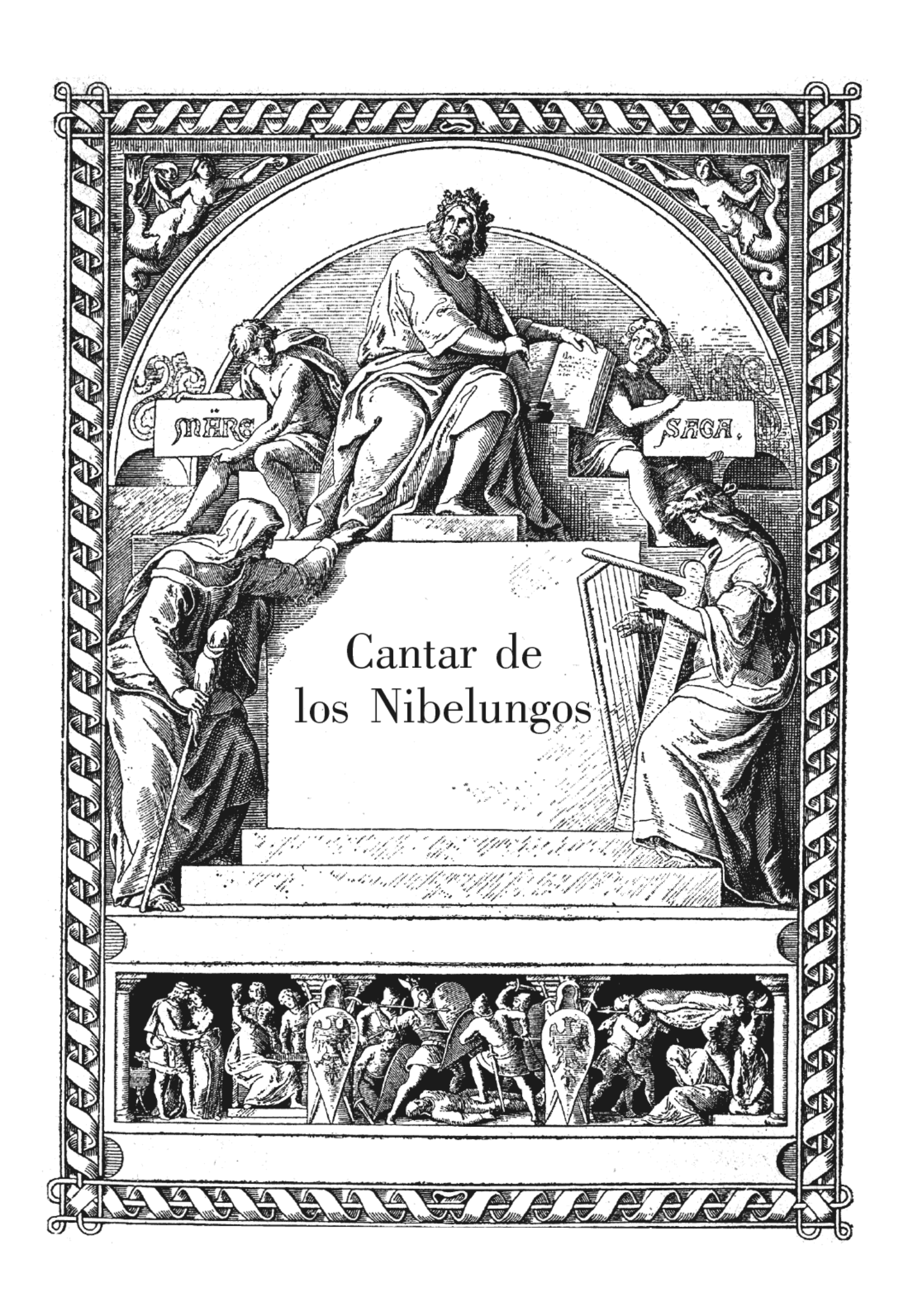


Nota sobre la traducción

Hemos traducido por «cantos» los distintos capítulos de la epopeya (llamados cada uno de ellos *âventiure* en el original). En el manuscrito B, que es la base de nuestra traducción, esos cantos no aparecen presididos por ningún epígrafe, limitándose a distribuir el texto en estrofas y a señalar el comienzo de cada *âventiure* con una letra inicial más grande. Por ello, hemos utilizado en la gran mayoría de los casos los títulos que aparecen en el manuscrito C.

Nuestra traducción no elude las repeticiones, tan comunes en la épica por razones mnemotécnicas del bardo o recitador, y emplea aquellos nombres propios que gozan de asentada tradición histórica en España (Sigfrido, Crimilda, Brunilda, Atila, Teodorico de Verona, Valtario, etc.), procurando ayudar al lector, en la pronunciación de otros nombres propios menos corrientes en nuestra lengua, mediante el uso de la tilde en la sílaba en que debe acentuarse en la lengua original. Respecto a la toponimia, damos el nombre del lugar actual si tenemos la certeza de que es el mismo que el de hoy.




MÄRE
SAGA.
Cantar de
los Nibelungos



Libro Primero

Canto I

De los nibelungos[1]

1 MUCHAS MARAVILLAS nos cuentan las leyendas de antaño. Nos hablan de héroes virtuosos, de grandes hazañas, de alegrías y fiestas, de lamentaciones y llantos y de combates entre valerosos guerreros. Oiréis ahora estas gestas.

2 Creció en Burgundia una joven muy noble. Tan grande era su belleza que no existía en el mundo ninguna otra mujer que pudiera compararse con ella. Se llamaba Crimilda. Era una hermosa doncella; por su causa muchos guerreros habrían de perder la vida.

3 Era natural que en todos se despertara el amor por la encantadora doncella. Bravos guerreros trataban de ganar su favor; no había nadie que le deseara algún mal. Su noble figura hacía gala de una inigualable belleza y sus virtudes hacían juego con su hermosura.

4 La custodiaban tres nobles y poderosos reyes: Gúnter y Gérnot, renombrados caballeros, y el joven Gíselher, un glorioso guerrero. La doncella era su hermana y los nobles se encargaban de su protección.

5 Los tres eran magnánimos, de linaje noble, probados guerreros de fuerza y valor desmedidos. Su patria era Burgundia, aunque más tarde llevarían a cabo grandes hazañas en el país de Atila.

6 En Worms, en el país del Rin, vivían con sus huestes. Muchos orgullosos caballeros de aquellas tierras los servían hasta el final de sus días con encomiable honor, pero encontrarían una desdichada muerte a causa del rencor de dos nobles princesas.

7 Su madre, la reina Ute, era una gran señora. Su padre, el rey Dánkrat, era un hombre muy valeroso que ya en sus años mozos había forjado su fama y que al morir les dejó toda su herencia.

8 Los tres reyes eran, como ya he dicho, muy valientes. También estaban a su servicio los mejores guerreros conocidos, duros y bravos, que jamás se arredraron ante el combate más fiero.

9 Eran Hagen de Tronje[2] y su hermano el bravo Dánkwart; el señor Ortwin de Metz, los margraves Gere y Éckewart y también Vólker de Alzeye, a quienes sobraba el coraje.

10 Rúmolt, el maestro de cocina, era un excelente guerrero; Síndolt y Húnolt, que debían ocuparse de la corte y de su fama, eran vasallos de los tres reyes junto con otros muchos caballeros que no puedo enumerar.

11 Dánkwart era mariscal[3], mientras que su pariente, el señor Ortwin de Metz, era senescal[4] del rey. Síndolt, el bizarro guerrero, era escanciador, y Húnolt, chambelán[5], dignos todos ellos de desempeñar los más dignos empleos.

12 Sería interminable dar cuenta del esplendor de la corte, de sus vastos dominios, de su elevada grandeza y de su caballerosidad, cultivada con viva alegría a lo largo de toda su vida por aquellos nobles señores.

13 Este fue el sueño que Crimilda soñó: vio cómo un halcón hermoso, salvaje y fuerte, que ella había amaestra-

do, era despedazado por dos águilas. Nada había en la tierra que pudiera causarle mayor dolor.

14 Contó este sueño a su madre, la reina Ute, quien no pudo encontrar mejor explicación que la siguiente: «El halcón que amaestrabas era tu noble esposo. Si el Señor no lo protege, lo habrás de perder muy pronto».

15 «¿Qué me dices de un esposo, mi queridísima madre? Quiero permanecer por siempre libre del amor de un guerrero. Deseo permanecer doncella como hoy hasta el día de mi muerte. Así no tendré que sufrir por el amor de ningún hombre».

16 «No lo asegures tan pronto», le respondió su madre. «Si alguna vez sientes en este mundo la dicha en tu corazón, será por el amor de un hombre. Serás una buena esposa, si el Señor algún día te concede por marido a un digno y buen caballero».

17 «No sigáis hablando así, mi muy querida madre», le contestó Crimilda. «Muchas veces se ha visto cómo muchas mujeres han tenido al final que pagar la dicha con sufrimiento. Quiero evitar las dos cosas para que nunca se cebe en mí la desgracia».

18 Renunciaba Crimilda por entero al amor en su pensamiento. Así vivió muchos días felices la muy virtuosa doncella sin conocer a nadie que despertara su afecto. Pero tiempo después se convertiría en la orgullosa esposa de un valiente guerrero.

19 Era aquel el mismo halcón que viera en sueños y cuyo significado le había explicado su madre. ¡Grande sería la venganza que ella se cobraría en sus parientes más próximos, aquellos que lo matarían! Por la muerte de un solo hombre habrían de morir los hijos de muchas madres.

Canto II

De Sigfrido

20 CRECÍA POR AQUEL ENTONCES en Niderlandia[6] el hijo de un noble rey, cuyo padre se llamaba Sigmundo y su madre Sigelinda. Vivían en una famosa y poderosa ciudad en el país del Rin que se llamaba Xanten.

21 Sigfrido se llamaba aquel noble y bravo campeón. Recorrió muchas tierras extranjeras en las que puso a prueba su fuerza y su valor. ¡Muchos bravos guerreros hallaría entre los burgundios!

22 De sus mejores tiempos, de los años jóvenes de Sigfrido, se podrían contar muchas maravillas, de cómo fue creciendo en nobleza y bizarría. Muchas hermosas damas se enamorarían de él.

23 Fue educado con el cuidado que correspondía a su rango; mas el porte señorial fluía de su interior. Por él más tarde el reino de su padre acrecentaría su fama, pues en todas sus acciones se reflejaban las virtudes del caballero perfecto.

24 Por fin llegó la edad de presentarse en la corte. Todos ansiaban conocerlo; muchas damas y doncellas deseaban que su voluntad se fijase en ellas. Muchas se prendaron de él: bien lo advertía el joven caballero.

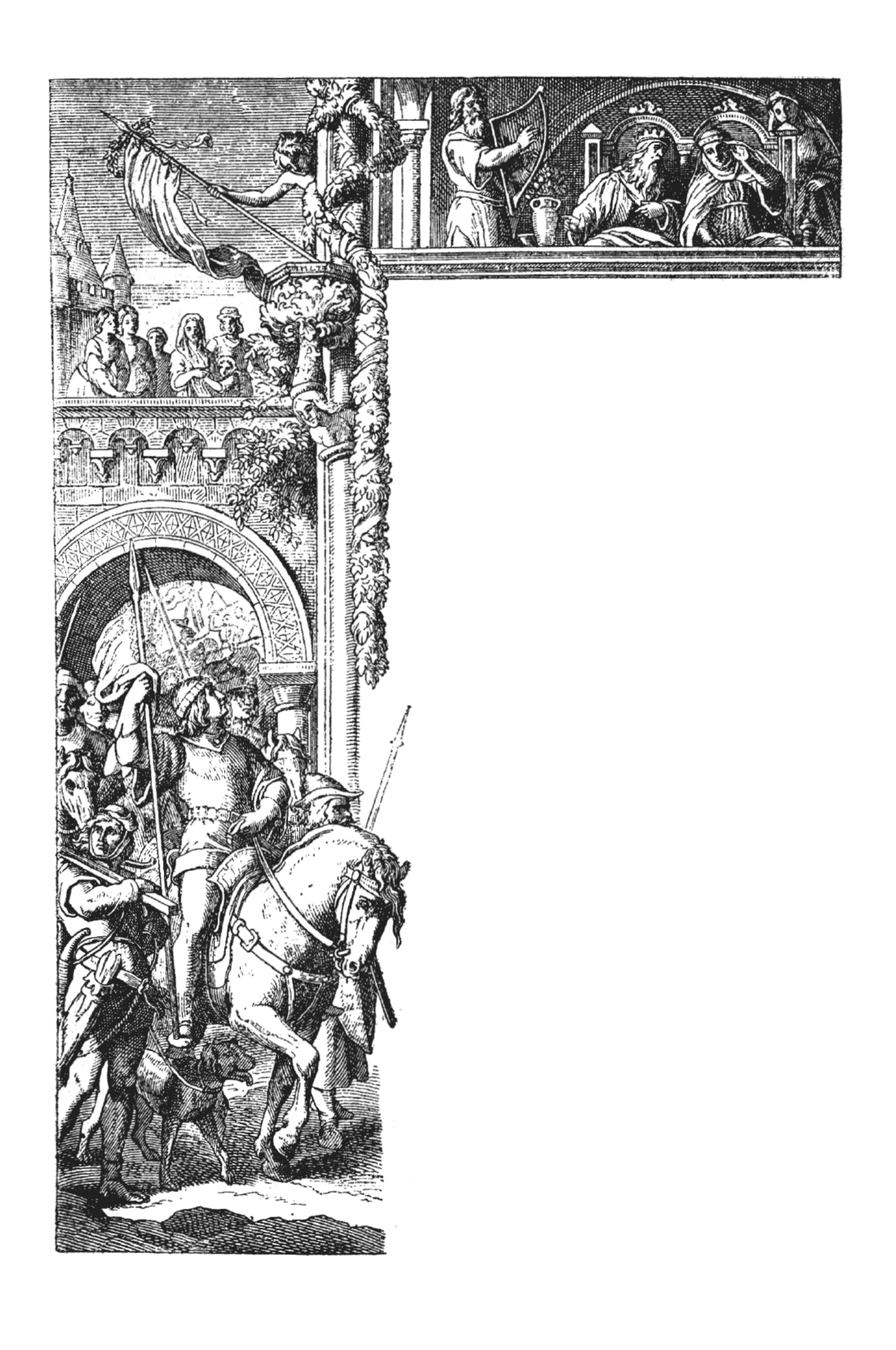
25 Rara vez se permitía al joven salir a cabalgar sin acompañamiento. Sigmundo y Sigelinda ordenaron que vistiera elegante ropaje, y muchas personas sabias, entendidas en cuestiones de hidalguía, también se ocupaban de

él para que fuera, así, merecedor de su pueblo y de su tierra.

26 Pronto adquirió la fuerza para poder portar armas, una fuerza que para aquel menester él poseía en exceso. Comenzó a cortejar bellas damas; era un honor para ellas corresponder al intrépido Sigfrido.

27 Por entonces anunció su padre, el rey Sigmundo, su deseo de celebrar una gran fiesta con sus amigos queridos. La noticia se extendió a las tierras de otros reyes. Regaló el rey ricas ropas y caballos a los suyos y a los extranjeros.

28 Dondequiera que se encontrase a algún joven noble que en virtud de su linaje pudiera ser caballero, se lo invitó a la fiesta del reino. Después todos ellos, con el joven Sigfrido, serían armados caballeros.



29 Muchas maravillas se podrían relatar de aquella fastuosa fiesta. Sigmundo y Sigelinda vieron acrecentada su fama, pues fueron muy generosas sus dádivas. Por aquella razón muchos extranjeros cabalgaron a su reino.

30 Cuatrocientos escuderos recibirían sus ropas de gala para ser caballeros junto al joven Sigfrido. Muchas hermosas doncellas no cesaron de coser, pues era muy grande el afecto que sentían por el joven rey.

31 Tal y como correspondía, habían bordado muchas piedras preciosas sobre ribetes de oro para poderlos colgar en los ropajes de los gallardos caballeros. El anfitrión real hizo preparar asientos para todos aquellos bravos guerreros, para que en el solsticio estival[7] Sigfrido fuese armado caballero.

32 Más tarde se dirigieron a la catedral muchos nobles escuderos y honorables caballeros. Tal y como dictaba la costumbre, los mayores acompañaron a los inexpertos jóvenes como a su vez sus padres habían hecho en el pasado con ellos. Los jóvenes disfrutaron de muchos entretenimientos y de diversiones sin cuento.

33 Se celebró una misa para honrar al Señor. Fue inmensa la multitud agolpada para ver cómo los jóvenes eran armados caballeros, según dicta el uso caballeresco, con un esplendor tan grande como jamás se viera antes.

34 A continuación corrieron hacia el lugar donde se encontraban muchos caballos ensillados. En la corte de Sigmundo el estruendo de las justas era tal que hacía temblar las salas y el palacio entero: tan formidable era la barahúnda que armaban aquellos animosos guerreros.

35 Tan violento era el choque entre los más avezados y los más inexpertos que, al romperse las lanzas, el estruendo hacía retumbar el cielo. Se veían volar astillas de

muchas lanzas que llegaban hasta el palacio, arrancadas de las manos de aquellos caballeros. Se combatía con ardor intenso.

36 Ordenó Sigmundo poner fin al torneo y se retiraron los caballos. Se veía entre la hierba muchos escudos quebrados e innumerables piedras preciosas que en la lucha se habían desengarzado de sus rodelas.

37 Los invitados ocuparon los asientos en el orden que ya tenían asignado. Los más exquisitos manjares y los vinos más excelentes servidos en generosa abundancia les hicieron olvidarse del cansancio. A todos, propios y extraños, se les hizo grande honor.

38 Pasaron así el día entero en medio de gran regocijo. Tan solo los juglares no pudieron encontrar un momento de respiro. Cantaban para obtener las dádivas generosas que allí se multiplicaban. Mucho se ensalzó la fama del país de Sigmundo.

39 El rey concedió al joven Sigfrido la investidura de tierras y castillos, tal y como en su día él mismo había recibido. La mano de Sigfrido fue generosa para con sus compañeros de armas, que se sintieron muy felices por haber viajado hasta su reino.

40 La fiesta se prologó hasta el séptimo día. La muy rica reina Sigelinda, siguiendo antiguas costumbres y por amor a su hijo, regaló a los invitados gran cantidad de oro. Sabía muy bien cómo ganarse el afecto del pueblo para su hijo.

41 Ni un solo juglar se quedó sin recompensa. El rey y la reina repartían de sus generosas manos ropas y caballos como si fuera el último día de su vida. No creo que haya existido jamás corte alguna que dispensase una generosidad tan grande.

42 Con una gran ceremonia se dio por terminado el festejo. Más tarde se oiría decir a muchos grandes señores que hubieran querido tener por rey al joven Sigfrido, pero el bravo guerrero no sentía tales deseos.

43 Mientras sus padres Sigmundo y Sigelinda viviesen, Sigfrido, su hijo querido, no ceñiría la corona. El valiente y osado héroe solo aceptaría acaudillar las tropas en caso de que su patria se viese amenazada por algún grave peligro.

Canto III

De cómo Sigfrido llegó a Worms

44 NUNCA ANTES había padecido Sigfrido las cuitas del corazón, hasta que un buen día llegó a sus oídos que en Burgundia vivía una hermosa joven de belleza extraordinaria. Por ella conocería la alegría y la pena.

45 La fama de su indescriptible hermosura había llegado muy lejos, y también los nobles sentimientos de la joven princesa. Tan poderosos motivos invitaban a viajar al reino del rey Günter a más de un extranjero.

46 Por muchos que fuesen los pretendientes que aspiraban a su amor, nunca quiso Crimilda convertir a ninguno de ellos en amo de su corazón. Aún no conocía la joven a aquel que más tarde habría de ser su señor.

47 Por aquel entonces los pensamientos del hijo de Sigelinda giraron hacia el noble amor[8]. Las pretensiones de los demás no eran más que viento en comparación con las suyas, pues sabía muy bien cómo ganarse el favor de las mujeres hermosas. Pronto la noble Crimilda se convertiría en esposa del arrojado Sigfrido.

48 Puesto que era un amor fiel lo que él anhelaba, sus parientes y vasallos le aconsejaron que lo buscara entre aquellas damas que fueran sus iguales. A lo cual respondió el bravo Sigfrido: «Tomaré por esposa a Crimilda,

49 la hermosa doncella del país de los burgundios, la de inigualable belleza. Sé muy bien que no existe ningún emperador que busque esposa, por poderoso que sea, que

no se sienta honrado por conseguir para sí a tan digna reina».

50 Esta noticia llegó a oídos del rey Sigmundo. Sus nobles se la contaron y supo así cuál era la voluntad de su hijo. Mucho le pesó al rey que su hijo quisiera pretender a tan nobilísima doncella.

51 También lo supo Sigelinda, la esposa del noble rey. Cundió en ella un gran desasosiego por la vida de Sigfrido, pues conocía muy bien a Gúnter y a sus guerreros. Entre ambos progenitores intentaron disuadir al héroe de su empeño.

52 Así habló el bravo Sigfrido: «Mi muy amado padre, prefiero vivir para siempre sin el amor de damas nobles, que renunciar a la mujer que he elegido. Por mucho que me digáis, no hay nada que me haga desistir de mi empeño».

53 «Si no cejas en tu idea», le respondió su padre, «aceptaré de buen grado lo que hayas decidido y te ayudaré en tu proyecto con todo lo que esté en mi mano. Sin embargo, debo advertirte que el rey Gúnter cuenta con muchos y arrogantes vasallos.

54 Y aunque no tuviese a nadie más que al guerrero Hagen, es este tan orgulloso y altanero que temo que tu deseo de cortejar a esa bella doncella nos pueda costar muy caro».

55 «¿Por qué habría de importarnos eso? Lo que no consiga de ellos por las buenas lo obtendré por la fuerza de mi brazo. Tengo la intención de someter ese país y a sus gentes».

56 Sigmundo le responde: «Tus palabras me causan desasosiego. Si conocieran en el Rin[9] tu manera de pen-

sar, jamás podrías llegar hasta su reino. Conozco desde hace ya muchos años al rey Gúnter y a Gérnot.

57 Nadie puede conquistar a esa doncella por la fuerza», prosigue el rey Sigmundo, «lo sé de fuente fidedigna. Mas si quieres cabalgar con guerreros a aquella tierra, tendré que convocar pronto a los amigos con que podemos contar».

58 Dice Sigfrido: «No es mi voluntad marchar al Rin en campaña militar seguido de mis guerreros; sería muy triste para mí conquistar por la fuerza a tan hermosa doncella.

59 Bastará mi propia mano para poder conquistarla. Cabalgaré con otros doce[10] guerreros hasta las tierras del rey Gúnter. Para ello necesito vuestra ayuda, queridísimo padre». Se entregó a los caballeros pieles vistosas y grises.

60 Noticias de la partida llegaron a oídos de su madre, Sigelinda. Cundió en ella gran desazón temiendo que los guerreros del rey Gúnter pudiesen dar muerte a su querido hijo. No pudo entonces la noble reina evitar deshacerse en incontrolable llanto.

61 Se dirigió Sigfrido adonde su madre se encontraba y le dijo estas reconfortantes palabras: «Señora, no debéis llorar por mí, pues no existe ningún guerrero enemigo por el que yo sienta miedo.

62 Ayudadme para que pueda emprender mi viaje al país de los burgundios. Mis caballeros y yo necesitamos ropajes que hagan honor a los orgullosos guerreros que han de llevarlos puestos. Por ello, estad segura, os estaré agradecido para siempre».

63 «Ya que no quieres renunciar», le respondió su madre, Sigelinda, «te ayudaré a preparar el viaje y te daré

a ti, mi único hijo, el mejor ropaje que jamás ciñó un guerrero. Nada os ha de faltar ni a ti ni a tu séquito».

64 Entonces se inclina el joven Sigfrido ante su madre y le dice con respeto: «Llevaré en el viaje tan solo doce guerreros; haced que preparen ropas para ellos. Ardo en deseos de conocer cómo es la joven Crimilda».

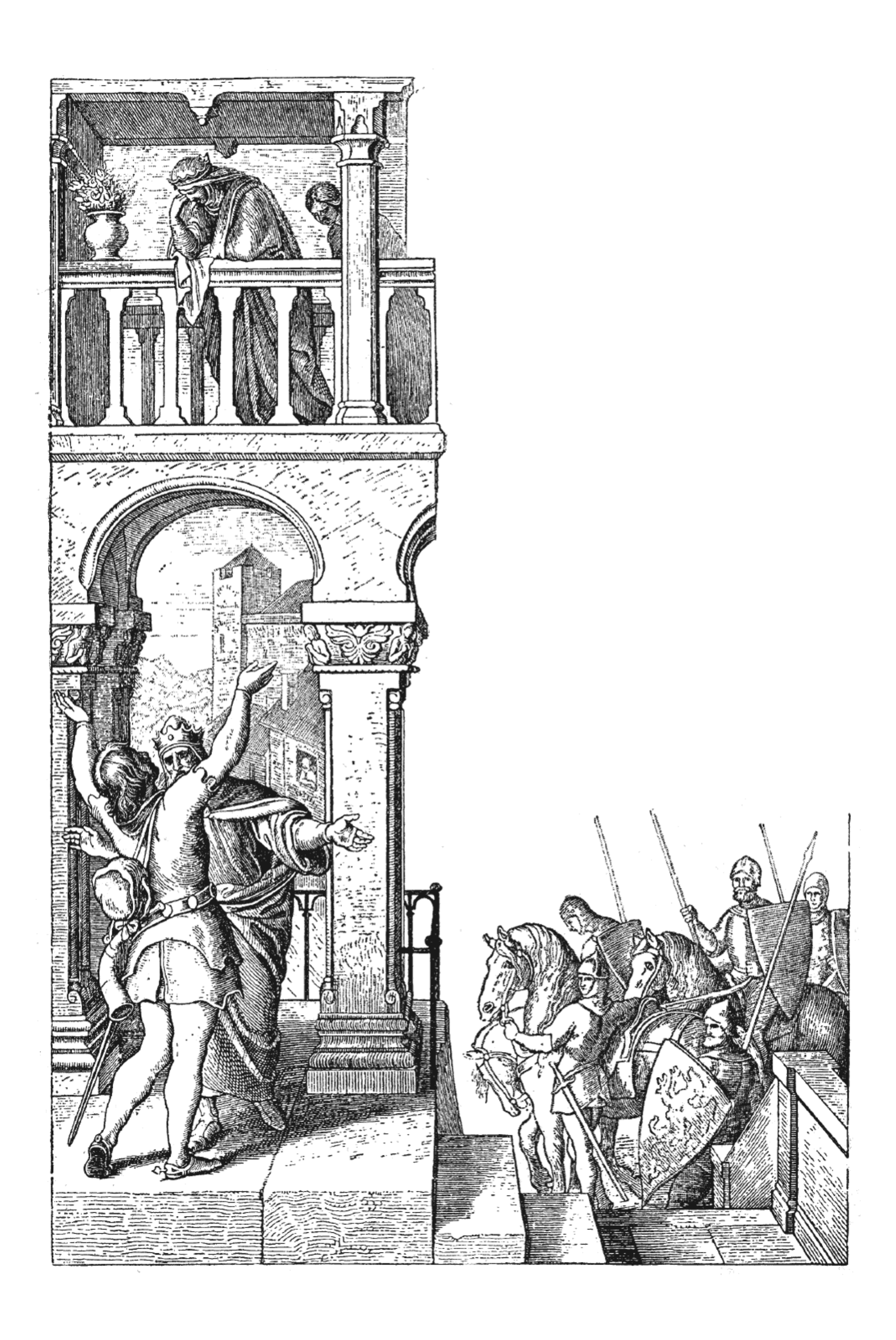
65 Entonces hermosas damas se sentaron a coser sin descanso día y noche hasta que hubieron terminado las ropas para Sigfrido. Por nada en el mundo quería el héroe renunciar a su viaje.

66 Su padre, el rey Sigmundo, hizo que preparasen para él el atuendo de caballero que habría de llevar cuando abandonara el reino. También se prepararon brillantes cotas de malla, duros yelmos y escudos muy grandes y relucientes.

67 Ya se acercaba el día de su partida a Burgundia. Todos, hombres y mujeres, se preguntaban preocupados qué le pasaría a Sigfrido y si volverían o no aquellos valerosos nobles. Se dispuso que sus armas y ropajes fuesen cargadas en mulas.

68 Sus monturas eran magníficas y en sus sillas relucía el oro bruñido. No había nadie en el mundo que pudiera sentirse tan orgulloso como Sigfrido y sus caballeros. Entonces pidió permiso para partir a Burgundia.

69 Los reyes autorizaron su partida con tristeza. Los consuela a ambos con su afecto y les dice: «¡No debéis llorar por mi causa! No deseo que sintáis ninguna inquietud por mi vida».



70 Sienten pesar los guerreros y llora más de una doncella. Sospecho que acertadamente anticipaban sus corazones que al final de aquella aventura muchos parientes y amigos ya nunca regresarían. Su lamento era sincero, pues había causa para ello.

71 Cabalgan durante siete jornadas los bravos caballeros hasta que finalmente llegan a Worms, a las orillas del río. Brillan sus áureas vestimentas, y sus sillas son del mejor cuero labrado. Los caballos del valiente Sigfrido y de todos sus guerreros avanzan al mismo paso.

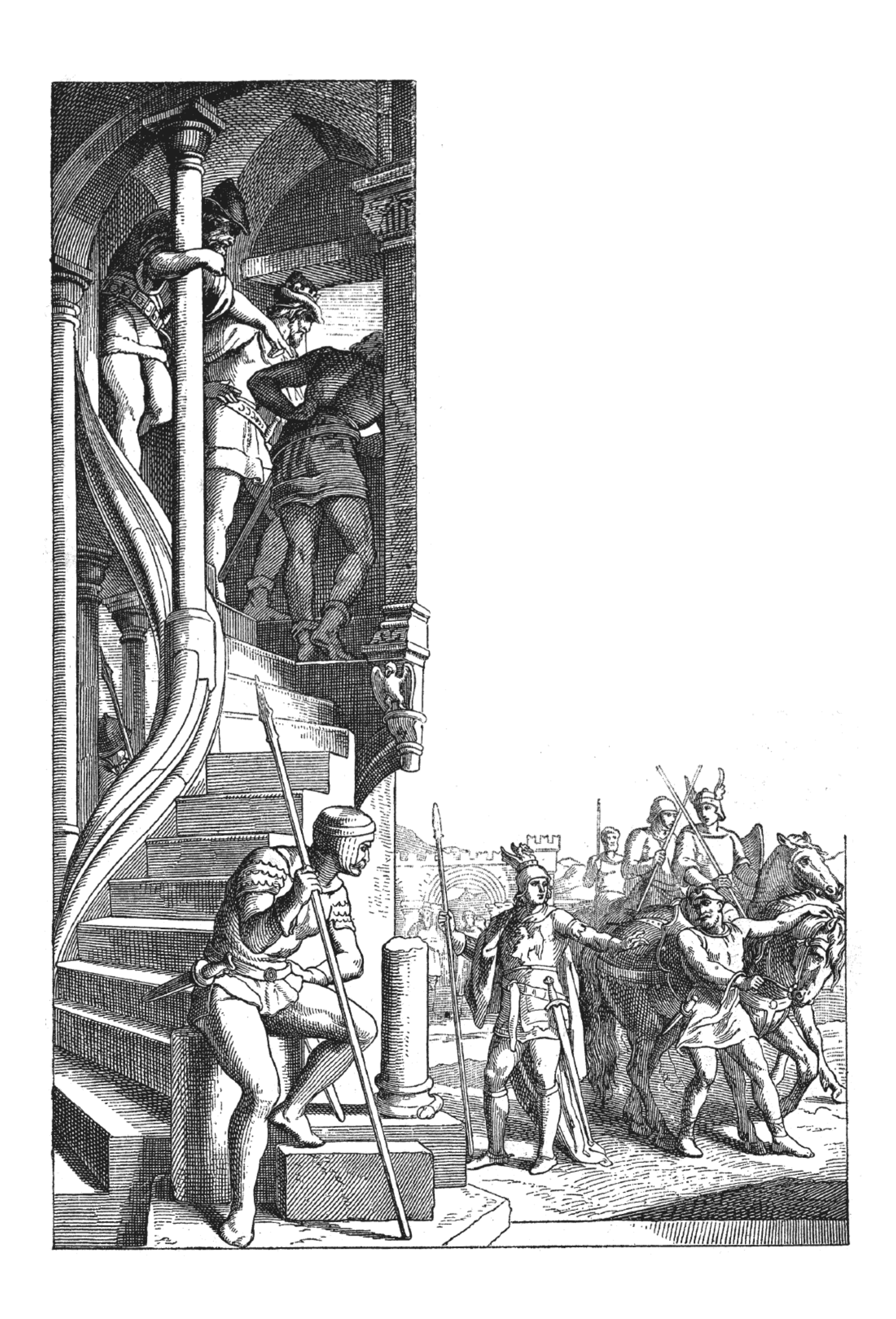
72 Nuevos, brillantes y largos son sus escudos, y brillan resplandecientes sus cascos. Así es cómo se presenta el valeroso Sigfrido en la corte del rey Gúnter. Nadie había visto jamás a héroe alguno vestir con tan ostentoso ropaje.

73 Las puntas de sus espadas llegaban hasta las espuelas; los magníficos guerreros portaban agudas lanzas. La empuñadura que llevaba Sigfrido medía más de dos palmos y el filo de su hoja producía un terrible espanto.

74 Las riendas que sujetan en sus manos son de oro y de delicada seda los petrales de los caballos. Así entran en Burgundia. Por todas partes aparecen gentes que les miran maravillados. También salen a su encuentro muchos vasallos del rey Gúnter.

75 Según antigua costumbre, aquellos altivos nobles, caballeros y escuderos, salieron a recibir en nombre de su señor a los dignos extranjeros. De sus manos les tomaron sus escudos y caballos.

76 Pretendían llevar las caballerías a los establos, pero en aquel mismo instante les grita el bravo Sigfrido: «¡Dejadme a mí y a los míos los caballos! Queremos partir de aquí en seguida. No es otra mi intención.



77 Quien quiera de vosotros que sepa dónde puedo encontrar a Gúnter, el poderoso rey de las tierras de Burgundia, que me responda y no calle». Alguien entre los presentes, que conoce la respuesta, así le habla:

78 «Si deseáis ver al rey, os será muy fácil encontrarlo. En aquella sala grande lo he visto reunido junto con sus caballeros. Entrad y lo hallaréis rodeado de muchos guerreros bravos».

79 Para entonces llegó al rey la noticia de que habían llegado unos gallardos caballeros que portaban lucientes cotas de malla e iban magníficamente ataviados con ostentosos ropajes. Nadie en toda Burgundia conocía a los recién llegados.

80 Extrañado, el rey se pregunta de dónde pueden venir esos nobles caballeros con sus lujosos atuendos y con sus novísimos escudos tan excelentes y grandes. Muestra el rey Gúnter su enojo porque nadie sabe responderle.

81 Entonces Ortwin de Metz, famoso por su valor y su fuerza, así le dice al rey: «Puesto que no sabemos quiénes son esos caballeros, haced llamar a Hagen, mi tío, para que pueda verlos.

82 Conoce muy bien los reinos y países extranjeros. Nos dirá si esos nobles le son conocidos». Manda el rey buscar a Hagen y a sus guerreros. Con distinguido porte se le ve llegar a la corte con su séquito.

83 Pregunta Hagen qué desea el rey de él. «Han llegado a mi castillo unos nobles forasteros a los que nadie conoce aquí. Si alguna vez los has visto por tierras extranjeras, debes decírmelo con franqueza».

84 «Así lo haré», responde Hagen, y se acerca a una ventana para poder escrutar con sus propios ojos[11] a los nobles extranjeros. Mucho le agradaron su armamento y

su apariencia, pero tampoco él los había visto nunca por las tierras de Burgundia.

85 «De dondequiera que hayan llegado hasta el Rin estos guerreros», continuó diciendo, «deben de ser ellos mismos príncipes o bien embajadores de aquellos. Sus monturas son excelentes y sus ropajes soberbios. Sea cual sea su procedencia, se trata de dignos caballeros».

86 Así continúa hablando Hagen: «Confieso que aunque jamás vi a Sigfrido, estoy dispuesto a creer que no es otro sino él ese hidalgo que camina con paso tan majestuoso.

87 Seguramente trae noticias a esta tierra. La mano de este guerrero ha vencido a los bravos nibelungos Schilbungo y Nibelungo, los hijos de un rey poderoso. Después de aquello consumó grandes gestas con su fuerza formidable.

88 Me han contado que en cierta ocasión en que el héroe cabalgaba sin ninguna compañía junto al pie de una montaña, se encontró con muchos hombres valientes a los que no conocía, custodios del tesoro nibelungo.

89 Habían sacado todo el tesoro del rey de los nibelungos de una cueva en la montaña. Disponeos a escuchar el fascinante relato de cómo querían los nibelungos llevar a cabo el reparto. Al ver el tesoro, Sigfrido quedó maravillado.

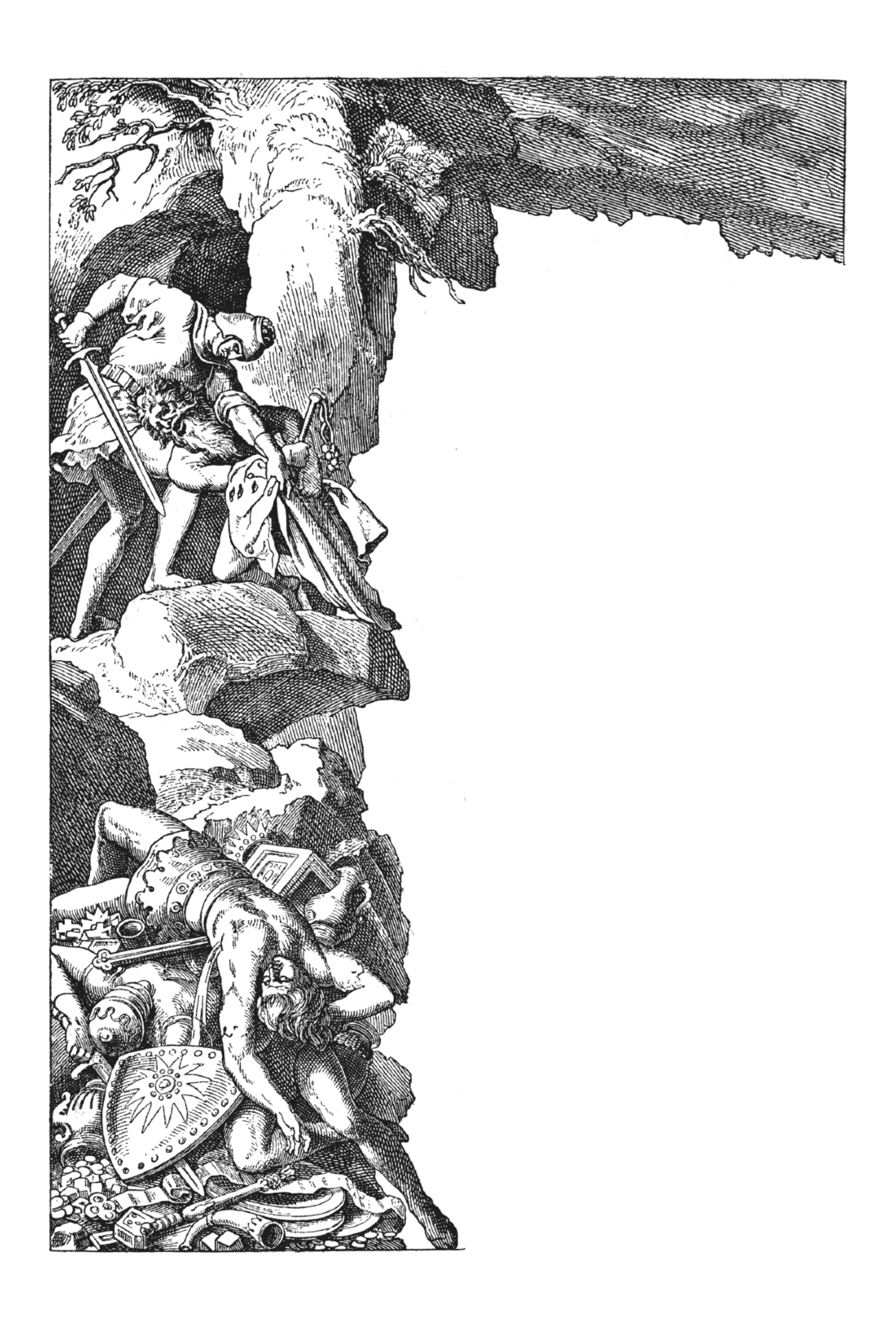
90 Se acercó tanto a los guerreros que ellos pudieron verle a él igual que él a ellos. Uno de ellos dijo: «Aquí se acerca Sigfrido, el héroe de Niderlandia». Muchos sucesos extraordinarios le sucederían en el país de los nibelungos.

91 Fue muy bien recibido por Schilbungo y Nibelungo. De común acuerdo, los jóvenes y nobles príncipes pi-

den al bravo guerrero que reparta el tesoro entre ellos dos. Es tan grande su insistencia que Sigfrido acaba por acceder a sus ruegos.

92 Según se cuenta, vio tantas piedras preciosas que ni siquiera cien carros hubieran podido transportarlas, y todavía más hacían falta para llevar el oro del país de los nibelungos. Todo aquel reparto lo debía llevar a cabo el bravo Sigfrido.

93 Como recompensa le dieron la espada de su padre, el rey de los nibelungos, pero el servicio que debía realizar Sigfrido en nada les satisfizo, porque estallaron en cólera y el esforzado héroe no pudo llevarlo a cabo.



94 Entre sus seguidores se encontraban doce valientes vasallos, que eran forzudos gigantes. Pero ¿de qué les iba a servir? Sigfrido, ciego de furia, les dio muerte con su propia mano y a otros setecientos los arrojó

95 del país de los nibelungos con la noble espada Bálmung. Por el tremendo pavor que inspiraba aquel acero y un héroe tan valiente, muchos jóvenes guerreros le entregaron sus tierras y sus castillos y se hicieron sus vasallos.

96 También dio muerte a los dos poderosos reyes, pero Alberico[12] llegó a poner su vida en grave riesgo. Esperaba el enano vengar inmediatamente la muerte de sus señores hasta que el mismo probó la descomunal fuerza de Sigfrido.

97 El forzudo enano nada puede hacer en esta lucha. Cual fieros leones corrieron los dos hacia una montaña donde el héroe arrancó a Alberico su capa mágica[13]. Así es como el temible Sigfrido se hizo dueño del tesoro.

98 Todos los que se atreven a enfrentarse con él yacen muertos en tierra. Ordena inmediatamente que se vuelva a transportar el tesoro al lugar de donde los nibelungos lo habían sacado previamente. Alberico el fuerte se convirtió en su guardián.

99 Hubo de hacer juramento de que serviría a Sigfrido como un buen vasallo y de que cumpliría con todos sus mandatos». Siguió hablando Hagen de Tronje: «Esas son sus proezas. Jamás mostró tanta fuerza ningún guerrero.



100 Aún sé más cosas de él: dio muerte él solo a un dragón y se bañó en su sangre; su piel se volvió tan dura como si fuera de cuerno. Ningún arma puede herirlo, como se ha comprobado muchas veces.

101 Debemos recibir muy bien al joven caballero para no despertar la ira de un guerrero tan formidable. Tan grande es su arrojo que es mejor tenerlo por amigo. Merced a su extraordinaria fuerza ha realizado grandes hazañas».

102 Entonces habló el poderoso rey: «Puede que estés en lo cierto. ¡Mirad el porte marcial con que ese valiente se presenta dispuesto para el combate junto a sus guerreros! Bajemos ahora a su encuentro».

103 Hagen le responde: «Podéis hacerlo sin que haya ningún descrédito en ello. Pertenece a una estirpe muy noble y es hijo de un rey poderoso. Por su gesto parece, vive Dios, que son importantes las razones que le han impulsado a cabalgar hasta aquí.

104 Así dice el soberano del reino: «¡Que sea bienvenido entre nosotros! Es noble y valeroso según he oído, y eso, aquí en Burgundia, le servirá de provecho». Con esto el rey Günter bajó adonde se encontraba Sigfrido.

105 El rey y todo su séquito dispensaron tan cordial acogida al visitante que no se dejó de cumplir ni una sola de las normas que exigía la cortesía. Sigfrido, el bravo guerrero, se inclinó agradecido ante aquel caluroso recibimiento.

106 «Tengo curiosidad por saber, noble Sigfrido», pregunta el rey de inmediato, «de dónde procedéis y qué os trae aquí a Worms junto al Rin». Responde al rey el extranjero: «No haré de ello un secreto.

107 En la tierra de mi padre me contaron que en vuestra corte se hallan los guerreros más valientes que tuvo jamás rey alguno. Lo he oído muchas veces y deseaba atestiguarlo: esa es la razón que me ha traído hasta aquí.

108 Igualmente se cuenta que no hubo jamás un rey con tanto valor como el vuestro. Mucho se habla de vuestra fama por todas partes del reino. No me marcharé de aquí sin haber probado yo mismo vuestro valor.

109 Yo también soy príncipe y ceñiré corona algún día. Quisiera que se dijera de mí que poseo mi reino y sus gentes por justo derecho. Para merecerlo, pongo mi honor y mi vida en juego.

110 Pues bien, ya que sois tan bravo como me han dicho, es mi intención, tanto si esta agrada o irrita, arrancaros por la fuerza todo lo que poseéis. Vuestras tierras y castillos pasarán a mi poder».

111 Mucho se sorprendió el rey y todos sus caballeros al oír que Sigfrido pretendía por la fuerza arrebatarles su reino. Al escuchar sus palabras la cólera se apoderó de los guerreros.

112 «¿Por qué habría de merecer yo», dijo el noble Gúnter, «perder por la fuerza de un solo hombre el reino que mi padre gobernó con honor durante tanto tiempo? Malos caballeros seríamos si tal cosa consintiéramos».

113 «¡No desistiré en mi empeño!», dice el bravo guerrero. «Si con tu fuerza no basta para mantener en paz tu reino, seré yo quien lo gobierne. De igual modo, si me vence tu fuerza todas mis tierras y herencia se someterán a tu dominio.

114 Tendrán el mismo valor tu patrimonio y el mío. Aquel que venza al contrario será dueño y señor del país y

de sus gentes». En aquel mismo instante Hagen y Gérnot mostraron su desacuerdo.

115 «No es nuestra intención», responde Gérnot, «someter más tierras a nuestro dominio ni que por ese motivo tenga nadie que morir a manos de un guerrero. Poseemos ricas tierras que nos corresponden por justicia. No existe nadie que tenga sobre ellas más derecho que nosotros».

116 Se extendió la indignación entre los amigos de Gúnter. Entre ellos se encontraba Ortwin, el señor de Metz, que así habló: «Me duele profundamente ese apaciguamiento. El impetuoso Sigfrido os ha desafiado sin ningún motivo.

117 Aun si vos y vuestros hermanos no opusieseis resistencia, y Sigfrido se presentara con todo un real ejército, me atrevería a combatir con él de tal modo que le haría renunciar a su altanera arrogancia».

118 Estas palabras encolerizaron mucho al héroe de Niderlandia. Esto dijo: «Tu mano no puede pretender medirse contra la mía; yo soy rey poderoso y tú tan solo un vasallo. Ni siquiera doce como tú podrían vencerme en combate».

119 A grandes gritos pide su espada Ortwin, el señor de Metz. Era él, sin duda alguna, digno hijo de la hermana de Hagen de Tronje. Que este permaneciera en prolongado silencio llegó a disgustar al rey. Entonces medió el bravo y solícito Gérnot.

120 Dirgiéndose a Ortwin, le dice: «Templad vuestra cólera. Nada ha hecho el noble Sigfrido que no podamos resolver de modo caballeroso. Es mi consejo tenerlo como amigo, pues así se acrecentará nuestro prestigio».

121 Responde así el valiente Hagen: «Nos disgusta a todos nosotros, que somos tus guerreros, que Sigfrido haya llegado hasta el Rin buscando entablar combate. Nunca debió hacer tal cosa, puesto que mis caballeros en ningún modo lo ofendieron».

122 A esto responde Sigfrido, el osado guerrero: «Si lo que he dicho, señor Hagen, os injuria, entonces os mostraré la ruina y desolación que tengo pensado hacer en Burgundia con la fuerza de mi brazo».

123 «Eso lo impediré yo». Así contestó Gérnot prohibiendo hablar a sus guerreros con palabras arrogantes para no causar ofensa. Sigfrido dirigió entonces sus pensamientos hacia la hermosa doncella.

124 «¿Por qué habríamos de pelear con vos?», pregunta Gérnot de nuevo. «Por muchos caballeros que hallasen la muerte, poco se acrecentaría nuestro prestigio y vos no obtendríais ningún provecho». Así responde Sigfrido, el hijo del rey Sigmundo:

125 «¿Por qué titubean tanto Hagen y Ortwin y no se lanzan al combate con todos los amigos con que cuentan en la tierra de Burgundia?». Guardaron tenso silencio los nobles sin responder a aquel reto, pues así era como lo ordenaba Gérnot.

126 «Sed, pues, bienvenido», dijo el hijo de la reina Ute[14], «con vuestros acompañantes. Será un placer para mí y para los míos serviros». Se dispuso entonces que el vino del rey Gúnter se sirviese a los invitados.

127 Habló luego el soberano de Burgundia: «Todo lo que poseemos y todo aquello que deseéis se encuentra a vuestra disposición. Compartiremos con vos nuestra vida y nuestros bienes». Con esto se aplacó un tanto el ánimo de Sigfrido.

128 Se dio orden de poner en buena custodia sus equipajes y se buscaron los mejores alojamientos para Sigfrido y sus caballeros. Desde entonces en Burgundia el héroe fue siempre acogido con agrado.

129 Durante muchos días se le rindió grandes honores, mil veces más de los que yo pueda contaros. Bien me creeréis si os digo que su gran valor le hacía gran merecedor de ello. Nadie había en Burgundia que al verlo sintiera animosidad.

130 Cuando los reyes y nobles se entretenían en juegos de caballeros[15], era siempre Sigfrido el que destacaba entre todos ellos. Era tan grande su fuerza que a nadie tenía por rival, tanto si lanzara piedras como si arrojase lanzas.

131 Dondequiera que los señores hidalgos disputasen sus juegos, y como era costumbre en presencia de damas, veían estas con mucho agrado al héroe de Niderlandia. Sin embargo, él dirigía sus pensamientos a un amor elevado.

132 Fuera la que fuese la prueba que hubiera que afrontar, él estaba siempre dispuesto. Llevaba en su corazón a una virtuosa doncella que él aún no conocía. Ella, por su parte, que tampoco lo había visto, hablaba de él en secreto con palabras de cariño.

133 Siempre que en el patio de palacio contendían caballeros y escuderos, Crimilda, la noble reina, lo veía desde su ventana. Ningún otro pasatiempo colmaba mejor sus días.

134 De haber sabido Sigfrido que era observado por aquella a quien llevaba en su corazón, grande habría sido su alegría, pero creo poder afirmar, sin exageración algu-

na, que el mayor gozo para él en este mundo hubiese sido poder verla con sus ojos.

135 Cuando se hallaba en el patio entre otros caballeros para recrearse en las justas, como aún hoy se sigue haciendo, el hijo de Sigelinda se mostraba tan gentil que más de una dama le prodigaba su afecto.

136 Muchas veces él pensaba: «¿Cómo lograré ver con mis ojos a esa noble doncella que desde tanto tiempo amo con toda mi alma? Todavía es para mí una desconocida y por ello siento tristeza».

137 Cuando los poderosos reyes viajaban por sus tierras[16], todos sus guerreros, sin dilación, debían cabalgar con ellos. Entristecía a la doncella que partiera también Sigfrido. Este, por su parte, sentía asimismo gran pena.

138 Pasó así todo un año en la corte del rey Gúnter junto a sus caballeros, sin haber visto ni una vez —es la pura verdad— a su amada dama, a aquella que en el futuro le procuraría tantas alegrías y también tantas penas.

Canto IV

De cómo Sigfrido luchó contra los sajones

139 SE RECIBIERON EXTRAÑAS NUEVAS en el reino del rey Gúnter traídas por mensajeros que venían de muy lejos, enviados por enemigos desconocidos. Un gran odio se manifestaba en ellas. Al saberse la noticia cundió entre los burgundios el desasosiego.

140 Os diré quiénes eran aquellos señores: eran Liúdeger, el poderoso y noble rey de Sajonia, y el rey Liúdegast de Dinamarca, y con ellos cabalgaban muchos valientes guerreros.

141 Los emisarios que enviaban sus enemigos llegaron a las tierras del rey Gúnter. Se les preguntó a aquellos desconocidos cuáles eran las nuevas que traían, y al punto se los llevó a la corte a presencia del rey.

142 El rey los saludó amigablemente y les dijo: «Sed bienvenidos. No conozco a quienes os envían a mi reino. Vosotros me lo haréis saber». Así habló el noble rey. Sentían un gran temor ante la cólera de Gúnter.

143 «Si su majestad nos permite que demos cuenta del mensaje que traemos, no guardaremos silencio. En primer lugar nombraremos los caballeros que hasta aquí nos han enviado: son Liúdegast y Liúdeger, que quieren invadir vuestro reino.

144 Habéis concitado su ira, y sabemos, en efecto, que ambos príncipes os profesan un gran odio; se proponen emprender un ataque contra Worms junto al Rin. Doy fe de que vienen muchos nobles caudillos con ellos.

145 Dentro de doce semanas tendrá lugar el ataque. Si contáis con buenos amigos, haced que vengan a toda prisa para que os ayuden a proteger vuestros castillos y campos. Muchos escudos y yelmos quedarán hechos pedazos.

146 Mas si deseáis llegar a un acuerdo, enviad aviso para que las numerosas huestes de vuestros poderosos enemigos se detengan en su avance, y así no tendrán que morir muchos buenos caballeros ni se sumirá en desolación vuestro reino».

147 «Dejadme reflexionar algún tiempo antes de que os exprese lo que pienso», responde el noble rey. «Después os haré saber la decisión que he tomado. Quiero compartir con mis servidores fieles estas infaustas noticias. No quiero ocultárselas».

148 Günter, el rey poderoso, quedó muy apesadumbrado. Para sí guardaba en secreto la noticia en su corazón. Hizo llamar a Hagen y a sus otros vasallos y también ordenó que se buscase a Gérnot de inmediato.

149 Se presentaron los mejores guerreros que con toda urgencia se pudieron encontrar. Así les habló el rey Günter: «El enemigo quiere invadir nuestras tierras con fuerzas muy poderosas. Eso os ha de indignar». Entonces respondió el valiente y noble Gérnot:

150 «¡Con nuestras espadas se lo impediremos!», dice el bravo Gérnot. «Morirán tan solo los que estén predestinados para ello. Dejémosles que reposen en paz. No

voy a olvidar mi honor por escapar a la muerte. Dispensemos a nuestros enemigos la acogida que merecen».

151 Después habló el fuerte Hagen: «No me parece acertado. Liúdegast y Liúdeger están llenos de arrogancia. No podemos reunir a todas nuestras fuerzas en tan corto plazo». Y añadió el audaz guerrero: «Decídselo así a Sigfrido».

152 Se dio aposento en la ciudad a los mensajeros. Aunque fueran enemigos, mandó el poderoso rey Gúnter que se les tratara bien, pues así debía hacerse hasta que averiguase quiénes de sus amigos estaban en condiciones de ayudarlo.

153 A causa de aquellas preocupaciones sentía el rey un gran desasosiego. Desconocedor de todo lo sucedido, Sigfrido, al verlo tan consternado, rogó al rey que le dijera el motivo.

154 Así habla el héroe: «Constituye para mí un enigma que hayáis mudado en tristeza la alegría a la que durante tanto tiempo nos teníais acostumbrados». Le responde de este modo el rey Gúnter, el afamado guerrero:

155 «No puedo confesar a todos la inquietud grave que llevo en lo más hondo de mi corazón. Solo a los amigos fieles se pueden confiar las desgracias». El semblante de Sigfrido palidece para enrojecer después.

156 Así contesta al rey: «Nunca os he negado nada. Os ayudaré a liberaros del pesar que os embarga. Si son amigos lo que buscáis, yo seré uno de ellos y os seré fiel con honor hasta el día de mi muerte».

157 «Que Dios os lo pague, Sigfrido. Vuestras palabras me animan, e incluso si vuestra gran fuerza no me sirviera de ayuda, me es muy grato escuchar que me sois tan

leal. Durante los años que me queden de vida, sabré recompensaros.

158 Os diré lo que causa mi aflicción. Por mensajeros de mis enemigos he sabido que pretenden conquistar con su ejército nuestro reino. Jamás se atrevió ningún guerrero a invadir nuestra tierra».

159 «Tal cosa no debe preocuparos», le responde Sigfrido. «Calmad vuestro ánimo y haced lo que os pido; dejadme ganar para vos honores y beneficios, y pedid a vuestros vasallos que acudan en vuestro auxilio.

160 Aunque vuestros poderosos enemigos cuenten con la ayuda de treinta mil guerreros, los combatiré aun si yo solo dispongo de mil. ¡Dejad eso de mi cuenta!». Así respondió el rey Gúnter: «Os estaré reconocido para siempre».

161 «En ese caso poned bajo mi mando a mil de vuestros guerreros, pues yo cuento solo con doce. De esa manera defenderé vuestro reino. La mano de Sigfrido os servirá siempre fielmente.

162 Para ese cometido nos ayudará Hagen y también Ortwin, además de Dánkwart y Síndolt, que son esforzados caballeros. También el valiente Vólker cabalgará con nosotros portando el estandarte; no creo que haya nadie que sea más merecedor de ello.

163 Haced que los mensajeros regresen al país de sus señores, y que les hagan saber que muy pronto nos veremos. Así la paz en nuestras ciudades no correrá peligro». Entonces hizo llamar el rey a sus parientes y vasallos.

164 Los enviados de Liúdeger regresaron a su corte; sentían gran alegría por regresar a su patria. El buen rey Gúnter le ofreció ricos regalos y les procuró una escolta, de todo lo cual se sintieron muy satisfechos.

165 «Haced saber a mis poderosos enemigos», les dice el rey Gúnter, «que harían bien en desistir de su empresa; mas si persisten en invadir mi tierra, y mis aliados no me abandonan, sufrirán un desastre irremediable».

166 Trajeron entonces apreciados obsequios a los mensajeros: Gúnter podía permitirse hacerlos. No se atrevieron a rehusar aquellos regalos los emisarios de Liúdeger y, tras despedirse, emprendieron alegres el viaje de regreso.

167 Cuando aquellos emisarios llegaron a Dinamarca e hicieron saber las nuevas que traían del Rin al rey Liúdegast, se apoderó de él la ira al tener conocimiento de la arrogancia burgundia.

168 Le dijeron que en Burgundia había muchos guerreros valientes, y que vieron destacar entre ellos a un caballero que se llamaba Sigfrido, un héroe de Niderlandia. Cuando esto oyó Liúdegast aumentó aún más su enojo.

169 Al saberse esta noticia, los daneses se aprestaron a buscar el mayor número de aliados hasta que el rey Liúdegast consiguió congregar unos veinte mil bravos guerreros para emprender su campaña.

170 También convocó a su ejército el rey Liúdeger de Sajonia hasta llegar los dos a reunir cuarenta mil o más guerreros. Con ellos pretendían llevar la guerra a tierras de Burgundia. Por otra parte, el rey Gúnter en su reino

171 había hecho llamar a sus deudos y a los vasallos de sus hermanos, y también a Hagen, pues necesitaba hombres para marchar a la guerra. Por esta causa muchos de esos guerreros habrían de encontrar la muerte.

172 Hicieron preparativos para su empresa guerrera. Cuando salieron de Worms y cruzaron el Rin se enco-

mendó a Vólker que portara la enseña, pero era el bravo Hagen de Tronje quien acaudillaba la hueste.

173 Junto a ellos cabalgaban Síndolt y el bravo Húnolt, que merecían muy bien el oro del rey Günter; Dánkwart, el hermano de Hagen, y también Ortwin de Metz formaban parte con honor en la expedición de guerra.

174 «Rey Gúnter, quedaos tranquilo en la corte», dice Sigfrido, «ya que vuestros guerreros están prestos para seguirme al combate. ¡Permaneced con las damas y mantened el buen ánimo! Sabré defender cumplidamente vuestro patrimonio y vuestra honra.

175 Me ocuparé de que vuestros enemigos, aquellos que quieren venir a Worms a buscaros, permanezcan en su tierra; tanto nos adentraremos en su territorio que haremos mudar en pánico su altanería».

176 Partieron del Rin y cabalgaron con sus guerreros atravesando las tierras de Hesse para dirigirse hacia el reino de Sajonia; más tarde entrarían en batalla. Devastaron aquel país mediante el saqueo y el incendio. Al saberlo los dos reyes, cundió en ellos el desasosiego.

177 Llegaron hasta la Marca sajona; en aquel punto se retiraron todos los escuderos y sirvientes. Sigfrido empezó a preguntar quién se encargaría de proteger a aquellas gentes. Los sajones jamás habían sufrido hasta entonces incursión tan devastadora.

178 Así le respondieron: «Que custodie el bravo Dánkwart a los más jóvenes y se ocupe de vigilar los caminos con ellos; él es un luchador experto. De esa forma serán menores las pérdidas que nos causen Liúdeger y sus guerreros. Que él y Ortwin defiendan la retaguardia».

179 «Yo mismo me adelantaré», dice el bravo Sigfrido, «para explorar el terreno y averiguar dónde se encuentra el enemigo y sus fuerzas». Al momento pertrecharon con sus armas al hijo de la hermosa Sigelinda.

180 Antes de partir puso las tropas al mando de Hagen y también del valeroso Gérnot. Luego se adentró en solitario en las tierras de Sajonia. Muchas correas de yelmos cortó Sigfrido aquel día.

181 Muy pronto divisó un gran ejército que acampaba en un llano y que superaba con creces a la tropa que él guiaba. Podían llegar a cuarenta mil, o quizá más, guerreros. Sigfrido, sonriente, observaba todo esto con el ánimo tranquilo.

182 Al mismo tiempo, desde el campo adversario había salido un guerrero a montar vigilancia. Ambos se vieron el uno al otro y empezaron a observarse con hostilidad en sus caras.

183 Os diré quién era aquel caballero que montaba guardia. Llevaba en su brazo un escudo de oro cuyo brillo cegaba: era el mismo rey Liúdegast, que velaba por sus huestes. El noble extranjero[17]picó espuelas, haciendo dar a su caballo un magnífico salto.

184 Para entonces Liúdegast ya había reconocido que ante sí se encontraba un enemigo. Ambos picaron espuelas en los ijares de sus caballos. Con todas sus fuerzas arremetieron sus lanzas contra el escudo del otro. Entonces aquel rey poderoso se vio en un gran apuro.

185 Tras la fuerte acometida se llevaron los caballos a los dos hijos de reyes, en sentidos opuestos, como si los arrastrase un torbellino. Como expertos jinetes, lograron dominar sus monturas con las bridas. Entonces, llenos de

furia, se agredieron con la espada los dos nobles caballeros.

186 Asestó Sigfrido un golpe con tanta fuerza que retembló todo el campo; con su mano poderosa hacía saltar el héroe chispas rojas de fuego del yelmo de su contrario. Los dos habían encontrado en el otro a un rival equivalente.

187 También el rey Liúdegast descargaba muchos golpes formidables. Los escudos apenas podían resistir la violencia terrible de los impactos. Treinta de sus guerreros eran testigos de la lucha, pero antes de que llegaran Sigfrido ya había vencido en el combate.

188 Su afilada espada había causado a su rival tres heridas muy graves por las que la sangre brotaba a través de su brillante coraza. Todo ello hizo que el ánimo del rey Liúdegast se derrumbara del todo.

189 Imploró por su vida y ofreció a Sigfrido sus tierras diciéndole que él era el rey Liúdegast. Llegaron entonces los guerreros que habían presenciado lo que había sucedido entre los dos hombres desde la vanguardia sajona.

190 Justo cuando Sigfrido iba a llevarse al vencido fue atacado por treinta de sus jinetes. El brazo del héroe hubo de defender entonces a su poderoso prisionero asestando golpes tremendos. Todavía causaría más estragos el muy noble guerrero.

191 Con gran bravura dio muerte a los treinta, menos a uno al que perdonó la vida. Partió este a todo galope para dar cuenta de todo lo que había pasado. La verdad también podía demostrarse al verse teñido de rojo su casco.

192 Grande fue la consternación entre los daneses al saber a su rey preso. Su hermano, al conocer la noticia,

montó en cólera, pues muy hondo sentía el ultraje.

193 De esa forma el señor Liúdegast fue llevado por la fuerza de Sigfrido ante las huestes del rey Gúnter. Allí quedó el prisionero bajo custodia de Hagen. Cuando supieron que se trataba del mismo rey de los daneses sus cuitas se disiparon.

194 Se ordenó a los burgundios que alzaran en alto su enseña: «¡Adelante!» dice Sigfrido. «Antes de que acabe el día muchas más cosas se habrán de hacer si yo no pierdo la vida». Esto será motivo de duelo para más de una hermosa dama de las tierras de Sajonia.

195 «¡Oídme, héroes del Rin! Puedo guiaros hasta las huestes del rey Liúdeger, y entonces veréis cómo se hienden los yelmos a manos de guerreros bravos. Antes de que regresemos nuestros enemigos habrán de sentir espanto».

196 Gérnot y sus gentes corrieron a los caballos. Igualmente el señor Vólker, el intrépido bardo, izó a toda prisa el estandarte y se puso a la cabeza de las huestes. Los demás también se aprestaron con valentía al combate.

197 Su número no alcanzaba el millar sin contar con los doce caballeros de Sigfrido. Al cabalgar levantaban nubes de polvo por los caminos; al avanzar por aquella tierra más de un escudo relucía.

198 También habían avanzado los sajones con sus tropas. Portaban espadas muy aceradas, como después he sabido; de aquellas que en manos de héroes producen tajos mortíferos. Se disponían a combatir contra los extranjeros por sus tierras y sus ciudades.

199 Al frente de las tropas sajonas y danesas marchaban sus capitanes. También avanzó Sigfrido con los doce

caballeros que trajo de Niderlandia. Más de una mano aquel día se teñiría de rojo en la batalla.

200 Síndolt y Húnolt, lo mismo que Gérnot, dieron muerte en la lucha a innumerables enemigos antes de que se dieran cuenta del valor de sus rivales. Muchas hermosas damas habrían de llorar luego por ellos.

201 Con la sangre derramada Vólker, Hagen y Ortwin, los aguerridos campeones, apagaron en la batalla el brillo de muchos yelmos. De igual modo el señor Dánkwart probó su valor, realizando grandes hazañas.

202 También los daneses dieron muestra de la fuerza de sus brazos; se podía oír el ruido atronador que las espadas aceradas producían al golpear los escudos. Los combativos sajones infligieron a sus enemigos grandes daños.

203 Los guerreros de Burgundia causaron muchas heridas mortales cuando se lanzaron al combate. Se veía correr mucha sangre por las monturas de los caballos. Bien sabían aquellos nobles y esforzados héroes cómo conquistar la fama.

204 Fuerte era el fragor que se oyó al golpear los afilados aceros que blandían los guerreros de Niderlandia, cuando siguiendo a su caudillo se arrojaron contra la hueste enemiga. Arremetieron con valor y con Sigfrido a la cabeza.

205 Ni uno solo de los guerreros del Rin podía seguir a su paso. Regueros de sangre chorreaban de los relucientes yelmos a causa de los golpes que Sigfrido descargaba, hasta que finalmente el héroe se encontró con Liúdeger al frente de su mesnada.

206 Para entonces Sigfrido se había abierto paso tres veces por medio de aquellas huestes y tres veces había vuelto. Hagen logra acercarse hasta él, ayudándolo a saciar

su ardor guerrero. A manos de los dos, muchos buenos caballeros habrían de perder la vida aquel día.

207 Cuando el poderoso Liúdeger vio a Sigfrido blandir en alto su noble espada Bálmung y dar muerte a tantos de sus guerreros, invadió al rey un gran ataque de ira.

208 Se produjo un gran tumulto al chocar los dos ejércitos, y un estrepitoso fragor se alzó al cruzarse las espadas. Las dos guerreros combatieron con ardor hasta que finalmente el ejército sajón comenzó a retirarse. Un odio feroz animaba a los contrincantes.

209 Al caudillo de los sajones le dieron la noticia de que su hermano había sido apresado. Aquello lo sumió en una aflicción profunda. Bien sabía él que el autor de aquello era el hijo de Sigelinda, aunque primero se dijo que era obra de Gérnot. La verdad se supo luego.

210 Los golpes de Liúdeger eran tan fuertes que Sigfrido sintió cómo bajo la silla el caballo comenzaba a tambalearse. Pero cuando volvió el animal a alzarse sobre sus patas, el bravo Sigfrido se lanzó con ferocidad al combate.

211 Hagen le prestó su ayuda y también Gérnot, Dánkwart y Vólker lo hicieron; bajo sus golpes cayeron muertos muchos de sus enemigos. Por su parte, Síndolt, Húnolt y el señor Ortwin derribaron un gran número de guerreros en aquella feroz pugna.

212 Nada hubo que pudiera separar a los dos nobles soberanos, a Sigfrido y a Liúdeger, en el fragor del combate. Muchas lanzas se vieron volar de las manos de los héroes por encima de los yelmos y atravesar los escudos refulgentes. De sangre se tiñeron muchas rodelas brillantes.

213 En el rigor de la lucha muchos guerreros cayeron de sus caballos. También el valiente Sigfrido y el rey Liúdeger siguieron peleando a pie su encarnizado combate. Por el cielo se veían volar muchos venablos y muchas afiladas lanzas.

214 Los golpes de Sigfrido hicieron saltar la abrazadera que sujetaba el escudo del rey Liúdeger. Estaba ahora seguro el héroe de Niderlandia de obtener la victoria sobre los bravos sajones, a los que ya se veía en situación apurada. ¡Ah! ¡Cuántísimas fueron las relucientes corazas que quebró el bravo Dánkwart!

215 Entonces distinguió el rey Liúdeger una corona pintada sobre el escudo que llevaba Sigfrido. En esto reconoció al poderoso héroe que tenía delante y comenzó de viva voz a dirigirse a los suyos:

216 «¡Cesad el combate, vosotros, todos mis súbditos! Ante mí se encuentra el hijo del rey: en él reconozco al valeroso Sigfrido. No ha sido otro sino el mismísimo demonio quien lo ha enviado al país de los sajones».

217 Dio orden el soberano de que se bajasen los pendones allí donde se libraba la pelea. Pedía paz el rey Liúdeger. Esta le fue concedida, mas a cambio iría como prisionero a las tierras del rey Günter. Así se lo impuso Sigfrido con la fuerza de su brazo.

218 De común acuerdo concluyó el combate. Por todas partes se despojaban de yelmos hendidos y de escudos resquebrajados. Todos ellos llevaban las huellas de la sangre vertida a causa de los burgundios.

219 Estos tomaron cuantos prisioneros quisieron, pues así podían hacerlo. Gérnot y Hagen dieron orden de que los heridos fuera transportados en literas. Después se llevaron hasta el Rin más de quinientos caballeros.

220 Los vencidos cabalgaron de regreso a Dinamarca. Pero los sajones no habían peleado tan bien en la batalla como para ser merecedores de gloria, y esto era para ellos un motivo de lamento. Muy llorados fueron aquellos que cayeron en la lucha.

221 Se ordenó que se cargaran todas las armas sobre las mulas y se llevaran al Rin. Sigfrido, el héroe, junto con todos sus caballeros, había cosechado un formidable éxito. Todos los guerreros del rey Gúnter así lo reconocieron.

222 A Worms mandó mensajeros el buen rey Gérnot: les daba cuenta a los suyos de la gran victoria que habían logrado él y todos sus hombres. Aquellos valientes héroes habían labrado su fama.

223 Partieron a toda prisa los emisarios a propagar el suceso. Aquellos que antes sentían pesadumbre experimentaban ahora gran regocijo al recibir la noticia. No dejaban de preguntarse las ilustres damas cómo los hombres del rey habían logrado aquel éxito.

224 Se ordenó a un mensajero presentarse ante Crimilda. Esto se hizo a escondidas, pues ella no se atrevía a interesarse abiertamente por el guerrero por quien su corazón desde hacía tiempo latía.

225 Cuando vio al mensajero acercarse a su aposento, así le habló la hermosa Crimilda con muy gentiles palabras: «¡Ven! Dame buenas noticias y te premiaré con oro. Si me dices la verdad te estaré por siempre reconocida.

226 ¿Han salido bien librados del combate mi hermano Gérnot y mis demás familiares? ¿Son muchos los que han perecido de los nuestros? ¿O quién probó más su coraje? Contéstame a todo esto». Así le responde el mensajero: «No hubo un solo cobarde entre los nuestros.

227 Además, mi noble princesa, cuando la pelea era más fiera, no hubo nadie, en honor a la verdad, que cabalgara con tanta gallardía como el caballero extranjero que vino de Niderlandia. La mano del bravo Sigfrido realizó grandes proezas.

228 Fueron muchas las hazañas en las que Dánkwart y Hagen y todos los demás guerreros con honor se distinguieron, pero estas valen poco más que viento si se las compara con las que consumó Sigfrido, el hijo del rey Sigmundo, en el campo de batalla.

229 A muchos héroes dieron muerte en el caos de la pelea, mas nadie os podrá relatar fielmente las gestas que llevó a cabo Sigfrido, él solo, en el ardor de la contienda. Muchas damas por su causa llevan duelo por la muerte de los suyos.

230 Allí quedaron tendidos los amantes de muchas damas. Se oían muy fuertes los golpes que él asestaba sobre los yelmos al hacer manar la sangre de las heridas que abrían. Sigfrido reúne en él todas las virtudes de un noble y esforzado caballero.

231 Ejemplar fue el proceder del señor Ortwin de Metz, pues aquel a quien alcanzaba con el filo de su espada caía malherido o muerto. Pero fue vuestro hermano Gérnot el que mayores estragos causara entre la hueste enemiga,

232 como nunca antes se infligiera en ninguna batalla. Es de justicia reconocer los méritos de estos extraordinarios guerreros: los orgullosos burgundios se han batido tan bravamente que han mantenido su honor limpio de toda mancha.

233 Entre el estruendo del chocar de las espadas, hicieron descabalgar de su montura a más de un jinete en el

campo de batalla. Tan grande fue su ardor en el combate, que más les hubiera valido a sus enemigos evitarlos.

234 Los valientes de Tronje causaron grandes estragos cuando chocaron las huestes en masas abigarradas. Las manos del bravo Hagen dieron muerte a más de un guerrero. Aquí en Burgundia mucho se hablará de ello.

235 Síndolt y Húnolt, los hombres de Gérnot, y el valiente Rúmolt lucharon con tanta bravura que el rey Liúdeger lamentará eternamente haber desafiado a los guerreros del Rin.

236 Pero las mayores hazañas de todas las que allí se vieron, desde la primera a la última, fueron valerosamente ejecutadas por el brazo de Sigfrido. A las tierras del rey Günter trae con él ricos guerreros cautivos.

237 Los sometió por la fuerza, ese hombre formidable, para desgracia del rey Liúdegast y también de su hermano, el rey Liúdeger de Sajonia. Pero seguid escuchando las noticias que he de contaros, mi muy noble reina.

238 Fue Sigfrido en solitario quien capturó a los dos reyes; jamás se trajeron tantísimos prisioneros a esta tierra. Ahora todos ellos se encaminan hacia el Rin gracias a sus insólitas gestas». No había otra noticia que pudiera ser más grata a los oídos de Crimilda.

239 «Traen aquí, a nuestra tierra, sin heridas a unos quinientos o más, y con heridas mortales, escuchad, mi noble reina, vienen ochenta literas ensangrentadas de cautivos a los que abatió el brazo de Sigfrido en casi todos los casos.

240 Aquellos que en su arrogancia vinieron hasta el Rin a declararnos la guerra, son ahora prisioneros del rey Günter. Hasta aquí a Worms los traen nuestros hombres

para nuestro regocijo». Cuando oyó estas noticias las mejillas de Crimilda florecieron de alegría.

241 Su bello rostro se tornó color de rosa al saber que el joven Sigfrido, el intrépido guerrero, había salido tan bien librado de aquel peligroso lance. Mucho también se alegró por sus parientes y hermanos, pues había motivos de sobra para celebrarlo.

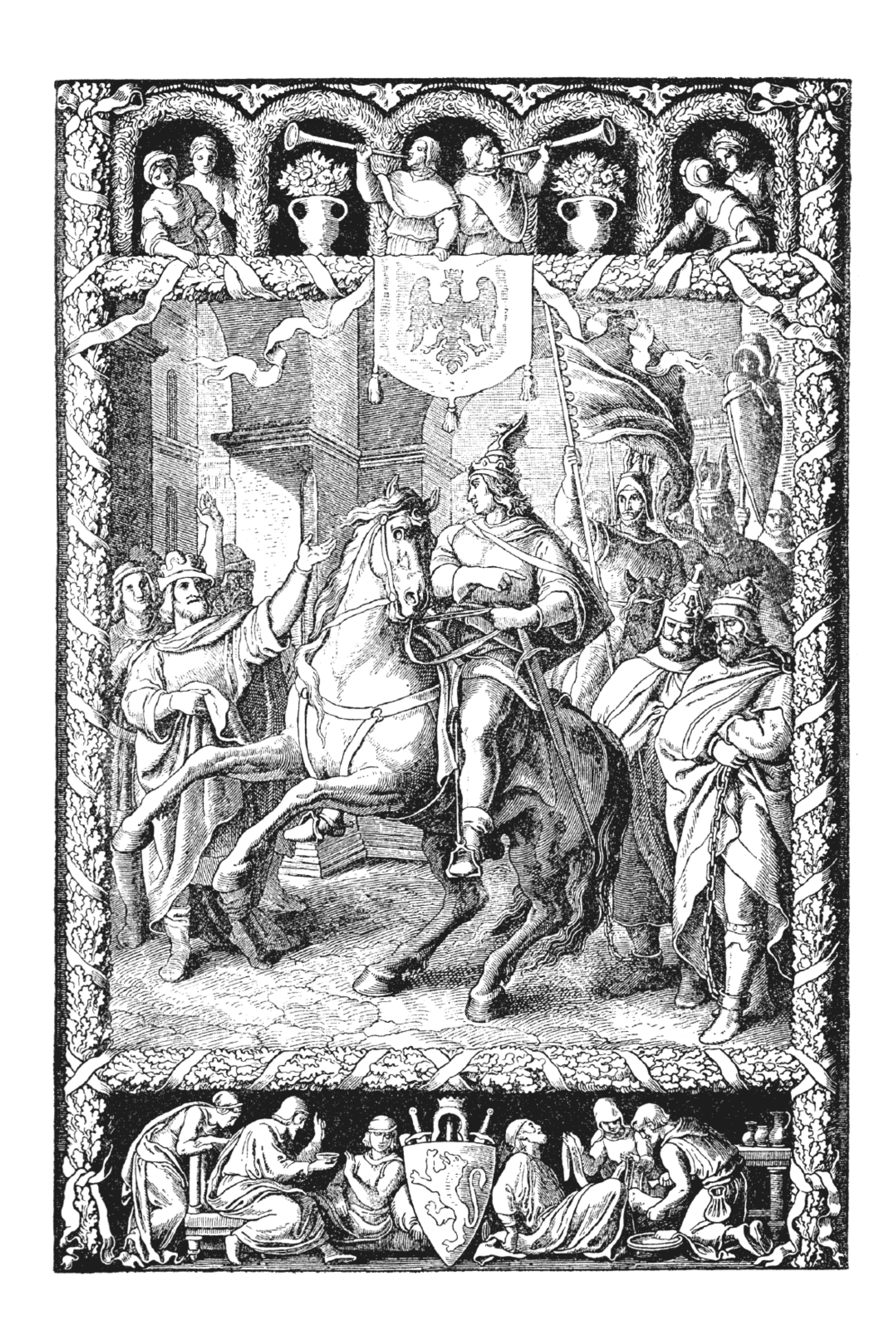
242 Así habló la hermosa joven: «Me has traído buenas nuevas: como recompensa haré que recibas diez marcos de oro y, además, un rico vestido». Causa alegría llevar noticias así a damas de alto linaje.

243 Le dieron su recompensa al mensajero: el oro y también el traje. Muchas bellas doncellas corrieron ilusionadas a las ventanas a asomarse. Pronto iban a presenciar la llegada de los orgullosos guerreros que regresaban a su patria.

244 En primer lugar venían aquellos que no habían sufrido ningún daño. Seguían después los heridos. De todas partes recibieron aclamaciones sin que se excluyese a nadie. El rey Günter, lleno de júbilo, salió a recibirlos a caballo. Finalmente había mudado en alegría lo que antaño era tristeza.

245 Recibió con honores a los suyos y también a los extranjeros, pues era de justicia que un rey tan poderoso agradeciera generosamente a aquellos que le habían brindado su ayuda y que habían conquistado una victoria tan honrosa en el campo de batalla.

246 Quiso saber el rey Günter noticias de cuáles de sus amigos habían caído en la campaña. Tan solo había perdido sesenta hombres. No quedaba otro remedio que resignarse y llorarlos, tal y como se hace hoy con los héroes que caen en el combate.



247 Los que volvían ilesos traían consigo a la patria muchos escudos partidos y muchos yelmos quebrados. Descabalgaron las tropas frente al palacio real y se oyó entonces un alegre clamor de voces que les dispensaba una calurosa recepción.

248 Después dio orden el rey de acomodar a los guerreros en la villa y de que se les dispensara el mejor trato. También ordenó cuidar a los heridos con el mayor esmero y que fueran alojados en buenos aposentos. Bien se vieron sus virtudes en el trato que dio a sus enemigos presos.

249 Así habló al rey Liúdeger: «¡Sed bienvenido a mi casa! Por vuestra causa he tenido que sufrir perjuicios de gran importancia; de ellos me resarciré si la suerte no me falla. ¡Que Dios premie a mis guerreros por haberme servido con tantísima nobleza!».

250 «Bien podéis agradecérselo», contestó Liúdeger. «Jamás hubo rey alguno que capturase rehenes de tanta importancia. Os daremos riquezas abundantes para que a cambio nos dispenséis un buen trato y seáis magnánimo con vuestros enemigos».

251 «Os dejaré marchar a los dos en libertad», dijo el rey, «pero como garantía quiero que mis enemigos se queden aquí conmigo y que no abandonen mi reino sin mi permiso». A esto Liúdeger ofreció su mano.

252 Se los llevó a descansar y se les proporcionó comodidades. Para los que estaban malheridos se les buscó buenos lechos y entre los que estaban ilesos se escanció rica hidromiel y buen vino. Nunca se prodigó entre la tropa alegría tan desbordante.

253 Se llevaron a guardar los escudos hendidos y también retiraron de la vista las muchas monturas ensangrentadas para que así las damas no rompieran en llanto.

Del combate volvían exhaustos muchos valientes guerreros.

254 El rey agasajó a sus invitados con gran generosidad. Por todas partes se veía a propios y a extraños. A los que sufrían graves heridas los hizo cuidar con desvelo. Su anterior arrogancia había menguado en extremo.

255 Los que entendían de medicina fueron bien recompensados con plata que no se llegó a pesar y con oro reluciente por mantener con vida a los héroes que habían sufrido heridas en el combate. Igualmente entre los suyos hizo el rey dádivas muy generosas.

256 A aquellos que tenían la intención de proseguir viaje hasta sus hogares, se les pidió que se quedasen a descansar algún tiempo, tal y como se hace con los amigos. Pidió entonces consejo el rey para saber cómo recompensar los servicios que con tanto honor habían prestado sus leales.

257 Entonces habló Gérnot: «Dejadles que ahora se vayan, pero hacedles saber que han de regresar de nuevo en el plazo de seis semanas. Muchos de los que ahora sufren graves heridas para entonces ya estarán curados».

258 También pidió Sigfrido licencia para partir de Niderlandia. Cuando el rey Gúnter lo supo, le rogó afectuosamente que permaneciera aún más tiempo a su lado. De no haber sido por Crimilda, el héroe nunca habría aceptado.

259 Además, era muy rico para aceptar una recompensa, aunque bien la había merecido. El rey le estaba reconocido, y también sus parientes, pues habían sido testigos de las proezas que en la batalla realizara Sigfrido.

260 Decidió postergar su partida para poder contemplar a la hermosa Crimilda, como así sucedería. Tal y co-

mo deseaba, logró por fin conocer a la doncella. Solo entonces regresó a la tierra de su padre, el rey Sigmundo, rebosante de alegría.

261 El anfitrión real alentaba de continuo los juegos caballerescos, y a ellos se entregaban gustosos muchos jóvenes guerreros. Se hizo disponer asientos en Worms, a orillas del Rin, para los invitados que vinieran a Burgundia.

262 Hacia la época en que estos debían llegar, supo la bella Crimilda que el rey iba a celebrar una gran fiesta en honor de sus leales guerreros. Se entregaron de inmediato muchas hermosas doncellas en afanosa actividad

263 a preparar los atuendos y tocados que allí pensaban lucir. También tuvo noticias la generosa reina Ute de la llegada de los nobles caballeros e hizo sacar de sus arcones los más refinados ropajes.

264 Por amor a sus hijos, hizo preparar las joyas y vestimentas que adornarían a muchas damas y doncellas y a más de un joven caballero de la tierra de Burgundia. También hizo preparar para los extranjeros unos magníficos trajes.

Canto V

De cómo Sigfrido vio por primera vez a Crimilda

265 TODOS LOS DÍAS se veía cabalgar hacia el Rin a gentes que querían acudir a la gran fiesta. Viajaban a Burgundia por amor hacia su rey. Todos ellos fueron obsequiados con buenos caballos y con magníficos ropajes.

266 Tal y como nos contaron, se habían preparado asientos para los más insignes y más bravos. Fueron treinta y dos los príncipes que acudieron al banquete. Las hermosas damas rivalizaban entre ellas con los más vistosos atuendos.

267 El joven Gíselher no encontraba un momento de descanso, pues él junto con su hermano Gérnot y sus servidores no cesaban de recibir cordialmente tanto a propios como a extraños. Saludaban a los caballeros tal y como correspondía a su rango.

268 Traían estos caballeros a las tierras de Burgundia muchas sillas adornadas de oro rojo, escudos engalanados y magníficos trajes que habían llevado hasta el Rin para el banquete real. A muchos de los heridos se los vería, más tarde, alborozarse.

269 Aquellos que por sus heridas habían de guardar cama se olvidaron de la crueldad de la muerte. No se oía ya lamentarse a los dolientes y enfermos. Todos se alborozaban pensando en los gozosos días que vendrían

270 y en lo mucho que disfrutarían en la gran fiesta. Todos los que participasen en ella vivirían una dicha desbordante y un regocijo sin límites. La alegría había invadido todo el reino del rey Günter.

271 La mañana del día de Pentecostés[18] se vio a cinco mil bravos guerreros o más, espléndidamente ataviados, llegar cabalgando a la fiesta. Empezaron a competir entre ellos por ver quién se divertía más.

272 Desde hacía tiempo el anfitrión real sabía cuán noblemente y de corazón amaba a su hermana el héroe de Niderlandia. Aunque nunca la había visto, sabía Sigfrido que su belleza era admirada por encima de las demás damas.

273 Así le habló al rey entonces el noble señor de Metz: «Si queréis que en esta fiesta se acreciente vuestra fama, dejad que vuestros invitados admiren a las hermosas doncellas que llenan de orgullo a Burgundia.

274 ¿Qué puede alegrar y hacer más feliz a un hombre que contemplar la belleza de doncellas y de encantadoras damas? Permitid que vuestros invitados gocen de la presencia de vuestra hermana». Aquel consejo se correspondía con el deseo de muchos héroes.

275 «Lo haré con mucho agrado», respondió el rey. Todos los que lo escucharon expresaron su alegría. Mandó recado el rey Günter a la reina Ute y a su muy hermosa hija de presentarse en la corte con todo su séquito de doncellas.

276 Sacaron de los baúles elegantes vestimentas; brazaletes y cintas de seda, y las más exquisitas piezas que hallaron en los arcones. Más de una hermosa dama se engalanó con gran celo.

277 Muchos jóvenes guerreros albergaban aquel día la esperanza de atraer las miradas complacientes de las damas. No habrían renunciado a aquel privilegio ni siquiera por la posesión de un reino. Estaban muy satisfechos por contemplar a damas que no conocían.

278 Ordenó el poderoso rey que acompañaran, para servir a su hermana, cien de sus caballeros, parientes de ambos todos ellos, con las espadas desenvainadas. Aquella era la corte real del reino de Burgundia.

279 Con ellos venía Ute, la muy poderosa reina. Tras ella seguía un cortejo de cien o más bellas doncellas ataviadas con los vestidos más finos. También acompañaban a Crimilda muy hermosas damiselas.

280 Se vio salir de una gran cámara a todo el numeroso séquito. Los héroes se atropellaban entre ellos esperando tener la oportunidad de disfrutar con la vista de aquella hermosa doncella.

281 Apareció entonces la bella cual si fuera la aurora rosada que despunta de entre las nubes oscuras. Aquel que tanto tiempo la había llevado en su corazón sintió cómo todos sus pesares desaparecían al instante. Ahora podía contemplar a su bellísima amada.



282 Muchas piedras preciosas brillaban en su vestido; el color de sus rosadas mejillas irradiaba destellos que invitaban al amor. Por mucho que alguien quisiera opinar lo contrario, nunca habría podido afirmar haber visto en el mundo una dama más bella.

283 Igual que cuando se asoma por entre las nubes la refulgente luna y oscurece con su luz el brillo de otras estrellas, así eclipsaba Crimilda en belleza a las demás hembras. Su presencia acrecentó el ánimo de más de un guerrero.

284 Nobles chambelanes marchaban delante de ella. Los caballeros, entusiasmados, no dejaban de amontonarse para poder ver a la encantadora doncella. El noble Sigfrido sentía a la vez alegría y tristeza.

285 Pensaba para sí de esta manera: «¿Cómo pudo haber ocurrido que haya soñado con amarte? No ha sido más que una ilusión infantil, pero si tengo que permanecer alejado de ti, antes prefiero la muerte». Turbado por tales cavilaciones, su rostro tan pronto palidecía como se ruborizaba.

286 Tan caballerosa era la figura que mostraba el hijo del rey Sigmundo, que parecía que hubiese sido retratada en un pergamino por las manos de un gran maestro. Por todas partes decían que nunca antes se había visto a un héroe tan apuesto y tan galante.

287 Los que escoltaban a Crimilda pidieron a todos que abrieran paso, y así lo hicieron los caballeros. La vista de las nobles doncellas alegró los corazones de aquellos bravos guerreros. Caminaban las gráciles damas con un porte señorial.

288 Habló entonces el señor Gérnot de Burgundia: «Günter, amado hermano, a aquel que te ha ofrecido sus

servicios de forma tan generosa debes rendirle honores ante todos estos héroes. Nunca sentiré vergüenza por darte este consejo.

289 Llama a Sigfrido para que conozca a nuestra hermana y ella pueda saludarle. Ello nos ha de rendir provecho. Para ella, que nunca saludó a ningún caballero, llega ahora el momento de hacerlo. Ganaremos así para nuestra causa a este magno guerrero».

290 Los allegados del rey fueron a buscar al héroe y de esta manera le hablaron al campeón de Niderlandia: «El rey os ruega que os presentéis en su corte para que su hermana os salude y así poderos honrar».

291 La noticia causó una gran felicidad al noble guerrero. Sentía en su corazón desbordarse la alegría porque pronto iba a conocer a la hermosa hija de Ute. Muy amable y virtuosa, saludaría ella a Sigfrido luego.

292 Cuando ella tuvo ante sí al hombre de tan gran coraje, de rojo se encendió su semblante. Así le habló la doncella: «¡Sed bienvenido, Sigfrido, noble y digno caballero!». Aquel saludo aumentó aún más si cabe su alegre estado de ánimo.

293 Dándole las gracias, se inclinó gentilmente ante ella y ella le tomó de la mano. ¡Con qué gallarda figura Sigfrido se erguía junto a la doncella! Furtivamente y en secreto los dos se dirigían amorosas miradas.

294 Si por amor unas manos blancas se acariciaron con ternura, eso lo ignoro totalmente, pero no puedo creer que se dejara de hacerlo. Con sus primeras miradas ella hizo saber a Sigfrido que sentía por él un tierno afecto.

295 Ni en la estación del verano ni en los días siguientes de mayo tendría Sigfrido en su corazón una aleg-

ría tan grande como la que sintió cuando caminaba de la mano con aquella a la que deseaba por esposa.

296 Así pensaba más de un guerrero: «¡Ojalá también yo pudiera caminar a su vera como veo hacer a Sigfrido o yacer junto a ella! ¡No sería yo el que planteara muchas quejas!». Jamás hubo héroe alguno que fuera como él tan merecedor del favor de una reina.

297 Fuera cual fuera el país de donde procedieran los invitados a la gran fiesta, sus ojos no podían dejar de mirar a la pareja. Se permitió a Crimilda besar[19] al apuesto guerrero. Nunca había sentido mayor dicha en la tierra.

298 Así habló el rey de Dinamarca en aquel momento: «Por recibir estos tan distinguidos saludos muchos han tenido que morir por la mano de Sigfrido. Bien soy testigo de ello. ¡No permita Dios que jamás regrese a mi reino!».

299 A todos se ordenó que abrieran paso a Crimilda y su cortejo. Muchos valientes guerreros la escoltaron a la iglesia con muy ricos atuendos. En seguida el bravo héroe se vio separado de la hermosa princesa.

300 Ahora entra ella en el templo y la siguen muchas doncellas. Su adorable presencia despertaba fantásticos e irrealizables deseos en muchos guerreros. Parecía como si hubiera nacido para alegrar la vista a más de un caballero.

301 Apenas podía esperar Sigfrido a que terminasen los cánticos de la misa. Daba gracias a su suerte por saber que gozaba del cariño de aquella a quien él llevaba en su corazón. También él por su parte correspondía a la hermosa doncella en su afecto con sobrados motivos.

302 Cuando salió ella de la iglesia después de oír la misa, se invitó al gentil héroe a acompañarla de nuevo. Fue entonces cuando la hermosa doncella quiso darle las

gracias por haber luchado tan bravamente al frente de sus allegados.

303 «¡Que Dios os pague, Sigfrido», le dice la bella joven, «por haber sabido ganaros la admiración y lealtad de nuestros hombres tal y como ellos mismos me cuentan». Entonces él dirigió a Crimilda una mirada amorosa.

304 «Siempre estaré a su servicio», así habla el caballero, «y mientras yo viva no descansaré un solo instante hasta haber cumplido con sus deseos. Hago esto, mi señora Crimilda, porque pretendo merecer vuestro favor».

305 Durante doce días se vio a la encantadora doncella caminar junto al héroe de camino a la corte, seguida de sus parientes. Complacían así al valiente Sigfrido por tenerlo en gran afecto.

306 Mucha alegría y alborozo se podía oír todos los días frente al palacio de Günter, dentro y fuera, pues muy grande era el bullicio que armaban aquellos valientes guerreros. Ortwin y Hagen realizaron maravillosas proezas.

307 Aquellos dos gallardos héroes estaban siempre dispuestos a participar, hasta el límite de sus fuerzas, en cualquier justa que se propusiera. Pronto ganaron gran fama entre los invitados aportando honor y gloria al rey Günter y a su reino.

308 Se vio a los que yacían heridos levantarse de sus lechos. Querían gozar de las diversiones con el resto de sus compañeros; deseaban participar en la lucha parando golpes con sus escudos y lanzando sus venablos. Los que eran más fuertes se prestaron a ayudarles.

309 Mientras duró la fiesta el rey ordenó que se les obsequiara con los mejores manjares. No quería que se le hiciera el más mínimo reproche y para ello no escatimó

ningún gasto. Se lo vio deambular entre sus invitados solícito y atento.

310 Les habló de esta manera: «Nobles caballeros, antes de que emprendáis el viaje de regreso a vuestra patria, aceptad mis obsequios. Si no los rechazáis, me sentiré muy honrado. Deseo daros las gracias compartiendo mi riqueza con vosotros».

311 Así hablan de inmediato los hombres de Dinamarca: «Antes de regresar a nuestra patria queremos concertar con vosotros una paz duradera. Ese es nuestro deseo, pues hemos perdido a más de un amigo querido a manos de vuestros guerreros».

312 El rey Liúdegast ya estaba repuesto de sus heridas, y también el señor de Sajonia había sanado del combate, pero eran muchos los muertos que se quedarían en Burgundia. Buscó entonces el rey Gúnter a Sigfrido.

313 Así le habló al guerrero: «Necesito que me aconsejes: nuestros enemigos quieren regresar mañana temprano a su patria y concluir una paz estable conmigo y con los nuestros. Dame, bravo Sigfrido, tu parecer y consejo.

314 Te diré lo que estos señores me ofrecen: me entregarán todo el oro que puedan cargar hasta quinientos caballos, si los dejo en libertad». Así le contesta el poderoso Sigfrido: «No me parece que eso sea lo apropiado.

315 Dejadles que partan libres de vuestro reino; mas para que estos nobles caballeros se abstengan de volver a invadir hostilmente vuestra patria, deberán dar su palabra y como garantía sellarlo estrechando vuestra mano».

316 «Seguiré tu consejo. Son libres de partir cuando les plazca». A los enemigos del rey Gúnter se les dijo que nadie deseaba el oro que ellos habían ofrecido. Allá lejos,

en su patria, sus seres queridos anhelaban el regreso de los guerreros extenuados del combate.

317 Trajeron entonces muchos escudos cargados de alhajas. El rey Gúnter repartió entre sus amigos joyas de manera generosa y sin reparar en su peso: hasta quinientos marcos o incluso más todavía. Así se lo aconsejó a su hermano el bravo Gérnot.

318 Todos se despidieron, pues deseaban no demorar su partida. Se vio luego a los caballeros dirigirse hacia Crimilda y hacia la reina Ute. Nunca hasta entonces se había dispensado a unos héroes tan honrosa despedida.

319 Cuando hubieron marchado quedaron vacíos los aposentos. Mas allí se quedaban, en aquella honorable corte, el rey con sus allegados y muchos ilustres caballeros. Día tras día se los veía presentar sus saludos a Crimilda.

320 Sigfrido, el noble adalid, quiso también despedirse, pues no albergaba la esperanza de conseguir aquello que anhelaba su corazón. Llegó a oídos del rey su deseo de partir, pero el joven Gíselher hizo que el héroe desistiera del viaje.

321 «¿A dónde quieres marchar, noble Sigfrido? ¡Quédate aquí, te lo ruego, entre nosotros, con el rey Gúnter y con sus guerreros! Aquí se encuentran muchas mujeres hermosas que tú podrías conocer».

322 Así responde el vigoroso Sigfrido: «¡Dejad en el establo los caballos! Quería marcharme lejos de aquí, pero ahora desisto de ello. Guardad también los escudos. Ciertamente era mi intención regresar a mi patria, pero el noble señor Gíselher me ha hecho renunciar de mi empeño».

323 Fue así como Sigfrido quedó retenido en Worms por la amistad de sus amigos. No había otro lugar en el mundo donde se hubiese encontrado más feliz que en esta tierra, pues de esa manera podía contemplar a Crimilda cada día.

324 A causa de la extraordinaria belleza de la doncella, permaneció el héroe en aquella tierra. Pasaba el tiempo en entretenidas diversiones, pero el amor por Crimilda le producía gran tormento. Por causa de aquel amor habría de sufrir más tarde una desdichada muerte.

Canto VI

De cómo Gúnter fue a Islandia a cortejar a Brunilda

325 UNAS SORPRENDENTES noticias llegaron hasta las gentes del Rin. Se decía que en una tierra lejana vivían muchas vírgenes hermosas. El noble rey Gúnter concibió la idea de conquistar a una de ellas. Aquel pensamiento hizo que se inundara de alegría el ánimo de sus guerreros.

326 Vivía al otro lado del mar una reina en su castillo. No se conocía ninguna otra que pudiera igualarla en belleza. Era extraordinariamente hermosa y poseía una inmensa fuerza. Competía con la lanza contra los nobles señores que querían ganar su mano.

327 Lanzaba a gran distancia la piedra y después superaba ella a los demás dando el salto más largo. Aquel que pretendiese su amor debía vencer en las tres pruebas a la muy noble dama de manera incuestionable. Quien fracasase en tan solo una de ellas sería decapitado.

328 Las veces en que la joven doncella había vencido en estas lides eran innumerables. Estas noticias llegaron a oídos de un noble caballero a orillas del Rin, que a partir de entonces dirigió su pensamiento hacia la hermosa mujer. Por ella muchos guerreros habrían de perder la vida.

329 Así habló el señor del Rin: «Seguiré el curso del río y después cruzaré el mar para buscar a Brunilda sin importar lo que me ocurra. Por su amor pondré en juego mi

vida. Estoy dispuesto a perderla si no hago de ella mi esposa».

330 «No os aconsejo hacerlo», así le habla Sigfrido, «pues esta reina mantiene tan crueles costumbres que pueden hacer pagar al que pretende su amor un precio bastante alto. Más os valdría renunciar a tal viaje».

331 Así dijo entonces Hagen: «En ese caso yo deseo daros un consejo diferente. Pedid a Sigfrido que sufra con vos las duras penalidades del viaje. Es este el mejor consejo que os puedo dar, pues es él quien mejor conoce todo cuanto se refiere a Brunilda[20]».

332 Dijo el rey Günter: «Noble Sigfrido, ¿me ayudarás a conquistar a esta hermosa reina? Si atiendes mi ruego y esta encantadora doncella se convierte en mi esposa, pondré a tu disposición mi honor y mi vida siempre que tú me lo pidas».

333 Así le responde Sigfrido, el hijo del rey Sigmundo: «Lo haré si me das por esposa a tu hermana, la hermosa y noble reina Crimilda. No deseo por mi esfuerzo ninguna otra recompensa».

334 «Lo juro, Sigfrido», le responde el rey Günter, «aquí te extiendo mi mano. Si la bella Brunilda viene a esta tierra, te daré a mi hermana por esposa. Así podrás vivir feliz para siempre con ella».

335 Entonces intercambiaron juramentos los dos nobles caballeros. Muchas y grandes penalidades serían las que deberían sufrir antes de llevar hasta el Rin a la hermosa Brunilda. Aquellos valientes deberían aún arrostrar muy graves peligros.

336 Sigfrido hubo de llevar consigo la prodigiosa capa que el valeroso héroe tras reñida lucha había arrancado

al fuerte enano Alberico. Los valientes y poderosos caballeros se dispusieron al viaje.

337 Cuando el hercúleo Sigfrido se cubría con aquel portentoso manto su vigor se volvía formidable, añadiendo a su propia fuerza la de otros doce guerreros. Mediante mágicas artes después conquistaría a la hermosa dama.

338 Aquella fantástica capa estaba tejida de tal manera que todo aquel que se cubriese con ella podía hacer lo que quisiera sin que le viera nadie. Fue así como el héroe llegó a conquistar a Brunilda. Mas al hacerlo acarrearía su desgracia.

339 «Dime, bravo Sigfrido, antes de que emprendamos viaje, ¿cuántos hombres son los que hemos de llevar al país de Brunilda para presentarnos con honor cuando crucemos el mar? Puedo reunir de inmediato hasta treinta mil guerreros».

340 «Por numeroso que sea nuestro ejército», le contesta Sigfrido, «la reina mantiene crueles costumbres y es tan grande su arrogancia que a todos les daría muerte. Os propongo algo mejor, noble y valeroso guerrero.

341 Seguiremos el cauce del Rin río abajo cual caballeros andantes[21]. Os diré quiénes son los que han de formar el grupo: los que nos hagamos a la mar no seremos más que cuatro. Conquistaremos así a la dama, suceda lo que suceda después.

342 Yo seré uno de ellos, tú has de ser el segundo y Hagen será el tercero. Así llevaremos a cabo con éxito nuestra empresa. El cuarto será el valiente Dánkwart. Ni siquiera mil guerreros podrían vencernos en combate».

343 Habló entonces así el rey: «Antes de emprender este viaje mucho me gustaría y alegraría saber con qué

atuendos deberemos presentarnos en la corte de Brunilda. Te ruego, Sigfrido, que me lo digas».

344 «Las más vistosas galas que jamás se hayan visto se lucen en el reino de Brunilda. Por esa razón llevaremos las más lujosas vestimentas en presencia de la dama. De ese modo no habrá nada que desdiga de nosotros cuando después se hable de nuestro viaje».

345 Dijo el buen caballero: «Yo mismo iré a pedirle a mi madre que sus hermosas sirvientas nos ayuden a preparar los ropajes que hemos de lucir con honor ante la noble doncella».

346 Entonces habló Hagen de Tronje con señorial porte: «¿Por qué queréis pedirle tal servicio a vuestra madre? Haced saber a vuestra hermana lo que pretendéis hacer. Ella, con su gran talento, nos será de gran ayuda en los preparativos de este viaje».

347 Mandó recado el rey Gúnter a su hermana, diciendo que deseaba verla junto con el caballero Sigfrido. Antes de que ellos llegaran, la joven se había vestido soberbiamente. Era evidente que la llegada de aquellos héroes no era para ella un motivo de tristeza.

348 También las damas de su séquito iban bellamente ataviadas como correspondía a su condición de nobleza. Cuando Crimilda oyó a los dos caballeros entrar en sus aposentos, se levantó de su silla y se adelantó a saludar a su hermano y al noble huésped.

349 «¡Sed bienvenido, hermano, y también quien os acompaña! Me gustaría saber», así les dijo Crimilda, «la razón de esta visita. ¿Qué os trae por esta corte? Decidme, nobles señores, ¿cómo puedo yo serviros?»

350 Así contesta el rey Gúnter: «Os lo diré, señora. A la par que sentimos alegría y alborozo, una gran desazón

atenaza nuestro ánimo. Queremos viajar a la corte de un país muy lejano y para ese viaje necesitamos las ropas más elegantes».

351 «Sentaos, querido hermano», dice la hija del rey, «y decidme quiénes son aquellas damas que deseáis cortejar en un país extranjero». La dama tomó de la mano a los dos nobles caballeros.

352 Los llevó al asiento donde ella estaba sentada antes sobre suntuosos almohadones bordados, bien lo sé, con bellísimos diseños y recamados de oro. Gran placer les produjo a los dos pasar su tiempo entre las damas.

353 Crimilda y Sigfrido tuvieron ocasión de intercambiarse muchas miradas de afecto con ojos enamorados. Él la llevaba en su corazón y la amaba tanto como a su mismísima vida. La hermosa Crimilda se convertiría después en la esposa del bravo guerrero.

354 Habló entonces el noble rey: «Sin vuestra ayuda, mi muy queridísima hermana, esta empresa jamás se podría llevar a cabo. Pretendemos aventurarnos en un viaje de cortejo al país de la reina Brunilda, y para presentarnos ante sus damas necesitamos las ropas más señoriales».

355 A esto respondió la doncella: «Mi amadísimo hermano, os ofrezco mi ayuda sin reservas y os serviré en todo aquello que esté en mi mano. Si no pudiera complaceros, me sentiría muy hondamente apenada.

356 No debéis, noble señor, sentir aprensión alguna pidiéndome tal encargo, sino mas bien claramente ordenármelo. Estoy dispuesta a realizar todo lo que deseáis y lo haré con sumo agrado». Así habló la encantadora doncella.

357 «Queremos, querida hermana, llevar atuendos suntuosos, y que vuestras nobles manos nos ayuden a di-

señarlos. Que vuestras damas los corten de forma que casen bien con nuestra figura y talle, ya que estamos decididos a emprender este viaje».

358 Entonces habló la doncella: «Escuchad lo que os digo: yo misma dispongo de seda[22]. Así, pues, haced que nos traigan piedras preciosas en escudos para que podamos prenderlas en los trajes». Tanto Gúnter como Sigfrido aceptaron de buen grado.

359 «¿Quiénes son los caballeros», pregunta la reina, «que es necesario vestir para que os acompañen a aquella corte lejana?». El rey Gúnter responde: «Seremos cuatro; conmigo, además de Sigfrido, vendrán los nobles Dánkwart y Hagen.

360 Atended, señora, a lo que ahora os digo: mis compañeros y yo hemos de llevar tres ropajes diferentes cada día durante cuatro[23], y han de ser tan elegantes que podamos regresar de la corte de Brunilda sin caer en desprestigio».

361 Se retiraron los señores tras una cordial despedida. Entonces la reina Crimilda mandó llamar de sus aposentos a treinta de sus sirvientas. En aquellas tareas eran todas ellas muy habilidosas y expertas.

362 En seda de Arabia, tan blanca como la nieve, y en la delicada seda de Zazamanc[24], tan verde como el trébol mismo, bordaron la más fina pedrería. El fruto de aquellas labores fueron unos vestidos magníficos. Crimilda, la hermosa dama, los cortó ella misma de su mano.

363 Prepararon forros con exóticas pieles de peces que jamás se habían visto, causando la admiración de todos. Luego los recubrieron de seda para que los caballeros pudieran lucirlos. Ahora oiréis las maravillas que se contaron de tan vistosos vestidos.

364 Tenían seda en abundancia de las tierras de Marruecos y también de las de Libia, las mejores que jamás lucieran los hijos de ningún rey. Bien se veía que Crimilda sentía por los caballeros una muy alta estima.

365 Tan elevado era el propósito de su viaje, que llevar pieles de armiño[25] no les pareció bastante para aquella empresa. Por eso añadieron pieles delicadas, tan negras como el carbón, tal y como las que aún lucen hoy los nobles señores en las fiestas.

366 Entre el oro de Arabia brillaban muchas gemas. La tarea que realizaron las damas no podía ser más ardua. Hubieron de pasar siete semanas para que acabaran las vestimentas. Para entonces ya estaban listas las armas de los guerreros.

367 Cuando todo estuvo dispuesto se construyó con diligencia una robusta nave que debía transportarles hasta el mar siguiendo el cauce del río. Las nobles doncellas se sentían muy fatigadas por tan tremendo esfuerzo.

368 Se dio aviso a los caballeros de que ya estaban preparadas las vestimentas que debían llevar en su viaje tal y como habían pedido ellos. Cuando por fin estuvieron terminados todos los preparativos, no desearon quedarse en el Rin mucho más tiempo.

369 Se envió un mensajero a los cuatro caballeros para preguntarles si querían ver sus nuevos atuendos y dijeran si su hechura les quedaba corta o larga. Los vestidos se ajustaban perfectamente a sus tallas y dieron gracias a las damas por ello.

370 Todo aquel con quien se encontraban confesaba no haber visto nunca ropa más elegante en el mundo. Podían bien alegrarse de llevar aquellos trajes a la corte de

Brunilda. Nadie había imaginado jamás mejores vestidos que los de aquellos héroes.

371 No se ahorró las palabras de agradecimiento a las nobles doncellas por su grandísimo esfuerzo. Los nobles héroes pidieron permiso para marcharse y lo hicieron según marcaba el uso entre caballeros. Muchos ojos claros se empañaron entonces y se llenaron de lágrimas.

372 Así habló Crimilda: «Querido hermano, aún estáis a tiempo de quedaros aquí y de buscar, eso sería lo sensato, otra dama entre las nuestras, y así no necesitaríais poner vuestra vida en juego. Podéis encontrar una esposa de una cuna tan alta sin tener que ir tan lejos».

373 Creo que el corazón de Crimilda estaba presintiendo lo que sucedería después. Lloraban todas a un tiempo cuando alguien intentaba ofrecerles consuelo. Las muchas lágrimas que brotaron de sus ojos empañaban el oro que lucía en sus pechos.

374 Dijo Crimilda: «Señor Sigfrido, permitidme que confíe a vuestra lealtad y amparo la vida de mi tan querido hermano, para que nada malo pueda ocurrirle en la tierra de Brunilda». Así lo jura el noble valiente, ofreciendo su mano a Crimilda.

375 Responde así el bravo héroe: «Mientras yo viva, noble señora, no debéis sentir ningún cuidado. Traeré a vuestro hermano de vuelta al Rin sano y salvo. Tened certeza de ello». Entonces Crimilda inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

376 Llevaron hasta la orilla sus escudos dorados y también todas sus armas. Trajeron sus caballos. Los héroes ya solo deseaban partir inmediatamente. Muchas fueron las lágrimas que se derramaron por más de una hermosa dama.

377 Se veía a muchas bellas doncellas asomadas a las ventanas. Sopló un fuerte viento en la vela haciendo impulsar la nave. Los orgullosos guerreros navegaban ahora sobre las aguas del Rin. Dijo entonces el rey Günter: «¿Quién gobernará la nave?».

378 «¡Seré yo!», dijo Sigfrido. «Sabed, mis buenos amigos, que puedo guiaros muy bien sobre estas aguas, pues conozco sus corrientes». Así, henchidos todos de un espíritu alegre, dejaban atrás las tierras de Burgundia.

379 Pronto tomó Sigfrido un remo y apartó de la orilla la nave con gran fuerza. También el intrépido rey Günter empujó con otro remo, y así aquellos ilustres y valientes caballeros se alejaron de la tierra.

380 Llevaban exquisitos manjares y el mejor vino de las tierras del Rin que se pudo encontrar. Los caballos estaban tranquilos y reposaban. La embarcación navegaba plácidamente sin que se viese ningún peligro que la pudiera amenazar.

381 El viento tensó las recias cuerdas que sujetaban las velas y, antes de que la noche cayera, ya habían navegado veinte millas gracias al viento favorable que los empujaba hacia el mar. Aquel afanoso esfuerzo habría de acarrear más tarde la desgracia a los orgullosos héroes.

382 En la mañana del duodécimo día, así fue como nos lo contaron, el viento los había llevado hasta Eisenstein[26], en el país de Brunilda. Nadie salvo Sigfrido conocía aquella tierra.

383 Cuando el rey Günter vio tantísimos castillos y territorios tan vastos no tardó en preguntar: «Dime, amigo Sigfrido, ¿conoces quién es el dueño de estas villas y de esta magnífica tierra?».

384 Así respondió Sigfrido: «Conozco bien la respuesta: este país y sus gentes pertenecen a Brunilda, y también el palacio de Eisenstein, del que ya os hablé anteriormente. Hoy mismo podréis ver allí muchas damas muy bellas.

385 Además, caballeros, deseo aconsejaros que estemos todos de acuerdo y digamos todos lo mismo. Considero prudente que obremos de ese modo cuando hoy nos presentemos ante la reina Brunilda.

386 Cuando veamos a la hermosa dama entre su séquito, vosotros, famosos héroes, deberéis declarar únicamente una cosa: que Gúnter es mi señor y que yo soy su vasallo. De esa manera, todo lo que él espera se podrá conseguir».

387 Todos se mostraron dispuestos a prometer lo que él exigía de ellos, sin que por eso sintieran merma alguna en su orgullo. Hablaron tal y como les dijo Sigfrido y todo salió tal y como estaba previsto cuando el rey Gúnter se presentó ante la hermosa Brunilda.

388 «Ofrezco mi ayuda en esta empresa no solo por vos, rey Gúnter, sino por el amor de vuestra hermana, la gentil doncella. Es ella para mí tan preciada como mi alma y mi vida. Os serviré de buen grado para hacerla mi esposa»[27].

Canto VII

De cómo Gúnter conquistó a Brunilda

389 PARA ENTONCES LA NAVE se había acercado tanto al castillo que el rey pudo ver a muchas hermosas doncellas asomadas a las ventanas. Mucho lamentaba Gúnter no conocer a ninguna.

390 Preguntó entonces a su compañero Sigfrido: «¿Por ventura conocéis a alguna de las doncellas que observan nuestra llegada desde aquellas almenas? Quienquiera que sea su señor, parecen ser damas de alta nobleza».

391 Entonces dijo el señor Sigfrido: «Mirad a las doncellas sin que os vean, y decidme cuál de ellas elegiríais si estuviera en vuestra mano». «Así lo haré», replicó el rey Gúnter, el caballero tan esforzado e intrépido.

392 «Veo a una joven en aquella ventana que luce un vestido tan blanco como la nieve, y es su cuerpo tan agraciado que mis ojos la escogen por su belleza. Si estuviera en mi mano la convertiría en mi esposa».

393 «Muy bien han sabido elegir tus ojos: ella es la noble Brunilda, la hermosa doncella que anhelan tu corazón, tu pensamiento y tu alma». El rey Gúnter no encontraba ninguna falta en ella.

394 Entonces mandó Brunilda a las hermosas doncellas que se apartaran de las ventanas. No debían permane-

cer allí bajo la mirada de extraños. Ellas obedecieron tal y como les fuera ordenado. También supimos lo que luego hicieron las damas.

395 Para presentarse ante los extranjeros se acicalaron las hermosas doncellas tal y como ha sido siempre la costumbre entre ellas. Después se acercaron a las estrechas troneras desde donde podían seguir observando a los héroes.

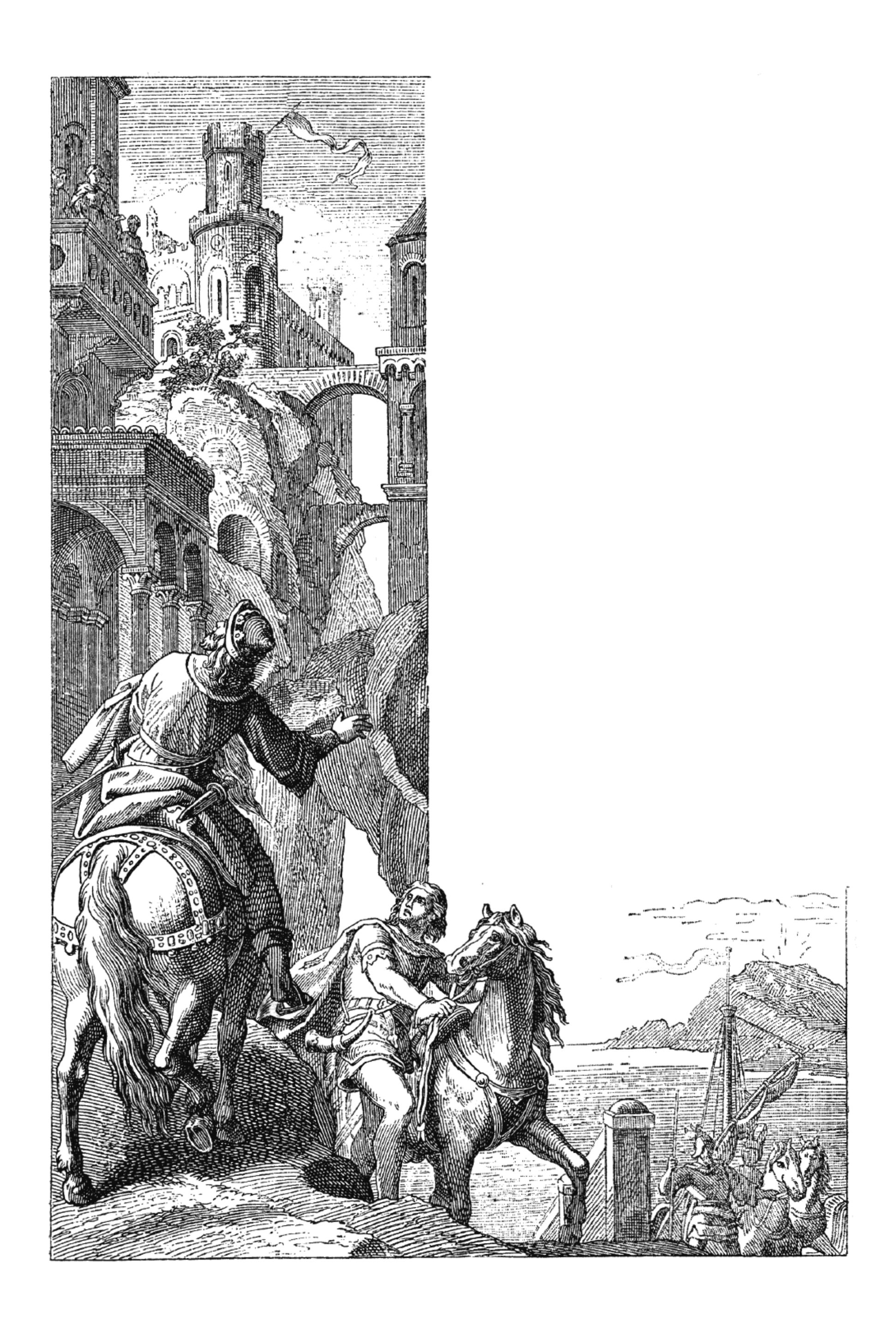
396 No eran más que cuatro los que desembarcaron en tierra. Desde sus observatorios vieron las gentiles doncellas cómo Sigfrido llevaba, de la brida, un caballo hasta la orilla. Se sentía el rey Gúnter muy honrado por aquella señal de reverencia[28].

397 Mantenía Sigfrido a un hermoso corcel sujeto por las riendas —era noble, grande, fuerte y de estampa muy bella— hasta que el rey hubo montado en su silla. Este honor le rindió el héroe al rey Gúnter, aunque luego este lo olvidaría totalmente.

398 Después bajó también Sigfrido de la nave a su caballo. Nunca antes había prestado el héroe un servicio semejante: sujetar los estribos para otro caballero. Todo ello lo contemplaron las nobles y bellas damas desde las estrechas aspilleras.

399 Los bravos caballeros tenían los dos un aspecto semejante: sus caballos y ropas eran tan blancos como la mismísima nieve. Sus vistosos escudos resplandecían en las manos de aquellos héroes valientes.

400 En sus monturas lucían preciosas gemas; de los petrales de sus caballos colgaban campanillas de oro rojo. Así, de forma tan majestuosa, hicieron su entrada en la sala de Brunilda. Llegaron a aquella tierra extranjera con las armas que su valor exigía.



401 Llevaban recién afiladas lanzas y aceros bien templados que llegaban hasta las espuelas de los nobles caballeros. Eran anchas y afiladas las espadas que portaban los valientes. Todo esto lo vio Brunilda, la muy noble doncella.

402 Dánkwart y Hagen también venían con ellos. Hemos oído contar que aquellos dos caballeros llevaban suntuosas ropas, negras como las alas de un cuervo. Sus escudos eran nuevos, fuertes, anchos y espléndidos.

403 Se veía piedras preciosas procedentes de la India relumbrar en sus ropajes. Los nobles e intrépidos héroes dejaron sin custodia alguna su embarcación en la orilla y se dirigieron al castillo montados en sus caballos.

404 En su interior se alzaban ochenta y seis torres, tres inmensos palacios y una magnífica sala cincelada en fino mármol que era tan verde como la hierba del prado. Allí se encontraba Brunilda con todos sus cortesanos.

405 Las puertas del castillo se abrieron de par en par. Salieron a recibirles las gentes de Brunilda para darles la bienvenida al país de su reina soberana. Se ordenó que guardaran sus caballos y tomaron a los guerreros los escudos de sus manos.

406 Dijo uno de los chambelanes: «Dadnos vuestras espadas y vuestras brillantes corazas». «¡De ningún modo!», respondió Hagen, «deseamos llevarlas nosotros». Entonces Sigfrido comenzó a explicar lo que era habitual en aquella corte.

407 «He de informaros que la costumbre en este castillo es que ningún extranjero puede llevar aquí armas. Dejad que tomen las vuestras, pues eso es lo acertado». Hagen, el vasallo del rey Günter, acató de mal grado aquel mandato.

408 Se obsequió con vino a los invitados y se los alojó en cómodos aposentos. Por todas partes en la corte se veía a muchos nobles caballeros ataviados con ropajes principescos, pero los valerosos extranjeros centraban todas las miradas.

409 Se hizo saber a la reina Brunilda que guerreros desconocidos, magníficamente ataviados, habían llegado a su corte navegando por el mar. Entonces la noble y hermosa doncella comenzó a preguntar:

410 «Decidme», habló la reina, «quiénes pueden ser estos extraños guerreros que tan orgullosamente se presentan en mi corte, y también cuál es la razón por la que han decidido emprender este viaje».

411 Respondió entonces uno de sus cortesanos: «Señora, puedo bien afirmar que jamás he visto a ninguno de esos caballeros, a no ser a uno de ellos, que se parece a Sigfrido. Como vuestro leal vasallo, os aconsejo que le dispenséis una cordial bienvenida.

412 El segundo de los compañeros posee una prestancia muy noble. Si tuviera el poder que aparenta, diría que es un rey poderoso que gobierna sobre vastísimas tierras, si es que acaso no es esa su dignidad. Por su porte real destaca de entre los otros.

413 A pesar de su gallarda apostura, oh noble reina, tiene el tercero compañero un aspecto muy fiero: son terribles las miradas que lanza a su alrededor. Creo poder afirmar que posee un carácter muy violento.

414 El más joven de ellos es también muy admirable. Muestra el valiente guerrero, en su juvenil apostura, una timidez que es propia de una doncella y una encantadora gracia. Pero sentiríamos pavor si alguno de entre nosotros llegara a desafiarlo.

415 Pero, por muy amable que sea su trato y su figura gallarda, haría llorar a muchas hermosas damas si se despertara su ira[29]. Por su figura se ve que posee las virtudes de nobleza que adornan al caballero que es valeroso y audaz».

416 Entonces habló la reina: «Que me traigan mis vestidos. Si el poderoso Sigfrido ha venido hasta estas tierras para conquistar mi amor, ha de costarle la vida. No me da tanto pavor como para que acepte ser su esposa».

417 Pronto la reina Brunilda estuvo ataviada con las mejores de sus galas. Formaban su cortejo muchas gentiles doncellas, quizá fueran más de ciento, y todas ellas bellamente engalanadas. Las nobles damas deseaban poder ver a los dignos extranjeros.

418 Las escoltaban quinientos guerreros de Islandia, o quizá más, todos ellos caballeros de Brunilda. Llevaban sus espadas desenvainadas. Aquel gesto fue motivo de agravio entre los invitados. Entonces los bravos y altivos héroes se alzaron de sus asientos.

419 Ahora oiréis lo que la reina dijo cuando esta vio a Sigfrido: «¡Sed bienvenido a mi país, Sigfrido! Mucho me complacería saber cuál es el propósito de vuestro viaje a nuestra tierra».

420 «Os doy, noble Brunilda, mis gracias más sinceras por haberos dignado saludarme a mí antes que al ilustre caballero que junto a mí se encuentra. Él es mi señor y, por tanto, es él quien merece tal deferencia.

421 Su linaje procede del Rin. ¿Qué más puedo contaros? Hemos venido hasta aquí a pretender vuestra mano. Desea poder amaros sin que le importe, en ningún caso, aquello que pueda pasarle. Pensad en su ofrecimiento

antes de que sea demasiado tarde, pues mi señor no desistirá de su empeño.

422 Se llama Gúnter y es un noble soberano. Si conquistara vuestro amor, no habría otra cosa que desease. El ilustre caballero, mi señor, me ordenó acompañarle en este viaje. Si hubiese podido negarme, con gusto habría preferido quedarme».

423 Respondió ella: «Si él es tu señor y tú su vasallo, y se atreve a competir y vence en las pruebas que le imponga, me convertiré en su esposa. Pero si soy yo la vencedora, todos perderéis la vida».

424 Así habló Hagen de Tronje: «Permitidnos conocer cuáles son las duros desafíos que proponéis. Muy arduos habrán de ser para que mi señor, el rey Gúnter, sea derrotado en la prueba. Él confía plenamente en conquistar a una reina tan hermosa».

425 «Deberá lanzar más lejos que yo una piedra, después ser él quien realice el salto más largo, y vencerme luego arrojando la lanza a mayor distancia. ¡No os precipitéis: muy bien podríais perder vuestro honor y vuestra vida! ¡Meditadlo seriamente!». Así es como habló la bella reina Brunilda.

426 Entonces el bravo Sigfrido se dirigió al rey y le rogó que no sintiera ningún miedo y que expresara con libertad su voluntad a la reina. «Sabré bien guardaros de ella gracias a mis artes mágicas».

427 Así habló el rey Gúnter: «Estableced, noble reina, aquellas reglas que juzguéis más oportunas. Incluso si estas fuesen muy duras, me sometería a todas ellas por vuestra belleza. Si no os hago mi esposa, perderé entonces mi vida».

428 Cuando hubo oído estas palabras, Brunilda ordenó que prepararan a toda prisa las pruebas tal y como correspondía. Hizo que le trajeran sus ropas de batalla, una coraza de oro bruñido y un escudo resistente.

429 La doncella se puso bajo la armadura una camisa de seda[30], una que jamás ninguna espada atravesara en combate. La delicada prenda estaba cosida con la mejor seda de Libia y sobre ella se veía relumbrar muchos ribetes dorados.

430 Mientras tanto los guerreros burgundios eran objeto de escarnios y burlas. Hagen y Dánkwart sentían gran descontento por ello. Les preocupaba especialmente lo que pudiera suceder a su señor y pensaban de este modo: «Este viaje nos llevará a la desgracia».

431 Mientras tanto el bravo Sigfrido había regresado a la nave sin que nadie se percatase de ello. Había ido a buscar su fabulosa capa mágica que allí tenía escondida. Se envolvió en ella lo más rápido que pudo y ya nadie pudo verlo.

432 Regresó a toda prisa y encontró a muchos guerreros en el lugar que la reina había elegido para el difícil reto. Llegó hasta allí en secreto, pues gracias a su artimaña era invisible para todos los presentes.

433 Se delimitó el ruedo donde había de celebrarse el torneo. Allí se veía a muchos bravos guerreros: setecientos, puede que más, y llevaban espadas todos ellos. Era su tarea decidir quién sería el vencedor de la prueba.

434 Entonces llegó Brunilda. Por las armas que llevaba parecía que iba a luchar contra todos los reyes del mundo. Sobre la seda que vestía se veía relucir muchas lentejuelas de oro. Aquella envoltura hacía que brillara aún más su límpida tez.

435 Detrás venía su séquito; traían un escudo de oro rojo, grande y muy resistente, con abrazaderas que eran tan fuertes como el mismo acero. Bajo la protección de aquellas armas, la hermosa doncella deseaba participar en el torneo.

436 El tiracol[31] del escudo era una delicada cinta sobre la que relucían piedras preciosas tan verdes como la hierba; rivalizaban en brillo con el del oro mismo. Muy valiente habría de ser el hombre que conquistase a Brunilda.

437 Nos cuentan que el escudo que la doncella habría de llevar al combate tenía en su abrazadera el grosor de unos tres palmos. Era tanto el oro y el acero que llevaba, que su chambelán y otros tres servidores apenas podían cargarlo.

438 Cuando el poderoso Hagen vio el escudo que traían, lleno de furia exclamó el héroe de Tronje: «¿Qué decís ahora, rey Gúnter? ¿Es así cómo hemos de perder la vida? ¡La mujer cuyo amor pretendéis es la esposa del diablo!».

439 Oiréis ahora cómo eran los vestidos de la reina, los cuales poseía en abundancia. Llevaba una falda de seda, muy noble y muy delicada, que procedía de Azagouc[32]. El fulgor de muchas piedras preciosas irradiaba un color fascinador sobre el talle de la reina.

440 Trajeron entonces a Brunilda una pesada lanza, muy grande y muy afilada, que ella solía lanzar. Aquella acerada arma era de un grueso y sólido temple, alargada y enorme, y su corte era mortal.

441 Ahora oiréis contar maravillas sobre lo mucho que pesaba aquella increíble lanza. Para forjarla hicieron falta tres medidas y media[33] del más noble metal. Con

gran dificultad podían transportarla tres servidores de Brunilda. Empezó el noble rey Gúnter a sentir desasosiego.

442 Pensaba así para sus adentros: «¿En qué habrá de parar todo esto? De este encuentro saldría malparado un demonio venido del mismo infierno. ¡Si mi vida estuviera a salvo en Burgundia, bien podría vivir esta reina libre de mis requiebros!».

443 Habló entonces el muy bravo Dánkwart, el hermano de Hagen: «Desde el fondo de mi alma me arrepiento de haber emprendido este viaje. Nuestra fama se forjó como guerreros, ¡y pereceremos en esta tierra lejana a manos de una mujer de una forma miserable!

444 Mucho me pesa haber venido a esta tierra. Si mi hermano Hagen tuviera su espada en la mano, y yo tuviera la mía, tendrían que refrenar un tanto su orgullo los vasallos de Brunilda.

445 Por mi fe, os aseguro que habrían de contener su arrogancia, y aun si yo hubiese jurado mil veces mantener siempre la paz, antes que ver morir a mi querido caudillo, esta doncella con toda su gran belleza habría de perder la vida».

446 «Si tuviéramos nuestras corazas y nuestras buenas espadas para poder combatir», dijo su hermano Hagen, «libres marcharíamos de este país y aplacaríamos la arrogancia altanera de esta poderosa reina».

447 Brunilda oyó claramente lo que el guerrero decía. Con ademán sonriente, lo miró por encima de los hombros y habló de esta manera: «Ya que se cree tan valiente, que le traigan su armadura y que devuelvan también a los caballeros sus afiladas espadas».

448 Cuando entregaron a los héroes sus armas tal y como ordenara Brunilda, el bravo Dánkwart enrojeció de alegría. «Pueden dar comienzo ahora las pruebas que ellos desean», dijo el esforzado héroe. «Gúnter será el vencedor en cualquiera de los casos, pues tenemos nuestras armas».

449 La extraordinaria fuerza de Brunilda era más que manifiesta: trajeron para ella a la palestra una pesada piedra, tan gruesa, voluminosa y redonda que doce bravos y fuertes guerreros apenas podían llevarla.

450 Era su costumbre lanzarla después de haber arrojado la lanza. Entre los burgundios empezó a cundir la alarma. «¡Dios nos valga!», dijo Hagen. «¿A quién pretende desposar nuestro rey? ¡En el infierno ella sería la esposa de Satanás!».

451 Entonces se arremangó la doncella la camisa dejando a la vista sus níveos brazos; con una mano tomó el escudo y con la otra alzó su lanza. Dio así comienzo el combate. Sigfrido y Gúnter temían la cólera de Brunilda.

452 De no haber acudido el héroe en ayuda de Gúnter, ella le habría dado muerte. Se acercó al rey a escondidas y tocó la mano de este. La mágica treta de Sigfrido asustó al rey grandemente.

453 «¿Quién me ha tocado?», se preguntaba el bravo rey, sin que al mirar a su alrededor pudiera ver a nadie. Entonces habló una voz: «Soy yo, vuestro amigo fiel, Sigfrido. Nada habéis de temer de la reina.

454 Poned el escudo en mis manos y dejadme a mí llevarlo, y prestad mucha atención a lo que os voy a decir. Haced los gestos oportunos, que yo me ocuparé del trabajo». Sintió gran alegría el rey Gúnter al reconocer la voz.

455 «Disimulad mi artificio y no lo reveléis a nadie. Así no podrá la reina ganar fama por venceros como ella tanto desea. Ahora mirad cómo la reina Brunilda, sin sentir temor ninguno, se dirige hacia vos».

456 La formidable doncella arrojó su lanza con todas sus fuerzas contra el flamante escudo ancho y grande que llevaba el hijo de Sigelinda. Del acero saltaban chispas como si fuera el viento el que las avivara.

457 La firme hoja de la lanza atravesó el escudo por completo, y hasta de la misma cota de malla se vio saltar el fuego. De aquel impacto tan fuerte, los dos hombres cayeron al suelo. De no haber sido por la capa invisible, los dos hubieran muerto.

458 El valiente Sigfrido vertía sangre por la boca, pero alzándose rápidamente tomó el bravo guerrero la lanza que había atravesado su escudo y volvió a arrojarla a la doncella con su brazo poderoso.

459 Pensaba él de esta manera: «No es mi deseo dar muerte a esta hermosa doncella». Empuñó entonces la lanza con su hoja hacía atrás y la lanzó con tal fuerza a su armadura que del golpe se oyó un fuerte estrépito.

460 Saltaron chispas de la cota de malla de la princesa como si el viento las hubiera hecho avivar. El hijo del rey Sigmundo había arrojado con tanto brío su lanza que, a pesar de todas sus fuerzas, el golpe hizo tambalearse a la reina. Ciertamente el rey Günter jamás hubiera podido hacer un lanzamiento tal.

461 La bella Brunilda se puso en pie de un salto al momento. «¡Günter, noble caballero, os doy las gracias por vuestro lanzamiento!». Pensaba ella que él la había derrotado con sus propias fuerzas. Poco adivinaba ella

que otro caballero, aun más fuerte, era quien lo había hecho en secreto.

462 Entonces se volvió llena de ira, acelerando su paso. La noble y digna doncella levantó la piedra en alto y la lanzó con gran fuerza muy lejos. Después de aquel lanzamiento, realizó ella un gran salto haciendo que su armadura sonara con mucho estruendo.

463 La piedra había recorrido doce brazas de distancia, pero el salto de la doncella había llegado aún más lejos. Sigfrido se dirigió a donde había caído la piedra. Gúnter fue quien la alzó, mas sería Sigfrido, el héroe, aquel que iba a arrojarla.



464 Sigfrido era valeroso, alto y muy fuerte: lanzó la piedra más lejos y luego dio un salto mucho más largo. Merced a sus artes mágicas, tuvo fuerza suficiente para transportar al rey Gúnter en su salto.

465 El salto se había dado; allí estaba la piedra, y solo se había visto al rey Gúnter. La reina Brunilda enrojeció de rabia. El bravo Sigfrido había salvado al rey de una muerte cierta.

466 Así habló a viva voz al séquito que la acompañaba, al ver que al otro extremo del ruedo Gúnter no había sufrido ningún daño: «¡Acercaos, mis vasallos y parientes! A partir de ahora será al rey Gúnter a quien habréis de rendir pleitesía».

467 Entonces aquellos bravos guerreros depusieron sus armas y se postraron de hinojos ante el poderoso rey Gúnter, soberano de Burgundia, pues creían que el rey había vencido en las pruebas gracias a la fuerza de su brazo.

468 Saludó a Brunilda con afecto, pues el rey hacía gala de una cortesía notable. La noble doncella entonces lo tomó de su mano: lo autorizaba de ese modo a gobernar sobre su tierra. Mucho complació a Hagen, el osado y bravo guerrero, la vista de todo aquello.

469 Brunilda pidió a Gúnter, el noble caballero, que la acompañara a su grandioso palacio. Una vez que estuvieron dentro se les dispensó a los guerreros un mayor agasajo. Ni Dánkwart ni tampoco Hagen vieron ninguna ofensa en ello.

470 El bravo Sigfrido tuvo la prudencia de esconder su capa mágica a toda prisa. Luego regresó a la sala donde se encontraba más de una hermosa doncella y así habló al rey Gúnter con astuto disimulo:

471 «¿A qué esperáis, mi señor? ¿Cuándo vais a comenzar los muchos desafíos que la reina os ha propuesto? ¡Mostradnos en qué consisten tales retos!». El bravo Sigfrido obraba como si no supiera nada de ello.

472 Así habló entonces la reina: «¿Cómo es, señor Sigfrido, que no habéis presenciado las pruebas en las que ha vencido el rey Gúnter?». A esto contestó Hagen, el guerrero de Burgundia.

473 Así dijo: «Mientras nos hacíais sufrir durante el combate en el que Gúnter venció, Sigfrido, el valiente héroe, se hallaba en la nave. Por esa razón él desconoce todo lo que ha sucedido». Aquellas fueron las palabras del vasallo del rey Gúnter.

474 «Mucho me alegra oír la noticia», dijo el señor Sigfrido, «de que vuestro orgullo se haya doblegado y de que alguien sea por fin vuestro amo. Ahora, no os queda otro remedio, noble dama, que acompañarnos al Rin».

475 Habló entonces la hermosa reina: «¡Es aún pronto para hacerlo! Mis vasallos y allegados deben saber antes la noticia. No puedo abandonar mi tierra tan fácilmente. Primero debo comunicar esta nueva a mis mejores amigos».

476 Mandó ella que partieran mensajeros hacia todas partes: ordenaba que acudieran de inmediato a Eisenstein todos sus parientes, amigos y vasallos. Hizo que a todos los emisarios se les entregara caros y fastuosos ropajes.

477 Mesnadas de caballeros cabalgaron días enteros, de la mañana a la noche, al palacio de Brunilda. «¡Maldición!», exclamó Hagen, «¿qué hemos hecho? ¡Nada bueno puede sucedernos esperando aquí a los hombres de la hermosa Brunilda!

478 Desconocemos cuáles serán los designios de Brunilda cuando vengan los guerreros con sus tropas a esta tierra. Quizá esté tan enojada que quiera poner fin a nuestras vidas. Esta noble princesa ha nacido para causarnos muchos grandes sinsabores».

479 Entonces dijo el poderoso Sigfrido: «Yo me ocuparé de impedirlo. No permitiré que suceda lo que causa vuestro miedo. Traeré en vuestra ayuda a los mejores héroes que jamás conocisteis.

480 No preguntéis más por mí; quiero abandonar esta tierra. ¡Que Dios guarde vuestro honor mientras tanto! Muy pronto regresaré y vendrán conmigo mil hombres; son los mejores guerreros que el mundo haya conocido».

481 «No demoréis vuestro regreso mucho tiempo», contestó el rey. «Vuestra ayuda nos place singularmente». Dijo Sigfrido: «Volveré en muy pocos días. Decidle a la reina Brunilda que me habéis enviado en una embajada siguiendo vuestras órdenes».

Canto VIII

De cómo partió Sigfrido en busca de sus hombres

482 OCULTO EN SU CAPA MÁGICA, marchó Sigfrido hacia la puerta que daba a la dársena, y allí encontró una barca. En ella penetró el hijo del rey Sigmundo sin que lo viera nadie. En seguida se alejó remando con tanta fuerza que parecía que lo transportara el viento.

483 Nadie veía al timonel, pero la nave avanzaba a toda prisa impulsada por la enorme fuerza de Sigfrido. Todos creyeron que un intenso viento hacía mover la barca. Sin embargo era Sigfrido, solo él, el hijo de Sigelinda, quien la pilotaba.

484 Durante el resto de aquel día y de la noche siguiente logró navegar con gran esfuerzo unas cien millas marinas, puede incluso que más, hasta llegar al país de los nibelungos, pues era en aquella tierra donde guardaba su fabuloso tesoro.

485 Por solo sus propios medios, el héroe consiguió arribar a un ancho islote en el río. Con presteza el esforzado caballero amarró la embarcación y se dirigió a una montaña donde se alzaba un castillo, buscando allí hospedaje tal y como hacen los caminantes cansados.

486 Llegó ante las puertas de entrada, que se encontraban cerradas. Protegían estas el honor de sus moradores, tal y como hoy siguen haciendo. El desconocido

comenzó a golpear las puertas, que estaban bien defendidas. Vio que en su interior

487 había un gigante que custodiaba el castillo, con sus armas siempre a mano. Así dijo: «¿Quién es el que llama a la puerta dando golpes tan fuertes?». Entonces el valeroso Sigfrido habló cambiando su voz:

488 «¡Soy un guerrero! Ábreme pronto la puerta o, si no, permaneceré aquí despertando la ira de más de uno que preferiría tener un dulce reposo y descansar en su lecho». Mucho irritaron al guardián las palabras de Sigfrido.

489 El bravo gigante entonces tomó sus armas y se colocó sobre su cabeza el yelmo; después, asiendo fuertemente su escudo, aquel fornido coloso abrió de un golpe la puerta y se lanzó furioso contra Sigfrido.

490 ¿Cómo se atrevía el extraño a despertar a tantos hombres valientes?, pensaba el gigante, al tiempo que descargaba fuertes y rápidos mandobles que el noble extranjero esquivaba. Mas el feroz cancerbero consiguió romper la abrazadera de su escudo con los golpes de su maza[34].

491 El héroe estaba en peligro y llegó incluso a temer por su propia vida, pues eran golpes muy fuertes los que asestaba el guardián. Mas por aquel proceder aumentaba aún más si cabe en la estima que por él sentía su amo, el noble señor Sigfrido.

492 Lucharon tan ferozmente que del estrépito retumbó todo el castillo. El estruendo podía oírse hasta en la sala del rey nibelungo, pero finalmente Sigfrido venció al guardián y después lo dejó atado. Aquella noticia se esparció rápidamente por todo el reino nibelungo.

493 Muy lejos, en la montaña, un enano salvaje, el valiente Alberico, había escuchado el clamor de la lucha. A

toda prisa tomó sus armas y partió hacia el lugar donde el noble desconocido acababa de amarrar a aquel gigante.

494 Alberico estaba furioso y la fuerza le sobraba en abundancia. Portaba un yelmo y una cota de malla, y en su mano empuñaba un gran látigo de oro[35]. Corrió a toda velocidad al encuentro de Sigfrido.



495 Siete pesadas bolas pendían de su látigo; con ellas golpeó fuertemente el escudo del bravo Sigfrido hasta casi destrozarlo. Nuevamente, la vida del intrépido héroe volvía a estar en peligro.

496 Sigfrido se deshizo de su escudo destrozado y enfundó su larga espada en la vaina. No deseaba dar muerte a su servidor, sino que protegía a su propia gente, tal y como el honor imponía a todo caballero.

497 Se lanzó contra Alberico, y con sus vigorosas manos agarró al canoso anciano por las barbas y tiró de ellas con mucha fuerza, hasta hacer gritar al hombre. Los tirones[36] recibidos causaron en el enano un dolor atroz.

498 Así gritaba el fuerte enano: «¡Perdonadme la vida! Si no hubiera hecho juramento de lealtad a otro señor, sería vuestro vasallo, antes que perder la vida». Aquellas fueron las palabras del astuto hombrecillo.

499 También ató al enano como antes había hecho con el gigante. La fuerza con que lo amarró Sigfrido le causaba gran dolor. Preguntó el enano entonces: «¿Cómo os llamáis?». Le respondió: «Me llamo Sigfrido. Creía que me conocías bien».

500 «Mucho me alegra saberlo», replicó el enano Alberico. «Por vuestras heroicas hazañas he comprobado yo mismo que sois con toda justicia el señor de esta tierra. Haré todo cuanto me ordenéis si me perdonáis la vida».

501 Así contestó el señor Sigfrido: «Ve en seguida al castillo y haz que vengan un millar de nibelungos de los mejores guerreros que existan en nuestra tierra y que aquí mismo se presenten ante mí». A nadie reveló la razón de su demanda.

502 Desligó entonces de sus ataduras al gigante y también a Alberico. Corrió luego Alberico en busca de los

guerreros. Presa aún del desasosiego, despertó a los nibelungos y a los vasallos de estos. Así les dijo: «¡Levantaos, bravos héroes, debéis venir con Sigfrido!».

503 Saltaron de sus lechos y al momento estuvieron todos dispuestos. En seguida mil osados guerreros vestían todo su atuendo. Marcharon después al lugar donde se hallaba Sigfrido; allí lo saludaron respetuosamente con palabras y gestos.

504 Se encendieron muchas velas y agasajaron al héroe con vino especiado[37]. Sigfrido les dio las gracias por haberse presentado en tan brevísimo tiempo y les dijo: «Debéis venir conmigo al otro lado del mar». Constató que aquellos esforzados héroes estaban muy bien dispuestos a hacerlo.

505 Más de treinta mil guerreros habían acudido a su llamada: los mil mejores se escogieron de entre ellos. Hizo Sigfrido que les entregaran sus yelmos y el resto de su armamento, pues deseaba que viajaran con él a la tierra de Brunilda.

506 Así les dijo: «¡Oíd, buenos caballeros, lo que tengo que deciros! Deberéis llevar ricos trajes a la corte, pues allí os contemplarán muchas hermosas damas. Es por eso necesario que vistáis con vuestras mejores galas».

507 Una mañana temprano emprendieron la marcha. ¡Qué guerreros tan magníficos acompañaban a Sigfrido! Llevaban buenos caballos y lucían fastuosos trajes. Con señorial pompa llegaron a la tierra de Brunilda.

508 Tras las almenas se encontraban muchas hermosas doncellas. Preguntó entonces la reina: «¿Conoce alguien quiénes son los que veo allá a lo lejos navegar sobre el mar? Las magníficas velas que despliegan son más blancas que la nieve».

509 Entonces Gúnter, el rey del Rin, habló así: «Son mis vasallos, señora; los dejé cerca de aquí cuando emprendimos este viaje. Los he mandado llamar, y ahora, mi reina, han llegado». Causó gran admiración la llegada de los esplendorosos extranjeros.

510 Se vio entonces a Sigfrido, magníficamente vestido, de pie sobre la proa de un barco y con muchos caballeros a su lado. Dijo entonces la reina: «Majestad, decidme si debo acoger a los extranjeros o debo, por el contrario, negarles mi saludo».

511 Respondió el rey: «Salid a su encuentro a la entrada de palacio. Así entenderán bien que nos complace acogerlos». La reina obró tal y como el rey le decía, saludando a Sigfrido de una manera especial.

512 A todos se dio alojamiento y se les guardó sus armas. Eran tantos los extranjeros llegados a aquella tierra, que por todas partes se amontonaban en masa: ya deseaban los valientes burgundios regresar a su patria.

513 Habló entonces la reina: «Estaría muy agradecida a quien repartiera, entre los invitados del rey y míos, oro y plata que poseo en abundancia». Respondió entonces Dánkwart, el vasallo del bravo Gíselher:

514 «Permitidme, noble reina, ocuparme de las llaves. Confío en repartir vuestro oro de manera ecuánime», dijo el valiente guerrero. «Así, de cualquier agravio que resulte será solo mía la falta». Pronto demostró Dánkwart su gran generosidad.

515 Cuando el hermano de Hagen se hizo cargo de las llaves, la mano del héroe prodigó tales regalos que a aquel que deseaba solo un marco le dio tantos que hasta el más pobre pudo vivir feliz durante el resto de sus días.

516 Repartía libras a cientos sin que llegara a contarlas; muchos que nunca antes habían vestido lujosos atuendos salían de aquella sala con señoriales ropajes. Cuando lo supo la reina su disgusto fue muy grande.

517 Habló entonces la noble reina: «Desearía, señor rey, que vuestro chambelán no estuviera tan decidido a dejarme sin uno solo de mis trajes. También ha dilapidado todo mi oro entre su gente. Apreciaría en mucho que alguien pudiera evitarlo.

518 ¡Dispensa tan generosos regalos e imagina el caballero que me encuentro en mi lecho de muerte! Es mi intención conservar aún largo tiempo la herencia que me legó mi padre: para malgastarla, solo conmigo me basto». Jamás tuvo reina alguna un chambelán que despilfarrase tanto.

519 Contestó Hagen de Tronje: «Señora, debéis saber que el rey del país del Rin tiene para regalar oro y ropajes en tan gran abundancia que no necesita llevarse nada de la tierra de Brunilda».

520 «¡No!», contestó al caballero la reina, «permitidme, si me queréis complacer, llenar veinte arcones de oro y seda, que repartiré yo misma cuando lleguemos a la tierra del rey Gúnter».

521 Cargaron las arcas con piedras preciosas. El propio chambelán de la reina hubo de estar presente en este oficio, pues desconfiaba del vasallo de Gíselher. En aquel momento Hagen y Gúnter prorrumpieron en risas.

522 Entonces la reina dijo: «¿A quién confiaré mis tierras? Será necesario que antes de emprender nuestro viaje establezcamos entre vos y yo la administración de las mismas». Contestó el rey: «Llamad a quien deseéis y será nombrado regente».

523 La reina se fijó entonces en uno de sus parientes más próximos que se encontraba a su lado. Era hermano de su madre y a él se dirigió la reina: «Os encomiendo el gobierno de mis castillos y feudos hasta que rija como soberano el rey Günter en esta tierra».

524 Luego escogió dos mil hombres de entre su séquito que, junto otros dos mil guerreros burgundios, debían escoltarla hasta el reino de Burgundia. Una vez hechos los preparativos debidos para el viaje, se los vio cabalgar hasta la orilla.

525 Acompañaban a Brunilda ochenta y seis damas y cien hermosas doncellas, todas ellas de extraordinaria belleza. No se demoraron mucho; querían partir en seguida. ¡Cuántas amargas lágrimas derramaron aquellos que no podían partir con ella!

526 Con señorial prestancia Brunilda abandonó su reino. Besó a los amigos queridos que se encontraban cerca de ella. Tras tan entrañable despedida se hizo la nave a la mar. Ya jamás regresaría la reina a la tierra de sus ancestros.

527 Durante la travesía se oyó tocar mucha música y hubo gran entretenimiento. Todos gozaron de muchos pasatiempos; un viento favorable hacía el viaje ameno. Con ánimo alegre dejaban atrás aquella tierra.

528 Sin embargo, Brunilda no quiso acostarse con el rey Günter durante el viaje. Reservaba aquel placer para cuando hubiesen llegado a Worms y celebrado una gran boda en palacio. Allí llegarían felices con sus héroes más tarde.

Canto IX

De cómo Sigfrido fue enviado a Worms

529 CUANDO HUBIERON NAVEGADO nueve días enteros, dijo Hagen de Tronje: «Escuchad lo que os digo. Hemos tardado mucho tiempo en mandar noticias nuestras a Worms junto al Rin. Vuestros mensajeros ya deberían encontrarse en Burgundia».

530 Esto contestó el rey Gúnter: «Estáis en lo cierto. Y nadie mejor que vos, amigo Hagen, para cumplir ese cometido. Cabalgad hasta mi reino. Nadie hará mejor relato que vos de nuestro viaje a la corte de Brunilda».

531 Replicó Hagen: «No soy buen mensajero. Dejadme seguir aquí en la nave y ser vuestro chambelán. Permaneceré entre las damas guardando sus ropajes[38] hasta que las llevemos a salvo al país de Burgundia.

532 Encomendad el encargo a Sigfrido. Por su extraordinaria fuerza, él lo cumplirá fielmente. Si se negara a emprender el viaje, rogadle amablemente que lo realice por el amor que siente por vuestra hermana».

533 El rey hizo buscar al guerrero, que se presentó en cuanto fue encontrado. Gúnter le dijo: «Nos encontramos ya muy cerca de Burgundia, y debo avisar con mensajeros a mi querida hermana y a mi madre de nuestra llegada al Rin.

534 Quiero pediros, Sigfrido, que cumpláis con mi deseo; por ello siempre os estaré agradecido». Así le habló el digno caballero. Pero inicialmente Sigfrido se negó a hacerlo hasta que el rey lo instó con sus ruegos.

535 Así le dijo: «Debéis partir a Burgundia no solo por mí, sino también por la hermosa Crimilda. Tanto ella como yo sabremos recompensaros debidamente por esta misión». Al oír esto, Sigfrido se aprestó a realizar el servicio.

536 «Decidme qué debo hacer, pues no os negaré nada; lo realizaré de buen grado por amor a la hermosa Crimilda. ¿Cómo podría rehusar yo nada a aquella a quien llevo en mi corazón? Por su amor cumpliré cualesquiera que sean vuestras órdenes».

537 «En tal caso, decid a mi madre, la reina Ute, que regresamos sumamente satisfechos a la patria. Haced saber a mis hermanos todo lo que nos ha acontecido en este viaje. Comunicad estas noticias también a nuestros amigos.

538 No ocultéis nada a mi hermosa hermana; hacedle llegar a ella, y también a toda mi corte y a mis vasallos, mis saludos y los de la reina Brunilda. He podido conquistar todo aquello que mi corazón ansiaba.

539 Y decid a mi querido sobrino Ortwin que haga preparar asientos en Worms, a las orillas del Rin; también han de saber el resto de mis parientes mi deseo de celebrar una solemne boda con la reina Brunilda.

540 Por último, debéis decirle a mi hermana que, tan pronto sepa que nuestros invitados y yo nos encontramos en nuestra tierra, ofrezca una calurosa recepción a mi amada. Por ello guardaré siempre gratitud a Crimilda».

541 Inmediatamente después el caballero Sigfrido se despidió de Brunilda y de todo su séquito, como exigía la cortesía. Luego montó en su caballo y se dirigió hacía el Rin. No se podía encontrar a nadie en el mundo que fuera mejor mensajero.

542 Acompañado de veinticuatro guerreros cabalgó él hasta Worms. Cuando se supo que llegaba sin el rey Gúnter, toda la corte se sumió en un inmenso desasosiego: temían que su señor hubiese hallado la muerte en aquella expedición.

543 Descabalgaron de sus caballos con el ánimo alegre. En seguida acudió Gíselher, el joven y buen rey, y también Gérnot, su hermano. Al ver que el rey Gúnter no se encontraba con Sigfrido, preguntó de inmediato:

544 «¡Sed bienvenido, Sigfrido! Debéis decirme dónde habéis dejado al rey, mi hermano. Temo que la fuerza de Brunilda nos lo haya arrebatado. Si es así, el amor que él tanto ansiaba nos ha hecho pagar un precio muy alto».

545 «¡Abandonad esos pensamientos! El rey os envía saludos a vos y todos sus deudos. Lo dejé en perfecto estado, y me envía como mensajero para que traiga nuevas suyas aquí, a vuestro reino.

546 Ocupaos de que vea a toda prisa a vuestra hermana y a la reina para que les haga saber el mensaje que Gúnter y Brunilda me han encargado darles: que ambos se encuentran muy bien y están en perfecto estado».

547 Dijo entonces el joven Gíselher: «¡Entonces id a verlas de inmediato! Con esa noticia llenaréis a mi hermana de alegría; siente gran desazón por la suerte de su hermano. Puedo aseguraros que vuestra presencia la colmará de alegría».

548 Dijo entonces el caballero Sigfrido: «En todo lo que pueda servirla, lo haré con lealtad y de buen grado. ¿Quién anunciará a las damas mi llegada?». De dar este aviso se ocupó Gíselher, el gallardo guerrero.

549 El bravo Gíselher dijo a su madre y a su hermana cuando vio a las dos juntas: «Ha llegado Sigfrido, el héroe de Niderlandia. Lo ha enviado mi hermano el rey Gúnter a nuestra patria en el Rin.

550 Nos trae noticias del rey. Os ruega que permitáis su presencia en vuestra corte; así él os podrá dar cuenta fiel de lo acontecido en Islandia». Las nobles damas permanecían aún profundamente alarmadas.

551 Corrieron por sus vestidos y se ataviaron a toda prisa. Después rogaron a Sigfrido que se presentara en la corte. Esto lo hizo muy gustoso, pues se sentía muy complacido al poder ver a las damas. La noble Crimilda le dirigió estas dulces palabras:

552 «¡Sed bienvenido, Sigfrido, muy grande es vuestra fama! ¿Dónde está mi hermano, el muy noble y poderoso rey Gúnter? Tememos haberlo perdido por la fuerza de Brunilda. ¡Ay de mí, pobre mujer! ¿Por qué tuve yo que nacer?».

553 Así replicó el valiente héroe: «¡Dadme el premio[39] que se da a los mensajeros! No tenéis, hermosas damas, motivo alguno para derramar vuestras lágrimas. Os aseguro que lo dejé sano y salvo. Me mandan aquí el rey y Brunilda para que os haga llegar su recado.

554 Con tierno afecto, mi muy nobílisima reina, Gúnter y su amada Brunilda os ofrecen su más devoto servicio y os mandan sus más cálidos saludos. Cesad, pues en vuestro llanto, pues los veréis llegar muy pronto». Hacía

ya mucho tiempo que Crimilda no escuchaba una noticia tan dulce.

555 Con un paño tan blanco como la nieve se enjugó ella las lágrimas que de sus bellos ojos manaban. Después dio gracias al mensajero por las buenas nuevas que este le comunicaba. Concluía para ella la tristeza y el llanto.

556 Rogó al mensajero que se sentase, y este obedeció muy gustoso. Después habló la gentil doncella: «Me sería muy grato pagaros con oro vuestro recado, mas sois ya demasiado rico para aceptarlo. Por este servicio, siempre os estaré reconocida».

557 «Aun si poseyera treinta reinos», respondió Sigfrido, «recibiría gustoso regalos de vuestra mano». «¡Sea así entonces!», dijo la noble doncella, y encargó a su chambelán que fuera a buscar la recompensa.

558 Le entregó como premio veinticuatro brazaletes recubiertos de la pedrería más fina. Mas era tal la disposición del héroe que no tenía ninguna intención de quedárselos, y los distribuyó al momento entre las doncellas que se hallaban en la cámara.

559 También la madre de Crimilda le expresó sus más efusivas gracias. «Debo, además, comunicaros», dijo el audaz guerrero, «lo que pide el rey Gúnter para cuando llegue al Rin. Si cumplís con su ruego él os lo agradecerá por siempre.

560 Le oí expresar su deseo de que ofrezcáis a sus ricos invitados una calurosa acogida y que cabalguéis hasta las orillas del Rin en Worms para salir a su encuentro. Para ello cuenta el rey Gúnter con vuestra lealtad ferviente».

561 Habló la gentil doncella: «Lo realizaré con el mayor gusto. No rehusaré ningún servicio que pueda ser de su agrado. Lo haré por lealtad y por cariño fraterno».

La alegría hizo entonces que sus mejillas se encendieran de rojo.

562 Jamás ningún mensajero real fue tan bien recibido. Si Crimilda se hubiese atrevido a hacerlo, gustosa lo habría besado. ¡Muy grande fue el cariño con que el héroe se despidió de las damas! Los burgundios procedieron a hacer lo que Sigfrido había indicado.



563 Síndolt, Húnolt y Rúmolt, el buen guerrero, no ahorraron ningún esfuerzo, teniendo como tenían que preparar los asientos en las orillas del Rin en Worms. Los servidores del rey trabajaron duramente sin tomar ningún descanso.

564 Ortwin y Gere se apresuraron a enviar a todas partes mensajeros para comunicar a los amigos y a los parientes del rey la boda que pronto iba a celebrarse. Para aquel gran día muchas hermosas doncellas preparaban ya sus galas.

565 Se decoró el palacio y sus paredes para recibir a los invitados. El gran salón del rey Gúnter se hizo amueblar con asientos y mesas para dar cabida a los muchos extranjeros. Con jubiloso alboroto daba comienzo la majestuosa fiesta.

566 De todas partes del reino comenzaron a llegar parientes de los tres reyes; se les había hecho llamar para que vinieran a recibir a Brunilda y a Gúnter. Muchos lujosos ropajes se sacaron entonces de los roperos.

567 Pronto se propagó la noticia de que habían visto acercarse al cortejo de Brunilda. Se produjo entonces una gran agitación entre las gentes de Burgundia que habían salido a esperarlo. ¡Qué guerreros tan bravos se veían por ambas partes!

568 Dijo la bella Crimilda: «Aquellas de mis doncellas que deseéis acompañarme a dar nuestra bienvenida, buscad los mejores ropajes que podáis encontrar en vuestros arcones. Así todos los invitados tendrán para nuestro pueblo palabras de respeto y de alabanza».

569 También llegaron los guerreros; habían encargado traer ricas sillas de montar de oro rojo para que en ellas

cabalgaran las damas hasta Worms junto al Rin. Mejores arreos nunca se habían visto antes.

570 ¡Cómo relucía aquel oro en los caballos! En sus bridas resplandecían tantas piedras preciosas que no podían contarse. Para las damas trajeron escabeles dorados colocados sobre seda muy brillante. Todos tenían el ánimo muy alegre.

571 Tal y como os he contado, estaban ya dispuestos los caballos para las nobles doncellas; llevaban los palafrenes en sus delgados petrales sedas de tal calidad que nadie nunca había podido siquiera imaginar que existieran.

572 Se vio salir del castillo a ochenta y seis señoras, todas ellas tocadas con sus cofias[40]; las bellas damas acompañaban a Crimilda, vestidas de blanco. Seguían después muchas encantadoras doncellas, también ricamente engalanadas.

573 Estas cincuenta y cuatro jóvenes eran las más hermosas de todo el reino de Burgundia; también eran las más nobles que se pudiera encontrar; cintas resplandecientes adornaban sus rubios cabellos. Los deseos del rey se habían cumplido con extraordinario celo.

574 Las ricas sedas —las mejores que existieran—, así como los muchos y finos vestidos que lucían ante los caballeros extranjeros, hacían juego con su singular belleza. Carecería de juicio aquel que encontrara alguna falta en ellas.

575 Por todas partes se veían muchas prendas de marta cibelina y de armiño. Muchos brazos y muñecas portaban brazaletes que las dueñas lucían sobre la seda. Nadie os podría dar cuenta exacta del esmero que aplicaron las damas en engalanar su apariencia.

576 Con largos y delicados cinturones finamente trabajados ceñían muchas de las damas sus blancos vestidos, y también sus ricas faldas hechas con la mejor seda de Arabia. La alegría embargaba a aquellas muy nobles damas.

577 Muchas hermosas jóvenes lucían en sus vestidos graciosos broches. Se hubieran sentido muy contrariadas si el destello de su atuendo hubiera superado al brillo de su tez blanca. Ningún linaje real tuvo jamás una comitiva tan bella.

578 Una vez que se hubieron vestido con sus ropajes las hermosas damas, llegaron en gran número los orgullosos caballeros que debían escoltarlas. Portaban junto a sus escudos lanzas hechas de fresno.

Canto X

De cómo Brunilda fue recibida en Worms

579 AL OTRO LADO del Rin se vio aparecer a una cuantiosa hueste. El rey con sus invitados se dirigía hacia la orilla. También se vio llevar de las bridas a muchas damas a caballo. Los que los esperaban en esta orilla estaban listos para darles la bienvenida.

580 Cuando los guerreros de Islandia y también los nibelungos, los guerreros de Sigfrido, se hubieron subido a las barcas, remaron a toda prisa. Podían ver a los amigos del rey esperándolos en la otra orilla.

581 Oiréis hablar ahora de cómo la reina Ute, la muy rica y poderosa, cabalgando ella misma, condujo a las doncellas de su séquito desde el castillo hasta la orilla. Muchas doncellas y caballeros se conocieron allí aquel día.

582 El duque Gere llevó de las riendas al caballo de Crimilda, pero solo hasta las puertas del castillo. A partir de allí fue el bravo Sigfrido quien se puso a su servicio. Tiempo después bien sabría recompensar la hermosa doncella al héroe por aquella servidumbre.

583 El valeroso Ortwin cabalgaba junto a la reina Ute; los seguían, haciéndose compañía, gran número de caballeros y doncellas. Hay que decir que nunca se había

visto a tantísimas damas juntas en una tan gran bienvenida.

584 Tal y como la ocasión requería, los bravos guerreros se entretenían compitiendo en torneos ante la bella Crimilda, mientras llegaban las barcas. Después se ayudó a descabalgar de sus monturas a muchas hermosas damas.

585 El rey y sus ilustres invitados habían cruzado el río. ¡Cuantísimas recias lanzas se astillaron a la vista de las damas! Muy fuerte se oía el estruendo que producían los golpes en los escudos. ¡Con que fragor resonaban las blocas[41]al golpearlas!

586 Las encantadoras damas se encontraban en la dársena. El rey Gúnter y sus invitados bajaron de las barcas; el monarca condujo a la reina Brunilda de la mano. Rivalizaban en fulgor las piedras preciosas con el resplandor de su ropaje.

587 Con gran dignidad se dirigió Crimilda a saludar a Brunilda y a todo su séquito. Con sus blancas manos las dos apartaron sus coronas de flores[42]para poder besarse. Así lo exigía la cortesía.

588 Entonces la joven Crimilda habló gentilmente: «Mi madre y yo, y también todos nuestros amigos leales, os damos la bienvenida a esta tierra». Brunilda le dio las gracias y en señal de respeto inclinó la cabeza.

589 Las damas se prodigaron en muchos y cariñosos abrazos. Nunca antes se había oído hablar de una bienvenida tan cálida como la que ambas damas, la reina Ute y su hija, ofrecieron a la joven novia. Besaron ellas muchas veces la dulce boca de Brunilda.

590 Cuando todas las damas de Brunilda hubieron desembarcado, muchos galantes guerreros tomaron cor-

tésmente de la mano a aquellas hermosas doncellas. Todas se alinearon en fila detrás de la reina Brunilda.

591 Transcurrió mucho tiempo antes de que los saludos se hubiesen intercambiado; fueron muchos los labios rosados que se besaron. Permanecían las dos poderosas princesas la una junto a la otra. Muchos famosos caballeros se alegraban al verlo.

592 Las seguían con la mirada aquellos que habían oído contar que no existía nada tan bello en el mundo como aquellas dos mujeres. Confirmaron con sus ojos la autenticidad de todo lo que les habían dicho: la belleza de ambas era natural y no había ningún artificio en ella.

593 Los que sabían apreciar a las mujeres y a sus graciosas figuras alabaron por su belleza a la novia del rey Gúnter. Sin embargo, los más conocedores, aquellos que más sabían, decían preferir más a Crimilda que a Brunilda.

594 Las damas y las doncellas, todas muy ricamente ataviadas, se dirigían las unas hacia las otras. Eran muchas las lujosas tiendas de seda que se alzaban en el prado frente a las puertas de Worms.

595 Los hombres del rey se agolpaban allí a su alrededor. Pidieron entonces a Brunilda y a Crimilda que fueran con todas sus damas a un lugar donde estuviesen a la sombra. Las escoltaron hasta allí los caballeros del reino de Burgundia.

596 También los invitados montaban ahora sus caballos y participaban en las muchas y grandiosas justas. Se vieron muchas veces escudos que eran atravesados por lanzas. Tanto era el polvo que se levantó en la plaza que parecía como si ardiera todo el reino. Bien se reconoció allí a los auténticos héroes.

597 Fueron muchas las doncellas que contemplaban las justas de los caballeros. Me parece que el bravo Sigfrido pasó con sus héroes muchísimas veces por delante de las tiendas; dirigía el héroe un millar de valientes nibelungos.

598 Se presentó entonces Hagen de Tronje por mandato de su rey. De manera amigable hizo cesar el torneo para que así las gentiles damas no se cubriesen de polvo. Los invitados aceptaron sus órdenes de buen grado.

599 Habló entonces el noble Gérnot: «Dejad que los caballos descansen hasta que refresque más la tarde. Acompañemos ahora a las damas al gran salón de palacio. Debéis estar preparados para cuando el rey quiera partir a caballo».

600 Cuando hubieron cesado los juegos en toda la plaza, los caballeros se dirigieron hacia las tiendas con la esperanza de encontrar agradable entretenimiento en compañía de las damas. Así pasaron el tiempo hasta que llegó el momento de partir.

601 Al atardecer, cuando el sol se ponía y empezaba a refrescar, no tardaron mucho los caballeros y las damas en dirigirse al castillo. Muchas de aquellas hermosas doncellas eran objeto de amorosas miradas.

602 Tal y como era costumbre, los bravos héroes ya habían destrozado sus vestiduras en sus temerarias pugnas mucho antes de que el rey hubiera descabalgado ante el gran salón de palacio. Después los caballeros ayudaron galantemente a las damas a poner su pie en tierra.

603 Se separaron entonces las dos poderosas reinas. La reina Ute y su hija Crimilda se retiraron a sus vastos aposentos, acompañadas de todo su séquito. Por todas

partes se oía clamor de gritos que eran de alegría y de júbilo.

604 Estaban preparados los asientos donde el rey debía sentarse a la mesa con sus invitados. Junto a él apareció la bella Brunilda; ceñía ella su corona en el reino de Burgundia: muy grande era su poder.

605 Se veía, según nos cuentan, muchas sillas y grandes mesas repletas todas de manjares. ¡Nada faltaba allí de todo lo que pudiera desearse! Sentados junto al rey podían verse muchos invitados que eran de ilustre linaje.

606 Los chambelanes del rey servían agua[43]en aguamaniles de oro rojo. Sería del todo falso, y yo tampoco lo creería, si oyera a alguien contar que en otras bodas reales pudo haberse dispensado mejor servicio.

607 Antes de que el señor del Rin se hubiera mojado las manos, el señor Sigfrido, obrando tal y como correspondía, recordó al rey Gúnter aquello que este le había prometido antes de que conociera a Brunilda en tierras de Islandia.

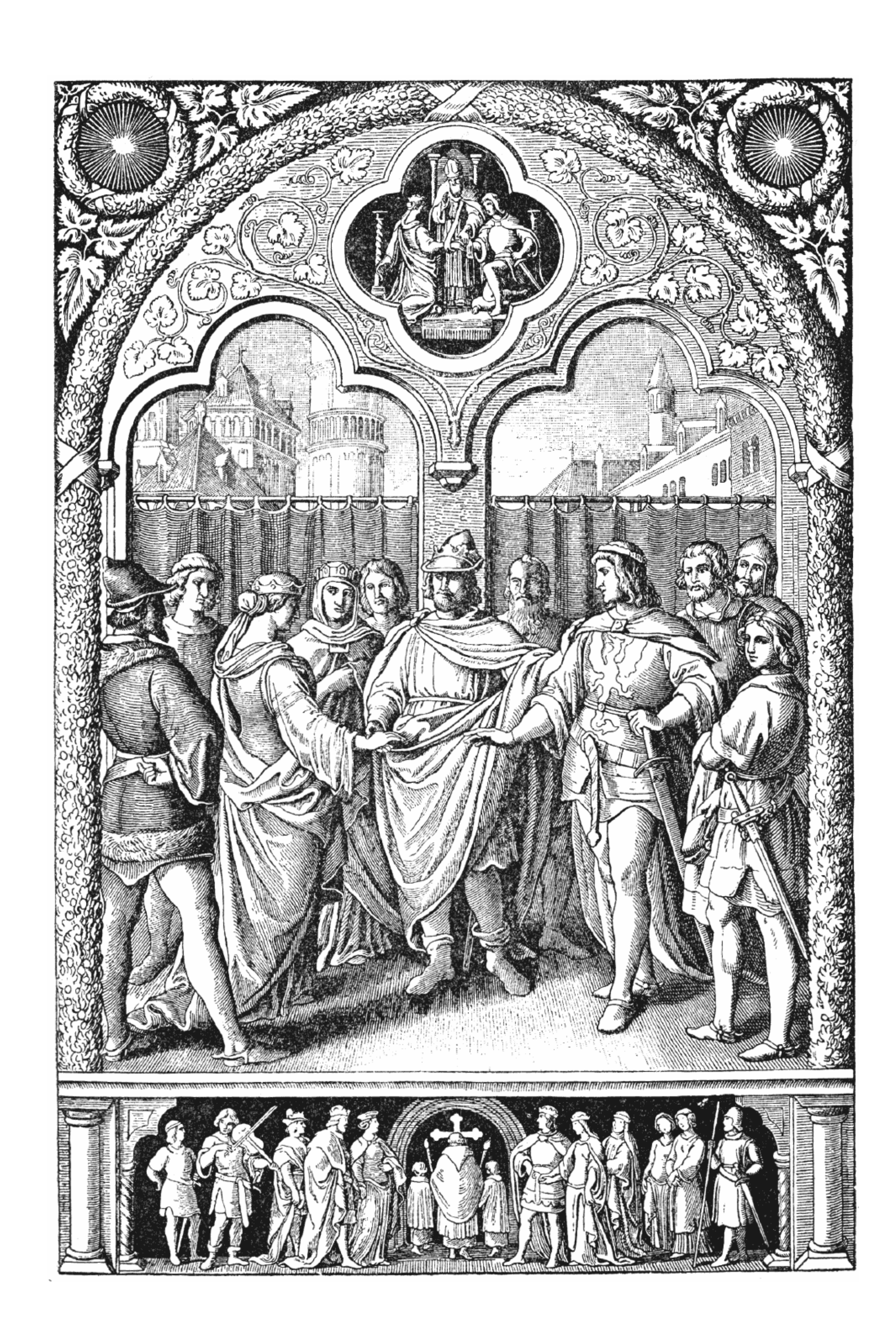
608 Así dijo: «Debéis recordar, rey Gúnter, el juramento que jurasteis con vuestra mano[44] que si alguna vez llegaba la reina Brunilda a esta tierra, me daríais por esposa a vuestra hermana, Crimilda. ¿Qué ha sido de esa promesa? Son grandes las penalidades que he sufrido en este viaje».

609 El rey contestó a su invitado: «Hacéis bien en recordármelo. Mi mano no ha de cometer perjurio. Os ayudaré a realizar vuestro sueño en todo lo que dependa de mí». Hicieron entonces llamar a Crimilda para que se presentara ante el rey.

610 Con sus más bellas doncellas se presentó en el salón. Pero entonces Gíselher gritó, mientras descendía

por unas escaleras: «¡Haced que se marchen esas doncellas! ¡Tan solo es a mi hermana Crimilda a quien el rey desea ver!».

611 Llevaron entonces a Crimilda adonde se encontraba el rey. Se hallaban con él en el gran salón muchos nobles caballeros de distintos reinos. A todos se les pidió que guardaran silencio. También la reina Brunilda hizo acto de presencia.



612 Dijo entonces el rey Gúnter: «Mi noble hermana, ruego de vuestra bondad que me liberéis de mi promesa. Había prometido en juramento vuestra mano a un caballero. Si lo hacéis vuestro esposo, habréis cumplido fielmente con mis deseos».

613 Contestó la noble joven: «Mi queridísimo hermano, no os hace falta rogármelo; ordenadme y obedezco. Ordenadlo y aceptaré de buen grado a aquel a quien me asignéis por esposo».

614 Su mirada enamorada encendió el semblante de Sigfrido. El héroe declaró entonces su lealtad a Crimilda. Se les pidió a los dos que se acercasen al círculo[45], y se le preguntó a Crimilda si deseaba tomar por esposo al apuesto héroe.

615 Su modestia virginal hizo a la joven ruborizarse al principio, mas era tal la fortuna de Sigfrido y su gallarda apariencia, que ella no quiso rechazarlo por más tiempo. El noble rey de Niderlandia prometió también tomarla por esposa.

616 Una vez que él hiciera su promesa y Crimilda la suya, Sigfrido pudo por fin estrechar entre sus brazos a la gentil doncella y besarla en presencia de todos los guerreros.

617 Se deshizo entonces el círculo que formaba el cortejo. Se vio después sentarse en el asiento de honor a Sigfrido y a Crimilda. Muchos de sus caballeros vinieron a rendirle homenaje. Igualmente se acercaron los guerreros nibelungos a presentar sus respetos.

618 El rey se sentó a la mesa junto a la joven Brunilda. Al ver a Crimilda sentada junto a Sigfrido, sintió ella tan gran dolor como jamás sintiera antes. Brunilda se

echó a llorar: lágrimas ardientes corrían por sus blancas mejillas.

619 Dijo entonces el soberano del reino: «¿Qué os sucede, mi señora, que enturbia el brillo de vuestros claros ojos? Más bien deberíais alegraros: mi reino, mis castillos y muchos nobles caballeros son ahora vuestros vasallos».

620 «Existe buena razón para mi llanto», dijo la hermosa doncella. «Siento gran tristeza por vuestra hermana. Mucho me duele verla sentada a la mesa junto a alguien que es vuestro vasallo. No dejaré de llorar si la veo tan humillada».

621 Dijo entonces el rey Günter: «Guardad silencio, os lo ruego. En otra ocasión os contaré la razón por la que doy a Sigfrido a mi hermana como esposa. ¡Ojalá pueda vivir siempre feliz junto a ese caballero!».

622 «Siempre lo lamentaré», dijo Brunilda, «por su hermosura y su cuna. Si supiera adónde huir, de buen grado lo haría para no tener que compartir con vos el lecho, a no ser que me digáis cómo ha logrado Sigfrido ser esposo de Crimilda».

623 Habló el rey Günter: «¡Os lo diré! Posee tantos castillos como yo y también un vasto reino. Tened certeza de que es un rey poderoso, y por esa razón acepto de muy buen grado entregarle a mi bella hermana por esposa».

624 Por mucho que habló el rey, Brunilda siguió afligida. Entonces muchos dignos caballeros se levantaron de la mesa. El estruendo que armaron en el torneo fue tan fuerte que hizo temblar al castillo. Pero entre sus invitados el rey Günter se sentía aburrido y descontento.

625 Discurría en su pensamiento lo agradable que sería yacer junto a la hermosa dama. En su corazón alberga-

ba la esperanza de que ella pagase su deuda de amor. Comenzó a dirigir a Brunilda miradas enamoradas.

626 Se pidió a los caballeros que pusieran fin a los juegos. Deseaba el rey Günter retirarse con su esposa. Poco después, en la escalera que partía del gran salón se encontraron Crimilda y Brunilda. El odio aún no reinaba entre ambas.

627 Sus dos séquitos llegaron en seguida, sin demorarse un momento. Sus elegantes chambelanes acudieron con las velas. Se separaron entonces los vasallos de ambos reyes. Se vio a muchos nobles caballeros seguir a Sigfrido.

628 Los dos señores llegaron a los aposentos donde debían descansar. Cada uno de los dos pensaba en conquistar el favor de cada una de sus encantadoras esposas. Aquel pensamiento les alegraba el ánimo. Inmenso e ilimitado fue el gozo que experimentó Sigfrido.

629 Cuando el señor Sigfrido se encontró con la doncella, le demostró su amor con tan noble afecto que ella se volvió para él más preciosa que su vida. Ni por otras mil mujeres hubiese cambiado a Crimilda.

630 No os hablaré más de cómo atendió a su dueña, mas escuchad el relato de cómo le fue al rey Günter, el galante caballero, con su esposa Brunilda: ciertamente en el pasado le había ido mucho mejor con otras damas.

631 Las gentes, los caballeros y las damas se habían retirado, y a continuación se cerraron las puertas de la cámara. Creía el rey Günter que iba abrazar las delicadas formas de Brunilda, pero no fue así: pasaría largo tiempo antes de que fuera su esposa.

632 Con una camisa blanca del mejor lino, Brunilda se introdujo en el lecho. Pensaba así el noble caballero: «Tengo ante mí todo aquello que he deseado durante to-

da mi vida». Su belleza extraordinaria atraía al rey en extremo.

633 La mano del noble rey apagó todas las velas. Después el intrépido caballero se dirigió adonde se hallaba la dama. Lleno de alegría, se acostó junto a ella y estrechó entre sus brazos a la hermosa Brunilda.

634 Muchas suaves caricias le habría prodigado si la noble dama le hubiera permitido hacerlo. Pero tan grande era el enojo que sentía ella, que él no pudo por menos que sentir miedo. Donde esperaba encontrar cariño, halló profundo rencor.

635 Habló ella: «¡Dejadme tranquila, noble señor! No ocurrirá nada de lo que vos esperáis. Fijaos en mis palabras: quiero mantenerme doncella hasta que me digáis la verdad de todo este asunto». El odio se apoderó del rey Günter.

636 En el forcejeo con ella por conseguir su amor a la fuerza, el rey desgarró su camisón. Entonces la orgullosa doncella, echando mano de un ceñidor hecho con fuerte cordón de seda que llevaba a la cintura, causó a Günter un gran daño.

637 Atándolo de pies y manos, lo llevó hasta la pared y allí lo colgó de un clavo. Puesto que él pretendía turbar su sueño, ella le prohibía amarla. Su extraordinaria fuerza casi le hizo perder la vida al rey Günter.

638 Aquel que creía ser su señor comenzó a suplicarla: «¡Desatad mis ligaduras, muy dignísima reina! Jamás trataré de venceros y no tengo la intención, hermosa dama, de volver a yacer a vuestro lado».

639 Poco se preocupó Brunilda por cómo lo había dejado mientras ella dormía plácidamente. Tuvo que permanecer colgado toda la noche hasta que despuntó el alba

y la luz del sol penetró por las ventanas. Si alguna vez su cuerpo poseyó fuerza, muy poca era la que ahora le quedaba.

640 «Decidme ahora, señor Gúnter», dijo la hermosa doncella, «si no sería vergonzoso para vos que vuestros chambelanes os encontraran atado por las manos de una hembra». Respondió el noble caballero: «A vos habría de costaros caro».

641 «Y mi honor tampoco ganaría mucho con ello». Continuó el valiente caballero. «Por el bien de nuestra fama, dejadme acercarme a vos. Puesto que mi afecto os causa tanto desagrado, jamás volverá a tocar vuestros vestidos mi mano».

642 A toda prisa lo liberó de sus ataduras. Cuando ella le permitió levantarse, volvió él de nuevo al lecho, pero se colocó a una distancia que apenas podía rozar su camisón de noche. Aquello se correspondía con el deseo de Brunilda.

643 Entonces entraron los sirvientes trayéndoles nuevas vestimentas. Se habían preparado muchos trajes para festejar aquella mañana nupcial. Por grande que fuera la alegría que cundía por todas partes, debajo de su corona[46] embargaba al rey una profunda tristeza.

644 Según eran la costumbre y la ley en aquella tierra, Gúnter y Brunilda se encaminaron sin dilación a la iglesia. Allí, donde se celebró la misa, también se encontraba Sigfrido. Grande era la multitud congregada en aquel lugar.

645 Según exigía la ceremonia real, se habían preparado los mantos y las coronas que habían de lucir. Recibieron entonces la bendición de la iglesia. Tras aquel acto solemne, se vio alzarse a los cuatro con sus coronas, llenos de júbilo.

646 Habéis de saber que aquel día muchos donceles, seiscientos, puede que más, recibieron su espada de caballero en honor de los reyes. Grande fue la alegría que se extendió por la tierra de Burgundia. Se oía entrechocar las lanzas a los jóvenes guerreros.

647 Asomadas a las ventanas se veía a hermosas doncellas. Ante ellas brillaban muchos escudos. El rey Gúnter se mantenía apartado de sus vasallos. Por mucha que fuera la alegría a su alrededor, se lo veía caminar cabizbajo.

648 Muy distinto era el ánimo de Sigfrido. Sospechaba el noble y audaz caballero lo que afligía al rey Gúnter. Se acercó hasta él y comenzó a preguntarle: «¿Cómo os ha ido la noche? Por favor, decídmelo».

649 Contestó así el anfitrión a su invitado: «He sufrido vergüenza y daño, pues he invitado a mi casa al mismísimo demonio. Cuando he querido abrazarla, me ha atado de pies y manos y me ha colgado en un clavo que había en la pared.

650 Allí pasé angustiado toda la noche hasta el alba, cuando me desató finalmente. ¡Ella, mientras tanto, dormía con toda tranquilidad! Al contaros mi queja, confío en vuestra leal amistad». Habló el bravo Sigfrido: «Creedme que lo lamento.

651 Si no tenéis nada en contra, pondré remedio a esa situación, de forma que esta misma noche duerma ella tan cerca de vos que jamás le sea posible volveros a negar su amor». Aquellas palabras aliviaron grandemente al rey Gúnter por las muchas tribulaciones sufridas.

652 Así habló Sigfrido: «Saldréis bien parado de este lance. Anoche nuestras fortunas corrieron desigual suerte. Vuestra hermana Crimilda es ahora para mí más preciada

que mi vida. Brunilda será hoy vuestra esposa antes de que llegue el día».

653 Así prosiguió: «Esta misma noche entraré en secreto en vuestros aposentos, ayudado por mi capa invisible. De esa manera, nadie podrá observar mi engaño. Haced que se marchen vuestros chambelanes.

654 Apagaré después las velas de los pajes para que con aquella señal podáis saber que estoy allí cerca, a vuestro servicio. Obligaré a vuestra esposa a que os ame esta noche o bien perderé en ello la vida».

655 «Con tal que no hagáis el amor a mi querida esposa», dijo el rey, «estoy de acuerdo en todo. Haced con ella lo que queráis y, si ha de perder la vida, también lo consentiré. ¡Es una mujer terrible!».

656 «Juro por mi honor», dijo Sigfrido, que no he de yacer con ella. Vuestra hermosa hermana está por encima de todas las mujeres que he visto en mi vida». Günter quedó satisfecho con la palabra de Sigfrido.

657 Mientras tanto los guerreros se entregaban con buena o mala fortuna a los placeres de los juegos caballerescos. Se puso fin al bullicio y a los torneos para que las damas pudieran llegar al gran salón. Sus chambelanes pedían a todos que se les abriera paso.

658 Las gentes y los caballos abandonaron el patio. Un obispo acompañó hasta la mesa de los reyes a cada una de las damas. Tras ellas seguían muchos apuestos caballeros que se dirigían a sus asientos.

659 Alegre y esperanzado se hallaba el rey sentado a la mesa. Pensaba en la promesa que le había hecho Sigfrido. Le parecía que aquel día duraba lo mismo que treinta. No otra cosa absorbía su pensamiento que conquistar el amor de Brunilda.

660 Apenas pudo esperar a que dejaran la mesa. Después condujeron a la bella Brunilda y también a Crimilda a sus respectivos aposentos. Se vio a muchos bravos guerreros escoltar a las reinas.

661 Alegre y sin rencor alguno, se hallaba Sigfrido sentado amorosamente al lado de su bella esposa. Acariciaba ella con sus manos blancas las del bravo guerrero hasta que él —nunca supo ella cuándo— desapareció de su vista.

662 Mientras jugaba con él a aquel amoroso juego, en un instante dejó de verlo y demandó a su séquito: «Me pregunto dónde habrá ido el rey. ¿Cómo ha podido tan de repente apartar sus manos de las mías?».

663 Ella ya no dijo más palabras. Él había marchado a la estancia donde muchos chambelanes daban luz con unas velas. Entonces comenzó a apagar una a una todas las que sostenían los pajes. El rey Gúnter supo así de la presencia de Sigfrido.

664 El rey sabía bien lo que iba a suceder e hizo salir de la estancia a damas y a doncellas. Una vez se hubieron ido, el mismo rey se apresuró a cerrar la puerta. La aseguró con dos pestillos muy fuertes.

665 Tras las cortinas de la cama, corrió a esconder las velas. Dio entonces comienzo la lucha —no podía ser de otra manera— entre el bravo Sigfrido y la bella doncella. El rey sentía al mismo tiempo alegría y tristeza.

666 Sigfrido se fue a acostar junto a la reina. Dijo ella: «¡Deteneos, Gúnter, por imperiosos que sean vuestros deseos, si no queréis recibir el mismo castigo que sufristeis anoche!». Más tarde esta dama habría de causar un gran daño a Sigfrido.

667 Sigfrido se mantuvo callado para que su voz no lo delatase. Günter podía oírlo todo y, aunque no podía ver nada, sabía que no había trato íntimo entre Brunilda y Sigfrido. ¡Poca fue la comodidad que los dos encontraron en el lecho!

668 Sigfrido se comportaba como si fuera el poderoso rey Günter estrechando entre sus brazos a la adorable doncella. Pero ella lo expulsó de la cama a un asiento cercano, haciendo que su cabeza se golpeara contra una silla y resonara con gran fuerza.

669 El bravo héroe se puso en pie de un salto y con renovadas fuerzas. Quiso volver a probarlo. Cuando trató de dominarla de nuevo, sufrió un grandísimo daño. No creo que jamás hembra alguna vuelva a defenderse de tal modo.



670 Como Sigfrido no cejaba en su empeño, Brunilda se levantó de un salto: «¡No os atreváis a destrozar mi camisón blanco!», dijo la hermosa doncella. «Sois grosero y habréis de lamentarlo. ¡Ya os enseñaré!».

671 Tomó por los brazos al osado caballero para intentar atarlo, tal y como había hecho con el rey, para poder tener paz en el lecho. Iba a cobrarse cruel venganza en aquel que había desgarrado sus vestidos.

672 ¿De qué le valía a Sigfrido su gran vigor y su brío? Ella le demostró la superioridad de su poder arrastrándolo a la fuerza, sin que él pudiera hacer nada, aprisionándolo entre un baúl y un muro.

673 «Ay de mí», pensó el guerrero. «Si voy a perder la vida a manos de una doncella, a partir de ahora todas las mujeres se mostrarán altaneras con sus maridos, aunque jamás antes hubieran pensado hacerlo».

674 El rey lo oía todo claramente y temía por Sigfrido. El héroe sintió gran vergüenza y empezó a encolerizarse. Aplicando toda su extraordinaria energía logró levantarse de nuevo y, con la fuerza que da la desesperación, intentó dominar a Brunilda.

675 Muy largo se le hizo al rey Gúnter hasta que Sigfrido logró rendirla. Apretaba ella con tal fuerza las manos del héroe que le sangraba las uñas causándole un dolor terrible. Sin embargo, conseguiría hacer retractarse a la altiva doncella



676 de la monstruosa promesa[47] que antes hiciera al rey Günter. El rey escuchaba todo aunque el héroe no dijera una palabra. Sigfrido la arrojó sobre el lecho mientras ella gritaba: grande era el dolor que la fuerza del campeón le causaba.

677 Entonces ella echó mano al cinturón que ceñía en su talle con la intención de amarrarlo. El héroe se defendió de tal modo que hizo crujir el cuerpo y todos los miembros de Brunilda. Con ello se puso fin a la lucha: ella sería esposa de Günter.

678 Así habló ella: «¡Dejadme vivir, rey noble! Os compensaré con creces por todo lo que os he hecho. Nunca más volveré a rechazar vuestro cariño. Por mí misma he comprobado que sabéis domar a una hembra».

679 Dejando tendida a la doncella en el lecho, Sigfrido se levantó y se apartó hacia un lado como si fuera a despojarse de su ropa. Sin que la noble reina lo notara, le quitó una sortija de oro de entre sus dedos.

680 También tomó su cinturón, un cordón trenzado de la mejor seda. Si lo hizo por arrogancia, no sabría yo decirlo. Ambos objetos se los regaló a su esposa, y esto tendría que lamentarlo más tarde. Brunilda y Günter yacían ahora el uno al lado del otro.

681 El rey la trató con gran ternura, como era lo apropiado. Ella, por su parte, hubo de renunciar a su pudor y a su ira. La intimidad marital la hizo empalidecer un tanto. ¡Ay, cuánto había debilitado el amor su poderosa fortaleza!

682 Su potencia ya no era superior a la de cualquier mujer. Günter la acariciaba muy amorosamente. Si ella hubiera tratado de oponer resistencia de nuevo, ¿de qué le

hubiese valido? Con sus caricias Günter había agotado su fuerza.

683 ¡Cuánto amor y ternura dedicó Brunilda a su esposo hasta que amaneció el nuevo día! Mientras tanto el señor Sigfrido había salido de la estancia y marchado a sus aposentos, donde una hermosa dama lo recibió con afecto.

684 Rehuyó la pregunta que ella pensaba hacer. Durante largo tiempo ocultaría de su vista aquello que le había traído[48], hasta el día en que ella ciñera corona en la tierra de Sigfrido. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo antes de que él le hiciera entrega de aquello que había pensado darle.

685 A la mañana siguiente el señor de aquella tierra se encontraba de mucho mejor humor que antes. Se propagó la alegría entre todos los nobles de su reino. Aquellos que habían sido invitados a palacio fueron objeto de atenciones especiales.

686 Los festejos de la boda duraron catorce días, y durante todo aquel tiempo ni un solo momento cesó el alegre bullicio de las muchas diversiones a las que se entregaban los que fueron invitados. Desorbitados fueron los gastos que hubo de pagar el rey.

687 Los allegados del noble anfitrión, siguiendo las órdenes del rey, repartieron en su honor abundantes vestidos y oro rojo, caballos y plata a los caballeros extranjeros. Los que recibieron regalos partieron de allí muy contentos.

688 Sigfrido, el señor de Niderlandia, junto con sus mil guerreros, donaron toda la vestimenta que hasta el Rin habían traído con ellos, además de sus caballos y sillas. Ciertamente daban pruebas de gran generosidad.

689 Mucho antes de que aquellos ricos regalos se hubieran distribuido, muy largo se les hacía el tiempo a aquellos que deseaban regresar a sus hogares. Nunca hubo invitados que recibieran mejor trato. Así acabaron las galas tal y como el rey Gúnter quiso.

Canto XI

De cómo Sigfrido regresó a su patria con su esposa

690 CUANDO HUBIERON PARTIDO todos los invitados dijo el hijo del rey Sigmundo a sus vasallos: «También nosotros debemos prepararnos para regresar a nuestra tierra». Mucho se alegró su esposa cuando se enteró de aquella nueva.

691 Así le dijo a su esposo: «¿Cuándo hemos de emprender el viaje? Me gustaría evitar la premura en lo posible. Antes deben repartir tierras mis hermanos conmigo». Sigfrido se lamentó al escuchar las palabras de Crimilda.

692 Los príncipes se acercaron a él y le dijeron los tres: «Podéis estar seguro, Sigfrido, de que os serviremos siempre con lealtad hasta el final de nuestros días». Por tan generoso ofrecimiento inclinó él su cabeza ante aquellos caballeros.

693 «También queremos repartir con vos», dijo el joven Gíselher, «las tierras y los castillos que por ley nos pertenecen. Recibiréis con Crimilda una cuantiosa parte de todos los vastos reinos que son vasallos nuestros».

694 Cuando el hijo del rey Sigmundo hubo escuchado las palabras y la voluntad de los príncipes, así les dijo: «Dios bendiga vuestros dominios y la gente que vive en ellos. Mi querida señora puede bien renunciar

695 a la parte que le queréis entregar, pues allí donde ceñirá corona, si yo vivo para verlo, será más poderosa que cualquier reina en el mundo. Para cualquier otra cosa que se os ofrezca estoy a vuestro servicio».

696 Habló Crimilda: «Aunque vos no deseéis aceptar mi herencia, yo no renunciaré a mis guerreros burgundios tan fácilmente. Cualquier rey se enorgullecería de llevárselos a su reino. Es mi deseo repartirlos con mis queridos hermanos».

697 Habló entonces el señor Gérnot: «Escoge los que tú quieras. Encontrarás a muchos que quieran acompañarte. De nuestros tres mil guerreros te daremos mil como guardia personal». Crimilda mandó buscar en seguida

698 a Hagen de Tronje y también al señor Ortwin para preguntarles si querían con sus parientes formar parte de su séquito. Entonces Hagen montó en cólera y dijo: «¡El rey Gúnter no puede cedernos a nadie en el mundo!

699 Haced que os siga otro séquito; conocéis bien las costumbres de los hombres de Tronje: es nuestra misión permanecer junto a los reyes en la corte. Seguiremos sirviendo a aquel al que hasta ahora hemos rendido vasallaje».

700 No se volvió a hablar más de aquello y se dispusieron a marchar. Para su noble cortejo escogió Crimilda treinta y dos doncellas y cincuenta guerreros. El margrave Éckewart siguió también a Sigfrido.

701 Todos, caballeros y escuderos, y también damas y doncellas, se despidieron entonces como es debido. Se separaron intercambiándose besos. Abandonaron contentos el país del rey Gúnter.

702 Los burgundios acompañaron a sus parientes durante un larguísimo trecho. Se había dado orden por todo el reino de que les prepararan alojamiento para pasar la noche allí donde quisieran detenerse. En seguida se enviaron mensajeros

703 al rey Sigmundo, y también a la reina Sigelinda, para anunciarles la llegada de su hijo, y también de la hija de la reina Ute, la hermosa Crimilda, procedentes de Worms junto al Rin. Ninguna otra noticia podía ser para ellos más apreciada que aquella.

704 «Estoy feliz», dijo Sigmundo, «de haber vivido para ver coronar a la bella Crimilda en nuestro reino. Así aumentarán grandemente mis dominios, y de ellos será rey mi hijo Sigfrido».

705 Como recompensa al mensajero, le dio la reina Sigelinda muchos vestidos de terciopelo rojo, plata y oro macizo, pues fue muy grande su alegría al conocer la noticia. Su séquito se vistió entonces con la solemnidad que correspondía.

706 También le dijeron quién acompañaba a Sigfrido. Hizo entonces colocar asientos por donde él debía ser coronado como nuevo rey delante de sus parientes. Los vasallos del rey Sigmundo partieron a caballo para darle la bienvenida.

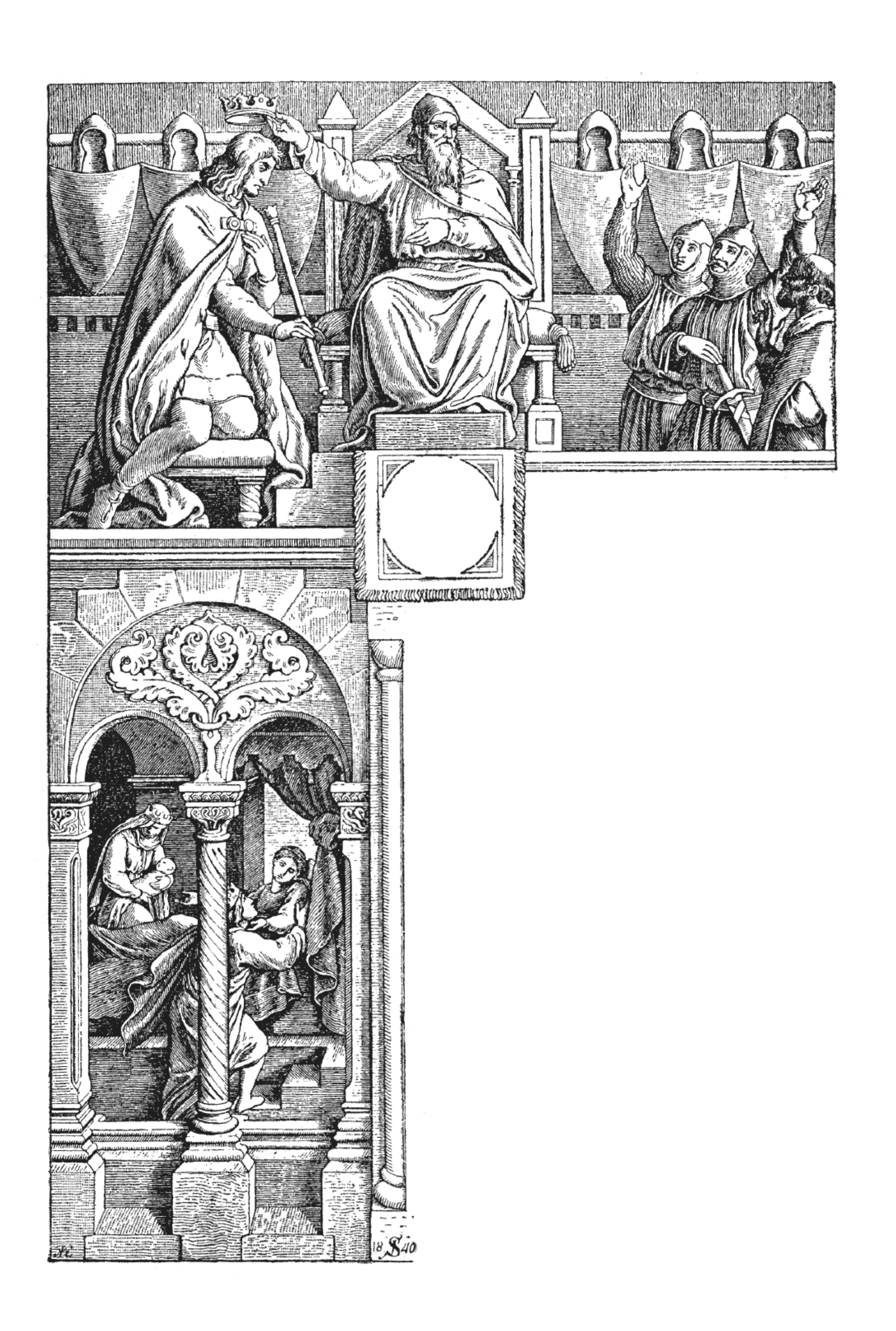
707 No tengo noticia alguna de alguien que fuera mejor recibido que aquellos héroes ilustres en la tierra de Sigmundo. Sigelinda se adelantó toda una jornada a caballo para saludar a Crimilda, acompañada por muchas hermosas damas y orgullosos caballeros.

708 Extraños y conocidos hubieron aún de sufrir penalidades hasta que finalmente llegaron al gran castillo de

Xanten. Más tarde, Sigfrido y Crimilda serían allí coronados.

709 Con feliz sonrisa, Sigmundo y Sigelinda besaron repetidas veces, con mucho afecto, a Crimilda y también a su hijo Sigfrido. Sus desvelos habían desaparecido. Recibió todo su séquito una calurosa bienvenida.

710 Se condujo a los invitados al salón del rey Sigmundo. Se ayudó a las bellas damas a bajar de sus monturas. Muchos caballeros se apresuraron celosamente a prestar aquel servicio a las hermosas señoras.


18 S 40

711 Por magníficas que fueran las celebraciones nupciales en el Rin, aquí se entregó a los héroes mejores y más suntuosos ropajes de los que nunca habían llevado antes. De la riqueza y del lujo de los burgundios se podrían contar maravillas.

712 Mientras los caballeros que se hallaban sentados a la mesa estaban rodeados de los más altos honores y riquezas que podía prodigárseles, sus sirvientes lucían cuantiosos ribetes dorados, incrustados con piedras preciosas y perlas. Grande era el celo con que los cuidaba la noble reina Sigelinda.

713 Habló entonces el rey Sigmundo ante todos sus amigos: «Quiero anunciar a los parientes de Sigfrido que será él quien ceñirá mi corona delante de todos estos guerreros». Los hombres de Niderlandia se alegraron al escuchar la noticia.

714 Entonces Sigmundo confió la corona y la administración de la justicia a su hijo, y también todo el reino. Desde entonces Sigfrido se convirtió en señor de todos. Cuando dictaba sentencia o debía castigar a alguien, lo hacía de tal modo que su rigor era temido.

715 Debo decir que vivió y reinó con gran esplendor ejerciendo la justicia hasta que, pasados diez años, su bella esposa dio a luz un hijo. De esa forma se cumplió la voluntad y el deseo de los parientes del rey.

716 Muy pronto se lo bautizó y por nombre se le puso Gúnter, como a su tío. No había en ello motivo de qué avergonzarse: prosperaría si se parecía a los parientes de su madre. Se lo educó con esmero tal y como procedía hacer.

717 Por aquellos días murió la reina Sigelinda. Entonces la digna hija de Ute asumió toda la autoridad que co-

rrespondía a una reina tan poderosa. Fueron muchos los que lloraron la pérdida de aquella gran soberana.

718 Igualmente en la corte del Rin por aquellas fechas, así nos lo han contado, la hermosa Brunilda dio un hijo al poderoso rey Gúnter. Por amor a su valeroso tío se lo llamó Sigfrido.

719 ¡Con cuánto desvelo se crió a aquel niño! El noble rey Gúnter le asignó tutores que debían instruirlo en las virtudes que adornan al caballero. ¡Ay, cuántos parientes le arrebataría, más tarde, el destino!

720 Por todas partes se oía hablar de forma elogiosa y constante de la vida fastuosa que llevaban los valientes caballeros en el reino de Sigmundo. Sabemos que de igual modo vivía el rey Gúnter con los suyos en el reino de Burgundia.

721 El país de los nibelungos rendía vasallaje a Sigfrido. Jamás ninguno de sus parientes alcanzó tanto poder, pues había heredado a Schilbungo y a sus guerreros y poseía los tesoros de ambos reyes[49]. Aquello hacía sentir orgullo al valiente héroe.

722 El bravo señor poseía ahora el mayor tesoro que jamás tuviera un héroe, con excepción de aquellos que lo habían poseído antes. Lo había conquistado con la fuerza de su brazo, al pie de una montaña, dando muerte a muchos bravos guerreros.

723 Muchos eran los honores que tenía, pero, aunque no los hubiese tenido, habría que admitir que este noble caballero era uno de los mejores que jamás montó a caballo. La gente temía su fuerza y buenas razones tenía para hacerlo.

Canto XII

De cómo Günter invitó a Sigfrido a una fiesta en su corte

724 NO PASABA UN SOLO DÍA sin que la esposa de Günter lucubrase de esta forma: «¿Cómo puede Crimilda llevar tan alta la cabeza cuando su esposo Sigfrido es nuestro vasallo? Hace ya largo tiempo que no nos rinde ningún servicio».

725 Estos eran los pensamientos que albergaba en su corazón, aunque los guardase en silencio. Le resultaba irritante que Sigfrido y Crimilda vivieran tan lejos y quería saber por qué no recibía tributos de vasallaje de las tierras de aquellos príncipes.

726 Acosó al rey con preguntas para tratar de volver a ver a Crimilda y le reveló sus íntimos pensamientos. Sus palabras no parecieron agradar mucho al señor de Burgundia.

727 «¿Cómo podríamos atraerles a estas tierras?», dijo el poderoso rey Günter. «Es de todo punto imposible: viven demasiado lejos; no me atrevo ni tan siquiera a pedírselo». Respondió astutamente Brunilda:

728 «Por poderoso que sea un vasallo del rey, no puede dejar de cumplir lo que su señor le ordene». Günter sonrió ante sus palabras. Aunque muchas veces se había reunido con Sigfrido, nunca consideró sus visitas ninguna prueba de vasallaje.

729 Dijo Brunilda: «Mi muy amado señor, por el amor que me profesáis, ayudadme a que vengan a nuestro reino vuestra hermana y Sigfrido para que aquí podamos verlos. No hay nada que me pueda hacer más feliz.

730 ¡Qué alegría me causa cuando recuerdo la elegancia y los finos modales de vuestra hermana! ¡Cómo me deleito al recordar el momento en que nos sentamos juntas el día en que me convertí en vuestra esposa! Para Sigfrido es un gran honor tenerla a ella por esposa».

731 Fue tan grande su insistencia que finalmente el rey le dijo: «No hay otros invitados que desee ver con más agrado que a estos. No necesitáis pedírmelo. Mandaré mensajeros para que los dos vengan a visitarnos al Rin».

732 Entonces dijo la reina: «Os ruego me hagáis saber cuándo mandaréis a los emisarios, o bien cuántos días tardarán nuestros queridos amigos en llegar a nuestro reino. También quisiera saber a quién confiaréis este encargo».

733 «Así lo haré», dijo el rey. «Enviaré a treinta de mis vasallos». Los hizo llamar al momento a su presencia y los envió como su embajada a la tierra de Sigfrido. Llena de gozo, Brunilda les regaló ricos trajes.

734 Habló entonces el rey Günter: «Debéis hacer saber al poderoso Sigfrido y a mi querida hermana, sin omitir ni una palabra, que para nosotros no hay nadie en el mundo entero que les guarde mayor cariño.

735 Rogadles que vengan a nuestra tierra del Rin. Mi esposa y yo les estaremos por siempre reconocidos. Antes de que llegue el siguiente solsticio hallarán aquí Sigfrido y sus hombres a muchas de nuestras gentes dispuestas a rendirle grandes honores.

736 Al rey Sigmundo presentadle mis respetos y decidle que mis deudos y yo estamos a su servicio. Decid también a mi hermana que no deje de venir a visitar a sus amigos. Nunca antes se preparó para ella una fiesta más digna».

737 Brunilda y Ute y todas las damas de la corte mandaron sus saludos a las encantadoras doncellas y a los valerosos caballeros de la tierra de Sigfrido. Con los buenos deseos de los amigos del rey marcharon los mensajeros.

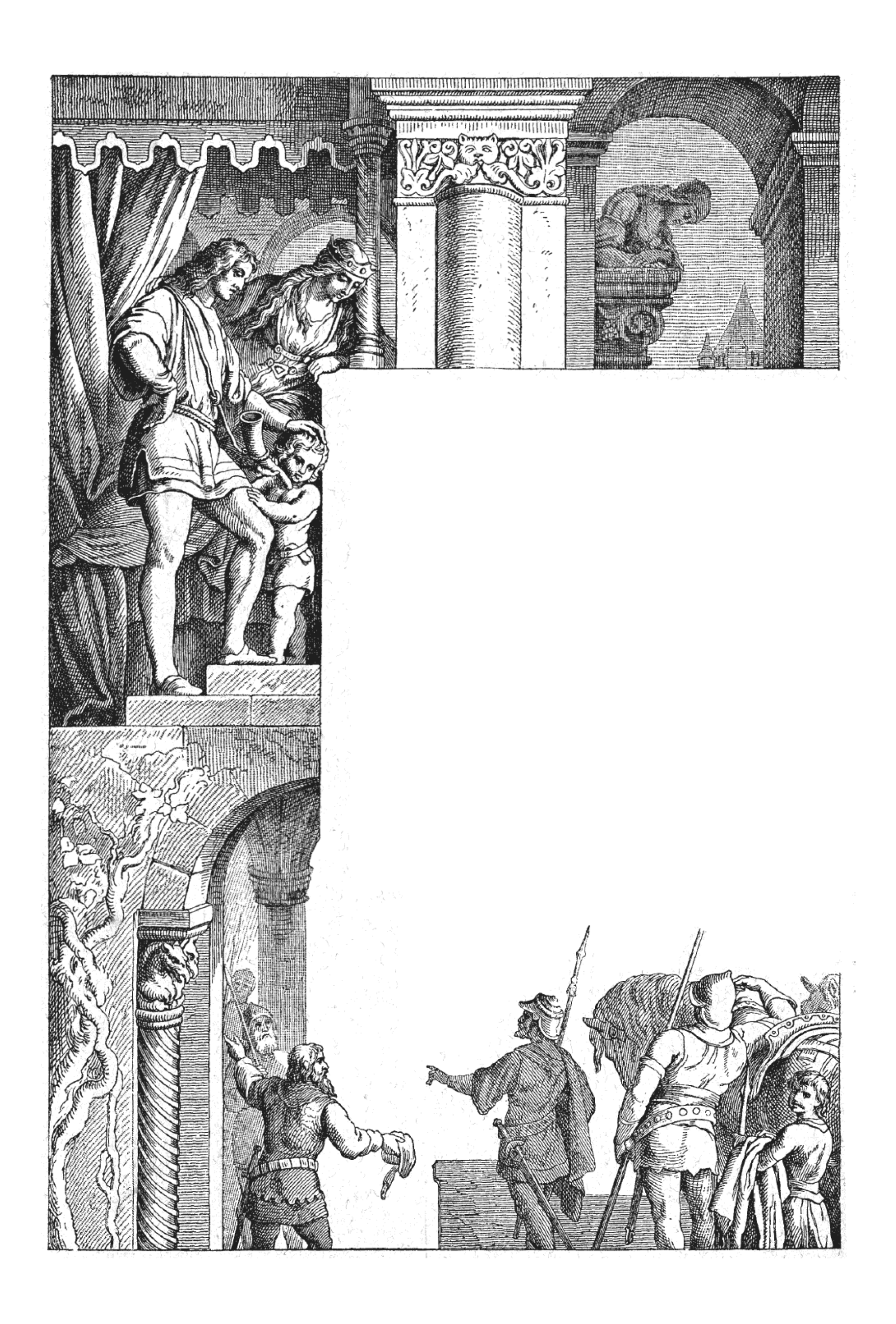
738 Partían bien provistos para el camino; a todos se les había preparado caballos y ropajes. Salieron a toda prisa para alcanzar pronto la meta de su viaje. Para su protección el rey ordenó que fuesen bien escoltados.

739 Tras cabalgar tres semanas llegaron al país y al castillo del rey Nibelungo, adonde se les había enviado. En las fronteras de Noruega[50] encontraron a Sigfrido. Debido al largo viaje, sus caballos estaban totalmente exhaustos.

740 Crimilda y Sigfrido recibieron noticias de que habían llegado unos caballeros con las vestimentas habituales en Burgundia. De un salto se levantó la reina del lecho donde estaba descansando.

741 Le pidió a una doncella que se asomara a la ventana. La sirvienta pudo ver en el patio al bravo Gere junto a todos los compañeros que con él se había enviado. ¡Cómo consolaban aquellas alegres noticias la nostalgia de Crimilda!

742 Así le dijo al rey: «¡Ved abajo en el patio al valiente Gere y a los caballeros que con él han venido! ¡Los envía mi hermano Gúnter desde el país del Rin!». Contestó el valeroso Sigfrido: «¡Que sean todos ellos bienvenidos!».



743 Toda la servidumbre acudió corriendo a atender a los enviados. Todos y cada uno de ellos se dirigió a los mensajeros con las más amables palabras. Muy grande fue la alegría del rey Sigmundo por su llegada.

744 Se dio alojamiento a Gere y a sus hombres y se atendió a sus caballos. Se dirigieron entonces los heraldos allí donde se sentaba Sigfrido junto a Crimilda. Así lo hicieron pues contaban con permiso para acceder a la corte.

745 El anfitrión y su esposa se levantaron al instante para recibir a Gere, el margrave de Burgundia, y a sus compañeros de armas; todos los hombres de Gúnter fueron objeto de calurosa acogida. Se le pidió al bravo Gere que tomara asiento a su mesa.

746 «Aunque estamos cansados del arduo viaje, permitidnos que para entregar nuestro mensaje permanezcamos de pie antes de sentarnos a vuestra mesa. Debemos haceros saber las noticias que Gúnter y Brunilda os mandan. Sabed que ambos se encuentran bien.

747 Además, debéis oír lo que os dice la reina Ute, vuestra madre, el joven Gíselher, y también el señor Gérnot y vuestros deudos más cercanos. Todos ellos, desde el país del rey Gúnter, os hacen llegar su afecto».

748 «¡Qué Dios se lo pague!» dijo Sigfrido. «Tengo confianza en su lealtad y cariño, como hacen los amigos. También es ese el sentir de Crimilda. Decidnos ahora si nuestros queridos parientes viven felices en la tierra de Burgundia.

749 También debéis decirme si alguien, desde que de allí nos fuimos, ha causado algún mal a nuestros familiares queridos. ¡Les prestaré mi ayuda leal hasta que sus enemigos tengan buenas razones para lamentar mis servicios!».

750 Contestó entonces el margrave Gere, el muy digno caballero: «Viven una vida virtuosa y honorable, y os invitan a una fiesta en la tierra del Rin. No os quepa ninguna duda de la mucha alegría que les causaría veros.

751 También piden que os acompañe vuestra esposa Crimilda. Cuando termine el invierno y antes del solsticio siguiente les complacería recibiros». Contestó entonces el poderoso Sigfrido: «¡Eso es difícil que suceda!».

752 Entonces volvió a hablar Gere el burgundio: «Vuestra madre, la reina Ute, y también Gérnot y Gíselher, os ruegan que no os neguéis a sus deseos. Todos los días les oigo lamentarse de la lejanía que os separa de ellos.

753 Mi señora Brunilda y todas sus damas esperan con alegría contar con vuestra visita. Mucho les alegraría poder volver a veros». Estas noticias fueron muy gratas para la bella Crimilda.

754 Gere era pariente suyo. El rey lo invitó a tomar asiento. Dio orden después de que se escanciara sin más demora vino entre los invitados. También había venido el rey Sigmundo a ver a los emisarios. El noble señor saludó a los burgundios con estas amables palabras:

755 «¡Sed bienvenidos, nobles señores, caballeros del rey Gúnter! Desde que mi hijo Sigfrido tomó a Crimilda por esposa se os debería haber visto con más frecuencia en nuestra tierra para acrecentar nuestra amistad».

756 Respondieron que volverían de muy buen grado siempre que él lo desease. La agradable conversación les hizo olvidarse de las fatigas del viaje. Se rogó a los mensajeros que se sentaran a la mesa y se les sirvió manjares. Por orden de Sigfrido estos fueron abundantes.

757 Nueve días enteros hubieron de permanecer en aquella corte. Transcurrido aquel tiempo, los caballeros lamentaban no poder regresar a su tierra. Para entonces Sigfrido había hecho llamar a gentes de su confianza.

758 Solicitó su consejo acerca de si debía emprender el viaje al Rin: «Mi amigo el rey Gúnter, y también sus allegados, me han invitado a una fiesta. Acudiría con agrado si aquel país no se encontrara tan distante.

759 También ruegan que Crimilda me acompañe. Aconsejadme ahora, amigos míos, cómo he de hacer este viaje. Si tuviera que ir a guerrear por los burgundios en treinta reinos distintos muy contento me pondría a su servicio».

760 Sus caballeros contestaron: «Si tenéis la intención de emprender el viaje para asistir a la fiesta, os aconsejamos que hagáis esto: debéis partir al Rin seguido de mil guerreros. Os presentaréis así con gran honor en la tierra de Burgundia».

761 Entonces habló el señor Sigmundo de Niderlandia: «¿Por qué no me habéis dicho que deseáis ir a la fiesta? Si os parece oportuno, cabalgaré con vosotros. Llevaré cien caballeros que aumentarán vuestra fuerza».

762 «Si deseáis cabalgar con nosotros, amado padre», dijo el bravo Sigfrido, «estaré muy complacido. Dentro de doce días partiré de nuestra tierra». A todos aquellos que lo desearon les entregaron caballos y vestidos.

763 Una vez que el noble rey hubo decidido emprender el viaje, se pidió que regresaran a los dignos y valerosos mensajeros. Con ellos comunicaba a los parientes de su esposa en el Rin que acudiría muy gustoso a su fiesta.

764 Tal y como nos han contado, Sigfrido y Crimilda hicieron tantos regalos a los mensajeros que sus caballos apenas podían soportar la carga para llevarlos a su tierra: tan grande era la riqueza de Sigfrido. Alegres y con sus mulas rebosantes de carga, abandonaron aquella tierra.

765 Sigfrido y también Sigmundo entregaron ropajes a sus caballeros. El margrave Éckewart ordenó que se buscasen las mejores vestimentas para las damas, las mejores que hubiera o que se pudieran encontrar en la tierra de Sigfrido.

766 Después empezaron a preparar las sillas de montar y los escudos. A los caballeros y a las damas que debían viajar con ellos se les entregó cuanto quisieron para que nada les faltase. Muchos ostentosos invitados llevaba Sigfrido a Burgundia.

767 Los emisarios recorrieron a toda prisa los caminos para llegar a su tierra. Cuando el valiente Gere llegó al país de los burgundios, tuvo un gran recibimiento. Descabalgaron los jinetes de sus caballos ante el gran salón de Gúnter.

768 Jóvenes y ancianos, como es costumbre, se dirigieron hacia ellos para pedirles noticias. Así habló entonces el noble caballero: «Tan pronto como informe al rey, sabréis vosotros las nuevas». Marchó junto con sus compañeros a presentarse al rey Gúnter.

769 Era tanta su alegría que el rey saltó de su asiento. La hermosa Brunilda les dio las gracias por haber regresado tan pronto. Gúnter preguntó a los mensajeros: «¿Cómo se encuentra Sigfrido, aquel de quien he recibido tantas muestras de afecto?».

770 Contestó el valiente Gere: «Rojo se puso de la alegría, al igual que vuestra hermana. Nadie envió jamás

saludos tan leales a sus amigos como lo hicieron el señor Sigfrido y su padre».

771 Entonces habló al margrave la esposa del noble rey: «Decidme, os lo ruego, ¿vendrá Crimilda también? ¿Retiene su hermosa persona el grácil porte que antaño solía mostrar?». Respondió el bravo Gere: «¡Vendrá con seguridad!».

772 Entonces la reina Ute rogó a los mensajeros que se acercaran a ella. Por sus preguntas se podía adivinar sus deseos de saber cómo se encontraba Crimilda. Gere habló de cómo la había encontrado y dijo que ella vendría en breve plazo.

773 No ocultaron los mensajeros a la corte los muchos regalos que el señor Sigfrido les había hecho. Mostraron el oro y las vestimentas a los vasallos de los tres reyes. Muy grandes alabanzas hicieron de la generosidad de que habían sido objeto.

774 «¡Para él es muy fácil hacer tales regalos!», dijo entonces Hagen. «Aun si viviera eternamente no podría derrochar toda su riqueza, pues tiene en sus manos el tesoro nibelungo. ¡Ojalá ese tesoro perteneciera a Burgundia!».

775 Toda la corte se alegró al saber que Sigfrido y Crimilda regresarían a Burgundia. De la mañana a la noche trabajaron con diligencia los vasallos de los tres reyes. Comenzaron a preparar asientos para tan gran número de gente.

776 El valiente Húnolt y el señor Síndolt tuvieron mucho trabajo, pues en su calidad de chambelán y escanciador[51] debían ocuparse de la instalación de las mesas. El señor Ortwin también les ayudó en su tarea. A todos les dio las gracias el rey Gúnter.

777 Rúmolt, el maestro de cocina, ¡qué bien dirigía a sus cocineros! ¡Cuántos enormes calderos, sartenes y ollas podían allí verse! Entonces empezaron a preparar los manjares para aquellos que habrían de venir a su tierra.

Canto XIII

De cómo Sigfrido y su esposa acudieron a la fiesta

778 PERO NO NOS OCUPEMOS MÁS de todas esas tareas y hablemos de cómo la reina Crimilda, junto con todas sus doncellas, viajó desde el país de los nibelungos hasta las tierras del Rin. Jamás cargaron mulas vestidos tan suntuosos.

779 Muchos fueron los baúles que se prepararon para el viaje. Sigfrido, el bravo héroe, y la reina Crimilda, junto con todos sus amigos, cabalgaban ilusionados por la felicidad que los esperaba al llegar a su destino. Más tarde, sobre todos ellos se abatiría una gran desdicha.

780 Como era necesario, se dejó atrás en su hogar al hijo de Sigfrido y Crimilda. El viaje de sus padres a aquella corte extranjera habría de ser para él causa de gran tristeza: ya no volvería el pequeño a ver a sus padres con vida.

781 El señor Sigmundo también cabalgaba con ellos. Si él hubiera sabido lo que sucedería después, no habría acudido a la fiesta. Jamás podía esperar que acaeciera una desgracia tan grande a sus amigos queridos.



782 Se ordenó que se adelantaran mensajeros anunciando su viaje. Cabalgaron a su encuentro muchos parientes de Ute y muchos vasallos de Gúnter en festiva comitiva. El anfitrión realizó extraordinario esfuerzos para darles una calurosa bienvenida.

783 Se dirigió al aposento donde estaba sentada Brunilda. «Así como os recibió mi hermana cuando llegasteis a esta tierra, de igual modo deseo que la recibáis vos a ella». «Lo haré de buen grado», dijo Brunilda, «pues ella me es muy querida».

784 Dijo entonces el poderoso rey: «Mañana por la mañana llegarán a nuestra tierra. Si deseáis darles la bienvenida, preparaos en seguida para que no tengamos que esperarles aquí en palacio. Nunca tuve invitados que para mí fueran más gratos».

785 Pidió entonces Brunilda a sus damas y doncellas que buscasen en seguida las más lujosas vestimentas, las mejores que hubiera, aquellas que ante los invitados habría de lucir su séquito. No es necesario decir lo contentas que cumplieron con este encargo.

786 También se apresuraron los vasallos del rey Gúnter a ofrecer sus servicios. El anfitrión real hizo marchar con él a todos sus caballeros. Después cabalgaba la reina magníficamente ataviada. Muchos saludos afectuosos se dispensaron a los queridos invitados.

787 ¡Con qué gozosa alegría se recibió a los visitantes! Parecía a los presentes que Crimilda no había dispensado tan gran acogida a Brunilda cuando esta llegó a tierras burgundias. Aquellos que nunca antes habían visto a Crimilda sintieron gran alegría.

788 Para entonces ya había llegado Sigfrido con sus vasallos. Por todas partes de la pradera se veía a los caballeros en grandes tropeles cabalgar de un lado a otro. Nadie podía evitar allí el polvo ni la presión de las gentes.

789 Cuando el soberano del reino vio a Sigfrido y a Sigmundo les habló con gran afecto: «¡Os doy mi más cordial bienvenida de mi parte y de todos mis vasallos! ¡Mucho nos complace que hayáis hecho el viaje a nuestra corte!».

790 «¡Qué Dios os lo pague!», dijo el venerable Sigmundo. «Desde que mi hijo Sigfrido se hizo vuestro pariente he sentido deseo de conoceros». A esto respondió

el rey Gúnter: «Yo también me complazco mucho de veros».

791 Sigfrido fue recibido con los más grandes honores, tal y como le correspondía. No había nadie que le desease mal alguno. Gérnot y Gíselher prestaron con celo su ayuda caballerosa. Creo que jamás hubo invitados que recibieran tantísimas cortesías.

792 Entonces se aproximaron las esposas de los dos reyes. Muchas sillas de montar quedaban ahora vacías, pues muchas hermosas damas eran puestas en la hierba ayudadas por el brazo de muchos caballeros. Los que deseaban servir a las damas se aplicaron a aquella tarea con gran celo.

793 Las dos hermosas reinas se encontraron la una frente a la otra. Muchos de los caballeros se regocijaron al ver los cordiales saludos que entre las dos se hicieron. Se veía a muchos héroes acompañando a las damas.

794 Caminaban de la mano las damas y caballeros de los dos nobles cortejos. Se vio entonces hacer muchas reverencias corteses y, entre las damas, intercambiarse besos de afecto. Mucho se alegraron los vasallos de Gúnter y de Sigfrido cuando vieron aquello.

795 Sin demorarse allí más tiempo se dirigieron a la ciudad. Pidió el rey que se mostrase a sus invitados lo mucho que se los estimaba en la tierra de Burgundia. En presencia de las damas tuvieron lugar magníficos torneos.

796 Hagen de Tronje y también el señor Ortwin hicieron gala de la autoridad que ejercían. Nadie se atrevía a desobedecer sus órdenes. Muchos fueron los servicios que prestaron a los apreciados huéspedes.

797 A las puertas del castillo se oía resonar de los golpes en los escudos. Allí se detuvieron el rey y sus invitados

largo rato antes de entrar en la corte. El tiempo pasaba muy rápidamente con aquellas diversiones.

798 Cabalgaron alegres hasta el magnífico palacio. Por todas partes se veía muchas sedas lujosas, finas y muy bien cortadas, colgar de las sillas de las muy nobles damas. Detrás venían los caballeros del rey Gúnter.

799 Se ordenó después que se llevasen sin más dilación a los extranjeros a sus aposentos. Se vio a Brunilda lanzar miradas furtivas a Crimilda, cuya hermosura no podía ser más perfecta. El resplandor de su tez superaba al oro en brillo.

800 Por toda la ciudad de Worms se oía los gritos de júbilo que lanzaban las gentes de los cortejos. Pidió el rey Gúnter a su mariscal Dánkwart que se ocupase bien de ellos. Comenzó este entonces a procurarles cómodo alojamiento.

801 Dentro y fuera del castillo a todos se les proporcionó alimentos. Jamás se dio mejor trato a invitados extranjeros. Cualquier cosa que pudieran desear estaba a disposición de ellos. Era tal la riqueza del rey que nada se le negó a nadie.

802 Se les sirvió cortésmente sin que se viera ningún gesto de rencor hacia ellos. El rey se sentó a la mesa con sus invitados. Se le pidió a Sigfrido que tomara el asiento honorífico que ocupara en otro tiempo. Con él se sentaron muchos otros galantes caballeros.

803 En círculo, alrededor del soberano, se sentaron a la mesa unos mil doscientos caballeros. Pensaba la reina Brunilda para sus adentros que no podía existir ningún vasallo que fuera más poderoso que el rey. Pero los sentimientos de aprecio que aún sentía hacía Sigfrido le impedían poner su vida en peligro.

804 En aquella velada en que el rey presidía la fiesta, muchas lujosas ropas se mancharon de vino, pues los escanciadores, a toda prisa, habían de servir en todas las mesas. Se atendió diligentemente a los comensales con esmerado servicio,

805 como ha sido siempre costumbre en las más solemnes fiestas. Se ordenó que se dieran los mejores aposentos a las damas y a las doncellas. El rey mostraba su gentileza con todos, fuese cual fuese su procedencia. Todos fueron objeto de honores y de agasajos.

806 Cuando terminó la noche y comenzó a clarear el día, muchas piedras preciosas brillaron sobre los elegantes vestidos que las manos de las damas sacaron de los armarios. Buscaron ellas las más fastuosas ropas.

807 Aún no había despuntado el día cuando muchos caballeros y escuderos aparecieron en la sala. Ya antes de que se celebrase una misa temprana en honor del rey, se oía un gran alboroto. Los jóvenes héroes mostraron tal destreza en las justas que Gúnter les dio las gracias.

808 El clamor de muchas trompetas sonaba con gran estrépito. El ruido de los tambores y flautas era tan atronador que toda la ciudad de Worms retumbaba por el estruendo. Con gran alborozo los héroes montaban en sus caballos.

809 Muchos magníficos jinetes participaron en el animado torneo. Allí se hallaban jóvenes corazones que latían con el espíritu de nobles caballeros. Tras los escudos se podía ver a muchos de estos bravos y excelentes guerreros.

810 A la ventana se sentaban, muy bellamente ataviadas, las nobles damas y las hermosas doncellas. Desde allí observaban a los bravos guerreros entretenerse en aque-

llos pasatiempos. El mismo rey con sus amigos participó en los torneos.

811 De aquella manera se entretenían sin que se les hiciera largo el tiempo. De la catedral se oyó entonces sonar todas las campanas. Hicieron traer los caballos y las damas cabalgaron a la iglesia. Muchos caballeros esforzados siguieron a las nobles reinas.





812 Delante de la catedral descabalgaron en la hierba. Aún no sentía Brunilda ningún rencor por sus invitados. Ciñendo sus dos coronas, entraron en el gran templo. Más tarde un odio mortal terminaría con su afecto.

813 Una vez oída la misa, abandonaron la iglesia. Con pomposo ceremonial se los vio dirigirse muy contentos a las mesas. Hasta pasados once días perduró la alegría de la fiesta.

Canto XIV

De cómo se enemistaron las dos reinas

814 CIERTO DÍA antes de la hora de vísperas armaban gran alboroto muchos caballeros en el patio de palacio. Para divertirse, se ocupaban en juegos caballerescos. Allí muchos hombres y mujeres corrían para poder verlos.

815 Juntas estaban sentadas las dos poderosas reinas. Sus pensamientos se dirigían a dos guerreros muy dignos de noble fama. Habló la bella Crimilda: «Tengo un marido tan poderoso al que deberían estar sometidas todas las tierras de este reino».

816 Respondió Brunilda: «¿Cómo sería eso posible? Si no viviera en el mundo nadie más que vos y él, muy bien podría suceder eso. En tanto viva el rey Gúnter eso jamás podrá ser».

817 Entonces volvió a hablar Crimilda: «Fijaos allí donde está. ¿Veis el majestuoso porte con que camina Sigfrido delante de sus guerreros, al igual que la clara luna resplandece entre las estrellas? Tengo sobrados motivos para sentirme contenta».

818 Respondió Brunilda: «Por gallardo que sea vuestro esposo, por muy valiente y apuesto, lo supera el caballero Gúnter, vuestro muy noble hermano. ¡Debéis saber que él está por encima de otros reyes!».

819 A esto replicó Crimilda: «Mi esposo es digno de tanto honor que no lo alabo sin causa. En muchas gloriosas empresas ha adquirido gloria y fama. Creedme, Brunilda, si os digo que él es un igual de Günter».

820 «No debéis, Crimilda, interpretar mal mis palabras, pues no hablo sin motivo. A los dos les oí hablar cuando los vi juntos por primera vez, y cuando el rey realizó su voluntad de tenerme por esposa

821 en lucha caballeresca en la que él ganó mi mano, que Sigfrido era su vasallo. El hecho de que él mismo se reconociera su servidor es la razón de que yo lo tenga por tal desde que así se lo oí declarar». Respondió la bella Crimilda: «Eso sería para mí un ultraje.

822 ¿Cómo es posible que mis nobles hermanos hubiesen consentido que yo fuese la esposa de un vasallo? Por esa razón, Brunilda, os pido que en aras de nuestra amistad retiréis esas palabras».

823 «No puedo retirarlas», dijo la esposa del rey. «¿Por qué habría de renunciar al servicio de tantos caballeros que junto con Sigfrido nos rinden vasallaje?». En aquel momento la hermosa Crimilda comenzó a encolerizarse.

824 «Debéis desechar la idea de que él os pueda rendir cualquier tipo de tributo. Sabed que él vale mucho más que Günter, mi hermano, el muy noble caballero. Ahorradme las palabras que de vuestros labios he oído.

825 Me sorprende, además, que siendo él, como decís, vuestro vasallo, y vos dispongáis de tanta autoridad sobre nosotros, no os haya pagado un solo tributo en tan largo tiempo. Ciertamente, me harta vuestra arrogancia».

826 «¡Os jactáis de estar muy por encima de mí!», dijo la esposa del rey. «Me gustaría ver ahora si las gentes

rinden los mismos honores a vuestra persona que a la mía». El ánimo de las dos damas se encendió con la ira.

827 Así habló Crimilda: «¡Eso hemos de verlo muy pronto! Ya que habéis tachado de vuestro siervo a mi marido, hoy los fieles de ambos reyes han de ver si me atrevo a entrar antes que vos en la iglesia.

828 Hoy habréis de comprobar que soy de noble linaje y libre, y que mi esposo es de más alta nobleza que el vuestro. No quiero soportar más vuestras ofensas. Antes de que acabe el día veréis con vuestros ojos

829 cómo vuestra sierva se presenta ante los guerreros de la corte de Burgundia. Quiero que se me rindan honores que nunca antes se tributaron a una reina». Entonces un acendrado odio se apoderó de las damas.

830 Respondió Brunilda: «Si no deseáis ser mi sierva, vos y vuestras doncellas deberéis separaros de mi séquito en el camino a la iglesia». A ello replicó Crimilda: «Así pienso hacerlo, ¡a fe mía!

831 Ahora id a vestiros con vuestras mejores galas», dijo a sus doncellas la esposa de Sigfrido. «La dignidad de mi persona hoy no ha de sufrir menoscabo. Por ello han de veros vestidas con vuestras ropas más suntuosas. Brunilda tendrá buen motivo para retirar sus palabras».

832 Ciertamente aquella orden no podía serles más grata: buscaron entre sus ropajes los vestidos más lujosos. Pronto las damas y las doncellas estuvieron magníficamente ataviadas. Después la digna esposa del rey encabezó su séquito. El vestido que lucía también era muy elegante.

833 Marchaban con ella las cuarenta y tres doncellas que hasta el Rin la habían acompañado. Vestían blancas ropas de seda elaboradas en Arabia. De aquella manera las

agraciadas doncellas llegaron hasta la iglesia. A la puerta las esperaban Sigfrido y sus caballeros.

834 Las gentes se sorprendieron al ver que las dos reinas llegaban por separado y no juntas como antes. Por aquella causa se abatiría después la inquietud y la desgracia sobre más de un guerrero.

835 Frente a la catedral ya se encontraba la esposa del rey Gúnter. Muchos de los caballeros se entretenían en agradable conversación con las damas que veían. Entonces llegó Crimilda con su soberbio cortejo.

836 Todos los ropajes más refinados que las hijas de nobles caballeros habían vestido antes palidecían ante la pompa de que hacía gala su séquito. Era tal el lujo que exhibía en su persona que treinta reinas juntas no hubieran podido mostrar la riqueza de Crimilda.

837 Ninguno pudo negar, aunque lo hubiese querido, que los vestidos que llevaban aquel día sus doncellas eran los más fastuosos que jamás se habían visto. Crimilda lo había prescrito así para desairar a Brunilda.

838 Ya se encontraban las dos ante la gran catedral. Entonces la anfitriona real, movida por el rencor, mandó con malas palabras detenerse a Crimilda: «Jamás caminará la mujer de un vasallo por delante de la esposa de un rey».

839 Habló entonces muy airada la bella Crimilda: «Mucho más os valdría guardar silencio. Vos misma habéis mancillado vuestro hermoso cuerpo. ¿Cómo pudo la manceba de un vasallo llegar a ser la esposa de un rey?».

840 «¿A quién llamáis manceba?», dijo la esposa del rey. «¡A vos!», contestó Crimilda. «Fue mi querido esposo Sigfrido quien primero poseyó vuestro bello cuerpo. No fue mi hermano Gúnter el que os hiciera hembra.

841 ¿Dónde teníais la cabeza? Aquello no fue más que una maliciosa treta. ¿Cómo dejasteis que os poseyera siendo él tan solo un siervo? No existe motivo alguno para vuestra queja». «Juro», respondió Brunilda, «que esto ha de saberlo Gúnter».

842 «¿Qué debe importarme eso? Vuestra altivez os ha traicionado. Pretendéis con vuestras palabras hacer de mí vuestra sierva. Podéis estar segura de que jamás olvidaré vuestra afrenta. En adelante no volveréis a contar con mi leal amistad».

843 Brunilda rompió a llorar. Crimilda no se demoró más y entró en la catedral con sus damas por delante de la esposa del rey Gúnter. El odio se hizo muy grande. A causa de aquello muchos ojos claros se humedecieron y se enturbiaron por las lágrimas.

844 Por piadosas que fueran las oraciones que se rezaran o cantaran al Señor, el tiempo le pareció a Brunilda eterno, pues su alma y su cuerpo eran presa de una gran agitación. Más tarde, por aquella causa, más de un noble y bravo héroe habría de pagar con su vida.

845 Brunilda salió con sus damas y se detuvo a la salida del templo. Este era su pensamiento: «Crimilda, esa insolente, debe contarme más de aquello que a voces me recrimina. Si Sigfrido se jacta de ello, ha de costarle la vida».

846 Salió entonces la noble Crimilda con muchos esforzados caballeros de su séquito. Así le habló la reina Brunilda: «¡Deteneos un momento! ¡Me habéis llamado manceba y debéis dar prueba de ello! Vuestras palabras me han injuriado gravemente».



847 A esto respondió Crimilda: «¡Dejadme pasar! Puedo probarlo con el anillo de oro que llevo en mi mano. Me lo entregó mi esposo, que fue quien primero yació con vos». Jamás Brunilda se había sentido tan herida.

848 Dijo entonces: «Ese precioso anillo de oro me fue malévolamente robado y se ha mantenido oculto durante muchos años. Ahora por fin descubro quién me lo había quitado». La furia se apoderó de las dos damas.

849 De nuevo habló Crimilda: «No quiero que se me llame ladrona. Más os hubiera valido callaros si en algo apreciáis vuestra honra. Puedo probar con el ceñidor que llevo que mis palabras no mienten: ¡Sigfrido fue vuestro amante!».

850 Llevaba un cordón de seda de Nínive en el que se veían engastadas piedras preciosas. Era una pieza de gran valor. Al verlo rompió a llorar Brunilda. Günter y todos los súbditos de Burgundia tenían que saber aquello.

851 Entonces dijo la reina: «Llamad al soberano del Rin. Quiero hacerle saber de qué manera me ha infamado su hermana. Afirma públicamente que fui concubina de Sigfrido».

852 El rey llegó con sus caballeros. Al encontrar llorando a su amada dueña, le dijo con dulces palabras: «Decidme, querida esposa, ¿quién os ha causado daño?». Brunilda le dijo al rey: «Tengo motivos para estar afligida.

853 Vuestra hermana ha pretendido robarme toda mi honra. Oíd ahora cuál es mi queja: dice que Sigfrido, su esposo, me tuvo por su manceba». Contestó el rey Günter: «Si hizo tal cosa, ha obrado pérfidamente».

854 «Lleva ella el ceñidor que perdí y también mi anillo de oro. Lamentaré haber nacido, si vos, mi querido

rey, no me liberáis de esta afrenta. Si así lo hacéis, os estaré agradecida por siempre».

855 Dijo entonces el rey Gúnter: «Haced que venga Sigfrido. Si el héroe de Niderlandia se ha jactado de ello en público, habrá de admitirlo o negarlo». Ordenaron llamar al momento al esposo de Crimilda.

856 Cuando el señor Sigfrido vio el rostro de enfado de las señoras sin saber cuál era la causa, preguntó inmediatamente: «¿Por qué lloran estas damas? Me gustaría saberlo y también el motivo por el que el rey me hace llamar».

857 Así respondió el rey Gúnter: «Siento un profundo disgusto. Dice mi señora Brunilda que vos os jactáis de ser el primero que gozara de su hermoso cuerpo. Eso es, en todo caso, lo que afirma vuestra esposa, Crimilda».

858 Dijo el señor Sigfrido: «Si ella ha dicho tal cosa, no descansaré hasta que se arrepienta de ello. Delante de todos vuestros caballeros estoy dispuesto a afirmar en solemne juramento que jamás declaré tal cosa».

859 Entonces habló el soberano del Rin: «Eso tendréis que probarlo. Si prestáis aquí ese juramento, os declararé exculpado de toda calumnia». Se ordenó entonces formar en círculo[52] a los orgullosos burgundios.

860 El bravo Sigfrido levantó su mano para prestar juramento. Entonces el poderoso rey dijo: «Estoy seguro de vuestra completa inocencia y os absuelvo de haber cometido aquello de lo que mi hermana os acusa».

861 Contestó Sigfrido: «Creedme si os digo que me causaría un gran pesar que Crimilda saliese libre de ningún castigo por haber ofendido de ese modo a vuestra esposa». Los dos gallardos y nobles caballeros se miraron mutuamente.

862 «Hay que educar a las damas», añadió el bravo Sigfrido, «para que no pronuncien palabras de destemplanza. Prohibídselo a vuestra esposa, que yo haré con la mía otro tanto. Me avergüenzo de tamaña insolencia».

863 Muchas hermosas damas dejaron entonces de dirigirse la palabra. Tan afligida se veía a Brunilda que muchos de los vasallos del rey Gúnter se compadecieron de ella. A continuación Hagen de Tronje se dirigió hacia su reina.

864 Al encontrarla llorando, le preguntó cuál era la razón de su tristeza. Ella le contó lo ocurrido. Hagen juró allí mismo que pagaría por aquello el esposo de Crimilda o que, de lo contrario, él no volvería a conocer la alegría.

865 Mientras hablaban llegaron Ortwin y Gérnot. Se acordó entre los héroes dar muerte a Sigfrido. También se les unió Gíselher, el hijo de la noble reina Ute. Cuando llegó a sus oídos aquello que preparaban, les habló lealmente:

866 «¡Ay, nobles caballeros! ¿Por qué motivo habríais de hacer eso? Sigfrido no merece tal odio para que sea necesario arrebatarle la vida. No son razones importantes las que causan las querellas de las hembras.

867 «¿Hemos de criar bastardos[53]?», replicó entonces Hagen. «Muy poco honor habría de ganar con ello nuestro honor de caballeros. Si Sigfrido se ha jactado de haber gozado de nuestra reina Brunilda, yo he de morir si él no pierde la vida».

868 Entonces el mismo rey dijo: «Sigfrido no ha hecho otra cosa que hacernos el bien y acrecentar nuestra gloria. Hay que dejarle que viva. ¿Por qué motivo habría yo de odiar al héroe? Siempre se mostró leal a nuestra causa y lo hizo de buen grado».

869 Entonces habló el señor Ortwin de Metz: «De nada ha de valerle su fuerza extraordinaria. Si me lo permite mi señor, yo mismo le daré muerte». De aquella manera, sin tener ningún motivo para ello, los caballeros se indispusieron con Sigfrido.

870 Nadie insistió más en aquel asunto a excepción de Hagen, que repetía a cada instante que, si Sigfrido moría, las tierras de muchos reinos serían feudatarias de Gúnter. Aquello sumía en gran consternación al rey.

871 Así quedaron las cosas y prosiguieron los torneos. ¡Cuántas recias lanzas se rompieron a la vista de la esposa de Sigfrido en su camino de la iglesia a palacio! Entre los hombres de Gúnter cundía gran descontento.

872 Dijo el rey: «Dejad esa cólera asesina. Sigfrido vino a este mundo para traernos honores y dicha. Además, el magnífico héroe posee una fuerza extraordinaria. Si él supiera de vuestros planes, nadie osaría enfrentársele».

873 «No ha de saberlo», dijo Hagen. «Por ahora no debéis hablar más de ello. Confiad en mí. Llevaré todo tan en secreto que las lágrimas de Brunilda habrán de pesarle. Tendrá en mí un enemigo por siempre».

874 Dijo el rey Gúnter: «¿Cómo podría realizarse?». A esto dio su respuesta Hagen: «Os lo diré. Haremos que vengan unos mensajeros a nuestro reino a declararnos la guerra y que aquí no debe conocer nadie.

875 Entonces anunciaréis a vuestros invitados que vais a emprender una guerra con vuestros vasallos. Una vez que hayáis hecho esto, él se pondrá a vuestro servicio y en ello perderá la vida. Por la esposa del bravo guerrero sabré el secreto para poder darle muerte».

876 En mala hora siguió el rey los consejos de Hagen, su vasallo. Antes de que nadie pudiera sospecharlo, aquellos caballeros insignes empezaron a poner en marcha sus planes traicioneros. Por la disputa de dos damas muchos héroes morirían.

Canto XV

De cómo fue traicionado Sigfrido

877 A LA CUARTA MAÑANA después de aquel encuentro se vio a treinta y dos hombres cabalgar hacia la corte. Venían a anunciar al poderoso rey Gúnter una declaración de guerra. Aquella mentira causó entre las mujeres gran inquietud y dolor.

878 Se les concedió permiso para presentarse en la corte, y dijeron que eran hombres de Liúdeger, aquel rey al que antaño Sigfrido venciera con su brazo y trajera al reino de Gúnter como prisionero.

879 Gúnter saludó a los mensajeros y les pidió que tomaran asiento. Así habló uno de ellos: «Permitidnos, señor, permanecer de pie hasta que comuniquemos el mensaje que traemos para vos. Sabed que son numerosos los hombres que se tienen por vuestros enemigos.

880 Liúdegast y Liúdeger, aquellos a los que en el pasado infligisteis gran derrota, os declaran la guerra y quieren invadir vuestras tierras con su ejército». El rey montó en cólera al oír aquella noticia.

881 Después se ordenó dar buenos aposentos a los falsos emisarios. ¿Cómo podía el señor Sigfrido, o cualquier otra persona, haberse precavido de las intenciones de aquellos conjurados? Ellos mismos habrían de sufrir su castigo más adelante.

882 El rey comenzó a conspirar con sus hombres. Hagen de Tronje no le dejaba ni un momento de reposo. Mu-

chos vasallos del rey hubieran dado por terminado el asunto, pero Hagen no tenía ninguna intención de abandonar su propósito.

883 Un día, Sigfrido los halló urdiendo sus maquinaciones. Entonces les preguntó el héroe de Niderlandia: «¿Por qué se encuentran tan tristes el rey Gúnter y sus caballeros? Si alguien les ha causado alguna ofensa, yo los ayudaré a vengarse».

884 Habló entonces el rey Gúnter: «Tengo razones para estar contrariado. Liúdegast y Liúdeger me han declarado la guerra y quieren invadir mi reino». Así respondió el audaz guerrero: «Eso ha de impedirlo mi brazo

885 de tal forma que haga resplandecer más vuestra gloria. Trataré a esos guerreros como ya lo hice una vez. Antes de haber acabado con ellos, asolaré sus castillos y sus tierras. Respondo de ello con mi cabeza.

886 Vos y vuestros guerreros debéis permanecer aquí y dejarme hacerles frente con mis propios caballeros. De esa manera os demostraré lo mucho que me complace serviros. Estad seguro de que causaré a vuestros enemigos un gran daño».

887 «¡Mucho me complace oír esas palabras!», respondió el rey, como si realmente se alegrase por la ayuda ofrecida. Con fingimiento el desleal rey le hizo una reverencia. Luego Sigfrido dijo: «No tengáis cuidado alguno».

888 Entonces, y solo para hacer que se los viese[54], mandaron a los escuderos que emprendieran la marcha. Después dio Sigfrido la orden para que también se aprestasen al viaje sus caballeros de Niderlandia: prepararon sus guerreros los pertrechos y las armas.

889 Así habló el bravo Sigfrido a su padre el rey Sigmundo: «Querido padre, debéis quedaros aquí. Si el Señor así lo quiere, a no tardar mucho tiempo regresaremos a la tierra del Rin. Mientras tanto, debéis permanecer feliz aquí con el rey».

890 Como si pretendieran partir, prendieron los estandartes a sus lanzas. La mayoría de los guerreros de Gúnter no sabían lo que allí estaba pasando. Una numerosa tropa se había reunido alrededor de Sigfrido.

891 Amarraron a sus caballos los yelmos y las corazas. Muchos bravos guerreros se disponían a abandonar el reino de Burgundia. Luego Hagen de Tronje fue en busca de Crimilda a solicitar permiso para marcharse, pues partían de aquella tierra.

892 «Me alegro de tener por esposo», dijo entonces Crimilda, «a un hombre que se atreve a defender a mis queridos parientes tal y como lo hace Sigfrido. Ello me causa gran alegría».

893 Continuó entonces la reina: «Recordad, mi querido amigo Hagen, que siempre estaré dispuesta a ayudaros y que nunca fui vuestra enemiga. A cambio os pido que no toméis venganza en mi esposo Sigfrido por el daño que yo haya causado a Brunilda.

894 De ello ya me he arrepentido desde entonces», dijo la noble señora. «Ya he padecido severas reprimendas por parte de Sigfrido como castigo por haber afligido con mis palabras el ánimo de Brunilda. El bravo y audaz héroe se ha ocupado bien de ello».





895 Habló Hagen: «Seguro que os os reconciliaréis en pocos días. Ahora debéis decirme, querida Crimilda, cómo puedo servir a vuestro esposo Sigfrido. Lo haré de muy buen grado, pues a nadie deseo mejor suerte».

896 «No tengo ningún temor a que alguien en la batalla pueda quitarle la vida, a no ser que se deje llevar por su extremada osadía; si no fuera por ella, el bravo y noble guerrero siempre estaría fuera de todo peligro».

897 «Señora», contestó Hagen, «si teméis que él pueda ser herido en combate, debéis confiarme la manera en que yo pueda evitarlo. Para protegerlo en todo momento, caminaré con él y cabalgaré a su lado».

898 Dijo ella: «Sois pariente mío como yo lo soy vuestro. Por vuestra lealtad os encomiendo la protección de mi querido esposo». Entonces ella le reveló secretos que nunca debería haberle revelado.

899 Dijo ella: «Mi marido es valiente y posee una fuerza extraordinaria. Cuando dio muerte al dragón en lo más profundo de la montaña, se bañó en su sangre el orgulloso caballero. Esa es la razón por la que ninguna arma ha podido herirlo en combate.

900 Sin embargo, siento grandísimo miedo, cuando él marcha a la batalla y muchas lanzas surgen de las manos de los guerreros, de que mi amado marido pueda perder la vida. ¡Cuánta angustia he llegado a sufrir muchas veces por Sigfrido!

901 Querido amigo, os revelaré el secreto, en la confianza de nuestro parentesco y en la fidelidad que me guardáis. Vais a saber dónde puede recibir mi amado esposo una herida mortal. Confío en vuestra leal discreción.

902 Cuando la sangre aún caliente manaba de las heridas del dragón en la que se bañaba el bravo guerrero,

una gran hoja de tilo fue a caer en la mitad de su espalda. Ahí, en ese punto, es donde puede herírsele, y ese es el motivo de mi angustia».

903 Dijo entonces Hagen de Tronje: «Cosed una pequeña señal en su ropa; de esa forma sabré cómo protegerlo cuando entremos en batalla». Así creía Crimilda salvar al héroe, pero en realidad estaba labrando su desgracia.

904 Dijo Crimilda: «Sobre su ropa coseré con fina seda una cruz disimulada. En ese punto debéis, querido héroe, proteger a mi esposo en lo más duro del combate, cuando se enfrente a sus enemigos en medio de la batalla».

905 «Así lo haré, querida señora», replicó Hagen. Creía la dama ayudar de aquella forma a Sigfrido, pero en lugar de ello fue traicionado el marido de Crimilda. Entonces se despidió Hagen y se alejó de allí muy alegre.

906 El séquito del rey se sentía muy satisfecho. No creo que ningún guerrero vuelva a consumar jamás una traición tan vil como la que cometió Hagen cuando la reina Crimilda confió en su lealtad.

907 A la mañana siguiente, alegre el ánimo, partió el señor Sigfrido con mil de sus caballeros. Pensaba en vengar la afrenta infligida a sus amigos. Hagen se acercó a él con su caballo para poder examinar de cerca el ropaje que llevaba.

908 Cuando vio la marca, envió a dos de sus hombres en secreto para informar de las nuevas que había enviado el rey Liúdeger, diciendo que mantendría la paz con el reino del rey Gúnter.

909 ¡Con cuánto desagrado hubo de volver Sigfrido las riendas de su caballo sin haber vengado el agravio que

se había hecho a sus amigos! Solo con mucha dificultad lograron los hombres de Günter que desistiera de la empresa. Entonces cabalgó hasta donde estaba el rey y este comenzó a darle las gracias:

910 «¡Qué Dios os recompense, amigo Sigfrido, por vuestra voluntad para cumplir con mis ruegos! Como es de justicia, por siempre os he de estar agradecido. De entre todos mis amigos es en vos en quien más confío.

911 Ahora que ya no hay motivo para marchar a la guerra, vayamos a cazar osos y jabalíes al bosque de los Vosgos[55] como hemos hecho siempre». El traidor Hagen había dado aquel consejo al rey Günter.

912 «Decid a todos mis invitados que deseo partir mañana temprano. Que se preparen aquellos que quieran cazar conmigo. Los que quieran quedarse y entretenerse con las damas tienen también mi consentimiento».

913 Entonces habló el señor Sigfrido con señorial cortesía: «Si vais a salir de caza, os acompañaré gustoso. Prestadme un ojeador y uno o dos perros de caza y así penetraré en el bosque».

914 «¿Con solo un ojeador os basta?», preguntó el rey. «Si queréis, os prestaré cuatro que conocen bien el bosque y las sendas que siguen los animales. Así no os extraviaréis por el camino y regresaréis con caza».

915 Después el gallardo caballero cabalgó en busca de su mujer. Poco tardó Hagen en contarle al rey Günter cómo pensaba matar al bravo guerrero. Jamás hombre alguno perpetró traición tan infame.

Canto XVI

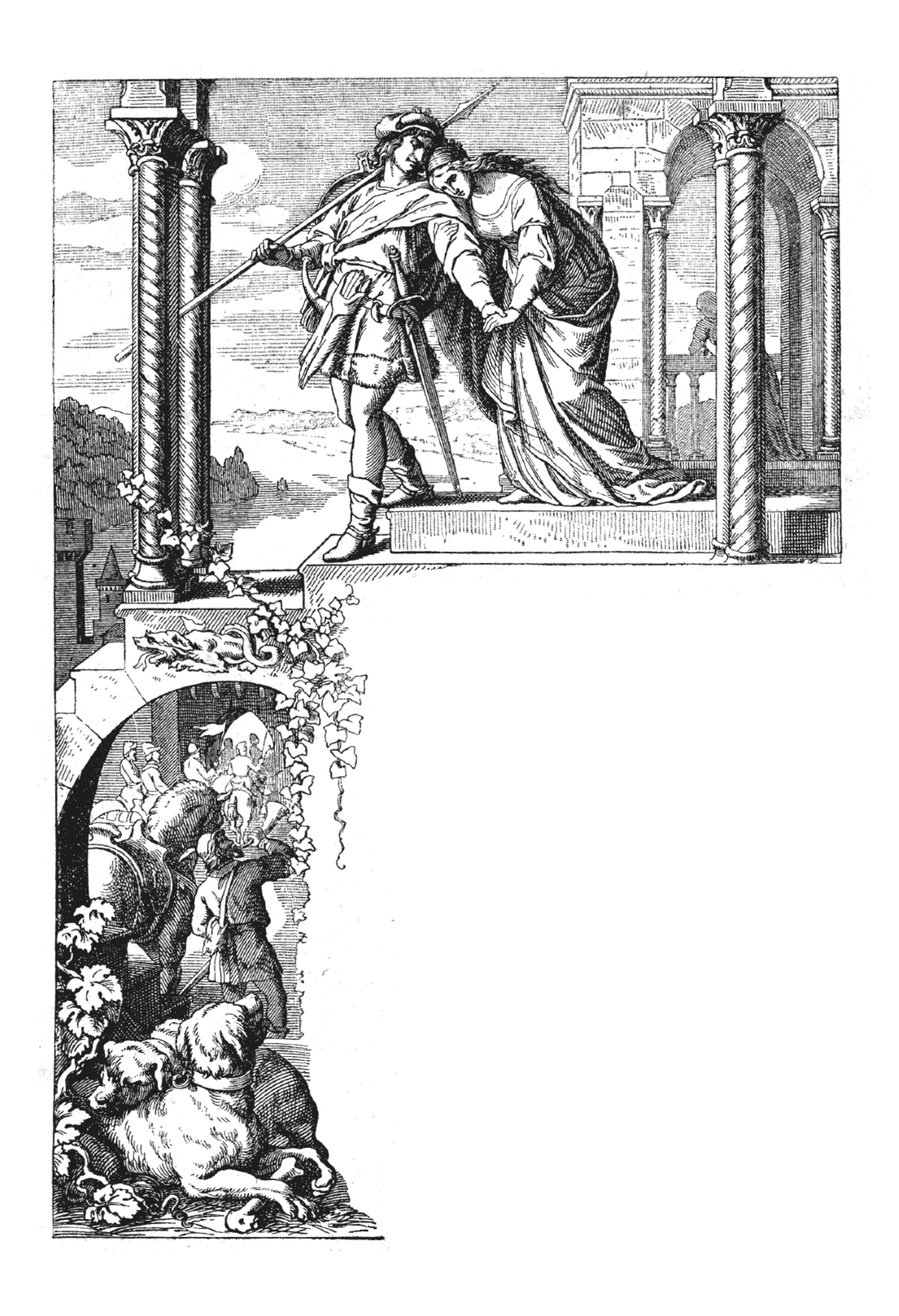
De cómo fue asesinado Sigfrido

916 GÚNTER Y HAGEN, aquellos audaces guerreros, anunciaron con alevosas intenciones una cacería en el bosque. Con sus aceradas lanzas pensaban cazar osos, jabalíes y bisontes. ¿Qué mejor ocupación para aquellos bravos hombres?

917 Con ellos cabalgaba Sigfrido con majestuoso porte. Llevaban con ellos gran cantidad de viandas. Junto a un manantial de agua fresca, Sigfrido habría de perder la vida más tarde, y todo ello sucedería por instigación de Brunilda.

918 El esforzado héroe se dirigió adonde se hallaba Crimilda, mientras cargaban sobre las mulas sus ricas ropas de caza y también las de los suyos. Iban a cruzar el Rin. Jamás había sentido Crimilda tanta tristeza.

919 Sigfrido besó a su amada esposa en la boca. «Quiera Dios que os vuelva a ver sana y salva y vos igualmente a mí. Distraeos mientras tanto con vuestros queridos parientes. No puedo quedarme aquí».



920 Recordó ella entonces el secreto que le había revelado a Hagen, pero no se atrevió a contárselo a Sigfrido. Comenzó a lamentarse la noble reina por haber venido al mundo. Las lágrimas que Crimilda vertió se volvieron infinitas.

921 Así habló al guerrero: «No vayáis a esa cacería. Anoche tuve un espantoso sueño. En él dos jabalíes os perseguían por un bosque de brezo y luego vi cómo las flores se teñían de rojo. Tengo buenos motivos para derramar mis lágrimas.

922 Siento un gran temor de que alguna pérfida intriga pueda realizarse contra vos. Quizá sea alguien al que hayamos ofendido y ahora quiera descargar su odio mortal. Quedaos aquí, señor, conmigo. Atended mi consejo leal».

923 Respondió Sigfrido: «Amada mía, volveré dentro de muy pocos días. No sé de persona alguna que me guarde enemistad. Todos vuestros allegados me tienen un gran afecto. Tampoco creo haber merecido cosa distinta de ellos».

924 «¡No, no es así, señor Sigfrido! ¡Vuestra vida está en peligro! Anoche tuve también otro espantoso sueño. Vi cómo dos montañas caían sobre vuestra espalda, y no volvía nunca más a veros. Si ahora os alejáis de mí, me causaréis un profundo desconsuelo».

925 Estrechó entre sus brazos a su virtuosa esposa y la confortó con sus cariñosos besos. Después de despedirse, partió el caballero al instante. Para su desgracia, jamás volvería ella a verlo vivo de nuevo.

926 Con el propósito de disfrutar de la caza, los caballeros se adentraron en lo más profundo del bosque. Muchos bravos guerreros acompañaban al rey Gúnter y a sus

vasallos, pero Gérnot y Gíselher se habían quedado en palacio.

927 Muchos caballos cargados habían cruzado el Rin por delante de ellos. Transportaban para la partida de caza pan, vino, carne y pescado y muchas otras provisiones, tal y como correspondía llevar a un rey tan poderoso.

928 Mandaron alzar las tiendas los altivos y valientes cazadores en el extremo de una frondosa selva de una isla fluvial, próxima al lugar por donde debían pasar las bestias. Hasta allí había llegado Sigfrido, y así se le informó al rey.

929 Los cazadores pusieron por todas partes a sus ojeadores al acecho de las presas. Entonces dijo el valeroso Sigfrido: «Bravos guerreros, ¿quién nos guiará por el bosque tras la pista de la caza?».

930 «¿Qué os parece si nos separamos antes de que dé comienzo la cacería?», preguntó Hagen de Tronje. «De esa forma, podremos reconocer mis señores y yo quiénes son los mejores cazadores en esta montería en el bosque.

931 Compartiremos los batidores y las jaurías de sabuesos, y luego cada uno tomará la dirección que le plazca. Aquel que cobre las mejores piezas recibirá el reconocimiento de todos». Los cazadores no tardaron mucho tiempo en separarse después de aquellas palabras.

932 Dijo entonces Sigfrido: «No necesito una jauría; me basta con un sabueso adiestrado que haya probado la carne de las presas y que sepa seguir su rastro entre los abetos del bosque. ¡Tendremos una buena cacería!», dijo el esposo de Crimilda.

933 Entonces un viejo montero escogió un magnífico sabueso y, en muy breve tiempo, llevó a su señor a un lu-

gar donde abundaba la caza. Cazaron todas las piezas que salían de sus madrigueras, como aún hoy siguen haciendo los buenos cazadores.

934 El bravo Sigfrido, el héroe de Niderlandia, daba muerte con sus manos a todas las presas que levantaba el sabueso. Su caballo corría tan veloz que ninguna pieza se le escapaba. Recibió elogios de todos por la forma en que cazaba.

935 En todas aquellas materias estaba bien adiestrado. La primera pieza que se cobró en aquella jornada de caza fue un robusto jabato al que dio muerte con sus propias manos. Poco después se encontró con un león pavoroso.

936 Cuando el sabueso lo hubo levantado, Sigfrido le disparó una afilada flecha con su arco. Tras ser alcanzado, solo pudo dar tres saltos. Sus compañeros de caza felicitaron al héroe por su hazaña.

937 Más tarde abatió a un bisonte y a un alce, a cuatro fuertes toros gigantes y a un enorme ciervo de temible apariencia. Tan rápido corría su corcel que no dejaba escapar ninguna presa. No hubo ciervo o cierva que de él lograra librarse.

938 Luego el sabueso dio con un gran jabalí. Cuando el animal trataba de huir, el maestro de la caza se colocó frente a él, cerrándole el paso. Presa de salvaje furia, cargó la bestia contra el héroe.

939 Entonces el esposo de Crimilda acabó con la fiera de un solo tajo. A ningún otro cazador le hubiera sido fácil matarlo. Cuando cayó tendido el animal, amarraron al sabueso. Se anunció luego a los burgundios el ingente número de piezas que el cazador había cobrado.

940 Dijeron sus cazadores: «Os rogamos, señor Sigfrido, que, si lo estimáis conveniente, dejéis con vida una parte de la caza, pues de otro modo dejaréis vacíos hoy mismo todo el bosque y la montaña». Al oír sus palabras, sonrió el bravo Sigfrido.

941 Por todas partes se oía un gran tumulto y estruendo. Era tan grande el alboroto que levantaban los hombres y los perros, que los bosques y las montañas devolvían el eco. Los cazadores habían soltado jaurías, formadas cada una por veinticuatro sabuesos.

942 Un número incalculable de animales perdieron allí la vida. Aquellos otros cazadores creían haber ganado el premio de la cacería. Cuando vieron llegar a Sigfrido al fuego del campamento, supieron que aquello no era posible.

943 La cacería tocaba a su fin, pero aún no había acabado[56] Los que regresaban al campamento traían las pieles de muchas bestias y caza en abundancia. ¡Ah, cuantísimas piezas tuvo que llevar la servidumbre a las cocinas del rey!

944 Entonces el rey hizo anunciar a los duchos cazadores su deseo de almorzar. Se oyó resonar una sola vez el fuerte sonido de un cuerno. Con aquella señal se quería avisar a todos que se encontraba en el campamento su real majestad.

945 Habló entonces uno de los cazadores de Sigfrido: «Señor, he oído el sonido de un cuerno que nos dice que debemos regresar al campamento, y deseo responder a esa señal». Luego, de todas partes, se oyó sonar muchos cuernos llamando a los cazadores.

946 Entonces dijo el señor Sigfrido: «Es hora de salir del bosque». Su caballo lo llevaba a suave trote; tras él pi-

caban espuelas sus vasallos. Con el ruido de sus cascos despertaron a un feroz animal: se trataba de un oso salvaje. Dijo el guerrero a aquellos que lo seguían:

947 «¡Ahora, compañeros, divirtámonos un rato! ¡Soltad al sabueso! Veo a un oso que habrá de venir con nosotros al campamento. Como no corra a toda prisa, no creo que pueda escapar».



948 Soltaron al sabueso y el oso huyó al instante. El esposo de Crimilda intentó alcanzarlo con su caballo, pero debido a unos árboles caídos el paso era infranqueable. La bestia feroz creía haberse librado del cazador.

949 Entonces el noble y orgulloso caballero desmontó de su caballo y echó a correr tras el oso. Este, encontrándose desprevenido, no pudo escapar. El héroe lo capturó allí mismo con sus manos y, sin causarle ninguna herida, lo dejo atado al instante.

950 La bestia no podía ni morderlo ni arañarlo. Sigfrido lo ató a su silla y a lomos de su caballo lo llevó con ánimo alegre y despreocupado hasta el campamento, para diversión y gozo de todos los cazadores.

951 ¡Con qué porte tan señorial cabalgó hasta el campamento! Su poderosa lanza era fuerte y muy larga. Una magnífica espada le colgaba hasta las espuelas. También llevaba un cuerno labrado en el más fino oro rojo.

952 Nunca oí hablar de un mejor atuendo de caza. Vestía un manto negro de suntuosa tela, y un lujoso sombrero de marta cibelina adornaba su cabeza. ¡Qué cordones tan ricos ornaban su aljaba!

953 Por su agradable olor se había recubierto el carcaj con piel de pantera[57] También llevaba un arco que debía tensarse con manivela, a no ser que el héroe lo hiciera con su propia fuerza.

954 La ropa que vestía estaba hecha de piel de nutria. Pieles de otros colores, además, lo cubrían de la cabeza a los pies. Muchos adornos de oro brillaban por ambos lados de las espléndidas pieles que llevaba el maestro de la caza.

955 También ceñía a Bálmung, su bien templada espada, tan afilada que cuando golpeaba un yelmo lo hendía

sin ningún esfuerzo: tan acerado era el filo de su hoja. El gran cazador marchaba alegre y ufano.

956 Como debo dar cuenta exacta de todo mi relato, seré preciso con los detalles. Sabed que llenaban su valioso carcaj afiladas saetas; llevaban oro en sus astas, y sus puntas eran tan grandes como la palma de una mano. Aquel a quien alcanzasen tendría una muerte rápida.

957 Cabalgaba el noble caballero con la apostura del cazador avezado. Los hombres de Günter lo vieron llegar al campamento. Salieron corriendo a su encuentro para sujetarle el caballo. Llevaba atado a su silla un oso feroz y enorme.

958 Una vez hubo desmontado, desató las patas y el hocico de la bestia. De repente la jauría de perros comenzó a ladrar violentamente tan pronto como vio al oso. El animal, al tratar de huir hacia el bosque, causó gran pavor entre las gentes.

959 Asustado por el alboroto, el oso corrió hacia la cocina. ¡Cuántos cocineros salieron corriendo de allí a toda prisa! Cayeron al suelo muchos calderos y se esparcieron muchas brasas. ¡Cuántas exquisitas viandas fueron a parar al suelo entre las cenizas!

960 Caballeros y escuderos saltaron de sus asientos. El oso comenzó a gruñir furioso. Mandó entonces el rey que se soltara a los perros que aún estaban atados. Si todo hubiera acabado bien, aquella habría sido una jornada feliz.

961 Sin demorarse un momento, los valientes cazadores salieron en persecución del oso, provistos de lanzas y flechas, pero tantos eran los sabuesos que se interponían que no se atrevía a disparar al oso ninguno de ellos. Del estruendo que causaban retumbaba el monte entero.

962 El oso en su huida adelantó a los sabuesos. Nadie podía alcanzarlo excepto el marido de Crimilda. Llegó corriendo hasta él y lo mató con su espada. Después trajeron al oso de vuelta al fuego del campamento.

963 Aquellos que lo presenciaron todo dijeron que Sigfrido era un hombre de gran fuerza. Luego se pidió a los compañeros de caza que se sentaran a las mesas. En un hermoso prado se sentaron muchos de ellos. ¡Qué sabrosos manjares sirvieron a los monteros!

964 Los escanciadores que debían servir el vino se demoraban en hacerlo. De los demás manjares nunca hubo héroes que fueran mejor servidos. Si no hubiese anidado la traición en el corazón de aquellos hombres, estarían libres de cualquier infamia.

965 Dijo entonces el señor Sigfrido: «Me sorprende que, habiéndonos traído tantas viandas a la mesa, los escanciadores no nos ofrezcan vino. A no ser que agasajen mejor a los cazadores, no quiero participar en ninguna otra cacería.

966 Creo haber dado sobrados motivos para recibir mejor trato». El rey desde su mesa le respondió con estas falsas palabras: «Muy gustosamente os compensaremos por todo lo que hoy os falta. La culpa la tiene Hagen, que quiere matarnos de sed».

967 Dijo así Hagen de Tronje: «Mi querido señor, creí que la cacería tendría lugar en el bosque de Spessart. Allí fue adonde envié el vino. Hoy pasaremos sed, pero me encargaré de que no suceda en el futuro».

968 Dijo Sigfrido: «¡Malditos sean los culpables! Se debería haber traído siete mulas bien cargadas de hidromiel y vino especiado, y, si eso no era posible, deberíamos haber acampado mucho más cerca del Rin».

969 Contestó Hagen de Tronje: «Nobles y esforzados caballeros, conozco no lejos de aquí un manantial de agua fresca. No os irritéis conmigo y vayamos allí todos». Aquel consejo llevaría la desgracia para muchos caballeros.

970 El guerrero Sigfrido era presa de una sed abrasadora. Por ello mandó que retiraran inmediatamente la mesa, pues quería ir al manantial que brotaba al pie del monte. Pero Hagen había dado aquel consejo con intención alevosa.

971 Las bestias que de su propia mano había matado Sigfrido fueron transportadas en carretas a Burgundia. Todos los que las veían daban grandes alabanzas al caballero. Pero entonces Hagen traicionó pérfidamente la lealtad que debía al héroe.

972 Cuando iniciaban el camino hacia el tilo frondoso dijo Hagen de Tronje: «Me han dicho muchas veces que nadie puede correr más veloz que el esposo de Crimilda. ¡Ahora debería probarlo!».

973 Respondió el bravo Sigfrido de Niderlandia: «Podéis comprobarlo vos mismo si corréis conmigo hasta la fuente. Cuando acabe la carrera, será vencedor aquel al que se vea llegar primero».

974 «Pues bien, ¡hagamos la prueba!», dijo el caballero Hagen. Entonces replicó el bravo Sigfrido: «Cuando iniciéis la carrera, yo me tenderé en la hierba[58]. Al oír aquello se alegró mucho el rey Gúnter.

975 Prosiguió el esforzado guerrero: «Añadiré aún más cosas. Llevaré conmigo todas mis armas; mi escudo y mi lanza y todo mi equipo de caza». Y sin más tardanza se ciñó el carcaj y su espada.

976 Entonces los guerreros se despojaron de su indumentaria hasta quedarse los dos solo con sus camisas blancas. Como dos panteras salvajes corrieron los dos por entre los campos de trébol. Pero fue Sigfrido el primero al que se vio llegar a la fuente.

977 Sigfrido siempre salía victorioso sobre todos los demás hombres. Pronto se deshizo de su espada y se desprendió del carcaj. Dejó apoyada su lanza poderosa sobre una rama del tilo. Allí junto a la fuente fresca permaneció esperando el noble guerrero.

978 Muy grande era la cortesía de Sigfrido. Colocó su escudo allí donde el manantial manaba. Por mucha que fuera su sed, no deseaba beber antes de que el rey hubiera bebido. Mal se lo agradecería el soberano.

979 El agua del manantial era saludable, fresca y clara. El rey Gúnter se inclinó a beber el agua. Una vez hubo bebido, se levantó y se echó a un lado. De buena gana hubiera hecho otro tanto el bravo Sigfrido.

980 Su cortesía habría de costarle cara. Hagen de Tronje apartó de allí su arco y su espada. Volvería al momento para llevarse también su lanza. Sus ojos buscaron entonces la señal marcada sobre la ropa del héroe.

981 Mientras el noble Sigfrido se inclinaba para beber del manantial, Hagen lo atravesó con su lanza en el lugar de su espalda que indicaba la señal. Tan profusamente manaba la sangre de su corazón que tiñó de rojo la ropa de Hagen. Jamás ningún caballero volvió a cometer un crimen tan execrable.

982 Había clavado su lanza en el corazón del héroe. Hagen nunca antes había corrido tan despavoridamente, ni huido de manera tan vergonzosa delante de ningún

hombre. Cuando el señor Sigfrido sintió la gravedad de su herida,



983 furioso de dolor, se puso en pie de un salto. La larga lanza atravesaba su pecho. El príncipe esperaba hallar su espada o su arco. Si los hubiera encontrado, Hagen habría recibido justa recompensa a su alevoso servicio.

984 Al no poder encontrar el héroe malherido su espada, el escudo era su única arma. Lo tomó de la fuente y salió en persecución de Hagen. Ahora el vasallo del rey Gúnter no podía escapar.

985 Aun siendo mortal su herida, daba tan violentos golpes que salían desprendidas las joyas incrustadas en el escudo hasta que este quedó totalmente destrozado. ¡Cómo hubiera deseado vengarse el noble héroe!

986 El traidor cayó derribado por la fuerza de su brazo. Toda la isla resonó por el eco de aquel golpe. De haber tenido su espada, allí mismo habría muerto Hagen. La desenfrenada furia del malherido estaba plenamente justificada.

987 Su color se había vuelto lívido y ya no se podía sostener. Las fuerzas lo abandonaban y en su rostro asomaba la señal de la muerte. Más tarde sería llorado por más de una hermosa dama.

988 Entonces cayó entre las flores el esposo de Crimilda. Manaba a borbotones la sangre de su herida. En su agonía comenzó a maldecir a aquellos que habían urdido traidoramente su muerte.

989 Dijo ya moribundo: «Decidme, viles cobardes, ¿es así, dándome muerte, como recompensáis mis servicios? Siempre os he sido leal y este es el pago que recibo. Habéis llevado la deshonra a vuestros propios deudos.

990 Todos vuestros descendientes serán malditos por esto. Llevados por vuestra ciega ira, habéis desatado sobre

mí vuestra cólera insaciable. Por vuestra infamia seréis apartados de entre los buenos guerreros».

991 Todos los caballeros corrieron hacia donde yacía el héroe. Para la mayoría de ellos aquel fue un día muy infausto. Aquellos que aún le eran leales lloraron sinceramente su muerte. Bien merecía su lamento el noble y esforzado guerrero.

992 Hasta el rey de Burgundia llegó a lamentar su muerte. Dijo entonces el guerrero en su agonía: «No tiene mucho sentido que un hombre llore por el daño que ha causado; merece más bien ser maldecido por siempre. Mejor sería no haber cometido el hecho».

993 Habló entonces el cruel Hagen: «No comprendo el motivo de vuestra queja. Por fin termina nuestra pesadumbre y vergüenza. Habrá muy pocos ahora que osen desafiarnos. Me alegro de haber librado de vuestro poder a mi gente».

994 «Es fácil jactarse ahora», respondió Sigfrido. «Si hubiera conocido vuestras intenciones asesinas, habría sabido muy bien defenderme de vos. Lo que más me duele es pensar en mi esposa, Crimilda.

995 Que Dios se apiade del hijo que me dio en su día, pues se le reprochará en el futuro tener como parientes a los asesinos que de manera traidora han causado mi desgracia. Ya no me quedan más fuerzas», estas fueron sus palabras, «para expresar lo mucho que lo lamento».

996 Luego añadió agonizante, con una voz lastimera: «Si queréis, noble rey, mostrar vuestra lealtad a alguien en este mundo, dejadme que confíe a vuestra clemencia a mi muy querida esposa,

997 y que sirva en su provecho el hecho de ser vuestra hermana. Apelo a vuestro honor como príncipe para

que la protejáis lealmente. Mi padre y los míos habrán de esperar largamente mi regreso. Nunca antes ninguna dama sufrirá tanto por la muerte de su amado esposo».

998 Las flores a su alrededor quedaron teñidas de sangre. Sigfrido siguió aún luchando contra la muerte, pero no por mucho tiempo, pues la guadaña mortal ya había asestado su cruel tajo. El bravo y orgulloso guerrero no dijo más palabras.

999 Cuando los señores vieron que Sigfrido había muerto, lo tendieron sobre un escudo de oro rojo. Después se reunieron para pensar cómo ocultar que Hagen era el autor de aquel crimen.

1000 Esto fue lo que hablaron entre ellos: «Sobre nosotros se ha abatido la desgracia. Debemos ocultarlo todo y decir de común acuerdo que el esposo de Crimilda salió solo a cazar y que fue asesinado por unos bandidos mientras cabalgaba por un bosque de abetos».

1001 Habló entonces Hagen de Tronje: «Yo mismo lo llevaré de regreso a Burgundia. Me es indiferente que sepa la verdad aquella que hizo sufrir a Brunilda. Muy poco me importan sus lágrimas».

Canto XVII

De cómo Sigfrido fue llorado y enterrado

1002 ESPERARON A QUE LLEGARA la noche y atravesaron el Rin. Jamás ningunos héroes hicieron peor cacería. La presa que cazaron fue llorada por nobles damas. Muchos buenos caballeros lo pagarían con su vida.

1003 Ahora oiréis el relato de una desmedida arrogancia y de una espantosa venganza. Hagen hizo traer el cadáver de Sigfrido de Niderlandia y depositarlo delante de los aposentos de Crimilda.

1004 Mandó que lo colocaran sigilosamente junto a su puerta, para que ella lo encontrara cuando saliera para oír misa de maitines antes de romper el alba, pues muy rara era la vez que a aquel oficio faltase Crimilda.

1005 Tocaron las campanas a misa como era costumbre. La hermosa Crimilda despertó a sus doncellas y les pidió que le trajeran sus vestidos y unas velas. Entonces llegó un chambelán que encontró a Sigfrido tendido a la puerta.

1006 Lo vio teñido de rojo con toda su ropa empapada en sangre. Aún desconocía que él fuera su señor. Con una antorcha en la mano penetró en el aposento. Por él Crimilda conoció la desdichada noticia.

1007 Cuando se disponía a ir con sus damas a la iglesia, el chambelán le dijo: «¡Deteneos, señora! ¡Delante de

vuestra cámara yace muerto un caballero!». En aquel momento Crimilda se echó a llorar sin desconsuelo.

1008 Antes de asegurarse de que fuera su marido, recordó lo que le había preguntado Hagen respecto a cómo proteger al héroe. Un sentimiento de angustia se apoderó de Crimilda. Con la muerte de Sigfrido decía adiós a toda dicha.



1009 Incapaz de articular palabra, se desplomó en el suelo. Allí se vio tendida a la hermosa y desventurada reina. El dolor de Crimilda era inmenso. Al volver en sí de su desmayo, tan fuertes eran sus gritos que retembló su aposento.

1010 Dijo uno de sus sirvientes: «¿Y si fuera alguien extraño?». Tan grande era el desconsuelo que sentía en su corazón que de su boca salía sangre. Entonces habló ella: «Es Sigfrido, mi amado esposo. Brunilda ha urdido todo esto y Hagen ha sido quien lo ha matado».

1011 La señora hizo que la llevaran allí donde yacía tendido Sigfrido. Levantó la hermosa cabeza del guerrero con sus blancas manos. Aunque rojo de la sangre, lo reconoció al instante. Allí, tendido ante ella, en un lastimoso estado, se encontraba el héroe de Niderlandia.

1012 Así exclamaba en su dolor la nobilísima reina: «¡Ay de mí! ¡Cuán grande es mi desventura! Yaces muerto ante mí sin que golpes de espada hayan partido tu escudo. ¡Si yo supiera quién lo ha hecho, no descansaría hasta darle muerte!».

1013 Todo su séquito se lamentó y lloró amargamente junto con su querida señora, pues sentían una grandísima pena por haber perdido a su muy noble señor. Hagen había vengado alevosamente la cólera de Brunilda.

1014 Habló entonces la desventurada reina: «Id en seguida, chambelanes, a despertar a los hombres de mi esposo. Habladle también al rey Sigmundo de mi desgracia, y pedidle que venga a velar conmigo la muerte del bravo Sigfrido».

1015 Salió rápidamente un mensajero al lugar donde dormían los guerreros nibelungos de Sigfrido. La infeliz

noticia que les dio arrebató su alegría. Se negaban a creerla hasta que oyeron el llanto.

1016 Después, a toda prisa, corrió el mensajero a la estancia donde descansaba el rey. El noble Sigmundo no podía conciliar el sueño. Creo que su corazón le decía lo que había sucedido. Ya nunca volvería a ver con vida a su muy querido hijo.

1017 «¡Despertad, señor Sigmundo! Me ha pedido que venga a buscaros mi señora Crimilda. Le ha sucedido una desgracia que desgarra su corazón más que ninguna otra pena. Debéis acompañarla en su dolor, pues también a vos os afecta».

1018 Se levantó el rey Sigmundo y dijo: «¿Cuáles son esas penas que afligen a la hermosa Crimilda?». Contestó el mensajero llorando: «No puedo ocultároslo más: sabedlo, ha sido asesinado Sigfrido, el príncipe de Niderlandia».

1019 Dijo el noble Sigmundo: «Te ordeno que no bromees con esas funestas noticias que te han contado diciendo que está muerto Sigfrido, pues si eso fuera cierto yo no dejaría de llorarlo hasta el día de mi muerte».

1020 «Si no queréis creer lo que os digo, id a oír el llanto de Crimilda y de todo su séquito por la muerte de Sigfrido». Aquellas graves noticias sobresaltaron profundamente a Sigmundo. Razón había para ello.

1021 De un salto se levantó de su lecho y lo mismo hicieron cien de sus caballeros. Empuñando sus largos y afilados aceros, corrieron afligidos al lugar donde se oían fuertes lamentos. Entonces llegaron mil hombres vasallos del buen Sigfrido.

1022 Cuando oyeron a las damas lamentarse de forma tan desdichada, pensaron algunos de los caballeros

que debían vestir ropas más adecuadas[59]. Su inmenso dolor les había hecho perder el juicio. Una gran aflicción atenazaba sus corazones.

1023 Llegó entonces el rey Sigmundo donde se encontraba Crimilda. Dijo así: «¡Maldigo el viaje que nos llevó hasta esta tierra! ¿Qué mano asesina ha sido la que nos ha arrebatado, de forma tan pérfida y entre tan buenos amigos, a mí a mi amado hijo y a vos a vuestro querido esposo?».

1024 «¡Ay, si yo lo supiera!», dijo la muy noble reina. «Lo odiaría eternamente con todo mi cuerpo y mi alma. Le provocaría tal daño que, por mi causa, sus parientes habrían de llorar amargamente».

1025 El rey Sigmundo tomó al príncipe en sus brazos. Los lamentos de sus amigos eran tan grandes que sus fuertes gritos de desconsuelo hacían resonar el gran salón, todo el palacio y la ciudad de Worms entera.

1026 Nadie podía consolar a la esposa de Sigfrido. Despojaron de sus ropas al hermoso cuerpo del héroe. Le lavaron sus heridas y lo colocaron en un féretro. Muy grande era el dolor que embargaba a toda su gente.

1027 Así hablaron los caballeros del país de los nibelungos: «Nuestra mano debe estar dispuesta para vengarlo en todo momento. Aquel que lo haya hecho se encuentra en este palacio». Todos los hombres de Sigfrido corrieron por sus armas.

1028 Aquellos bravos guerreros regresaron con sus escudos; sumaban mil cien todos ellos. Al frente de aquella tropa marchaba el poderoso Sigmundo. Quería cobrarse venganza por la muerte de su hijo. Era su deber hacerlo.

1029 Entonces aún no sabían con quiénes habrían de entablar batalla, si no fuera contra los hombres de Gúnter,

aquellos con los que Sigfrido había salido de caza. Cuando Crimilda los vio armados, sintió una gran amargura.



1030 Por grande que fuera su dolor y por terrible que fuese su pena, temía que los nibelungos murieran a manos de los hombres de su hermano. Por ello los disuadió dulcemente, tal y como se hace entre amigos, de que no realizaran su venganza.

1031 Así habló la desconsolada dama: «Mi señor Sigmundo, ¿qué es lo que pretendéis hacer? No conocéis bien el número de guerreros con los que cuenta el rey Gúnter. ¡Si os enfrentaseis a ellos perderíais todos vuestros hombres!».

1032 Alzaron sus escudos con intención de luchar. La noble reina rogó y ordenó a los valientes guerreros que

evitasen la pelea. Cuando vio que no cambiaban de idea, sintió un gran pesar y tristeza.

1033 Dijo ella: «Señor Sigmundo, dejad este asunto hasta que se presente una mejor ocasión. Entonces me hallaréis dispuesta, junto con vos, a vengar a mi marido. Cuando sepa con certeza quién es aquel que me lo quitó, habrá de pagarlo caro.

1034 Son muchos los guerreros altivos que se encuentran aquí en el país del Rin, y por esta razón no os aconsejo que entréis en batalla. Por cada uno de vuestros hombres cuentan ellos con treinta bravos guerreros. ¡Qué Dios les dé su castigo por el mal que nos han hecho!

1035 Quedaos y sufrid este dolor conmigo. Quedaos, esforzados caballeros, y tan pronto como amanezca ayudadme a colocar a mi amado esposo en su féretro». Entonces dijeron los caballeros: «Haremos lo que decís».

1036 Nadie podría dar cuenta exacta de cuánto lloraron las damas y caballeros; por toda la ciudad se oía el clamor de sus lamentos. Los nobles de la ciudad llegaron corriendo al castillo.

1037 Unieron sus quejas a las de los extranjeros, pues ellos sentían también un profundo desconsuelo. Nadie les había contado el motivo por el que Sigfrido había perdido la vida. Las mujeres de los nobles de la villa lloraban junto a las damas.

1038 Se encargó a los artesanos que hiciesen a toda prisa un ataúd de oro y plata, y que fuera grande y fuerte. El mejor acero debía reforzar la caja. Pesaba un grandísimo dolor en el ánimo de las gentes.



1039 La noche había pasado y decían que llegaba ya el día. Entonces la noble dama ordenó que se llevara a la iglesia a su amado esposo Sigfrido. Llorando le siguieron todos los que eran sus amigos.

1040 Cuando lo llevaban a la iglesia muchas campanas comenzaron a tocar. De todas partes se oía a los sacerdotes entonar un sinfín de cantos fúnebres. Entonces llegó el rey Gúnter con sus hombres y también el siniestro Hagen. Todos ellos se unieron a los lamentos.

1041 Habló el rey Gúnter: «Mi queridísima hermana, ¡es muy grande el dolor que sufrís! ¡Ojalá hubiésemos podido evitar esta terrible desgracia! Lamentaremos por siempre la muerte del buen Sigfrido». «No tenéis razón para hacerlo», respondió la desconsolada dama.

1042 «Si de veras sintierais su muerte, esto no habría ocurrido. Os olvidasteis de mí, mirad bien lo que os digo, al separarme de mi esposo querido. Ojalá quisiera Dios», dijo Crimilda, «que fuese yo la que hubiese perecido».

1043 Mantuvieron tenazmente su mentira. Dijo entonces Crimilda: «¡Aquel que sea inocente deberá demostrarlo! Qué se acerque al ataúd aquí, en presencia de todos, y se conocerá la verdad al mismo instante».

1044 Es este un portento grande que es frecuente todavía en nuestros días. Cuando el asesino se acerca al cadáver de su víctima, las heridas sangran de nuevo, como cuando fue asesinada[60]. Quedó así demostrado que Hagen era el culpable.

1045 Las heridas sangraron con la misma abundancia con que lo habían hecho antes. Los que antes expresaban su dolor con fuertes llantos, ahora lloraban más alto. Entonces dijo el rey Gúnter: «Quiero que sepáis la verdad:

lo han matado unos bandidos. El autor no ha sido Hagen».

1046 «Sé muy bien», dijo ella, «quiénes son esos bandidos. ¡Quiera Dios que Sigfrido sea vengado algún día por la mano de sus amigos! ¡Sois vosotros, Gúnter y Hagen, quienes lo habéis matado!». Entonces los guerreros de Sigfrido quisieron lanzarse a la lucha.

1047 Pero Crimilda añadió: «Compartid mi desgracia». Se acercaron entonces sus dos hermanos, Gérnot y el joven Gíselher, al féretro de Sigfrido. Se unieron al llanto de los demás con lamentos verdaderos.

1048 Lloraban de corazón al esposo de Crimilda. Después fueron todos a misa. De todas partes se encaminaron a la iglesia hombres, mujeres y niños. Hasta aquellos a los que poco importaba su muerte participaron del duelo.

1049 Entonces Gérnot y Gíselher dijeron: «Querida hermana, consuélate de tu pérdida, pues no puede ser de otro modo. Mientras nosotros vivamos intentaremos resarcirte». Pero no había nadie en esta tierra que pudiera darle consuelo.

1050 A eso del mediodía ya estaba preparado el féretro. Alzaron el cuerpo de Sigfrido de las angarillas donde yacía. No quería Crimilda que lo enterraran todavía. Aquello causó aun más pena entre todos los presentes.

1051 En rica tela de seda amortajaron al héroe. No creo que hubiera allí nadie que no derramase lágrimas. Ute, la noble reina, junto con todas sus damas, lloraba de corazón la muerte del magnífico caballero.

1052 Cuando se oyó que se cantaba en la iglesia y se supo que habían colocado el cadáver en el féretro, se congregó una multitud inmensa. ¡Cuántas ofrendas se hicie-

ron por la salvación de su alma! Hasta en las filas enemigas contaba con buenos amigos.

1053 La desventurada Crimilda dijo a sus chambelanes: «Aquellos que lo queréis bien, y por el amor que a mí me tenéis, habréis ahora de sufrir[61]. Por la salvación del alma de Sigfrido repartiréis su oro entre las gentes».

1054 No hubo niño por pequeño que fuera, con uso de razón, que no asistiera a la ofrenda. Antes de que Sigfrido fuera enterrado, se cantaron más de cien misas en la iglesia. Los amigos del héroe se agolpaban en gran número.

1055 Cuando terminaron los cánticos, se retiró la muchedumbre. Dijo entonces Crimilda: «No me dejéis velar sola esta noche al valiente guerrero. Encerrada en su féretro se va toda mi alegría.

1056 Quiero velarlo tres días y tres noches hasta saciarme de ver la amada imagen de mi esposo. ¡Ojalá fuera voluntad de Dios que la muerte también a mí me alcanzase! Acabarían así las penas de la desgraciada Crimilda».

1057 Las gentes del lugar regresaron a sus casas. Pidió a monjes y sacerdotes y a la escolta de Sigfrido que se quedaran para velar al gran héroe. Pasaron muy arduas noches y muy penosos días.

1058 Más de un guerrero permaneció sin beber ni probar comida alguna. Pero a los que querían tomar alimento, se les ofreció en abundancia. El rey Sigmundo se encargó de ello. Los nibelungos sufrieron entonces grandes penas y padecimientos.

1059 Durante aquellos tres días, eso es al menos lo que nos han contado, los que sabían cantar no encontraban descanso. ¡Eran muchas las ofrendas que llevaron! Los que antes eran pobres ahora se volvían ricos.

1060 A aquellos pobres que nada tenían se les pidió que hicieran sus ofrendas con oro tomado del tesoro de Sigfrido. Como el héroe ya no vivía en la tierra, se ofrecieron miles de marcos por el descanso de su alma.

1061 Crimilda repartió las rentas y las tierras de Sigfrido allí donde hubiera monasterios y buenas gentes piadosas. Abundante plata y ropa se dio a los menesterosos. Con aquellos regalos mostraba Crimilda cuánto había amado a Sigfrido.

1062 Muy de mañana, a la hora de la misa, el extenso camposanto contiguo a la catedral estaba repleto de campesinos llorando. De aquella manera le rendían su último tributo, como corresponde hacer al despedirse de los amigos queridos.

1063 Según nos cuentan las gentes, en aquellos cuatro días se entregó a los pobres treinta mil marcos o más por la salvación del alma de Sigfrido. Nada quedaba ya de su hermosura ni tampoco de su vida.

1064 Cuando hubieron terminado los cánticos y los oficios divinos, gran parte de la multitud fue presa de una inmensa tristeza. Se ordenó entonces llevar el cadáver de Sigfrido desde la catedral a su tumba. Allí se vio llorar y lamentarse a los que sentían desolación por su pérdida.

1065 Con gritos desgarradores las gentes seguían al cortejo. Ningún hombre ni mujer sentía ninguna alegría. Antes de darle sepultura se oyeron aún más cantos y rezos. ¡Cuántos buenos sacerdotes asistieron al entierro!

1066 Antes de que la fiel esposa de Sigfrido llegara a la sepultura, sintió tan fuerte aflicción que más de una vez hubieron de rociarla con agua. Su dolor y desesperación no conocía ningún límite.

1067 Fue un gran milagro que no perdiera ella la vida. Muchas otras damas lloraban a su lado. Entonces dijo la reina: «Vasallos de Sigfrido, os pido que en nombre de vuestra lealtad me concedáis un deseo en prueba de vuestro afecto.

1068 Procuradme en mi aflicción este pequeño consuelo: permitidme una vez más contemplar su bello semblante». Lo rogó tantas veces y con tan fuertes lamentos que hubieron de romper aquel magnífico féretro.

1069 Llevaron a la reina donde yacía Sigfrido. Con sus manos blancas levantó su cabeza y cubrió de besos, muerto como estaba, al noble y bravo caballero. Tan grande era su dolor que de sus ojos claros brotaban lágrimas de sangre.

1070 Aquella fue una dolorosa despedida. Se la llevaron de allí, pues ya no podía caminar. La noble Crimilda cayó al suelo sin sentido. Tan grande era el dolor de la hermosa dama, que peligraba su vida.

1071 Cuando se dio sepultura al noble caballero, a todos los que habían venido con él del país de los nibelungos se los vio sumirse en una grandísima pena. Ya nunca más el semblante del rey Sigmundo se volvería a ver alegre.

1072 Fueron muchísimos los que por su profundo dolor no comieron ni bebieron durante aquellos tres días. Sin embargo, sus cuerpos no habrían aguantado de seguir así por más tiempo. Entonces se repusieron de su pena y tomaron alimento, como suele suceder.

Canto XVIII

De cómo Sigmundo regresó a su reino

1073 EL SUEGRO DE CRIMILDA fue adonde ella se encontraba y le dijo: «Debemos regresar a nuestra patria. Creo que aquí, en el país del Rin, no somos huéspedes gratos. ¡Querida Crimilda, acompañadme a mi reino!

1074 Aunque la traición en estas tierras nos ha robado a vuestro noble marido, no debéis ser su víctima por ello. Por el amor a mi hijo, podréis contar siempre con todo mi afecto, de ello podéis estar bien segura.

1075 Mantendréis, además, querida señora, toda la autoridad que os concedió el bravo señor Sigfrido. El reino y la corona son vuestros. Todos los vasallos de mi hijo se pondrán de buen grado a vuestro servicio».

1076 Se ordenó a los escuderos que se dispusieran a partir. Mucha prisa se dieron en preparar los caballos. Mal soportaban quedarse entre sus enemigos acérrimos. Se ordenó a las damas y doncellas que buscaran sus ropas para el viaje.

1077 Cuando el rey Sigmundo estaba a punto de partir, los parientes de Crimilda empezaron a rogarle que se quedara allí junto a su madre. Así habló la orgullosa dama: «Eso no ha de ser nunca posible.

1078 ¿Cómo podría contemplar continuamente la presencia del hombre que me ha causado, desdichada de

mí, la pena que me atenaza?». Habló entonces el joven Gíselher: «Debéis permanecer aquí, mi queridísima hermana, por amor a nuestra madre.

1079 No os harán falta los servicios de aquellos que os han herido y entristecido vuestro corazón, pues viviríais a mi cargo». Respondió ella al caballero: «¿Cómo sería eso posible? Moriría de dolor cada vez que viera a Hagen».

1080 «Yo os evitaría su vista, querida hermana. Quedaos junto a vuestro hermano Gíselher. Os compensaré por todo aquello de lo que os ha privado la muerte de vuestro esposo». Dijo entonces la desdichada dama: «Eso es justamente lo que a mí me haría falta».

1081 Al afectuoso ruego que hizo Gíselher siguieron las súplicas de la reina Ute y de Gérnot, así como las de sus allegados leales, pidiendo que se quedase, pues carecía de parientes en la tierra de Sigfrido.

1082 «Para vos, todos son extranjeros», contestó entonces Gérnot. «No existe persona alguna, por fuerte que sea, que algún día no haya de sucumbir a la muerte[62]. Pensad, querida hermana, en esas palabras y buscad en ellas consuelo. Quedaos con vuestros amigos. Será lo mejor para vos».

1083 Prometió entonces a su hermano que se quedaría con él. Se habían sacado ya los caballos para los hombres del rey Sigmundo que querían regresar al país de los nibelungos. También se había cargado en mulas las ropas de los guerreros.

1084 Entonces el señor Sigmundo vino adonde Crimilda se hallaba y le dijo estas palabras: «Los guerreros de Sigfrido os esperan junto a sus caballos. Nos disponemos

a partir, pues me encuentro muy a disgusto en esta tierra de burgundios».

1085 Le respondió Crimilda: «Me aconsejan mis amigos, aquellos que me son fieles, que me quede junto a ellos. En el país de los nibelungos no tengo parientes de sangre». Mucho le pesaron al rey Sigmundo las palabras de Crimilda.

1086 Dijo entonces el rey Sigmundo: «¡No escuchéis esas palabras! Llevaréis la corona y gobernaréis sobre todos mis vasallos con los mismos poderes con que lo habéis hecho antes. No tendréis que pagar las consecuencias de que hayamos perdido al héroe.

1087 Volved con nosotros, también, por amor a vuestro hijo. No debéis permitir, señora, que viva huérfano. Cuando él haya crecido, os servirá de consuelo. Entretanto, más de un noble y esforzado caballero estará a vuestro servicio».

1088 Dijo ella: «Señor Sigmundo, no puedo partir con vos. Debo permanecer, sea lo que sea lo que pueda pasarme, aquí, junto a todos los míos. Ellos me ayudarán a sobrellevar mi pena». Aquellas razones desagradaron a los valientes guerreros.

1089 Con una sola voz hablaron todos ellos: «En ese caso deberíamos decir que es ahora cuando la desgracia nos golpea, si decidís quedaros aquí entre nuestros enemigos. Jamás tan desafortunados guerreros debieron emprender un viaje tan funesto para asistir a una fiesta».

1090 Respondió Crimilda: «Partid sin temor alguno bajo el amparo de Dios. Se os dará buena escolta hasta el país de Sigmundo. Yo misma ordenaré que tengáis la protección adecuada. Caballeros, encomiendo a mi niño querido a vuestra custodia».

1091 Cuando vieron que ella estaba decidida a quedarse, todos los vasallos de Sigmundo prorrumpieron en llanto. ¡Ay! ¡Qué aflicción tan profunda sintió el rey al despedirse de Crimilda! Lo embargaba una pena muy amarga.



1092 «¡Maldita sea esta fiesta abominable!», exclamó entonces el venerable soberano. «Nunca más en el futuro, por unos simples festejos, ni al rey ni a ninguno de sus vasallos volverá a suceder lo que aquí nos ha sucedido. No se nos verá jamás en la tierra de Burgundia».

1093 Entonces los hombres de Sigfrido hablaron con toda franqueza: «Podríamos volver a este país en campaña de guerra, si supiéramos quién asesinó a nuestro jefe de una manera cierta. Quien lo hizo encontrará en nosotros, sus parientes, enemigos incontables».

1094 Sigmundo besó a Crimilda y le habló con mucha tristeza al ver que no deseaba partir con él: «Marchamos ahora, privados de toda alegría, de regreso a la patria. Solo ahora puedo ver realmente la magnitud de mi pena».

1095 Sin ninguna escolta partieron de Worms junto al Rin. Estaban tan convencidos los bravos nibelungos de su propia valentía, que si el enemigo los atacaba sabrían muy bien defenderse.

1096 A nadie pidieron permiso para marcharse. Se vio entonces a Gérnot y a Gíselher acercarse a Sigmundo de una manera amigable. Les dolía de corazón su desgracia. Así se lo hicieron saber al rey los dos caballeros magnánimos.

1097 Habló cortésmente el príncipe Gérnot: «Sabe bien el Dios del cielo que no tengo parte alguna en la muerte de Sigfrido, ni se me puede acusar tampoco de conocer a quien pudiera albergar hacia él sentimientos adversos[63]. Tengo, por ello, todo mi derecho a llorarlo».

1098 Entonces el joven Gíselher les proporcionó buena escolta. Acompañó al rey Sigmundo y a sus caballeros hasta su patria, en el país de Niderlandia. No encontraron entre los parientes de Sigfrido a nadie que no llorase amargamente su muerte.

1099 No os contaré cómo transcurrió después su viaje. En Worms se oían sin cesar los lamentos de Crimilda. No había nadie que pudiera confortar su corazón y su alma de no ser Gíselher, que era leal y franco con ella.

1100 La hermosa Brunilda gobernaba con soberbia. Poco le importaban a ella las lágrimas que derramara Crimilda. Jamás se dirigió a ella para mostrarle la menor prueba de afecto. Más tarde Crimilda reservaría para ella un dolor aún más cruel.

Canto XIX

De cómo se llevó a Worms el tesoro de los nibelungos

1101 AL ENVIUDAR de aquella forma la noble Crimilda, permaneció con ella en Burgundia el conde Éckewart y sus vasallos. Estaba el conde cada día a su servicio y a menudo ayudaba a su señora a llorar la pérdida de Sigfrido.

1102 En Worms, junto a la catedral, se construyó para ella una morada espaciosa, grande, alta y lujosa, donde vivía con sus sirvientes, privada de toda alegría. Gustaba de ir a la iglesia y hacerlo con gran fervor.

1103 Ningún día dejó de visitar la tumba de su amado esposo. Llena de pena, lo hacía todos los días y rezaba al Señor por el alma del gran héroe. Una y otra vez, sinceramente, lloraba de corazón al bravo caballero.

1104 La reina Ute y su séquito no cesaban de confortarla en todo momento, pero tan profunda era la herida abierta en su corazón que de poco le servían sus palabras de consuelo. La añoranza que sentía por el recuerdo de su esposo querido

1105 era mucho más grande que la que jamás sufriera ninguna esposa por su marido. En ello se podían ver sus nobles virtudes: mientras ella vivió, lloró la muerte de su esposo, hasta el final de sus días. Sin embargo, tiempo después, la esposa de Sigfrido se cobraría cruel venganza.

1106 Tras la muerte de su esposo siguió llevando su duelo, de ello doy fe bien cierta. Pasaron tres años y medio más sin que dirigiera una sola palabra al rey Gúnter y sin que viera tampoco a Hagen, durante todo aquel tiempo.

1107 Entonces dijo el héroe de Tronje: «Si pudierais lograr que vuestra hermana fuese vuestra amiga de nuevo, el oro de los nibelungos se quedaría en estas tierras. Podríais ganar gran parte del tesoro si la reina nos fuera favorable».

1108 Respondió el rey Gúnter: «Lo intentaremos. Mis hermanos guardan buenas relaciones con ella. Les pediremos que intercedan por nosotros para que podamos ganar su amistad y que ella permita que el oro pase así a nuestras manos». «Dudo», afirmó Hagen, «de que eso pueda ocurrir jamás».

1109 Después ordenó el rey Gúnter a Ortwin y al margrave Gere que se presentaran en la corte. Una vez que esto se hizo, mandó llamar también a Gérnot y al joven Gíselher. De un modo amigable, trataron los cuatro de interceder con Crimilda.

1110 El bravo Gérnot de Burgundia habló entonces: «Señora, habéis llorado ya mucho tiempo la muerte de Sigfrido. El rey quiere dar testimonio ante un tribunal declarando que no intervino en la muerte del gran héroe. Continuamente se os oye lamentaros con gran pena».

1111 Contestó ella: «Nadie lo acusa de ello. Lo mató la mano de Hagen cuando por mí supo el lugar donde era vulnerable. ¿Cómo podía yo saber el odio que escondía en sus entrañas?[64] De otro modo, habría guardado el secreto.

1112 Jamás hubiese traicionado al hermoso Sigfrido. ¡De esa manera me habría ahorrado, desdichada de mí,

derramar miles de lágrimas! Jamás me reconciliaré con aquellos que cometieron el crimen. Entonces el gallardo Híselher comenzó a suplicarle.

1113 Finalmente dijo: «¡Quiero saludar al rey!». Nada más decirlo, el rey Gúnter apareció ante ella, acompañado de sus más fieles allegados. Hagen, sin embargo, no se atrevió a presentarse. Sobradamente conocía él su culpa y el daño que había causado.

1114 Puesto que estaba dispuesta a renunciar a la enemistad que sentía hacia Gúnter, habría sido apropiado que él la besase. Si mediante su traición no le hubiese causado daño, el rey se habría acercado a ella sin estar desazonado.

1115 Jamás hubo una reconciliación entre parientes bañada con tantas lágrimas. Aunque su dolor era aún muy grande, a todos los perdonó, excepto a un solo hombre. Nadie hubiera matado a Sigfrido si no lo hubiera hecho Hagen.

1116 No pasó mucho tiempo sin que consiguieran de Crimilda que hiciera traer el tesoro del país de los nibelungos hasta las orillas del Rin. Por ser su regalo de bodas, era de justicia que perteneciese a Crimilda.

1117 Gérnot y Gíselher partieron para buscarlo. Crimilda ordenó que ocho mil hombres marcharan para traerlo del lugar donde estaba escondido y custodiado por el bravo Alberico y toda su gente.

1118 Cuando vieron a los hombres del Rin venir para llevarse el tesoro, el bravo Alberico habló así a los suyos: «No tenemos derecho alguno a retener el tesoro, pues la noble reina lo reclama como su regalo de bodas.

1119 Esto no hubiera jamás sucedido», prosiguió Alberico, «si para nuestra desgracia no hubiéramos perdido,

al mismo tiempo que a Sigfrido, la capa maravillosa. Siempre, en todo momento, el esposo de Crimilda la llevaba consigo.



1120 ¡Ay! ¡En mala hora Sigfrido nos arrebató la capa mágica e hizo que toda nuestra tierra se sometiera a su servicio!». Entonces fue el chambelán a buscar las llaves al lugar donde estaban guardadas.

1121 Al pie de la montaña estaban los vasallos de Crimilda y algunos de sus parientes. Se ordenó llevar el tesoro al mar y que fuese cargado en los barcos. Después fue transportado sobre las olas hasta las aguas del Rin.

1122 Ahora escucharéis contar maravillas del tesoro: para bajarlo de la montaña hasta el mar hicieron falta doce carretas grandes y pesadas repletas hasta los bordes. Aquella tarea se hizo en cuatro días y cuatro noches. Tuvo, además, cada carreta que realizar tres viajes al día.

1123 No había nada en el tesoro que no fuese oro y piedras preciosas. Y si se hubiese comprado el mundo entero con aquel oro, su valor no hubiera menguado tan solo un marco. Ciertamente, no era sin motivo por lo que Hagen codiciaba adueñárselo.

1124 De entre todas las riquezas que allí se encontraban, el objeto más preciado que se pudiera desear era una varita de oro[65]. Aquel que supiera utilizarla se convertiría en señor de todos los hombres. Fueron muchos los parientes de Alberico que acompañaron a Gérnot.

1125 Cuando se hubo llevado el tesoro al país de Günter, y cuando la reina lo tuvo bajo su custodia, torres y cámaras se llenaron con todas aquellas joyas. Nunca se oyó hablar después de riquezas tan prodigiosas.

1126 Aun si el tesoro hubiese sido mil veces más cuantioso, Crimilda hubiera preferido quedarse con las manos vacías por seguir teniendo vivo a Sigfrido a su lado. Jamás tuvo héroe alguno una esposa que le guardara fidelidad tan grande.

1127 Ahora que el tesoro estaba en sus manos, hizo venir al país a muchos guerreros extranjeros. Eran tantos los regalos que dispensaba que jamás se vio en dama alguna una generosidad tan grande. Es de justicia reconocer aquí las magnánimas virtudes que la reina mostraba.

1128 Repartía de tal modo sus riquezas entre los pobres y los ricos que Hagen de Tronje llegó a decir que si ella viviera aún más tiempo reuniría a tantos vasallos a su servicio que ellos, los burgundios, habrían de pagarlo caro.

1129 Dijo entonces el rey Gúnter: «Ella puede disponer como guste de su persona y sus bienes. ¿Por qué iba yo a prohibirle lo que quiera hacer con ellos? Bastante ya me ha costado ganar su amistad de nuevo. No hemos de preocuparnos ahora por cómo reparte su plata y su oro».

1130 Así habló Hagen al rey: «¡Un hombre en su sano juicio no debería dejar en manos de ninguna mujer un tesoro como este! Con los regalos que hace llegará un día en que todos los valientes guerreros de Burgundia habrían de lamentarlo».

1131 Respondió el rey Gúnter: «Le prometí en juramento que nunca volvería a causarle ningún daño y es mi intención mantener esa palabra. ¡Crimilda es, además, mi hermana!». Entonces replicó Hagen: «Dejadme que yo sea el responsable».

1132 Los juramentos que habían hecho algunos burgundios nunca fueron respetados. Así arrebataron todo su inmenso tesoro a la viuda, y Hagen se apoderó de las llaves. Al tener noticias de ello, su hermano Gérnot enfureció de ira.

1133 Entonces dijo el señor Gíselher: «Hagen ha vuelto a causar a mi hermana mucho daño y no debo yo permitirlo. Si no fuera mi pariente, lo pagaría con su vi-

da». De los ojos de la esposa de Sigfrido volvieron a brotar lágrimas.

1134 Habló luego el señor Gérnot: «Antes que vivir atormentados siempre por la suerte de ese oro, deberíamos arrojarlo todo al Rin, y así no sería de nadie». Entonces Crimilda, desconsolada, se presentó ante su hermano Gíselher.

1135 Así habló ella: «Atended mis súplicas y no os olvidéis de mí, mi queridísimo hermano. Debéis ser el protector de mi vida y de mis bienes». Le respondió a la gran dama: «Lo haremos a nuestro regreso, pues ahora debemos emprender un viaje[66]».

1136 El rey y sus parientes, los mejores de ellos, abandonaron su patria, con la sola excepción de Hagen, que prefirió quedarse por el gran odio que profesaba a Crimilda. Puso en ello todo su celo y empeño.

1137 Antes de que el poderoso rey hubiera vuelto, Hagen se había adueñado de todo el tesoro y lo había arrojado al Rin junto a Lochheim. Tenía pensado aprovecharlo algún día, pero eso no pudo ser.

1138 Los príncipes regresaron con sus numerosas huestes. Empezó entonces Crimilda a lamentarse, con sus doncellas y damas, por la pérdida de su inmenso tesoro. Aquello afligió a los príncipes hasta el grado más extremo. A Gíselher le hubiese gustado mostrarle su absoluta lealtad.

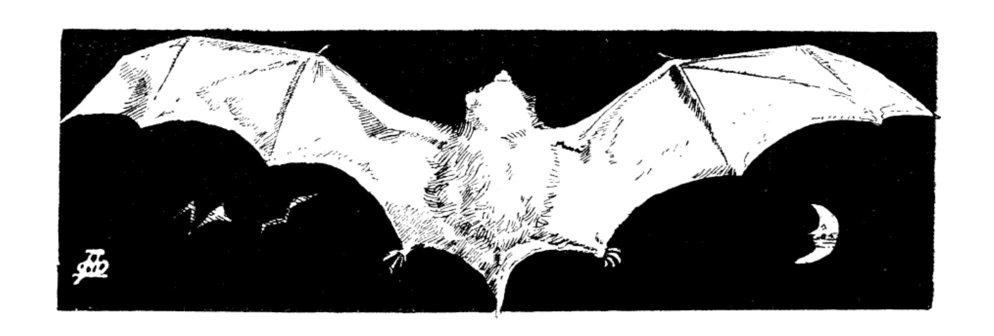
1139 Dijeron todos con voz unánime: «Hagen ha obrado con vileza». El traidor se sustrajo a la cólera de los príncipes todo el tiempo que pudo antes de volver a ganar su favor nuevamente. Ellos le perdonaron la vida, pero ahora la hostilidad de Crimilda hacia él no podía ser más grande.

1140 Antes de que Hagen de Tronje hubiese escondido el tesoro, habían acordado todos, con muy fuertes juramentos, mantener su secreto en tanto que viviera uno de ellos. No podrían ni disfrutarlo ni entregárselo a nadie.

1141 Una nueva amargura entristecía el ánimo de Crimilda: además de haber perdido a su esposo, le arrebataban ahora todas sus inmensas riquezas. Durante toda su vida no dejo de lamentarse hasta el día de su muerte.

1142 Tras la muerte de Sigfrido, es la pura verdad, vivió muy afligida durante trece años seguidos sin poder reponerse de la pérdida del héroe. Siempre le guardó fidelidad, y así lo reconoce el mundo entero.





Libro Segundo

Canto XX

De cómo el rey Atila envió mensajeros a Burgundia para pedir la mano de Crimilda

1143 Fue por aquella época cuando, al morir la reina Helche, buscaba el rey Atila nueva esposa. Sus parientes le aconsejaron pedir la mano de una arrogante viuda en el país de Burgundia que se llamaba Crimilda.

1144 Ahora que la hermosa Helche había muerto, dijeron: «Si deseáis tener una noble y excelente esposa, del linaje más alto que jamás consiguiera ningún rey, tomad por esposa a esta dama. Su marido fue el valeroso Sigfrido».

1145 Entonces respondió el gran rey: «¿Cómo podría eso suceder siendo como soy pagano y no habiendo recibido nunca el bautismo? Esa dama es cristiana y no lo consentirá. Sería un auténtico milagro que eso llegará a pasar».

1146 Mas sus valientes guerreros respondieron: «¿Y si lo hiciera por vuestra renombrada fama y por vuestras grandes riquezas? Al menos debemos hacer un intento con tan ilustre dama. Os complacerá amar a una dama tan bella».

1147 Dijo entonces el rey noble: «¿Quién de vosotros conoce las gentes y el país que se halla junto al Rin?»

Contestó el noble Rúdiger de Bechelaren[67]: «Conozco desde mi infancia a sus dignos y muy orgullosos reyes:

1148 son Gúnter y Gérnot, los dos muy valientes caballeros, y Gíselher es como se llama el tercero. Las conductas de los tres se rigen por el código de honor más estricto y las virtudes más nobles, del mismo modo en que lo hacían sus ancestros».

1149 Volvió a hablar el rey Atila: «Decidme, amigo mío, si ella es digna de ceñir la corona de mi reino. Si su persona es tan bella como se dice, mis parientes más cercanos no habrán de lamentarlo nunca».

1150 «Su belleza es comparable a la de mi amada señora, la poderosa reina Helche. No se podría encontrar en este mundo mujer más hermosa para un rey. Aquel que la tenga por su amada podrá considerarse muy dichoso».

1151 Respondió el rey Atila: «Si me aprecias, Rúdiger, pide su mano en mi nombre. Y si algún día comparto el lecho con Crimilda, sabré recompensártelo de la mejor manera que pueda, pues así habrás cumplido fielmente mi voluntad.

1152 Ordenaré que de mi tesoro se te entregue una cantidad suficiente para que tú y tus compañeros podáis vivir felizmente. También mandaré que dispongáis en abundancia de cuantos caballos y ropajes necesitéis para llevar esta embajada».

1153 Le respondió Rúdiger, el rico margrave: «No sería apropiado que yo deseara vuestra riqueza. Gustosamente llevaré vuestra embajada al país del Rin con mis propios bienes, que en su día recibí de vuestras manos».

1154 Habló el poderoso rey: «Decidme ahora, ¿cuándo tenéis la intención de partir para pedir la mano de esa encantadora señora? ¡Qué Dios proteja vuestro honor en

el transcurso del viaje, así como el de mi dama! ¡Ojalá la fortuna me ayude para que ella me sea favorable!

1155 De nuevo habló Rúdiger: «Antes de partir de esta tierra, debemos preparar armas y ropas para que podamos presentarnos ante los príncipes de una manera honorable. Quiero conducir al país del Rin a quinientos gallardos vasallos.

1156 Así, cuando nos vean en Burgundia a mí y a mis caballeros, todos podrán decir que jamás hubo rey alguno como tú, que enviase una embajada hasta el lejano país del Rin con tantísimos guerreros y tan magníficos pertrechos.

1157 Y si, poderoso rey, esto no os disuade, sabed que Crimilda profesaba un amor noble y hermoso a Sigfrido, el hijo del rey Sigmundo, al cual aquí conociste[68]. Dicen justa verdad aquellos que reconocen la gloria y fama del héroe.

1158 Habló entonces el rey Atila: «Si ella fue la esposa del gran guerrero, de aquel príncipe tan afamado y tan noble, no seré yo quien rechace a la reina por tal causa. Me complace gratamente su extraordinaria belleza».

1159 Habló el margrave ahora: «Siendo así, os anuncio que en el plazo de veinticuatro días nos pondremos en camino. Le haré saber a Gotelinda, mi amada esposa, que yo mismo llevaré vuestro mensaje a Crimilda».

1160 Rúdiger envió mensajeros a Bechelaren. La noticia llenó de tristeza y de orgullo a la margravina. Su marido le decía que partía a pedir para el rey la mano de Crimilda. Recordó entonces con afecto a la hermosa reina Helche.

1161 Cuando la margravina hubo conocido el mensaje, se sintió un tanto apesadumbrada y comenzó a llorar, pues se preguntaba si volvería a encontrar una señora tan

buena como la que tenía antes. El recuerdo de la reina Helche pesaba en ella profundamente.

1162 Siete días después, Rúdiger salió de Hungría. Aquello alegró y satisfizo al rey Atila. En la ciudad de Viena les prepararon sus ropas. Una vez hecho esto, ya no hubo razón alguna para demorar más el viaje.

1163 En Bechelaren le esperaba su esposa Gotelinda. La joven margravina, hija de Rúdiger, se alegró también mucho al ver llegar a su padre y a sus hombres. Recibieron por parte de las hermosas damas una calurosa bienvenida.

1164 Antes de que el noble Rúdiger partiera de Viena camino de Bechelaren, ya habían llegado todas sus ropas traídas en bestias de carga. Viajaron protegidas de tal manera que ninguna les faltaba[69].

1165 Cuando llegaron a la villa de Bechelaren, ordenó el anfitrión que se diera alojamiento a sus compañeros de viaje y que se les procuraran todas las comodidades. La noble Gotelinda se alegró mucho al ver llegar al señor de aquellas tierras.

1166 También sentía un gran alborozo su amada hija, la joven margravina. Nada en el mundo podía causarle una mayor alegría que no fuera ver la llegada de su padre. ¡Qué gozo tan grande el suyo al contemplar a los héroes del país de los hunos! Con una alegre sonrisa dijo la noble doncella:

1167 «¡Sed bienvenido, querido padre, con todos los que os acompañan!». Entonces los buenos y bravos caballeros dieron las más cumplidas gracias a la joven margravina. Gotelinda conocía muy bien cuál era el propósito que animaba a su esposo Rúdiger.

1168 Cuando se acostó junto a él al llegar la noche, la margravina le preguntó afectuosamente adónde lo envia-

ba el rey de los hunos. Dijo él: «Mi señora Gotelinda, os lo contaré de buen grado.

1169 En nombre de mi señor debo pedir la mano de otra esposa, puesto que ha fallecido la hermosa reina Helche. Voy al país del Rin a buscar a Crimilda. Será ella, como reina poderosa, quien gobernará a los hunos».

1170 «Dios quiera que eso suceda», dijo Gotelinda, «pues son tantas las virtudes que de ella se cuentan que bien sabrá consolarnos en nuestra vejez por la pérdida de nuestra amada reina Helche. Nos complacerá verla ceñir la corona en el país de los hunos».

1171 Dijo entonces el margrave: «Mi muy amada esposa, a aquellos que me acompañan en mi viaje hasta el Rin deberéis ofrecerles cortésmente vuestros bienes. Cuando los guerreros viajan soberbiamente equipados, su espíritu es muy alto».

1172 Respondió la margravina: «Antes de que partáis de aquí con vuestros vasallos, daré gustosamente a aquellos que de mí quieran aceptarlo, todo lo que sea menester». Dijo entonces el margrave: «Me complace gratamente vuestro gesto».

1173 ¡Cuántas prendas de seda tan lujosas se sacaron de su cámara! Todas ellas se repartieron con largueza entre los nobles caballeros, a los que se les cubrió con pieles que les llegaban desde el cuello hasta las espuelas. Rúdiger había escogido como compañeros a los que eran más apropiados.

1174 Al séptimo día, el señor de Bechelaren partió con los suyos muy temprano. Atravesaron Baviera portando gran cantidad de armas y de ropajes. No encontraron a nadie en el camino que los asaltara para robarles.

1175 Transcurridos doce días, llegaron al país del Rin. Aquella noticia no se podía ocultar. Se informó al rey Günter y a los suyos de la llegada de unos extranjeros. Entonces el rey preguntó que si alguien los conocía

1176 se lo hiciera saber. Al ver que las mulas portaban aquellas cargas tan pesadas se supo que se trataba de viajeros muy ricos e importantes. Muy pronto se les dio albergue en aquella gran ciudad.

1177 Una vez que estuvieron alojados, los extranjeros fueron objeto de persistentes miradas. Las gentes se preguntaban de dónde habían llegado aquellos guerreros hasta el país del Rin. El rey hizo llamar a Hagen para ver si los conocía.

1178 Habló entonces el héroe de Tronje: «No he visto aún a ninguno de ellos. Cuando se aproximen a nosotros podré deciros desde dónde han llegado a nuestra tierra. Deben de venir de muy lejos, pues me cuesta reconocerlos».

1179 Los extranjeros ya habían encontrado aposento. El embajador y sus compañeros se habían engalanado con las ropas más lujosas. Llegaron cabalgando hasta el mismo palacio. Las vestimentas que lucían mostraban un corte elegante y perfecto.

1180 Prosiguió el bravo Hagen: «Por lo que puedo juzgar, pues hace mucho tiempo que no veo a ese señor, diría que por su apariencia se trata de Rúdiger, el bravo y excelente guerrero, que viene del país de los hunos».

1181 «¿Cómo puedo creer», dijo el rey inmediatamente, «que el señor de Bechelaren haya venido a esta tierra?». Apenas el rey acababa de pronunciar estas palabras, cuando el bravo Hagen de Tronje reconoció al noble Rúdiger.

1182 Él con todos sus parientes salieron corriendo a su encuentro. Se vio entonces a quinientos caballeros desmontar de sus caballos. Los invitados que procedían del país de los hunos recibieron una cordial acogida. Jamás se vio mensajeros con tan espléndidos trajes.

1183 Entonces con voz potente habló Hagen de Tronje: «¡En el nombre de Dios, sed bienvenidos, margrave de Bechelaren y todos sus vasallos!». Los bravos hunos fueron entonces recibidos con grandes honores.

1184 Los parientes más allegados del rey se acercaron hasta ellos. Ortwin de Metz habló así a Rúdiger: «Con toda franqueza os confieso que nunca hemos recibido con tanto placer a invitados que nos sean tan agradables».

1185 Todos los caballeros hunos dieron las gracias por la cordial bienvenida. Con todos sus vasallos entraron en el gran salón donde se hallaba el rey, rodeado de muchos bravos guerreros. El soberano se levantó de su asiento como gesto de gran cortesía.

1186 ¡Con qué exquisita gentileza se dirigió a los heraldos! Gúnter y Gérnot acogieron solícitos al embajador y a sus vasallos con todas las atenciones que les correspondían. El rey tomó de la mano al bravo Rúdiger.

1187 Después lo llevó al asiento donde él estaba sentado. Ordenó luego que se sirviera a los invitados un hidromiel excelente —esto lo hizo con mucho placer— y los mejores vinos que se pudieran encontrar en las tierras del Rin.

1188 Gíselher y Gere estaban allí, y también Dánkwart y Vólker, que habían sabido de la llegada de los extranjeros. Todos ellos se sentían con ánimo muy alegre y, delante del rey, dieron cortés acogida a los nobles y valientes caballeros.

1189 Habló entonces Hagen de Tronje a su rey: «Vuestros guerreros deben expresar su gratitud al margrave por todo lo que ha hecho por nosotros[70]. El esposo de la hermosa Gotelinda debe ser recompensado por ello».

1190 Dijo ahora el rey Gúnter: «No puedo abstenerme de preguntároslo: decidme cómo se encuentran Atila y su esposa Helche en el país de los hunos». Respondió el margrave: «Con gusto os lo haré saber».

1191 Entonces se levantó de su asiento con todos sus caballeros y dijo así al rey Gúnter: «Si me lo permitís, señor, no callaré por más tiempo el mensaje que aquí traigo y que muy gratamente os daré a conocer».

1192 Dijo Gúnter: «Cualquiera que sea la noticia que se os ha encargado transmitirme, os permito que me la comuniquéis sin que medie el consejo de los míos. Dejad que yo os escuche y también mis vasallos. Os concedo licencia para que cumpláis con vuestra misión honorable».

1193 Dijo entonces el fiel emisario: «Mi gran señor os hace llegar sus respetos aquí, al país del Rin, para vos y todos vuestros parientes. Os envía este mensaje con la lealtad más sincera.

1194 Nuestro noble rey os ruega que compartáis su dolor. Su pueblo vive en duelo, pues ha muerto mi señora, la poderosa Helche, esposa de mi señor. Por tal razón, quedan huérfanas por su muerte gran número de doncellas,

1195 hijas de príncipes nobles a quienes ella educó. Reina ahora una gran consternación en nuestra tierra. Por desgracia, no tienen a nadie que cuide lealmente de ellas. Por ese motivo, creo que la aflicción del rey tardará largo tiempo en curarse».

1196 «Que Dios lo premie», dijo Gúnter, «por ofrecernos sus servicios a mí y a mis hombres de manera tan solícita. Me complace recibir sus cordiales saludos. Mis parientes y mis vasallos sabrán bien recompensárselo».

1197 Entonces habló Gérnot, el guerrero de Burgundia: «El mundo llorará siempre la muerte de la hermosa Helche por las muchas virtudes que ella solía practicar». Hagen estuvo de acuerdo con aquellas palabras y con él muchos otros caballeros.

1198 Entonces volvió a hablar Rúdiger, el noble y bravo mensajero: «Si me lo permitís, señor, os contaré aún más cosas que mi rey me ha mandado deciros. Sabed que tras la muerte de la reina Helche se encuentra muy afligido.

1199 Han contado a mi señor que Crimilda ha quedado viuda al haber muerto su marido el señor Sigfrido. Si eso es cierto, y si vos concedéis vuestro permiso, ella ceñirá corona ante los guerreros de Atila. Esto es lo que mi señor me ha ordenado decirle».

1200 Dijo entonces el poderoso rey con exquisitos modales: «Ella sabrá mi voluntad si está dispuesta a aceptar la proposición de Atila. Os daré razón en el plazo de tres días. ¿Cómo podría yo rechazar tal propuesta sin saber lo que ella piensa?».

1201 Mientras tanto se ordenó que se procurara a los invitados todas las comodidades. Recibieron tan buen trato que Rúdiger hubo de reconocer haber encontrado verdaderos amigos entre los vasallos de Gúnter. Hagen lo atendió solícito. Rúdiger anteriormente había hecho lo mismo con Hagen[71].

1202 Así pasaron tres días. El rey convocó a sus consejeros —aquella era una sabia medida— y preguntó a sus

allegados si consideraban oportuno que Crimilda tomase por esposo al rey Atila.

1203 Todos dieron su aprobación menos Hagen, que habló al bravo rey Gúnter de esta manera: «Si sois un hombre sensato, deberíais evitar que esto suceda, aun en el caso de que ella accediera».

1204 «¿Por qué no habría yo de dar mi permiso?», respondió el rey. «Me complace conceder todo aquello que pueda aportar dicha a la reina, pues se trata de mi hermana. Nosotros mismos deberíamos hacer todo lo posible por que esto suceda, si con ello sus méritos se acrecientan».

1205 Habló Hagen de nuevo: «No habléis de esa manera. No conocéis a Atila como lo conozco yo. Si Crimilda llegase a casarse con él, como os he oído decir, tendríais buenas razones para tener que lamentarlo».

1206 «¿Por qué?», dijo entonces Gúnter. «Ya me guardaré bien de aproximarme a él si incurriese en su cólera en el caso de que desposara a mi hermana». Habló de nuevo Hagen: «Jamás os aconsejaría tal cosa».

1207 Se mandó buscar a Gérnot y a Gíselher para preguntar a aquellos dos caballeros si les parecía apropiado que Crimilda se casara con el noble y poderoso rey. Hagen siguió desaconsejándolo. No hubo nadie más que se opusiera, exceptuándolo a él.

1208 Habló ahora el caballero Gíselher de Burgundia: «Ya es hora, amigo Hagen, de que mostréis vuestra lealtad a mi hermana y de que la compenséis por todo el mal que le habéis ocasionado. No os opongáis a la felicidad que la fortuna pueda ofrecerle».

1209 «Habéis causado tanto dolor a mi hermana», prosiguió Gíselher, el muy bravo guerrero, «que tiene

muy sobrados motivos para odiaros. Jamás hubo nadie que robara tanta alegría a una dama».

1210 «Os diré algo de lo que estoy bien seguro: si ella desposa a Atila y vive suficientes años, buscará la manera de causarnos grandes males. Serán muchos bravos guerreros los que tendrá bajo su mando».

1211 Ante las palabras de Hagen respondió el bravo Gérnot: «Posiblemente nunca llegaremos a viajar al país de los hunos antes de que los dos hayan muerto. Guardemos lealtad a Crimilda. Conquistaremos fama y honores con ello».

1212 Hagen replicó de nuevo: «Nadie logrará desdecirme de lo que afirmo. Si Crimilda ciñe la corona de la reina Helche nos causará daño de todas las maneras posibles. Más os valdrá, caballeros, que desistáis de tal proyecto».

1213 Gíselher, el hermoso hijo de la reina Ute, respondió lleno de ira: «No todos hemos de proceder con perfidia. Cualquier honor que ella obtenga ha de ser para nosotros motivo de alegría. Por mucho que digáis, Hagen, yo la serviré fielmente».

1214 Cuando oyó esto, Hagen enfureció de ira. Gérnot y Gíselher, los orgullosos y bravos guerreros, y el poderoso rey Gúnter convinieron finalmente en que, si Crimilda aceptaba, ellos no se opondrían al casamiento.

1215 Dijo entonces el príncipe Gere: «Le diré a la señora que acepte la proposición de Atila, pues son muchos los guerreros que son vasallos suyos y lo miran con respeto. Él sabrá muy bien compensarla de todo el mal que ha sufrido».

1216 El valeroso guerrero se presentó ante Crimilda. Ella lo recibió amablemente. Seguidamente le dijo: «Te-

néis motivos para recibirme con alegría y darme la recompensa que se da a los mensajeros cuando traen buenas noticias. Muy pronto la fortuna os librará de todas vuestras desdichas.

1217 Esperando obtener vuestro amor, señora, uno de los hombres más valientes que jamás haya existido, gobernado con más honores un reino o ceñido una corona, ha enviado hasta aquí a sus mensajeros. Piden vuestra mano en su nombre muy nobles caballeros. Esto es lo que me pide vuestro hermano que os diga».

1218 La señora, abrumada de dolor, así le respondía: «Que Dios no os permita a vos ni a nadie de mi familia burlaros de mí, una mujer desgraciada. ¿Qué le puedo dar yo a un hombre que conoció el amor sincero de la que fue su digna esposa?».

1219 Rechazó rotundamente la propuesta que le hicieron. Pero más tarde vinieron sus hermanos Gérnot y el joven Gíselher, los cuales le rogaron con cariño que confiara en ellos. Si Crimilda desposaba al rey, para ella sería muy bueno.

1220 Pero ninguno de ellos pudo convencer a la dama para que se casara de nuevo. Los caballeros le rogaron entonces: «Si no es otra vuestra decisión, dignaos recibir al menos al mensajero».

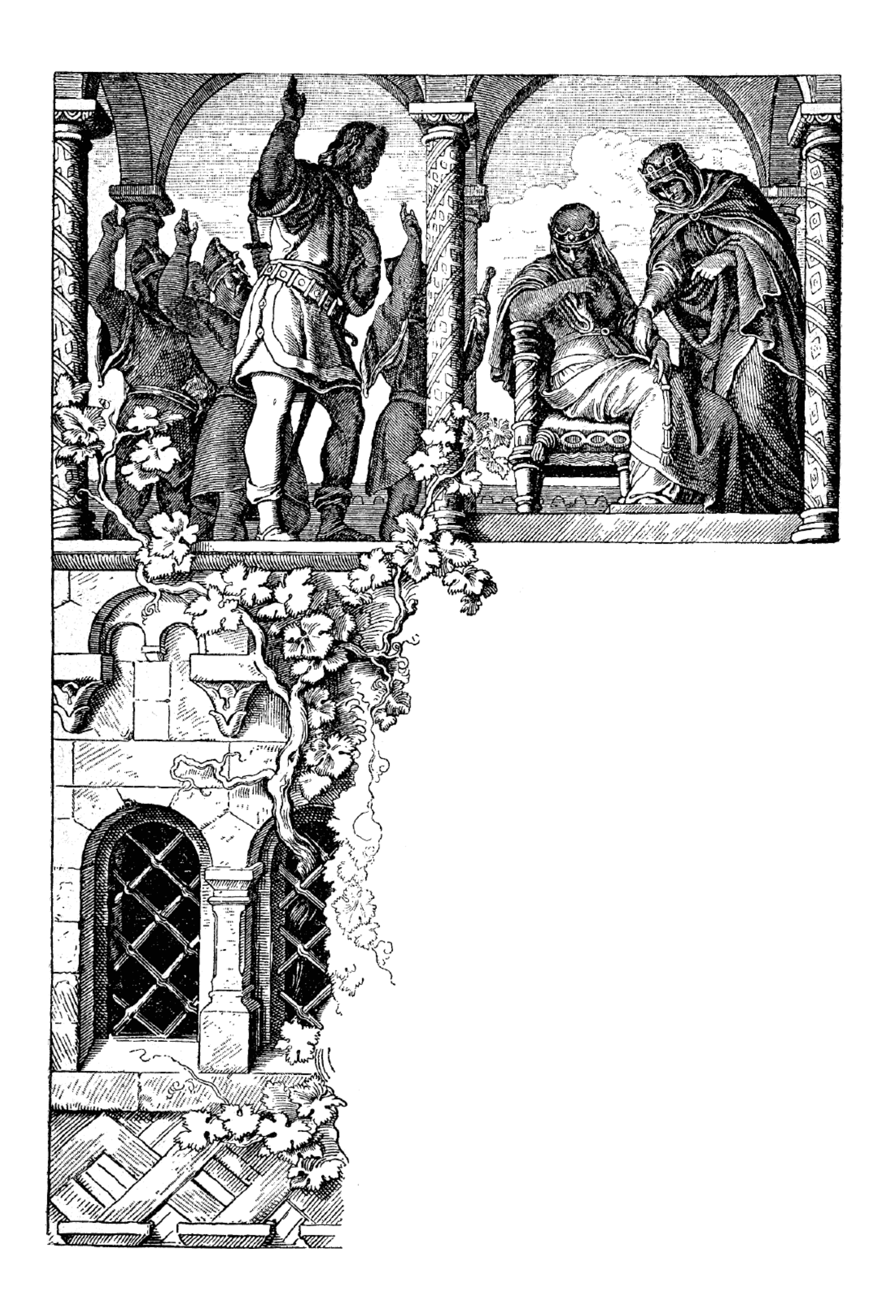
1221 «No me negaré a ello», dijo la noble señora. «Veré de buen grado a Rúdiger por ser muchas las virtudes que adornan a ese caballero. Si en lugar de él fuese otro el emisario que enviase Atila, me negaría a verlo».

1222 Luego añadió: «Decidle que se presente mañana en mis aposentos. De mis propios labios oirá cuáles son mis deseos. Yo misma le haré saber lo que pienso». Una

vez dicho aquello, llena de pena, prosiguió con sus lamentos.

1223 No deseaba el noble Rúdiger otra cosa que poder ver a la reina. Si lograba que ella lo recibiera, se consideraba tan habilidoso que se creía muy capaz de convencer a Crimilda.

1224 Muy temprano, a la mañana siguiente, mientras se cantaba la misa, llegaron los distinguidos mensajeros. Se agolpó una gran muchedumbre. Eran muchos los nobles guerreros que deseaban acompañar a Rúdiger a la corte. Se vio allí a numerosos caballeros engalanados con los más lujosos trajes.



1225 La noble Crimilda, con el corazón lleno de tristeza, esperaba a Rúdiger, el bravo y digno mensajero. Ella vestía las ropas que solía llevar a diario, en tanto que las damas de su séquito lucían ropas de gala.

1226 Crimilda salió a recibirlo a la puerta y acogió cordialmente al vasallo de Atila. Con solo once caballeros se presentó ante la reina. Se dispensó a Rúdiger la más cálida bienvenida. Nunca antes la habían visitado unos heraldos tan nobles.

1227 Se pidió a Rúdiger y a sus hombres que tomaran asiento. Los dos margraves, Éckewart y Gere, los muy nobles y valientes caballeros, se hallaban ante la reina. Por respeto a la señora, no se veía alegría en el semblante de ninguno de los mensajeros.

1228 Muchas hermosas doncellas estaban sentadas frente a la reina. No otra cosa se oía de Crimilda que no fueran sus lamentos. Humedecían su vestido las cálidas lágrimas que caían sobre su pecho. Al mirarla, el noble margrave bien se dio cuenta de ello.

1229 Tomó la palabra entonces el ilustre mensajero: «Nobilísima princesa, permitidme a mí y a los que me acompañan que permanezcamos de pie ante vos para anunciaros el motivo del viaje que nos ha traído hasta aquí».

1230 «Tenéis mi permiso» dijo la reina. «Decidme lo que queráis exponer, que yo lo escucharé de buen grado, pues sois un buen mensajero». Todos percibieron en sus palabras que Crimilda tenía intención de rechazar la propuesta.

1231 Dijo entonces Rúdiger de Bechelaren: «Señora, el noble rey Atila os transmite su lealtad y respeto y os ha-

ce llegar sus más afectuosos saludos. Envía valientes caballeros aquí a vuestra tierra para pedir vuestra mano.

1232 Os ofrece su ferviente amor sincero. Está dispuesto a daros el mismo afecto constante que en su día guardaba para con la reina Helche, aquella a la que él tanto amaba. Muchos son los días amargos que ha vivido nuestro rey recordando sus virtudes».

1233 Respondió la reina: «Margrave Rúdiger, si alguien supiese lo hondo que es mi dolor, no me pediría que desposase a otro hombre. He perdido al mejor y más valiente esposo que jamás tuvo mujer alguna».

1234 Contestó el bravo guerrero: «¿Qué otra cosa puede aliviar la tristeza que no sea el verdadero amor que se siente cuando se escoge a un esposo que es de vuestra elección? No hay nada que cure mejor las penas del corazón.

1235 Si aceptáis casaros con mi noble señor, ceñiréis la corona de doce poderosos reinos. Además, mi señor os concederá las tierras de treinta príncipes que él valerosamente conquistó con su mano.

1236 Además, seréis señora de muchos dignos caballeros que hasta ahora eran vasallos de mi señora la reina Helche, y también de muchas damas de linaje real que estaban a su servicio», dijo el bravo y noble guerrero.

1237 «Mi señor os concederá también —esto me pidió que os diga—, si aceptáis ceñir la corona con él, toda la autoridad suprema que ostentaba la reina Helche en su día. Todos los hombres de Atila estarían bajo vuestro dominio».

1238 Habló entonces la reina: «¿Cómo podría yo desear volver a casarme con un héroe? La muerte de uno de

ellos me ha causado tanto dolor que viviré sin conocer la felicidad hasta el final de mis días».

1239 Los hunos hablaron de nuevo: «Poderosa señora, la vida que llevaréis junto a Atila, si lo aceptáis por esposo, será tan fastuosa que siempre os producirá alegría. Cuenta el valeroso rey con muchos magníficos guerreros.

1240 Si las damas de la reina Helche y vuestras doncellas algún día llegaran a formar un solo séquito, para los caballeros de la corte sería motivo de gran regocijo. Señora, aceptad nuestro consejo: será para vuestro bien».

1241 La reina respondió, haciendo gala de sus excelentes modales: «Pospongamos esta cuestión hasta mañana. Venid entonces a verme, y daré una respuesta al asunto que os preocupa». Los bravos y esforzados caballeros estuvieron de acuerdo.

1242 Cuando todos se hubieron retirado a sus aposentos, la noble reina hizo llamar a Gíselher y a su madre. A los dos les dijo entonces que lo único que ella consideraba apropiado no era otra cosa que llorar la muerte de su marido.

1243 Habló su hermano Gíselher: «Hermana, me han contado, y no me cabe duda de ello, que el rey Atila sabrá ahuyentar vuestras penas si lo tomáis por esposo. Por muchos consejos que os cuenten, creo que eso es lo que más os conviene».

1244 «Él sabrá muy bien resarciros de vuestra pena», prosiguió Gíselher. «Desde el Ródano hasta el Rin, y desde el Elba hasta el mar, no existe ningún rey tan poderoso como él. Deberíais regocijaros si os escoge por esposa».

1245 Contestó ella: «Querido hermano, ¿por qué me aconsejáis tal cosa? Llorar y llevar luto por Sigfrido es para mí lo más adecuado. ¿Cómo podría yo presentarme en la

corte delante de sus guerreros? Si alguna vez poseí belleza, ahora no me queda nada de ella».

1246 Así habló entonces la reina Ute a su amada hija: «Haz, querida niña, lo que tus hermanos te indican. Sigue el consejo de los tuyos y encontrarás la alegría. Hace ya mucho tiempo que te veo sumida en un dolor muy profundo».

1247 Entonces Crimilda imploró al Dios del Cielo para que pudiera repartir oro, plata y vestidos como lo había hecho antaño, cuando vivía su esposo. Nunca más volvió a vivir unas horas tan dichosas.

1248 Pensaba para sí misma: «¿Debo entregar mi cuerpo a un pagano siendo yo una cristiana? La vergüenza me acompañará durante toda mi vida. Incluso si él me da todos sus reinos y riquezas, jamás habré de desposarlo».

1249 Crimilda se mantuvo en su decisión. Sumida en sus pensamientos, pasó toda la noche hasta el alba sin poder conciliar el sueño. Sus ojos claros no cesaron de derramar lágrimas hasta que despuntó el día y ella salió a oír misa.

1250 También los reyes habían llegado puntualmente para asistir a la misa. Intentaron convencer de nuevo a su hermana, aconsejándola que desposase al rey de los hunos. Pero ninguno de ellos pudo descubrir en su semblante la más mínima alegría.

1251 Hicieron entonces llamar a los hombres de Atila, los cuales para entonces ya deseaban regresar a su país, tanto si la respuesta que recibieran fuese favorable o no. Rúdiger acudió a la corte. Los héroes decían entre ellos que

1252 necesitaban saber cuanto antes cuáles eran las intenciones del rey Gúnter. En ello todos estaban de

acuerdo. Aún les quedaba por recorrer un camino muy largo para poder regresar a su tierra. Se condujo a Rúdiger a presencia de Crimilda.

1253 El guerrero comenzó a rogar amablemente a la noble reina que le hiciera saber qué noticias deseaba transmitir al país de Atila. No creo que obtuviera de ella otra cosa más que una obstinada negativa,

1254 pues nunca se volvería a casar con otro hombre. Así le dijo el margrave: «Haríais mal obrando de esa manera. ¿Por qué deseáis dejar que se marchite vuestra belleza? Aún podéis convertiros con todo honor en la esposa de un hombre valeroso».

1255 De nada sirvieron aquellos ruegos hasta que Rúdiger dijo a la reina, en secreto, que él sabría resarcirla por todas las ofensas sufridas. Ante aquellas palabras, el sufrimiento de la reina comenzó a aplacarse un poco.

1256 Así dijo a Crimilda: «Dejad de llorar, señora. Si no tuvierais entre los hunos más valedores que yo, mis leales parientes y mis vasallos, quienquiera que os causase daño habría de pagarlo muy caro».

1257 De aquella manera se mitigó grandemente la aflicción de la dama. Así habló ella: «En ese caso, Rúdiger, hacedme fiel juramento de que si alguien me causa una ofensa, vos seréis el primero en vengarme». Entonces respondió el margrave: «Estoy dispuesto a jurarlo».

1258 Juró entonces Rúdiger, junto con todos sus vasallos, que siempre la servirían fielmente y que los nobles guerreros del país de Atila jamás le negarían los honores que correspondían a su condición y rango. Rúdiger confirmó con su mano sus palabras.

1259 La fiel esposa pensaba: «Si yo, que soy una pobre infeliz, he ganado tantos aliados, dejaré que las gentes

digan de mí lo que quieran. ¡Es posible que aún pueda vengar la muerte de mi muy amado esposo!

1260 Así proseguían sus pensamientos: «Si Atila tiene a tantos guerreros bajo su mando, cuando yo ejerza mi autoridad sobre ellos podré realizar todo aquello que me plazca. Además, es tan rico que tendré riquezas suficientes para dispensar regalos. El traidor Hagen me ha privado de mis bienes».

1261 Le dijo a Rúdiger: «Si no hubiese sabido que Atila es pagano, iría de buen grado a donde quiera que él vaya y lo tomaría por esposo». Respondió entonces el margrave: «Señora, dejad de hablar de esa manera.

1262 Tiene tantos guerreros que profesan la fe cristiana que nunca lamentaréis estar al lado de Atila. Y quién sabe, quizá consigáis que él mismo llegue a aceptar el bautismo. Así, no pondréis más objeciones para convertiros en su esposa».

1263 Entonces hablaron sus hermanos: «Hermana, dad vuestro consentimiento y desechad vuestra pena». Tanto insistieron en sus ruegos que finalmente la desconsolada reina prometió, en presencia de aquellos héroes, desposar al rey Atila.

1264 Dijo ella: «Yo, que soy una reina infortunada, seguiré vuestro consejo. Partiré al país de los hunos tan pronto me sea posible y haya encontrado amigos que estén dispuestos a llevarme». La bella Crimilda lo juró, levantando su mano delante de los caballeros.

1265 Habló entonces el margrave: «Bastará con que dispongáis de dos vasallos, pues yo pondré muchos más. Atravesaréis el Rin con todos los honores que corresponden a vuestro rango. Señora, no debéis permanecer más tiempo en la tierra de Burgundia.

1266 Dispongo de quinientos hombres además de mis parientes, que os servirán aquí y también, señora, cuando estéis en el país de Atila, para lo que dispongáis mandar. Si me recordáis mi promesa, os obedeceré del mismo modo que ellos, siempre que mi honor no se ponga en entredicho.

1267 Haced ahora que preparen las monturas de vuestros caballos. No habréis de lamentar nunca los consejos que os da Rúdiger. Decídselo a las doncellas que deben acompañaros. Muchos esforzados héroes saldrán al camino a buscarnos».

1268 Crimilda y sus doncellas aún disponían de las magníficas sillas que utilizaban en los tiempos de Sigfrido, de modo que pudo llevar consigo a muchas doncellas noblemente engalanadas cuando emprendió su viaje. ¡Qué monturas tan espléndidas prepararon para las hermosas damas!

1269 Si ya habían lucido lujosos vestidos en el pasado, se prepararon esas ropas y muchas otras más para el viaje, pues eran muchas las cosas que habían oído contar del fausto del rey Atila. Los baúles que habían estado cerrados hasta entonces fueron abiertos ahora.

1270 Durante cuatro días y medio estuvieron ocupadas sin descanso en sacar de sus cofres las muchas ropas que había guardadas en ellos. Crimilda entonces hizo abrir la cámara de su tesoro, pues quería hacer generosos regalos a los vasallos de Rúdiger.

1271 Aún le quedaba oro del país de los nibelungos. Tenía la intención de repartirlo de su mano entre los guerreros hunos. Era tanto el que poseía que ni siquiera cien mulas hubieran podido llevarlo. Hagen tuvo noticias de lo que preparaba Crimilda.

1272 Dijo él: «Puesto que Crimilda jamás se reconciliará conmigo, el oro de Sigfrido deberá quedarse aquí. ¿Por qué debo yo entregar tanta riqueza a mis enemigos? Muy bien sé lo que Crimilda hará con ese tesoro.

1273 Si se lo lleva de aquí, estoy convencido de que lo repartirá para levantar contra mí el odio. Además, no tienen suficientes mulas para poder transportarlo. Hagen se hará cargo de él. Decídselo así a Crimilda».

1274 Cuando supo la noticia, se apoderó de ella una ira incontenible. Los tres reyes también fueron informados. Les hubiera gustado evitarlo, pero como no hicieron nada, habló despreocupado el noble Rúdiger:

1275 «Poderosa reina, ¿por qué lamentáis perder el oro? El rey Atila os tiene en tanto aprecio que, una vez que os contemplen sus ojos, os dará un tesoro tan grande que jamás podréis gastarlo. Lo que digo, señora, estoy dispuesto a jurarlo».

1276 Respondió la reina: «Mi noble Rúdiger, nunca existió princesa que poseyera mayores riquezas que las que Hagen me ha arrebatado». Entonces entró su hermano Gérnot en la sala donde se hallaba el tesoro.

1277 Con la autoridad real, introdujo la llave en la cerradura. Treinta mil marcos del oro[72] de Crimilda, y puede que mucho más, sacaron de la cámara del tesoro. Gérnot lo distribuyó entre los extranjeros. Aquel gesto contaba con la aprobación del rey Gúnter.

1278 Habló entonces el señor de Bechelaren, el marido de Gotelinda: «Incluso si mi señora Crimilda poseyera todo el oro que se trajo en su día del país de los nibelungos, ni mi esposa ni yo pondríamos nuestra mano en él.

1279 Ordenad que lo vuelvan a guardar, pues no quiero nada de ese oro. De mi país he traído tanto de mi

propio patrimonio que nada nos ha de faltar en el camino, y para nuestros gastos de viaje muy bien podemos prescindir de él».

1280 Mientras tanto, las doncellas de Crimilda habían llenado doce cofres del mejor oro que se pudiera encontrar. Se los llevaron junto con las muchísimas joyas que las damas debían llevar durante todo el viaje.

1281 El poder del siniestro Hagen agobiaba a Crimilda. Del oro destinado a las ofrendas para las ánimas aún le quedaban mil marcos[73]. Los repartió por el descanso del alma de su muy amado esposo. En ello pudo ver bien Rúdiger la lealtad de la reina.

1282 Dijo entonces la doliente dama: «¿Dónde están los amigos que por amor a mi persona están dispuestos a vivir en una tierra extranjera? Deberán partir conmigo al país de los hunos. Que tomen de mi tesoro lo que necesiten y compren caballos y vestimentas».

1283 El margrave Éckewart dijo entonces a la reina: «Desde el primer día en que pasé a formar parte de vuestro séquito[74] os he servido fielmente y así quiero seguir haciéndolo hasta el día de mi muerte». Hablaba así el bravo guerrero.

1284 «Llevaré además conmigo quinientos de mis vasallos que pongo lealmente a vuestro servicio. Nada excepto la muerte hará que nos separemos de vos». Inclinando la cabeza, Crimilda agradeció sus palabras. Era de justicia hacerlo.

1285 Trajeron entonces los caballos, pues deseaban partir. Muchas fueron las lágrimas que vertían los amigos y parientes. La gran reina Ute y muchas hermosas doncellas mostraban en sus semblantes lo mucho que lamentaban la partida de Crimilda.

1286 Con ella partían cien damas nobles vestidas todas ellas tal y como correspondía a su rango. Muchos de aquellos ojos claros iban derramando lágrimas. Pero volverían a conocer horas muy felices en la corte de Atila.

1287 Después llegaron con sus vasallos el señor Gíselher y también el señor Gérnot, tal y como la buena educación exigía. Deseaban dar escolta a su querida hermana en aquella despedida. Llevaban con ellos a más de un millar de hombres de sus guerreros más escogidos.

1288 Vino el bravo Gere y también el señor Ortwin. Rúmolt, el maestro de cocina, no podía faltar tampoco. Se encargaron de levantar campamentos hasta llegar al Danubio[75]. Gúnter, sin embargo, solo ofreció escolta un corto trecho más allá de la ciudad.

128 Antes de salir del país del Rin habían mandado a veloces mensajeros adelantarse al país de los hunos con objeto de anunciar al rey que Rúdiger había ganado para Atila a la noble e ilustre reina.

Canto XXI

De cómo Crimilda viajó al país de los hunos

1290 DEJEMOS QUE CABALGUEN los emisarios. Ahora os debo contar cómo la reina Crimilda atravesó todo el reino y en qué punto Gérnot y Gíselher se separaron de ella. Los dos habían brindado su escolta tal y como demandaba la lealtad fraterna.

1291 Cabalgaron junto a ella hasta llegar a Vergen[76] en el Danubio. Allí pidieron el permiso de la reina para despedirse, pues deseaban regresar a las orillas del Rin. Los parientes cercanos no pueden separarse sin que se derramen lágrimas.

1292 El valiente Gíselher habló así a su hermana: «Señora, siempre que me necesitéis u os aceche algún peligro, hacédmelo saber. Vendré inmediatamente hasta el país de los hunos para ponerme a vuestro servicio».

1293 A los que eran sus parientes, ella los besó en la boca. Se vio entonces a los valientes burgundios despedirse afectuosamente de los vasallos del margrave Rúdiger. Con la reina viajaban muchas hermosas doncellas,



1294 ciento cuatro en total, ricamente ataviadas todas ellas con magníficas capas de las pieles más vistosas. Escudos muy anchos[77] protegían en el camino a las damas. Muchos excelentes guerreros regresaron entonces a Worms.

1295 Avanzaron rápidamente atravesando Baviera. Corrió la noticia de que se acercaban muchos desconocidos extranjeros. La reina llegó a un lugar donde todavía hoy se alza un convento y donde las aguas del Inn confluyen con las del Danubio.

1296 En la ciudad de Passau tenía su sede un obispo. Se desalojaron las casas[78] y también la corte del príncipe. Todos marcharon a toda prisa a Baviera para salir al en-

cuentro de los viajeros extranjeros. Allí se reunió el obispo Pílgrim con la bella Crimilda.

1297 Los guerreros de aquella tierra no lamentaron en absoluto contemplar tantas hermosas doncellas entre el séquito de Crimilda. Acariciaban con su mirada a las hijas de noble linaje. Después se proporcionó a los huéspedes un adecuado alojamiento.

1298 El obispo cabalgó con su sobrina[79] hasta Passau. Cuando se dijo a los habitantes de la villa que quien llegaba era Crimilda, la hija de la hermana del prelado, recibió la más cálida acogida de todos los comerciantes.

1299 El obispo tenía la esperanza de que sus invitados se quedaran allí algún tiempo. Entonces dijo el señor Éckewart: «Eso no es posible. Debemos proseguir nuestro camino al país de Rúdiger. Son muchos los guerreros que nos esperan, pues nuestra llegada es conocida por todos».

1300 La bella Gotelinda ya conocía la noticia. Ella se preparaba con desvelo, igual que su noble hija, para recibir al cortejo. Rúdiger le había hecho saber que creía conveniente que ella levantara el ánimo de la reina

1301 saliendo a su encuentro con los vasallos de su esposo, remontando el Danubio hasta llegar al río Enns. Eso fue lo que ella hizo. Se vieron entonces muchas gentes de todas partes atestando los caminos. Venían a pie y a caballo a recibir a los huéspedes.

1302 La reina, entretanto, ya había llegado a Everdingen[80]. Si los bávaros, como es costumbre entre muchos de ellos, hubieran decidido asaltarlos por el camino, les hubiera sido muy fácil causar gran daño a los extranjeros.

1303 Pero el noble margrave supo muy bien impedirlo, pues junto a él cabalgaban mil caballeros o más. Tam-

bién había llegado Gotelinda, la esposa de Rúdiger, y con ella venían muchos excelentes guerreros con magníficos atuendos.

1304 Cuando hubieron cruzado el río Traun y alcanzado la llanura junto al Enns, vieron que por todas partes se alzaban pabellones y tiendas en las que los extranjeros debían pasar la noche. Los alimentos que se les ofrecieron corrieron a costa de Rúdiger.

1305 La hermosa Gotelinda dejó atrás sus aposentos. Se pusieron en camino los caballos más soberbios, de cuyas bridas colgaban cascabeles tintineantes. Se dispensó a los invitados una grandiosa acogida. Rúdiger se alegró mucho de ello.

1306 Los que se unían a la comitiva por cualquiera de los dos lados del camino cabalgaban con gran maestría. Entre ellos se contaban numerosos guerreros. Los ojos de muchas hermosas damas los veían ejercitarse en juegos caballerescos. Tampoco desagradaba a la reina la acogida que recibía de aquellos caballeros.

1307 Cuando los hombres de Rúdiger llegaron a recibir a los invitados, muchas astillas de lanzas se vieron volar por los aires de las manos de caballeros, como es costumbre en los torneos campales. Montaban con gran destreza ante las damas para conquistar su aplauso.

1308 Una vez que hubieron terminado los juegos, los caballeros se saludaron de una manera amigable. Después llevaron a la hermosa Gotelinda a presencia de Crimilda. Los que sabían servir a las damas no tuvieron entonces ningún descanso.

1309 El señor de Bechelaren cabalgó hasta donde se encontraba su esposa. Mucho alegró a Gotelinda comprobar que su esposo regresaba sano y salvo del Rin. La in-

quietud que antes sentía se mudaba ahora en desbordante alegría.

1310 Cuando ella le hubo dado la bienvenida, él le pidió a su esposa y a todas las damas de su cortejo que descabalgaran en la hierba. Muchos nobles caballeros hubieron de apresurarse entonces para servir con diligencia a las damas.

1311 Entonces Crimilda vio que la margravina había desmontado junto con todo su séquito. No quiso seguir cabalgando, sino que, tirando de las bridas, hizo parar al caballo y pidió que inmediatamente la bajaran de la silla.



1312 Se vio al obispo, acompañado de Éckewart, conducir a la hija de su hermana delante de Gotelinda. Las gentes les abrieron paso apartándose al instante. Entonces la extranjera besó los labios de la margravina.

1313 La esposa de Rúdiger habló con palabras de afecto: «Me siento muy feliz, señora, por poder contemplar con mis ojos vuestra bella figura aquí, en nuestra tierra. Ninguna otra cosa podría causarme mayor dicha en este día».

1314 «¡Qué Dios os lo premie, noble Gotelinda!», respondió Crimilda. «Si el hijo de Botelungo[81] y yo vivimos larga vida, no lamentaréis jamás haberme dispensado esta acogida». Ninguna de las dos sabía entonces lo que después sucedería.

1315 Las numerosas doncellas se saludaron las unas a las otras con cordialidad y cortesía. Allí se hallaban caballeros muy dispuestos a servirlas. Tras prodigarse los saludos, todos se sentaron en un campo de tréboles. Muchos que hasta entonces eran extraños trabaron conocimiento.

1316 Se ordenó servir bebida a las damas. Al ver que ya era mediodía, el noble cortejo no se demoró allí por más tiempo, sino que marcharon a caballo a un lugar donde se alzaban grandes tiendas. Allí se había preparado todo tipo de agasajos a los nobles invitados.

1317 Descansaron toda la noche hasta el amanecer. Las gentes de Bechelaren hicieron los preparativos necesarios para acoger a tantos invitados nobles. Rúdiger se había encargado de que nada les faltara.

1318 En los muros se veían abiertas las ventanas. Las puertas del castillo de Bechelaren tampoco estaban cerradas. Los invitados hicieron su entrada a caballo, causando

la alegría de aquellos que los contemplaban. El noble señor del castillo ordenó que se les diera el mejor hospedaje.

1319 La hija de Rúdiger se acercó con su séquito a dar a la reina la bienvenida más cálida. También la acompañaba su madre, la esposa del margrave. Más de una hermosa doncella fue saludada cortésmente.

1320 Cogiéndose de la mano, entraron en una grandísima y suntuosa sala bajo la cual corría el Danubio. Tomaron asiento junto a unos grandes ventanales y se entretuvieron en animada charla durante largo tiempo.

1321 No sabría contar qué otras cosas más hicieron. Se oyó a los guerreros de Crimilda lamentarse por la prisa con que debían proseguir aquel viaje; por ello se sentían muy apenados. ¡Qué caballeros tan nobles partieron con ella de Bechelaren!

1322 Rúdiger tuvo para con ellos toda clase de atenciones. Luego la reina entregó a la hija de Gotelinda doce brazaletes de oro rojo y los más preciosos vestidos que ella había traído consigo al país de los hunos.

1323 Aunque le habían arrebatado el tesoro de los nibelungos, seguía ganándose la simpatía de todos los que la observaban con las pocas riquezas que aún le quedaban. Muchos fueron los preciados regalos que hizo entre el séquito de Rúdiger.

1324 Gotelinda, a su vez, hizo honor a sus invitados del Rin haciéndoles magníficos regalos, de forma que no fue posible encontrar a ningún extranjero que no recibiera de su mano joyas ni los más ricos ropajes.

1325 Una vez que hubieron almorzado y llegó la hora de partir, la señora de la casa ofreció a la esposa de Atila de nuevo sus servicios más leales. Crimilda, por su parte,

abrazó con mucho afecto a la hermosa doncella, que era hija de Gotelinda.

1326 Así le habló ella a la reina: «Si lo consideráis oportuno, sé bien que mi padre me enviará gustoso algún día a vuestra corte[82] en el país de los hunos». Muy bien pudo comprobar Crimilda la gran lealtad que le tenía la hija de Rúdiger.

1327 Se ensillaron los caballos y se llevaron ante el castillo de Bechelaren. La noble reina ya se había despedido de la esposa de Rúdiger y de su hija. Muchas hermosas doncellas se habían despedido igualmente, intercambiando saludos.

1328 Ya nunca más volverían a verse después de aquel día. Cuando pasaron por Medelick[83], sus gentes ofrecieron a los extranjeros copas de oro llenas de vino. Les brindaban en las calles una cordial bienvenida.

1329 Vivía allí un gran señor cuyo nombre era Ástolt. Les mostró el camino que conducía a Austria, en dirección a Mutaren[84], Danubio abajo. Allí se volvió a hacer después a la poderosa reina un fastuoso homenaje.

1330 El obispo se despidió afectuosamente de su sobrina. La deseó de corazón que obrase rectamente y que se ganase fama y respeto, igual que la reina Helche había hecho en su día. Muy grandes serían los honores que Crimilda conquistaría más tarde en el país de los hunos.

1331 Desde allí acompañaron a los extranjeros hasta las orillas del Traisen. Los vasallos de Rúdiger les prestaron diligente escolta hasta que los hunos llegaron a su encuentro atravesando las llanuras de su tierra. Entonces se hicieron grandes honores a la reina.

1332 Junto al Traisen el rey de los hunos poseía una magnífica fortaleza, por todos conocida por el nombre de

Traismauer[85]. En otro tiempo allí vivió la reina Helche, cuyas nobles virtudes ninguna otra persona pudo igualar

1333 con la excepción de Crimilda, que era pródiga en sus dádivas. Tras vivir en la tristeza, conocería la dicha de merecer la admiración y el respeto por parte de los vasallos de Atila, que después se acrecentaría con los años.

1334 Tan conocida era la fama de la autoridad de Atila, que en todo momento llegaban a su corte los más bravos guerreros de los que jamás se hubiese oído hablar, tanto si fuesen estos infieles como cristianos. Todos ellos viajaban hasta allí a visitarlo.

1335 En torno a su persona —esto jamás se volverá a ver— se reunían aquellos que practicaban la fe de los cristianos y también la ley pagana. Cualquiera que fuera el modo de vida que eligieran, la generosidad del rey colmaba a todos de dones.

Canto XXII

De cómo Crimilda fue recibida por Atila

1336 CRIMILDA PASÓ cuatro días en Traismauer. Durante todo aquel tiempo el polvo de los caminos no solo no paraba de levantarse, sino que volaba por el aire como si un fuego lo agitase. Eran los hombres de Atila que cruzaban toda Austria a caballo.

1337 Mientras, se hizo saber al rey Atila que la reina Crimilda avanzaba hacia sus tierras con suntuoso aparato. Pensar tan solo en aquella noticia le hacía olvidar su tristeza. El rey partió a toda prisa al encuentro de la hermosa reina.

1338 Por los caminos se veía cabalgar por delante de Atila a muchos bravos guerreros de lenguas muy diversas. Eran incontables las huestes de infieles y de cristianos. Llegaban espléndidamente ataviados para dar la bienvenida a la reina.

1339 Allí estaban presentes jinetes rusos y griegos. Se podía ver galopar impetuosos a los magníficos caballos que diestramente montaban los polacos y valacos. Muy poco habían olvidado las costumbres de sus tierras.

1340 Cabalgaban muchos héroes del país de Kiev, y con ellos los feroces pechenegos[86] Se ejercitaban tirando con arco a las aves que volaban. Lanzaban sus flechas tensando las cuerdas al máximo.

1341 Existe una villa en Austria, a orillas del Danubio, que tiene por nombre Tulne[87] Allí Conoció Crimilda muchas costumbres extranjeras que desconocía. Fueron muchas las gentes que le dieron la bienvenida y que más tarde por su causa habrían de perder la vida.

1342 Delante del rey Atila cabalgaba alegre una magnífica y poderosa escolta de veinticuatro orgullosos príncipes muy ricamente ataviados. Su más ardiente deseo no era otra cosa que conocer a su soberana.

1343 El duque Rámung de Valaquia llegó corriendo hasta la reina con setecientos vasallos. Galopaban a la velocidad con la que vuelan los pájaros. Después llegó el príncipe Gibeche con una soberbia hueste.

1344 El bravo Hornboge, apartándose del rey con sus mil guerreros, se dirigió hacia la reina. Levantaron gran alboroto, tal y como era la costumbre de su tierra. Los parientes de los hunos demostraron saber bien cómo se monta a caballo.

1345 Seguían después el valeroso Háwart de Dinamarca y el bravo Íring, incapaz de la menor deslealtad, y también Írnfrit de Turingia, un gallardo caballero. Todos ellos acrecentaron su fama al recibir a Crimilda

1346 con los mil doscientos guerreros que conformaban sus huestes. Después venía el señor Blóedelin de la tierra de los hunos, hermano del rey Atila, con tres mil de sus vasallos. Se presentó ante la reina con magnífico boato.

1347 Llegó después el rey Atila y también el señor Dietrich[88]con todos sus caballeros. También estaban allí presentes muchos buenos y nobles guerreros, todos ellos admirables. La contemplación de todo aquello hizo que Crimilda levantara su ánimo.

1348 El margrave Rúdiger habló entonces a la reina: «Señora, el augusto rey ahora os dará la bienvenida. Besaréis tan solo a aquellos que yo os indique, pues no podéis dispensar el mismo trato a todos los vasallos de Atila».

1349 Ayudaron entonces a desmontar del caballo a la noble reina. Sin esperar por más tiempo, descendió de su caballo el poderoso rey Atila, junto con muchos de sus valientes guerreros, y lleno de alegría se dirigió al encuentro de Crimilda.

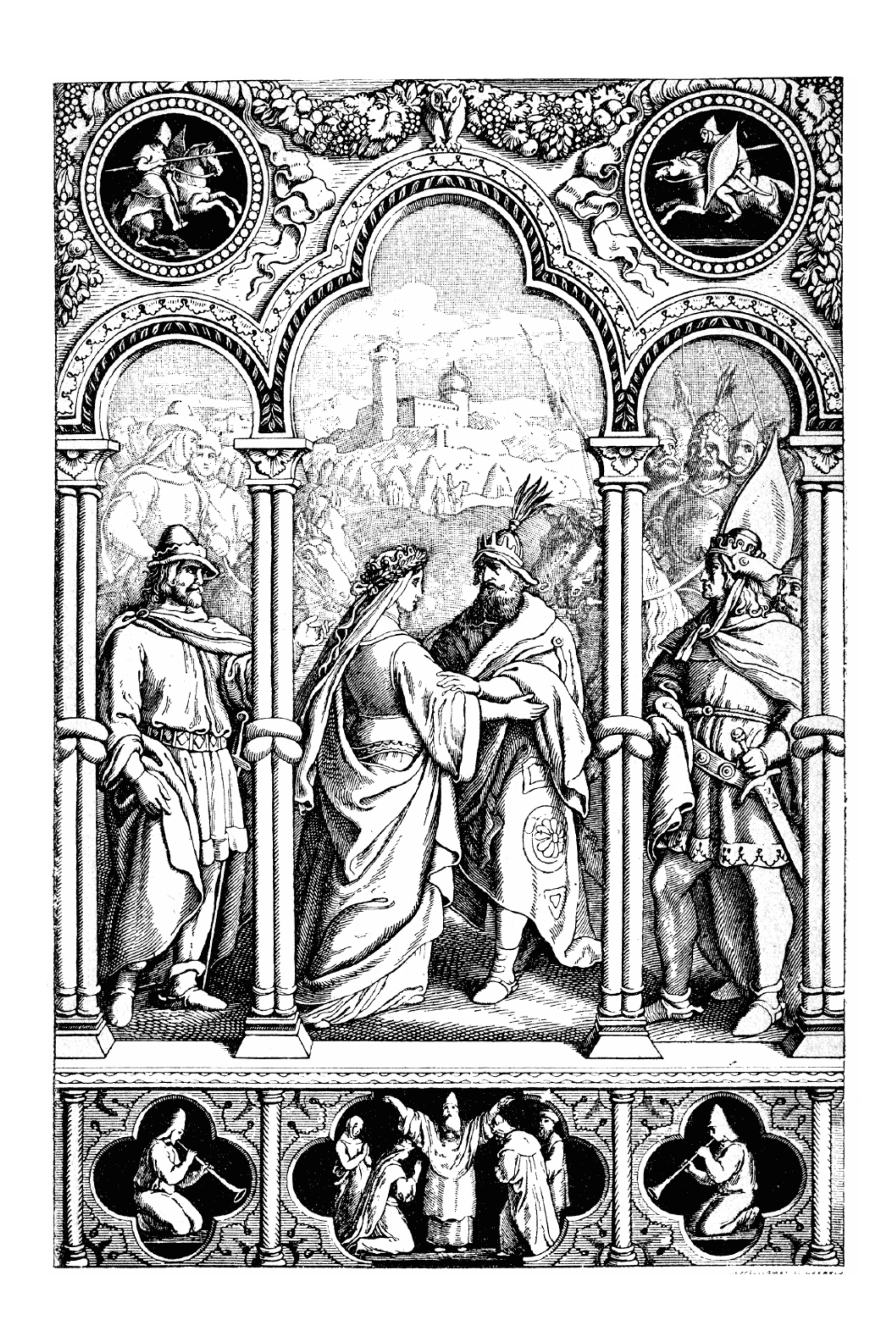
1350 Tal y como nos han contado, dos poderosos príncipes escoltaban a la reina portando la cola de su vestido. Cuando el rey Atila llegó hasta ella, Crimilda recibió afectuosamente al noble rey con un beso.

1351 Ella se levantó su tocado. Su hermoso semblante resplandecía entre el oro que llevaba. Afirmaron entonces muchos vasallos que no era posible que la reina Helche hubiera sido aun más bella. Blóedelin, el hermano del rey, se encontraba junto a ella.

1352 Rúdiger, el poderoso margrave, pidió a Crimilda que besara a este príncipe y también al rey Gibeche. Dietrich también se encontraba presente. La esposa del rey Atila besó a doce guerreros. Después, con un saludo recibió a los demás caballeros.

1353 Durante todo el tiempo que Atila permaneció junto a Crimilda, jóvenes guerreros hicieron lo que aún hoy se sigue haciendo: se embestían con lanzas en ristre los unos contra los otros al galope de sus caballos. Se vio a paganos y a cristianos luchar según sus costumbres.

1354 ¡Con qué gran destreza ecuestre los vasallos de Dietrich hacían volar en astillas por encima de los escudos los astiles de las lanzas! Más de un escudo fue atravesado por obra de los huéspedes teutones[89]



1355 Muy grande era el fragor que se oía al quebrarse las lanzas. Allí se habían reunido todos los guerreros hunos y muchos otros nobles caballeros que eran huéspedes del rey. Entonces el poderoso soberano se marchó, acompañado de la señora Crimilda.

1356 No lejos de donde se encontraban se alzaba un pabellón espléndido. Todo el prado a su alrededor estaba cubierto de tiendas en las que descansarían todos tras las fatigas del viaje. Los héroes condujeron hasta su tienda a muchas hermosas doncellas

1357 que seguían a la reina. Allí ella se sentó sobre una silla tapizada y suntuosamente recubierta. Rúdiger se había ocupado de preparar el mejor trono para Crimilda. Atila se alegró mucho de ello.

1358 Lo que entonces dijo Atila yo no lo he sabido nunca. En su mano derecha descansaba la blanca mano de Crimilda. Juntos, amorosamente, se sentaban el uno junto al otro, pero el caballero Rúdiger no quiso permitir que el rey tuviera intimidad con la reina.

1359 Después se dio orden de que cesaran los juegos. Con honores se puso fin a todo aquel gran estruendo. Los vasallos de Atila se marcharon a sus tiendas. Todos encontraron albergue en tan vasto campamento.

1360 El día tocó a su fin. Todos se entregaron al descanso hasta que se vio lucir de nuevo la luz clara del día. Muchos guerreros ya habían ido por sus caballos. ¡Cuántas diversiones se organizaron a mayor honor de su rey!

1361 El rey pidió a los hunos que obrasen tal y como su honor se lo dictase. Después cabalgaron desde Tulne hasta la ciudad de Viena. Allí una muchedumbre de damas lujosamente engalanadas recibió con grandísimos honores a la esposa del rey Atila.

1362 Se había preparado todo aquello que pudieran necesitar, con muchísima abundancia. Muchos valerosos héroes se regocijaban de poder participar en las bulliciosas fiestas. A todos se les buscó alojamiento. Los festejos nupciales comenzaban con gran alborozo y alegría.

1363 No todos pudieron albergarse dentro de la villa. Rúdiger pidió a todos los que no eran extranjeros que buscasen aposento en otros pueblos no muy lejanos. Creo que en todo momento, cerca de Crimilda, no dejó de estar presente

1364 el señor Dietrich junto con otros muchos guerreros. Habían renunciado a todo descanso y se esforzaban con esmero en distraer a los huéspedes. El señor Rúdiger y sus amigos tuvieron suficientes pasatiempos.

1365 La boda se celebró el día de Pentecostés[90]. Aquel día, en la gran ciudad de Viena, el rey Atila compartió su lecho con Crimilda. No creo que ella hubiera contado con tantos vasallos a su servicio cuando vivía su marido.

1366 Por sus generosos regalos ella adquirió fama entre aquellos que jamás la habían visto antes. Muchos de ellos decían a los extranjeros: «Creíamos que Crimilda apenas poseía riquezas, pero su extraordinaria largueza causa nuestra honda admiración».

1367 Las fiestas de la boda duraron diecisiete días. No creo que pueda decirse de ningún otro rey que las celebrase más grandes. Tampoco nosotros lo hemos sabido. Todos lo que allí estuvieron presentes volvieron con ropas nuevas.

1368 Nunca creo yo, que en su hogar, Niderlandia, Crimilda hubiese gobernado sobre tantos guerreros. Creo, además, que, por muy inmensas que fueran sus riquezas,

Sigfrido nunca tuvo a su alrededor caballeros tan nobles como los que ella veía al servicio de Atila.

1369 Ni tampoco hubo ningún rey que regalara en sus bodas ricos mantos que fueran tan grandes y largos, ni vestidos tan excelentes (de los que ya poseían en abundancia), como los que Atila y los suyos repartieron por amor a Crimilda.

1370 Sus parientes, y también los invitados, coincidían plenamente en no querer escatimar ninguna riqueza. Cualquier cosa que se les pidiese, ellos lo entregaban en el acto. Fue tal la generosidad de muchos héroes que acabaron por quedarse desnudos y sin sus ropas.

1371 Al recordar Crimilda los días que vivió a orillas del Rin junto a su noble esposo, los ojos se le inundaban de lágrimas. Pero ella las ocultaba para que nadie las viera. Después de tantos sufrimientos, ahora se la colmaba de honores.

1372 Por mucha generosidad que se prodigase, en nada podía compararse con aquella de la que hacía gala Dietrich. Todas las riquezas que le había entregado el hijo de Botelungo[91] habían desaparecido. También la mano de Rúdiger era generosa en extremo.

1373 El príncipe Blóedelin de Hungría hizo vaciar muchos cofres que estaban repletos de plata y oro. Todo lo que había en ellos se repartió totalmente. Se veía rebosar de alegría a los caballeros del rey.

1374 Wáerbelin y Swémmelin, los juglares de la corte, recibieron, según creo, cada uno unos mil marcos[92], o puede que quizá aún más, en la fiesta en que la bella Crimilda fue coronada reina junto al noble rey Atila.

1375 Transcurridos dieciocho días, partieron de Viena una mañana a caballo. Muchos escudos habían sido

destrozados en las justas por las lanzas que los guerreros empuñaban en sus manos. Así regresaba el rey Atila a la tierra de los hunos.

1376 Pasaron la noche en la antigua villa de Heimburg[93]. Nadie de las gentes de aquel pueblo podía siquiera estimar el número de las tropas que atravesaban sus tierras. ¡Qué damas tan hermosas se veían por todo el reino de Atila!

1377 En la rica ciudad de Misenburg[94] se embarcaron en las naves. Cubrían enteramente las aguas los hombres y los caballos. Cualquiera que hubiera contemplado el río de lejos hubiera creído ver tierra firme. Las damas, fatigadas por el viaje, disfrutaron allí de comodidad y reposo.

1378 Habían amarrado muchas de aquellas estables barcas con el fin de protegerlas de olas y de corrientes. Sobre ellas se habían levantado magníficas tiendas, como si los viajeros aún siguieran pisando tierra firme y campos bajo sus pies.

1379 Las noticias del viaje pronto llegaron a Etzelburg[95]. Los hombres y también las mujeres sintieron gran alegría. El séquito de Helche, el mismo que sirviera a la reina en su día, viviría después con Crimilda muchos y dichosos días.

1380 Allí esperaban su llegada, mirando hacia el horizonte, muchas nobles doncellas que desde la muerte de Helche sentían una gran tristeza. Las siete princesas reales que recibieron a Crimilda adornaban con orgullo la corte del rey Atila.

1381 Tutelaba aquel séquito la joven doncella Hérrat, hija de la que era hermana de Helche. Hacía gala de grandes virtudes, y era la prometida de Dietrich e hija del no-

ble rey Náentwin. Mucha sería la fama que conquistaría ella luego.

1382 Era grande su alegría ante la llegada de los invitados extranjeros. Para preparar su acogida se habían realizado exorbitantes dispendios. ¿Quién podría dar cuenta exacta de cómo Atila gobernó su reino en los años que siguieron? Jamás habían vivido antes los hunos mejor que con aquella reina.

1383 Cuando el rey y su esposa hubieron dejado atrás el río, le dijeron a la reina los nombres de aquellas damas. Crimilda entonces saludó graciosamente a cada una de ellas. ¡Con cuánta majestuosidad ocupaba el lugar de Helche!

1384 Todos le ofrecieron sus leales servicios. Entonces la reina distribuyó oro y vestidos, plata y piedras preciosas. Todas las riquezas que había traído del Rin las repartió entre los hunos hasta que no quedó ninguna.

1385 Todos los parientes del rey, y también todos sus vasallos, se pusieron lealmente a su servicio. Jamás la reina Helche durante todo su reinado ostentó tal poderío. Todos ellos, hasta el día su muerte, servirían a Crimilda.

1386 Tan grande fue la fama que alcanzó la corte y el reino, que todos siempre encontraban allí las diversiones de su gusto y su capricho, y todo ello gracias a la benevolencia del rey y a la fortuna de la reina.

Canto XXIII

De cómo Crimilda consiguió que sus hermanos vinieran a su fiesta

1387 VIVIERON LOS DOS JUNTOS acrecentando su fama —es la pura verdad— los siguientes siete años. Durante ese espacio de tiempo la reina dio a luz un hijo. No había nada que pudiera causar a Atila una alegría más grande.

1388 Ella nunca dejó de suplicar hasta conseguir que se bautizase a su hijo según las costumbres cristianas. Se le dio el nombre de Órtlieb. Aquel nacimiento causó un gran alborozo en todo el reino de Atila.

1389 Durante muchísimo tiempo Crimilda se esforzó en poner en práctica todas las buenas virtudes de las que había hecho gala la reina Helche. Las costumbres que imperaban en la corte de los hunos se las enseñó Hérrat, la doncella exiliada. Aquella joven seguía sufriendo en silencio la muerte de su anterior soberana.

1390 Crimilda era bien conocida por extraños y por gentes del país, y todos afirmaban no haber conocido nunca reina alguna que gobernara una tierra con tanta magnanimidad y largueza. Su convicción era plena. Durante trece años su fama se acrecentó entre los hunos.

1391 Muy bien se percataba Crimilda de que su voluntad no encontraba resistencia —tampoco hoy los vasallos de un rey se oponen a los deseos de su esposa—, de

forma que siempre tenía a su alrededor a doce reyes dispuestos a complacerla. Entonces comenzó a recordar los agravios que había sufrido en su tierra.

1392 También recordaba los muchos honores que había recibido en el país nibelungo y que Hagen le había arrebatado, asesinando a Sigfrido. Ansiaba Crimilda el día en que pudiera hacerle pagar por su crimen.

1393 «Eso sería lo que sucedería si lograra hacerle venir a esta tierra». Soñaba frecuentemente que su hermano Gíselher caminaba a su lado tomándola de la mano, y ella, en su dulce sueño, lo besaba muchas veces. Más tarde los dos habrían de conocer la desgracia.

1394 Yo creo que fue el malvado diablo quien aconsejó a Crimilda que rompiera la amistad que la unía con Günter, al que en señal de reconciliación había besado al abandonar Burgundia. Una vez más volvía a derramar sobre sus ropas lágrimas muy amargas.

1395 Desde las primeras horas hasta que acababa el día, un solo pensamiento torturaba su alma: ¿cómo, sin ser culpa suya, había terminado por desposar a un pagano? De aquel tormento Hagen y Günter eran los únicos responsables.

1396 Apenas lograba apartar de su corazón aquel deseo de venganza. Así pensaba: «Soy tan poderosa y poseo tantas riquezas que aún puedo causar a mis enemigos estragos. Me alegraría especialmente poder vengarme de Hagen.

1397 Muchas veces mi corazón afligido añora a mis leales hermanos. Respecto a los que me hicieron daño, me gustaría tenerlos cerca de mí para así poder vengar la muerte de mi amado. ¡No puedo esperar ni tan siquiera un instante!». Así hablaba Crimilda consigo misma.

1398 Todos sus caballeros, los vasallos del rey, sentían por la reina un gran afecto, y así es como debía ser. La custodia de su tesoro estaba a cargo de Éckewart y por aquella razón había ganado muchos amigos. Nadie podía oponerse ahora a la voluntad de Crimilda.

1399 Este era su único pensamiento: «Le haré una petición al rey». Crimilda rogaba a Atila que amablemente le permitiera invitar a sus parientes a la tierra de los hunos. Nadie sospechaba entonces las siniestras intenciones de la reina.

1400 Una noche en que ella se encontraba en el lecho con su esposo —él la tenía entre sus brazos tal y como solía ser su costumbre cuando yacía con la noble dama, pues la quería más aún que a su vida—, la reina pensaba en sus enemigos.

1401 Así le dijo al rey: «Querido señor y esposo, me gustaría pediros, si no ponéis reparo en ello, que, si lo he merecido, mostréis para con mis parientes una prueba de vuestro afecto».

1402 Respondió el poderoso rey, hablando con corazón sincero: «Os demostraré que me alegro de lo bueno y favorable que les suceda a esos bravos guerreros, pues nunca el amor de una mujer me dio mejores parientes».

1403 Dijo entonces la reina: «Como bien vos sabéis, tengo muchos parientes que son de noble linaje. Por esa razón me duele que nunca hayan venido aquí a visitarme. Oigo a la gente decir que no soy más que una desterrada».

1404 Respondió el rey Atila: «Mi muy querida señora, si a ellos no les importa la distancia que nos separa, invitaré a atravesar el Rin y a venir a mi reino a todos aquellos a los que vos deseéis ver». Grande fue la alegría de Crimilda al conocer la voluntad del rey.

1405 Dijo ella: «Si deseáis realmente complacerme, mandad mensajeros a Worms, al otro lado del Rin. Así les haré saber a mis parientes cuál es mi deseo, que no es otro que vengan a visitarme sus muy nobles y valientes caballeros».

1406 Habló el rey: «Se hará cómo ordenéis. No podéis tener un deseo más grande de ver a vuestros parientes como yo de conocer a los hijos de la noble reina Ute. Me duele profundamente que hayamos permanecido alejados durante tan largo tiempo.

1407 Si ello os satisface, mi querida esposa, enviaré gustosamente a mis juglares para que sean los portadores de nuestro mensaje a vuestros parientes en el país de los burgundios». Mandó inmediatamente que se presentaran ante él sus dos mejores juglares.

1408 A toda prisa acudieron los dos a la sala en que el rey estaba sentado junto a la reina. Atila les comunicó a ambos que serían sus mensajeros en el reino de Burgundia. Después hizo que les prepararan magníficas vestimentas.

1409 Se hicieron ropas para veinticuatro caballeros. Además, el rey les confió el mensaje que debían llevar, invitando al reino de los hunos al rey Gúnter y a sus vasallos. Crimilda habló después con ellos en privado.

1410 Habló luego el poderoso rey: «Oíd cómo habréis de proceder. Transmitid a mis parientes mis mejores deseos de felicidad y ventura. Les ruego que acepten mi invitación de venir aquí a mi reino. Nunca he tenido hasta ahora invitados que puedan serme más queridos.

1411 Y si los familiares de Crimilda consienten en escuchar mis deseos, rogadles que no dejen de acudir a la fiesta que celebraré este verano, pues una gran parte de mi

felicidad dependerá de que asistan los parientes de mi esposa».

1412 Entonces habló Swémmelin, uno de los orgullosos juglares: «¿Cuándo tendrá lugar vuestra fiesta en este reino, para que podamos decírselo a vuestros amigos?». Contestó el rey Atila: «Será en el siguiente solsticio».



1413 «Haremos como ordenéis», habló entonces Wáerbelin. La reina pidió que llevaran a sus aposentos a los dos mensajeros para hablarles en privado. Por aquella causa más de un guerrero padecería desgracias.

1414 Dijo la reina a los dos mensajeros: «Ganaréis gran recompensa si cumplís fielmente con mis deseos y entregáis en mi país el mensaje que os confío. Os colmaré de riquezas y os daré ricos vestidos.

1415 Bajo ninguna circunstancia debéis decir a ninguno de mis parientes de Worms que me habéis visto con el ánimo triste. Transmitid a aquellos bravos y esforzados héroes mis más afectuosos saludos.

1416 Rogadles que accedan a todo lo que el rey les pide para, así, aliviar mi pena. De otra forma, los hunos pensarán que carezco de familia. Si yo fuese caballero, iría en alguna ocasión a hacerles una visita.

1417 Decidle a mi hermano Gérnot que no hay nadie en este mundo que pueda quererlo más que yo. Pedidle que traiga a este país a mis allegados más queridos para acrecentar nuestra fama.

1418 Decidle igualmente a Gíselher que yo nunca sufrí por su causa. Por esa misma razón mucho me complacería verlo aquí con mis ojos. Me gustaría tenerlo cerca, pues siempre me demostró una lealtad sincera.

1419 Habladle también a mi madre de los honores que aquí ostento. En el caso de que Hagen de Tronje no quisiera venir, decidle que quién mejor que él para guiarlos en el viaje. Los caminos que llevan a la tierra de los hunos los conoce bien desde su infancia[96]».

1420 Los mensajeros desconocían el motivo por el cual no debían permitir que Hagen de Tronje permaneciera en las orillas del Rin. Más tarde lo lamentarían. Junto

con él, muchos bravos guerreros habrían de sufrir una espantosa muerte.

1421 Se entregó a los juglares cartas y también títulos reales. Partieron con riqueza suficiente para vivir en la abundancia. Atila y su bella esposa les concedieron licencia para marcharse. Vestían muy lujosos ropajes.

Canto XXIV

De cómo Wáerbelin y Swémmelin cumplieron con su embajada

1422 CUANDO ATILA hubo enviado a sus mensajeros al Rin, la noticia se propagó volando de un país a otro. Mediante veloces correos pedía, y al mismo tiempo ordenaba, que vinieran todos para celebrar su fiesta. Más de uno encontraría allí la muerte.

1423 Tras abandonar los emisarios el país de los hunos, se encaminaron a Burgundia. Debían invitar a tres nobles reyes y también a sus vasallos a presentarse ante Atila. Aquella razón hacía que aceleraran su marcha.

1424 Cuando llegaron a Bechelaren se les colmó de atenciones y no les faltó de nada. Rúdiger, Gotelinda y su amada hija les encargaron que no dejaran de transmitir en su nombre sus saludos a los reyes del Rin.

1425 No permitieron las gentes de Bechelaren que partieran de allí sin recibir sus obsequios. De esa forma el viaje para los hombres de Atila se haría más llevadero. Rúdiger les encomendó que dijeran a la reina Ute y a sus hijos que no existía otro margrave que les tuviera más afecto.

1426 Igualmente ofrecieron a Brunilda sus respetos, fiel lealtad y buenos deseos. Tan pronto hubieron escuchado aquellos saludos, los emisarios se dispusieron a partir.

Rezó una oración la margravina para que el Dios del cielo les diera su protección.

1427 Antes de que los mensajeros abandonasen Baviera, el esforzado Wáerbelin visitó al noble obispo. Desconozco el mensaje que el obispo Pílgrim hizo llegar a sus parientes del Rin. Solo sé que obsequió con oro rojo

1428 a los emisarios como muestra de su afecto. Después les permitió que siguieran su viaje. Dijo entonces el obispo Pílgrim: «Mi alegría sería muy grande si pudiera ver aquí a los hijos de mi hermana, pues por desgracia no puedo viajar hasta el Rin para poder conocerlos».

1429 No puedo decir qué caminos recorrieron por los distintos países que atravesaron hasta que llegaron al Rin. Nadie les robó las ropas ni su dinero, por temor a la cólera de su señor. Ciertamente era muy grande el poder del muy noble rey Atila.

1430 A los doce días Wáerbelin y Swémmelin llegaron a Worms en el país del Rin. Se anunció a los reyes y a sus vasallos la noticia de que habían llegado unos emisarios extranjeros. Entonces Gúnter quiso saber más.



1431 Así preguntó el señor del Rin: «¿Quién nos podrá decir de dónde proceden estos extranjeros que vienen a nuestra tierra?». Nadie supo responder hasta que los vio Hagen de Tronje y así le dijo al rey Gúnter:

1432 «Puedo aseguraros que hoy nos llegarán noticias. Acabo de ver a los dos juglares de Atila, a quienes vuestra hermana ha enviado hasta el Rin. En atención a su rey, debemos ofrecerles una cordial bienvenida».

1433 Ya llegaban a las puertas de palacio montados en sus caballos. Jamás los juglares de un rey hicieron su entrada con tan esplendorosa pompa. El séquito real fue a recibirlos prontamente. Se les dio alojamiento y se guardaron sus ropas.

1434 Sus ropas de viaje eran preciosas y caras, para que pudieran presentarse ante el rey de una manera honorable, pero una vez en la corte no quisieron llevarlas. Los emisarios preguntaron si alguno quería quedárselas[97].

1435 Pronto encontraron gentes menesterosas que se alegrarían de recibir los ropajes y a ellas se los enviaron. Entonces los extranjeros se vistieron con ropas aún más lujosas, tal y como correspondía a los heraldos de un rey.

1436 Entonces los embajadores de Atila obtuvieron permiso para presentarse ante el rey. Aquellos que los contemplaban lo hicieron con gran placer. Hagen se adelantó con exquisita cortesía a recibirlos cordialmente, y por ello le dieron los escuderos las gracias.

1437 Para conocer noticias, preguntó cómo se encontraban Atila y sus vasallos. Respondió uno de los juglares: «Jamás gozó nuestra tierra de una situación tan favorable ni fueron sus gentes más felices. Bien podéis estar seguro de ello».

1438 Fueron conducidos ante el anfitrión real. El gran salón se hallaba repleto de gente. Luego los invitados fueron recibidos con los amables saludos con que se acoge a quienes envía otro rey. Wáerbelin vio allí a Gúnter rodeado de muchos caballeros.

1439 El rey los saludó cortésmente. «Sed bienvenidos, juglares del país de los hunos y también quienes os acompañan. ¿Por qué razón el poderoso rey Atila os ha enviado hasta la tierra de Burgundia?».

1440 Respondieron al saludo inclinando la cabeza. Entonces Wáerbelin dijo: «Mi amado señor os envía sus respetos, igual que lo hace vuestra hermana Crimilda, y ambos os hacen llegar la expresión de su afecto a vuestra

tierra. Nos envían, caballeros, confiando en vuestra leal amistad».

1441 Entonces dijo el poderoso rey: «Me alegra oír esas palabras». Añadió el bravo héroe después: «¿Qué tal se encuentran en el país de los hunos el rey Atila y mi hermana?». Respondió el juglar: «Os traigo noticias de ellos:

1442 deberíais saber que jamás hubo nadie que fuera más feliz que ellos dos. También se encuentran dichosos sus guerreros, sus parientes y sus vasallos. Cuando partimos de allí todos se alegraron de nuestro viaje».

1443 «Doy las gracias al rey por los saludos que me envía y también por su afecto. Igualmente doy las gracias a mi hermana. Me regocija saber que Atila y sus vasallos viven felices y contentos, pues no sin cierto temor había preguntado por ellos».

1444 Entretanto habían llegado los dos jóvenes reyes. Acababan de enterarse de las nuevas. Por el afecto que tenía por su hermana, complació gratamente al joven Giselher ver a los heraldos, y les dijo amablemente:

1445 «¡Sed bienvenidos, mensajeros! Si viajarais más a menudo al país del Rin, encontraríais aquí amigos que os complacería ver. Ningún mal os ha de ocurrir mientras estéis en Burgundia».

1446 «Tenéis nuestra confianza y sabemos que siempre nos trataréis de una manera honorable», dijo Swémmelin. «Mis palabras no bastan para expresar suficientemente el sentimiento de afecto que os transmiten el rey Atila y también vuestra noble hermana. Ambos gozan de gran respeto en nuestra tierra.

1447 La esposa del rey os recuerda la lealtad y el cariño que siempre de cuerpo y alma tuvisteis para con ella. Pero la razón principal por la que se nos envía hasta el rey

Gúnter es para rogarle que tenga a bien viajar a nuestro reino.

1448 El poderoso rey Atila nos pidió insistentemente que os lo rogáramos, y en el caso de que el rey se negara a visitar a su hermana, desearía saber al menos cuál es el mal que os ha causado

1449 para que le rehuyáis de ese modo tanto a él como a su reino. Y aun si la reina fuera desconocida para vos, cree merecer que os dignéis visitarlo. Si tal cosa sucediera, para él sería motivo de mucha dicha».

1450 Entonces habló el rey Gúnter: «En el plazo de siete noches os haré saber la decisión que tome junto con mis allegados. Mientras tanto, id a vuestros aposentos y tomad un merecido descanso».

1451 Respondió Wáerbelin: «¿No sería posible que viéramos a nuestra señora, la poderosa reina Ute, antes de ir a acomodarnos?». En respuesta, el noble Gíselher les habló muy gentilmente:

1452 «Nadie habrá que os lo impida, si deseáis ir a verla. Habréis cumplido enteramente con los deseos de mi madre, pues por el amor que siente por mi hermana Crimilda se complacerá en veros. ¡Seréis muy bien recibidos!».

1453 Gíselher los llevó a presencia de la reina. Sintió una gran alegría cuando vio a los emisarios hunos. Los saludó afectuosamente, como correspondía a un alma llena de virtudes como la suya. Entonces los dignos y gentiles mensajeros le hicieron saber su embajada.

1454 «Mi señora os envía sus saludos y más leales respetos», dijo Swémmelin. «Si existiera la posibilidad de que vuestra hija os viera más a menudo, tened por seguro

de que esa sería la alegría más grande que pudiera recibir en esta tierra».

1455 Respondió la reina: «Tal cosa no puede ser. Me alegraría mucho poder ver a mi hija con frecuencia, pero, para mi desgracia, la esposa del noble rey vive demasiado lejos. Ojalá sea siempre dichosa junto con su esposo Atila.

1456 Hacía mucho tiempo que no me alegraba tanto recibir a unos mensajeros. Antes de que os marchéis de esta tierra, debéis hacerme saber cuándo pensáis partir». Los escuderos prometieron hacerlo.

1457 Los mensajeros hunos se retiraron a sus aposentos. Para entonces el poderoso rey había convocado a sus gentes de confianza. El noble rey Gúnter quiso saber el parecer de sus vasallos. Más de uno le dijo

1458 que nada impedía al rey viajar al país de Atila. Sus mejores caballeros se mostraron favorables con la sola excepción de Hagen, que al oírlo no pudo calmar su ira. Así habló al rey en privado: «¡Buscáis vuestra propia ruina!

1459 Conocéis muy bien el daño que causamos a Crimilda, y por esa razón tendremos siempre que desconfiar de ella. Con mis propias manos di muerte a su esposo. ¿Cómo vamos a atrevernos a viajar al país de Atila?».

1460 Respondió el poderoso rey: «Mi hermana ha disipado su ira. Antes de que se marchara nos perdonó con un beso afectuoso todos los males que le hicimos. ¿No será posible, Hagen, que solo seas tú su enemigo?».

1461 «No os dejéis engañar», dijo Hagen, «por lo que dicen los mensajeros de los hunos. Si vais a ver a Crimilda es posible que perdáis el honor y hasta la vida. Largo tiempo lleva preparando su venganza la esposa del rey Atila».

1462 Entonces el príncipe Gérnot habló a los demás caballeros: «Por el hecho de que vos, con muy fundadas razones, temáis perder la vida en tierra de los hunos, ¿debemos nosotros renunciar a volver a ver a nuestra hermana? Mal haríamos procediendo de ese modo».

1463 En aquel momento habló el príncipe Gíselher al guerrero: «Puesto que os sentís tan culpable, amigo Hagen, permaneced aquí y manteneos a salvo. Pero dejad a los que se atrevan que vengan a ver a mi hermana conmigo».

1464 El guerrero de Tronje se enfureció al oír aquellas palabras: «No deseo que llevéis a nadie en vuestro viaje a la corte del rey Atila que sea más valeroso que yo. Puesto que no pensáis desistir de vuestro proyecto, habré de demostráros lo».

1465 Entonces el señor Rúmolt, el maestro de cocinas, así se dirigió al rey: «Con las abundantes provisiones de que disponéis, podéis mantener aquí a propios y a extraños el tiempo que a vos os plazca. Creo que los consejos de Hagen nunca os han causado ningún daño.

1466 Si no queréis seguir los consejos de Hagen, escuchad las advertencias de Rúmolt, vuestro fiel y leal servidor. Quedaos aquí, os lo pido, y dejad al rey Atila en su tierra junto con su esposa Crimilda.

1467 ¿En qué otro lugar del mundo podríais llevar vida más agradable? Aquí os encontráis protegido de todos vuestros enemigos. Podéis vestir las mejores ropas, beber los mejores vinos y amar a las mujeres más bellas.

1468 Además, por alimento se os dan los mejores manjares que nunca probó rey alguno. Y si con esto no bastara, debéis quedaros por amor a vuestra esposa, en lugar de arriesgar vuestra vida como un niño.

1469 Por esas razones os aconsejo quedaros. Vuestras tierras son ricas. Si cayerais prisionero, sería más fácil pagar aquí vuestro rescate que en la tierra de los hunos. ¡Quién sabe lo que allí pasa! Quedaos aquí, señores. Este es el consejo que os da Rúmolt».

1470 «No deseamos quedarnos», dijo entonces Gérnot, «ya que mi hermana y el poderoso Atila nos han invitado amablemente. ¿Por qué habríamos de negarnos? Aquel que no quiera venir que se quede en nuestra tierra».

1471 Respondió Hagen: «Pase lo que os pase, no toméis a mal mis palabras. El consejo que os doy lo hago muy lealmente. Si deseáis proteger vuestras vidas, viajad fuertemente armados a la tierra de los hunos.

1472 Dado que no queréis renunciar a vuestro propósito, mandad reunir a los mejores vasallos que tengáis dondequiera que se encuentren. De entre ellos escogeré a los mil mejores guerreros. Así las intenciones de la pérfida Crimilda no podrán causaros daño».

1473 «Eso será lo que haga», dijo el rey de inmediato. Después ordenó que partieran mensajeros a lo largo y a lo ancho de las tierras de su reino. Tres mil guerreros o más regresaron con ellos. No imaginaban entonces las terribles desgracias que habrían de sobrevenirles luego.

1474 Alegremente atravesaron todo el reino del rey Günter. Se ordenó que se entregaran caballos y vestimentas a todos aquellos que debían abandonar las tierras de Burgundia. El rey encontró a muchísimos caballeros dispuestos a acompañarle solícitos.

1475 Entonces Hagen de Tronje le pidió a su hermano Dánkwart que condujera hasta el Rin a ochenta de sus guerreros. Llegaron al país del rey Günter equipados con

las vestimentas y arneses que corresponde llevar a los caballeros.

1476 Los acompañaba en su viaje el bravo Vólker, un juglar de noble alcurnia, con treinta de sus vasallos. Las ropas que llevaban podía vestirlas un rey. Hizo saber al rey Gúnter su deseo de viajar con él hasta el país de los hunos.

1477 Os diré quien era Vólker: era un preclaro caballero de señorial abolengo. Tenía por súbditos a muchos buenos guerreros en el país de Burgundia. Se lo llamaba el juglar, pues sabía tocar la vihuela.

1478 Hagen escogió a mil bravos que conocía muy bien. Él mismo había visto las prodigiosas gestas que sus brazos podían realizar en las más feroces batallas o en toda aquella empresa que llevaran a cabo. De su extraordinario valor no tenía duda nadie.

1479 Los mensajeros de Crimilda se sentían incomodados por la espera, pues temían mucho a su señor[98]. Todos los días pedían licencia para marcharse, pero Hagen se la negaba y los retenía con astutas artimañas.

1480 Así habló a su señor: «Mucho nos guardaremos de dejarles partir antes de que nosotros, siete días más tarde, nos pongamos en camino hacia el país de Atila. Estaremos en condiciones de defendernos mejor si alguien nos desea algún mal.

1481 De esa manera Crimilda no tendrá mucho tiempo para causarnos daño. Pero, si sus intenciones son esas, puede que le cueste caro. Con nosotros llevamos las huestes de los más selectos guerreros al país del rey Atila».

1482 Los escudos y las monturas, y toda la vestimenta que querían llevar consigo al reino de los hunos, se habían preparado ya para muchos de aquellos esforzados héroes.

Llamaron entonces a los mensajeros de Crimilda a presencia del rey Gúnter.

1483 Cuando llegaron los mensajeros, Gérnot se dirigió a ellos: «El rey acepta la invitación que nos hace el rey Atila. Nos complacerá acudir a su fiesta y volver a ver a nuestra hermana. No tengáis duda de ello».

1484 Entonces habló el rey Gúnter: «¿Podéis decirnos cuándo se celebrará la fiesta y en qué fechas deberemos acudir?». Swémmelin le respondió: «Tendrá lugar exactamente en el próximo solsticio».

1485 El rey les dio permiso, si así lo deseaban, para visitar a Brunilda —aún no lo habían hecho hasta entonces —, pero Vólker no dejó que aquello ocurriera por afecto hacia a la reina.

1486 «Mi señora Brunilda hoy se encuentra indispuesta y no os puede recibir», dijo el digno caballero. «Esperad hasta mañana y entonces ella os concederá audiencia». Pero cuando trataron de verla, impidieron que tal cosa sucediera.

1487 Para mostrar como anfitrión su aprecio a los mensajeros, el poderoso rey Gúnter ordenó que les trajeran oro en grandes escudos. Disponía de él en abundancia. También recibieron ricos regalos de los parientes del rey.

1488 Gíselher y Gérnot y también Gere y Ortwin demostraron que igualmente sabían ser muy generosos. Ofrecieron regalos de tanto valor a los mensajeros que estos, por temor a su señor, no se atrevieron a aceptarlos.

1489 Entonces dijo el mensajero Wáerbelin al rey: «Permitid, señor, que estos obsequios se queden en vuestra tierra. No podemos llevárnoslos. Nuestro señor nos ha prohibido aceptar ningún regalo. Además, tampoco los necesitamos».

1490 Indignó al señor del Rin oír que pretendían rechazar los valiosos regalos de un rey tan poderoso. Finalmente no les quedó otro remedio que aceptar su oro y sus vestimentas y llevárselo todo con ellos al país de los hunos[99].

1491 Antes de partir quisieron ver a la reina Ute. El bravo Gíselher llevó a los juglares a presencia de su madre. La señora encargó que dijeran a Crimilda lo mucho que ella se alegraba por los altos honores que ostentaba su hija.

1492 Por amor a Crimilda, a la que quería tanto, y también por amor al rey Atila, Ute obsequió a los juglares orifreses y oro. Aceptaron aquellos regalos de buen grado, pues la reina los había ofrecido de todo corazón.

1493 Los mensajeros se habían despedido ya de los caballeros y las damas y cabalgaban alegremente en dirección a Suabia. Gérnot había ordenado a sus guerreros que los acompañaran hasta allí para que no los asaltara nadie.

1494 Cuando aquellos que los escoltaban se despidieron de ellos, bastó con la fama de Atila para darles protección durante el resto del camino, sin que nadie se atreviera a robarles sus caballos y ropajes. A toda prisa cabalgaron hacia el reino de los hunos.

1495 Dondequiera que se encontraban con amigos, les hacían saber que muy pronto llegarían los burgundios desde el Rin hasta el país de los hunos. También al obispo Pílgrim se le hizo llegar la noticia.

1496 Cuando pasaron por Bechelaren no dejaron de informar a Rúdiger y a Gotelinda, la esposa del margrave. Muy grande fue la alegría de ella al saber que muy pronto conocería a los nobles de Burgundia.

1497 Para llevar la noticia a toda prisa, se vio a los juglares espolear sus caballos. Encontraron a Atila en la ciu-

dad de Gran. Le transmitieron al rey, uno a uno, los muchos saludos que le habían mandado. La feliz noticia le hizo enrojecer de alegría.

1498 Cuando la reina tuvo la certeza de que sus hermanos vendrían a visitarla a su reino, sintió una inmensa dicha. Hizo recompensar a los juglares con los regalos más espléndidos. Con aquel gesto Crimilda aumentaba aun más su fama.

1499 Dijo la reina: «Decidme ahora los dos, Wáerbelin y Swémmelin, quiénes de mis más próximos parientes, a los que hemos invitado a nuestro reino, acudirán a la fiesta. Contadme también qué dijo Hagen cuando supo la noticia».

1500 Respondió el juglar[100]: «Se presentó en el consejo una mañana temprano. Su opinión fue muy poco favorable. Cuando los demás acordaron realizar el viaje al país de los hunos, el siniestro Hagen les dijo que su decisión los conduciría a la muerte.

1501 Acudirán de muy buen grado vuestros hermanos, los tres reyes. Desconozco exactamente quiénes han de ser los que los acompañen. Vólker, el bravo juglar, prometió venir con ellos».

1502 «Podría prescindir», dijo la esposa del rey, «de no ver jamás aquí a Vólker. A Hagen es al que aprecio por ser un héroe valiente. Mi alma se llena de alegría al pensar que vamos a verlo».

1503 Después la reina se presentó ante el rey. Habló a su esposo con muy cariñosas palabras: «¿Qué os parecen las noticias, mi bien amado señor? ¡Lo que siempre fue mi más anhelado deseo está a punto de cumplirse!».

1504 «Vuestro deseo es la causa de mi dicha», respondió el rey. «Si mis parientes fueran los que viniesen a

visitarme, no habría sentido una alegría tan inmensa. La felicidad que me dan vuestros deudos disipa todas mis cuitas».

1505 Los servidores del rey dispusieron que tanto en el palacio como en el gran salón se colocaran sillas para acoger a los queridos invitados que muy pronto llegarían. En el futuro serían ellos los que privarían al rey de toda su alegría.

Canto XXV

De cómo los nibelungos viajaron al país de los hunos

1506 PERO DEJEMOS DE HABLAR de los preparativos que se hacían en el palacio de Atila. Jamás se presentó un cortejo tan majestuoso con guerreros tan orgullosos en la corte de rey alguno. Disponían de todo aquello que deseasen, fuesen armas o vestidos.

1507 Tal y como me contaron, el señor del Rin había vestido a sus mil sesenta caballeros más nueve mil escuderos para asistir a la fiesta. Aquellos a los que habían dejado en su patria llorarían después por ellos.

1508 Mientras tanto ya habían traído a la corte de Worms todas las monturas y arneses. Entonces el anciano obispo de Espira le dijo a la hermosa reina Ute: «Nuestros amigos desean acudir a la fiesta. ¡Que Dios guarde su honor y los proteja!».

1509 Entonces la noble reina Ute habló así a sus hijos: «Quedaos aquí, bravos héroes. Esta noche he soñado una calamidad espantosa: por doquier morían todas las aves del reino».

1510 «Quien hace caso de los sueños», respondió Hagen de Tronje, «no sabe reconocer la verdad cuando su honor está en juego. Soy partidario de que mi señor emprenda el viaje sin demora y se despida de la corte».

1511 Viajaremos de buen grado al país del rey Atila. Allí, en la fiesta de Crimilda, se verá si el brazo de unos bravos héroes sabe servir a su rey». Aunque Hagen se mostró favorable al viaje, lo lamentaría más tarde.

1512 Hagen habría aconsejado no hacerlo de no haber sido por las fuertes palabras que Gérnot le había dirigido al recordarle a Sigfrido, el esposo de Crimilda, cuando dijo: «Esa es la razón por la que Hagen no desea hacer el viaje».

1513 Respondió Hagen de Tronje: «Nunca hago nada por miedo. Si esa es vuestra decisión, caballeros, seguid adelante entonces. Os acompañaré de buen grado al país del rey Atila». Serían muchos los yelmos y escudos que rompería más tarde.

1514 Las naves estaban listas[101] esperando a los reyes y a sus vasallos. Embarcaron entonces todas las ropas que debían llevar. Sus tareas se prolongaron hasta que cayó la tarde. Después abandonaron sus hogares y emprendieron el viaje con el espíritu alegre.

1515 En la otra orilla del Rin desplegaron sobre la hierba las tiendas y pabellones. Una vez que se hubo hecho, pidió al rey su hermosa esposa que se quedara con ella. Pudo aún aquella noche abrazar amorosamente el gallardo cuerpo de Gúnter.

1516 Temprano, a la mañana siguiente, las flautas y las trompetas anunciaron la hora de partir. Entonces emprendieron la marcha. Quien había estrechado entre sus brazos a un ser querido, volvió a abrazarlo de nuevo. Muy cruelmente, más tarde, la esposa del rey Atila separaría a muchos de ellos para siempre.

1517 Contaban los hijos de la hermosa Ute con un vasallo que era leal y sincero. En el momento de partir le

confió al rey en secreto la razón de su gran desasosiego: «El viaje que emprendéis a la corte de Atila me hace sentir tristeza».

1518 Rúmolt tenía por nombre y era un valeroso héroe. «¿A quién confiaréis vuestro pueblo y vuestras tierras? ¡Qué desgracia, caballeros, que nadie os pueda hacer desistir de vuestro empeño! Nunca creí sincera la invitación de Crimilda».

1519 «Te confío mi reino y también a mi hijo pequeño. Igualmente, quiero que sirvas con lealtad a las damas, pues es ese mi deseo. Conforta el corazón de aquellos que veas llorar. La esposa del rey Atila no nos causará ningún daño».

1520 Ya estaban listos los caballos de los reyes y sus vasallos. Muchos guerreros, todos ellos con el espíritu alegre, se despidieron entre cariñosos besos. Muchas hermosas damas derramarían más tarde ardientes lágrimas por ellos.

1521 Cuando los valientes guerreros partieron en sus caballos, se vio a muchísimas damas sumirse en la más profunda tristeza. Su corazón les decía que la separación sería larga y que habría de depararles desgracias. Tales presentimientos siempre entristecen el alma.

1522 Los esforzados burgundios se pusieron en marcha. Por todo el país se produjo una gran conmoción. Las mujeres y los hombres lloraban a uno y otro lado de las montañas. Pero, a pesar de las lágrimas de su pueblo, ellos partieron contentos.

1523 Un millar de caballeros nibelungos[102] partieron cubiertos con sus lorigas de malla. Atrás habían dejado en su patria a muchas hermosas damas que ya nunca volve-

rían a ver. Las heridas de Sigfrido hacían sufrir a Crimilda todavía.

1524 Tras remontar el río Meno, los vasallos del rey Günter atravesaron el territorio de la Franconia oriental. Hagen era su guía, pues conocía el país muy bien. El héroe de Burgundia, Dánkwart, era el mariscal que mandaba aquella hueste.

1525 Cuando abandonaban Franconia oriental y atravesaban Swalefeld, los príncipes y sus parientes, aquellos que eran héroes célebres, podían muy bien distinguirse por su señorial prestancia. A la mañana duodécima el rey llegaba al Danubio.

1526 Hagen de Tronje marchaba al frente de la hueste. En él los nibelungos depositaban su confianza y consuelo. Entonces descendió de su montura, echó pie a tierra en el arenal del río y, a toda prisa, ató su caballo a un árbol.

1527 Las aguas estaban crecidas y no se veían las barcas. Preocupaba grandemente a los nibelungos saber el modo de atravesar la corriente, pues era muy ancho el río. Muchos gallardos caballeros desmontaron de sus sillas.

1528 «Señor del Rin», dijo Hagen, «aquí podría sucederos una desgracia. Vedlo vos mismo: el cauce está desbordado y la corriente es muy fuerte. Temo que hoy perdamos a más de un valeroso guerrero».

1529 «¿Qué me reprocháis, Hagen?», dijo el orgulloso monarca. «Por vuestra dignidad os pido que no nos desalentéis aún más. Debéis buscar un lugar seguro por donde podamos cruzar a la otra orilla con nuestro equipaje y caballos».

1530 «No aborrezco tanto mi vida», dijo Hagen, «como para desear ahogarme en estas aguas caudalosas.

Primero, tendrán que morir por mis manos muchos guerreros en la tierra de Atila. Eso al menos es lo que pretendo.

1531 ¡Permaneced en la orilla, dignos y orgullosos caballeros! Yo mismo iré a buscar a los barqueros que han de cruzarnos a salvo a las tierras de Gélfrat». Entonces el fuerte Hagen cogió su buen escudo.

1532 Portaba muy buenas armas: además del escudo, ceñía en la cabeza un resplandeciente yelmo. En su armadura llevaba un gran mandoble que con sus dos filos podía asestar temibles golpes.

1533 Buscaba por todas partes a los barqueros, cuando de repente oyó en un hermoso manantial el chapotear del agua. Aplicó el oído y descubrió que se trataba de unas ondinas[103] que allí se refrescaban.

1534 Al verlas, Hagen se acercó a ellas con sigilo. Cuando notaron su presencia, huyeron rápidamente. Mucho se alegraron de haber podido escapar. Pero Hagen se llevó sus vestidos, sin causarles ningún daño.

1535 Entonces habló una de las ondinas, a la que llamaban Hádeburc: «Noble caballero Hagen, si nos devolvéis nuestras ropas, os diremos, bravo héroe, cómo terminará el viaje que os lleva a la corte de los hunos[104]».

1536 Ante él revoloteaban como aves sobre el agua, nadando de un lado a otro. Creía Hagen que eran sabias y capaces de realizar profecías muy veraces. Lo que dijeran él lo daría por cierto. Le informaron cumplidamente de todo lo que él preguntaba.

1537 Dijo Hádeburc: «Podéis ir sin ningún peligro al país de Atila. Os garantizo bajo palabra que nunca hubo en ningún reino mejores ni más honorables héroes que al-

canzaran honores tan grandes. Creed lo que sinceramente os digo».

1538 El corazón de Hagen se alegró al oír aquellas noticias. Sin más tardanza les devolvió sus vestidos. Una vez que se vistieron sus extrañas ropas[105], le dijeron la verdad sobre el viaje al país de Atila.

1539 Habló entonces la segunda ondina, que se llamaba Sigelinda[106]: «Hagen, hijo de Aldrian, quiero ponerte en guardia. Porque arrebataste nuestras ropas, mi tía te ha mentido. Si vas a tierra de hunos serás traicionado vilmente.

1540 Aún estás a tiempo de desandar el camino. El motivo por el que se os ha invitado al país de Atila a vosotros, bravos héroes, no es otro que daros muerte. Todos los que allí acudan habrán de perder la vida».

1541 Respondió Hagen: «Tratáis de engañarme en vano. ¿Cómo es posible que todos tengamos que sucumbir por el odio de una única persona?». Entonces le explicaron su augurio mucho más claramente.

1542 Dijo una de las ondinas: «Todo sucederá de tal modo que nadie, salvo el capellán del rey, ha de conservar la vida. Sabemos a ciencia cierta que él solo regresará sano y salvo a la tierra del rey Gúnter».

1543 Furioso respondió el bravo Hagen: «Me será muy difícil decirles a mis señores que todos nosotros hemos de perder la vida en el país de los hunos. Ahora tú, que eres la ondina más sabia, muéstranos por dónde cruzar el río».

1544 Contestó la ondina: «Puesto que no renuncias al viaje, has de saber que río arriba, en la orilla, hay una casa donde vive un barquero. No hay ninguna otra que esa». Hagen no quiso hacer más preguntas.

1545 Cuando se alejaba, una de las ondinas llamó al airado guerrero: «¡Aguardad un momento, señor Hagen, tenéis demasiada prisa! Sabed lo que os espera cuando alcancéis la otra orilla. Else se llama el señor de esa marca.

1546 Su hermano es el guerrero Gélfrat, que es señor en Baviera. Tendréis que arrostrar graves peligros si queréis atravesar sus tierras. Debéis estar siempre en guardia y tratar al barquero con extremada prudencia.

1547 Tiene un genio tan colérico que os quitará la vida si no le mostráis respeto. Si queréis que os traslade a la otra orilla, pagadle lo que os pida. Es el guardián de estas tierras y leal súbdito de Gélfrat.

1548 Si no viniera inmediatamente, llamadlo al otro lado del río y decidle que os llamáis Amelrico. Era un caballero valiente que a causa de una disputa hubo de abandonar esta tierra. El barquero vendrá a buscaros si pronunciáis ese nombre».

1549 El altivo Hagen, agradecido, inclinó ante las ondinas la cabeza y no dijo más palabras. Después remontó la ribera del río hasta donde vio que se encontraba una casa en la otra orilla.

1550 Comenzó a gritar al otro lado del río: «Venme a buscar, barquero», dijo el bravo guerrero; «como pago te daré un brazalete de oro rojo. Has de saber que necesito sin falta cruzar a la otra orilla».

1551 El barquero era tan rico que no tenía necesidad de servir a otros, y por esa razón no aceptaba las recompensas de nadie. Sus siervos eran también muy altivos. Hagen se quedó solo a este lado del río.

1552 Gritó entonces con tal fuerza que hicieron de eco las aguas, pues la voz de aquel héroe era recia y poderosa: «Ven a buscarme. Soy Amelrico, aquel vasallo de El-

se que a causa de sus enemigos hubo de abandonar esta tierra».

1553 En la punta de la espada que empuñaba le ofrecía un precioso y reluciente brazalete labrado en oro rojo si lo conducía al país de Gélfrat. El mismo altivo barquero tomó en sus manos los remos.

1554 No hacía mucho tiempo que el barquero se había casado. El ansia de riquezas, las más de las veces, conduce hacia la desgracia. Quiso ganarse el oro rojo de Hagen, pero en lugar de ello murió a manos de su espada.

1555 El barquero remó con fuerza hasta la otra orilla. Al no hallar al hombre al que había oído nombrar, dio rienda suelta a su furia. Al ver a Hagen allí, dirigió airado al héroe estas adustas palabras:

1556 «Es posible que os llaméis Almerico, pero en nada os parecéis al hombre que yo esperaba. Por parte de mi padre y de mi madre él era un hermano mío. Ahora que me habéis mentido habréis de permanecer en esta orilla del río».

1557 «¡No, por Dios Todopoderoso! Soy un caballero extranjero en estas tierras y tengo guerreros a mi cargo. Os ruego que aceptéis el pago que os ofrezco por pasarme a la otra orilla. Os estaré verdaderamente agradecido».

1558 Volvió a hablar el barquero: «Eso es del todo imposible. Mis apreciados señores tienen enemigos y por esa razón no paso a ningún extranjero. Si en algo apreciáis vuestra vida, descended de la barca y regresad a la orilla».

1559 «No procedáis de ese modo, pues no estoy de humor para chanzas. Aceptad en señal de amistad este oro puro, y conducid a la otra orilla a mil caballeros y a otros tantos caballos». Respondió el barquero airado: «Jamás haré yo tal cosa».

1560 Tomando un recio remo, pesado y ancho, lo descargó sobre Hagen, que del terrible dolor cayó doblado en la barca. Nunca había conocido el señor de Tronje un barquero tan furioso.



1561 Quiso luego avivar aún más la cólera del bravo extranjero. Golpeó entonces con tanta fuerza la cabeza de Hagen, que el remo se partió hecho trizas. Era un hombre muy recio. El barquero de Else pagaría muy caro aquello.

1562 Presa de la furia, Hagen echó mano a la vaina donde se hallaba su espada. De un tajo le cortó la cabeza y la arrojó al fondo del río. Muy pronto corrió la noticia entre los orgullosos burgundios.

1563 Cuando dio muerte al barquero, la corriente arrastró río abajo la barca para disgusto de Hagen. Antes de que pudiera enderezarla lo había agotado el cansancio. El vasallo del rey Günter remó hasta el límite de sus fuerzas.

1564 Remaba Hagen con tan gran fuerza que hizo que el duro remo se partiera. Deseaba poder alcanzar la orilla y volver con sus guerreros, pero ya no tenía ningún remo. ¡Con qué rapidez ató entonces

1565 los dos extremos del remo con las cuerdas de su escudo! Eran tan solo unas cintas. Descendiendo la corriente, logró llegar hasta un bosque donde vio a su señor en la orilla. Muchos gallardos caballeros salieron a su encuentro.

1566 Los nobles y valerosos guerreros corrieron a recibirle con efusivos saludos. Vieron que en la barca aún humeaba la sangre que manaba de la herida mortal que había causado al barquero. Muchas fueron las preguntas con que los héroes asaetearon a Hagen.

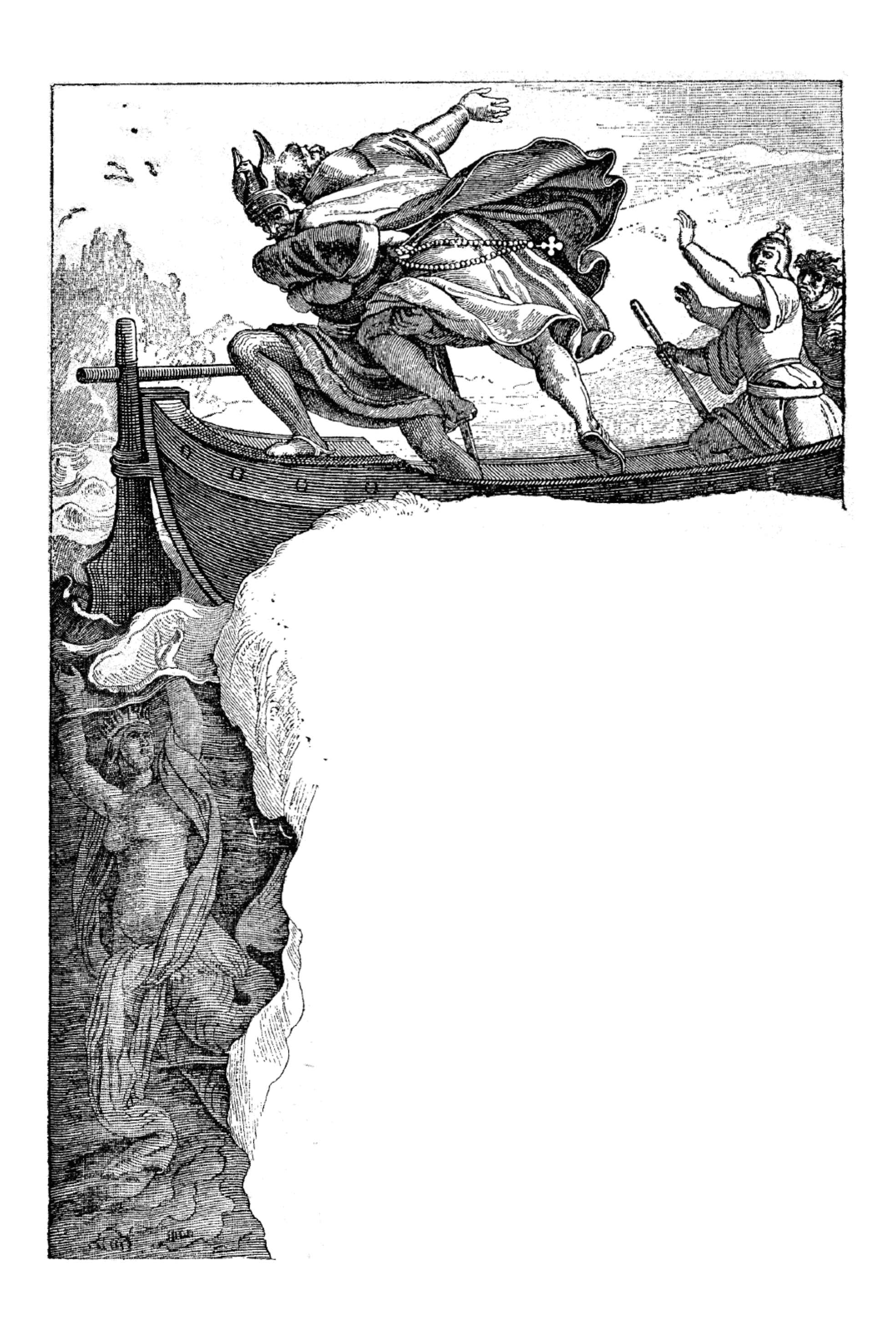
1567 Cuando el rey Günter vio correr por la barca la sangre aún caliente, no tardó mucho tiempo en preguntar: «Decidme, señor Hagen, qué habéis hecho con el barquero. Creo que con vuestra poderosa fuerza le habéis quitado la vida».

1568 Le contestó diciendo una mentira: «Encontré amarrada la barca junto a un sauce silvestre y la desaté con mis manos sin que hubiera allí ningún barquero. Nadie ha sufrido por mi causa ningún daño».

1569 Habló entonces el señor Gérnot de Burgundia: «Siento inquietud al pensar que hoy podamos perder algunos amigos queridos por no disponer de barqueros que nos crucen al otro lado del río. Ese pensamiento me quita toda alegría».

1570 Habló con fuerte voz Hagen: «Escuderos, descargad sobre la hierba los arreos de los caballos. Creo que yo era el mejor de los barqueros que pudiera encontrarse en el Rin. Estoy totalmente seguro de poder conduciros a las tierras de Gélfrat».

1571 Para atravesar más rápido el río, arrearon con fustas a los caballos. Nadaron todos tan bien que la fuerte corriente no logró tragarse a ninguno de ellos, aunque algunos fueron arrastrados lejos, vencidos por el cansancio.



1572 Después subieron el oro y sus vestimentas a la barca, pues no podían hacer otra cosa que proseguir el viaje. Hagen gobernaba el timón y, así, condujo a la orilla de aquel país extranjero a muchos bravos guerreros.

1573 Primero hizo cruzar a mil nobles caballeros y después a sus propios guerreros. Pero aún quedaban más: llevó a la otra orilla a nueve mil escuderos. Aquel día no tuvo ningún descanso el brazo del héroe de Tronje.

1574 Cuando hubieron cruzado sanos y salvos al otro lado de aquel caudaloso río, recordó el valiente héroe las sorprendentes palabras que le habían dicho las extrañas ondinas. A causa de ellas, estuvo el capellán del rey a punto de perder la vida.

1575 Hagen encontró al sacerdote con su equipo de misa. Sujetaba en sus manos las sagradas reliquias, pero de nada le sirvió cuando Hagen le puso la vista encima. El desventurado clérigo hubo de pasar por momentos de gran apuro.

1576 En poco menos de un instante arrojó al capellán por la borda. Muchos gritaron entonces: «¡Salvadlo, señor, salvadlo!». El joven Gíselher se enojó, lleno de furia, pero no pudo lograr que Hagen desistiera en su intención de lastimarlo.

1577 Dijo entonces el señor Gérnot de Burgundia: «¿Qué ganáis, Hagen, con la muerte del capellán? Si lo que vos hacéis lo hiciera otra persona, sentiríais gran enfado. ¿Por qué le guardáis tanto odio?».

1578 El clérigo nadaba con todas sus fuerzas para mantenerse a flote. Esperaba poder aún salvarse si alguien quisiera ayudarlo, pero no pudo ser, porque el encolerizado Hagen lo había arrojado al agua. Ninguno de los que allí había aprobó su conducta.

1579 Al ver el pobre clérigo que nadie acudía en su auxilio, trató con grandísimo esfuerzo de regresar a la orilla. Aunque no sabía nadar, la mano de Dios lo sostuvo y lo condujo sano y salvo hasta que pudo llegar a tierra.

1580 Allí logró ponerse en pie el capellán y sacudirse las ropas. Entonces se dio cuenta Hagen de que el infortunio que habían presagiado las extrañas ondinas era totalmente inexorable. Pensó el bravo guerrero: «Todos estos valientes habrán de perder la vida».

1581 Cuando hubieron descargado la barca y transportado a tierra todo lo que llevaban consigo los vasallos de los tres reyes, Hagen destrozó la embarcación en pedazos y los arrojó a la corriente. Mucho se sorprendieron de aquello los nobles y bravos guerreros.

1582 «¿Por qué hacéis eso, hermano?», le preguntó entonces Dánkwart. «¿Cómo cruzaremos el río cuando regresemos del país de los hunos camino de nuestra patria?». Después Hagen le diría que nunca volverían a su tierra.

1583 Respondió el héroe de Tronje: «Lo he hecho intencionadamente, pensando en que pudiera haber algún cobarde en esta empresa que quisiera huir y abandonarnos por miedo, para que encuentre en estas aguas la muerte más vergonzosa».

1584 Viajaba con ellos un valeroso héroe de la tierra de Burgundia que tenía por nombre Vólker. Siempre sabía expresar su pensamiento con muy doctas palabras. Todo aquello que el señor Hagen emprendía, merecía en todo momento la aprobación del juglar.

1585 Se prepararon los caballos y se cargaron las mulas. En aquel viaje aún no habían sufrido ningún percance

salvo el del capellán del rey, que tuvo que regresar a pie todo el camino hasta el Rin.

Canto XXVI

De cómo Dánkwart dio muerte a Gélfrat

1586 CUANDO TODOS HUBIERON alcanzado la orilla preguntó el rey: «¿Quién nos mostrará ahora el buen camino en estas tierras para que no perdamos nuestra ruta?». Habló entonces el vigoroso Vólker: «Yo me ocuparé de eso».

1587 «¡Caballeros y escuderos, guardad silencio un momento!», dijo Hagen. «Debéis escuchar a un amigo. Al menos es lo que yo creo correcto. Lo que os voy a contar ahora es una infausta noticia: jamás ninguno de nosotros volverá a Burgundia.

1588 Esta mañana temprano me dijeron dos ondinas que de este viaje no regresaría nadie. Seguid por lo tanto mi consejo: ¡armaos, bravos guerreros, y estad siempre alerta! Encontraremos enemigos poderosos, y por ello es necesario avanzar con mucha cautela.

1589 Esperaba descubrir falsedad en sus palabras proféticas. En su augurio decían que ninguno de nosotros, con excepción del capellán, volvería sano y salvo a nuestra tierra. Esa fue la razón por la que hoy quise darle muerte».

1590 Estas noticias se propagaron a toda prisa entre las tropas, y muchos bravos guerreros palidecieron de angustia, pues comenzaban a temer una muerte espantosa en

aquel viaje a la corte del rey Atila. No les faltaban motivos para sus miedos.

1591 Cruzaron el río cerca de Mehring[107], donde había muerto el barquero de Else. Habló de nuevo Hagen: «Puesto que por el camino me he creado enemigos, estos vendrán sin duda para atacarnos.

1592 Sabed que di muerte al barquero esta mañana temprano. A estas alturas seguramente ya conocerán la noticia. Guerreros, estad prevenidos ahora para que, si Else y Gélfrat atacan hoy a nuestra tropa, lo tengan que pagar muy caro.

1593 Sé que son tan audaces que no dejarán pasar la oportunidad de atacarnos. Cabalgad despacio para que así nadie pueda pensar que vamos huyendo de ellos». «Seguiré ese consejo», dijo Gíselher el bravo.

1594 «¿Quién guiará a nuestra hueste en esta tierra?». «Que sea Vólker», respondieron, «pues el valiente juglar es buen conocedor de todos los caminos y las sendas». Antes de que se hubiese terminado de expresar aquel deseo,

1595 se vio levantarse al juglar con sus armas y su yelmo. Su armadura relucía con colores muy brillantes. Había atado un banderín rojo en la punta de su lanza. Más tarde sobre él y los reyes se abatiría la desgracia.

1596 Mientras tanto la noticia cierta de la muerte del barquero había llegado hasta Gélfrat. También el poderoso Else tuvo conocimiento de ella. A ambos los embargaba la pena. Hicieron llamar a sus héroes, que pronto estuvieron dispuestos a combatir.

1597 Os diré que, sin que pasara mucho tiempo, se vio cabalgar hacia ellos a una poderosa hueste que en duros combates había causado al enemigo grandes daños y

estragos. A la llamada de Gélfrat acudían más de setecientos guerreros.

1598 En la persecución de sus terribles enemigos, sus señores los guiaban a la cabeza. Muy grande era su impaciencia por enfrentarse a los guerreros extranjeros y, así, aplacar su cólera. Más tarde por aquella causa habrían de perder muchos hombres.

1599 Hagen de Tronje había dispuesto las cosas como un guerrero sabe hacerlo: ¿quién mejor que aquel héroe para velar por los suyos? Él mismo se ocupó con sus hombres y con su hermano Dánkwart de vigilar la zaga. Aquella era una medida muy sabia.

1600 El día había concluido y ya reinaba la noche. Hagen temía por los suyos grandes penas y desgracias. Cabalgaban por las tierras de Baviera protegidos por sus escudos. Poco tiempo después serían atacados los héroes.

1601 A ambos lados del camino y muy cerca, detrás de ellos, oyeron el ruido de cascos de caballos. El enemigo se acercaba a toda prisa. El esforzado Dánkwart dijo: «Se disponen a atacarnos. El consejo que os doy es que sujetéis bien vuestros yelmos».

1602 La necesidad exigía que detuvieran su marcha. En la oscuridad distinguían el brillo de los escudos. Hagen no quiso guardar silencio por más tiempo. «¿Quién es el que nos persigue por el camino?». Entonces Gélfrat hubo de darle respuesta.

1603 Respondió el margrave de Baviera: «Buscamos a nuestros enemigos y vamos corriendo tras ellos. No sé quién dio hoy muerte a mi barquero. Era un hombre muy valeroso y por ello tengo gran duelo».

1604 Habló entonces Hagen de Tronje: «¿Era vuestro ese barquero? No quiso ayudarnos a cruzar el río. Yo

soy el responsable. Le di muerte porque no tuve más remedio. Por muy poco estuve a punto de morir a sus manos.

1605 Le ofrecí oro y vestidos como recompensa para que nos condujera a vuestra tierra, al otro lado del río, pero, presa de un furor ciego, me golpeó con un gran remo, y aquello me hizo encender de ira.

1606 Eché mano de mi espada y me defendí de su cólera, produciéndole una grave herida que sería causa de su muerte. Os daré en compensación lo que estiméis oportuno». Entonces entablaron combate. El espíritu de aquellos guerreros era totalmente inquebrantable.

1607 «Bien sabía», dijo Gélfrat, «que, cuando pasaran las tropas de Gúnter por nuestra tierra, Hagen de Tronje nos causaría algún daño. De aquí no ha de salir bien librado. La muerte del barquero la pagará con su vida».

1608 Hagen y Gélfrat emplazaron las lanzas por encima de los escudos para poder así atravesar a su enemigo. Los dos deseaban acometerse con furia. Else y Dánkwart también se lanzaron el uno contra el otro para probar de qué índole era su temple. La lucha fue encarnizada.

1609 ¿Cuándo hubo guerreros que midieran mejor sus fuerzas? Una potente lanzada de la mano de Gélfrat hizo caer al valiente Hagen al suelo. La cincha del petral de su caballo había quedado partida. Ahora sabría lo que es una lucha desigual.

1610 Desde las filas de su escolta se oía el estrépito con que chocaban las lanzas. Entonces Hagen, que había caído a tierra por el golpe recibido, se puso en pie de nuevo. No creo que sintiera un gran aprecio por Gélfrat.

1611 Desconozco quiénes eran los que sujetaban sus caballos[108]. Hagen y Gélfrat, desmontados de sus sillas, iban a luchar sobre la arena. Los dos se lanzaron el uno contra el otro. Los seguidores de ambos también se enzarzaron en encarnizados duelos.

1612 A pesar de la feroz acometida de Hagen sobre Gélfrat, el noble margrave partió un gran trozo del escudo del de Tronje, haciendo saltar chispas por los aires. Faltó muy poco para que el noble vasallo de Gúnter perdiera la vida en aquel trance.

1613 Entonces comenzó a llamar a Dánkwart: «¡Ayudadme, querido hermano! Un bravo guerrero me ataca y no me dejará con vida». Respondió el valiente Dánkwart: «Dejadme que yo sea quien lo decida».

1614 El héroe arremetió contra Gélfrat y de un tajo que asestó con su acerada espada lo dejó muerto en el suelo. Else hubiera deseado a todo trance vengar la muerte de su hermano, pero él y sus huestes hubieron de retirarse con considerables pérdidas.

1615 Habían matado a su hermano y él mismo había sido herido. Más de ochenta guerreros quedaban allí, víctimas de una horrorosa muerte. Su señor no pudo hacer otra cosa que huir ante los hombres de Gúnter.



1616 Mientras que los guerreros bávaros se retiraban del campo, se oían todavía ecos horribles del resonar de las armas. Los hombres de Hagen perseguían a sus enemigos. Los que esperaban no tener que pagar con su vida corrían a toda prisa.

1617 Al contemplar cómo huían, exclamó el valiente Dánkwart: «Regresemos y dejemos que se vayan; ya marchan bañados en sangre roja. Volvamos a toda prisa con nuestros amigos. Os doy este consejo sincero».

1618 Cuando regresaron al lugar donde había acontecido la refriega, dijo Hagen de Tronje: «Ahora, héroes, debemos conocer qué hombres nos faltan o a quiénes he-

mos perdido en este feroz combate, causado solamente por la cólera de Gélfrat».

1619 Habían perdido a cuatro de los suyos y lamentaron su muerte. Pero su pérdida había sido bien vengada, porque del lado de los bávaros habían caído quizá más de cien guerreros. Los escudos de los vasallos de Hagen se veían teñidos en sangre.

1620 La luz de la blanca luna brillaba entre las nubes. Entonces volvió a hablar Hagen. «Nadie deberá decir a mis queridos señores lo que aquí ha ocurrido hoy. Dejemos que duerman sin preocupación hasta que llegue mañana».

1621 Cuando los que habían combatido se unieron al resto de los burgundios, acusaron un gran cansancio. «¿Cuánto tiempo hemos de seguir cabalgando?», preguntaban muchos de ellos. Así habló el bravo Dánkwart: «Aquí no podemos levantar un campamento.

1622 Debéis cabalgar hasta que amanezca el día». El bravo Vólker, que tenía a su cargo el mantenimiento de las tropas, preguntó al mariscal: «¿Dónde acamparemos esta noche para que puedan reposar nuestros caballos y también nuestros queridos señores?».

1623 Habló ahora el bravo Dánkwart: «No os lo puedo decir. No podemos descansar hasta que se haga de día. Cuando encontremos un prado, entonces nos tumbaremos en la hierba». Al oír aquellas palabras, se apesadumbró mucho la tropa.

1624 Sus armas rojas de sangre pasaron inadvertidas hasta que, al amanecer, el sol lanzó sus rayos brillantes por encima de las montañas. El rey se dio cuenta entonces de que los guerreros habían entrado en combate. Lleno de cólera, dijo:

1625 «¿Qué es esto, amigo Hagen? Creo que habéis desdeñado mi presencia cuando vuestras cotas de malla se tiñeron de sangre. Decidme quién hizo esto». Respondió Hagen: «Ha sido Else, señor. Anoche nos ha atacado.

1626 Se arrojaron sobre nosotros por haber matado al barquero. Dio muerte mi hermano Dánkwart a Gélfrat con sus propias manos. Luego Else huyó, pues no tenía otra salida. En el combate murieron cien hombres de ellos y de los nuestros tan solo cuatro».

1627 No os podemos decir en qué lugar acamparon. Todas las gentes de aquellos lugares supieron pronto que los hijos de Ute se dirigían hacia la corte de Atila. Muy poco después fueron muy bien recibidos en Passau.

1628 El obispo Pílgrim, el tío de los tres nobles reyes, se alegró de todo corazón al ver llegar con tantos caballeros a sus sobrinos a su tierra. En seguida advirtieron el mucho afecto que sentía hacía ellos.

1629 Por el camino recibieron una cálida acogida por parte de sus amigos. Como no se pudo dar alojamiento a todos en Passau, hubo de cruzarse el río[109] para encontrar una pradera donde levantar los pabellones y las tiendas.

1630 Allí tuvieron que pasar todo un día y también la noche entera. ¡Qué excelente fue el trato que recibieron! Después continuaron su viaje hacia la tierra de Rúdiger. El margrave supo en seguida noticias de su venida.

1631 Una vez que los fatigados caballeros hubieron descansado, cerca ya del país de Atila, hallaron en la frontera a un hombre que estaba dormido y al que Hagen de Tronje lo despojó de su bien templada espada.

1632 El esforzado caballero se llamaba Éckewart. Se sentía muy apesadumbrado por haber perdido su arma

cuando pasaban los héroes. Estos pudieron comprobar así que la marca de Rúdiger estaba muy mal guardada.

1633 «¡Ay, qué desgracia! ¡Caiga el deshonor sobre mí!», exclamó entonces Éckewart. «Lamento infinitamente el viaje de los burgundios. El día en que perdí a Sigfrido me abandonó mi alegría. ¡Muy mal he cumplido con mi compromiso, señor Rúdiger!».

1634 Hagen oyó muy bien la queja del noble caballero. Le devolvió su espada y le dio seis brazaletes de oro rojo. «Quedáoslos, guerrero, en señal de mi amistad y mi aprecio. Sois un héroe valiente al guardar solo la frontera».

1635 «¡Que Dios os recompense por los brazaletes!», contestó Éckewart. «Pero lamento profundamente que emprendáis este viaje a la tierra de los hunos. Disteis muerte a Sigfrido y sois odiado aquí por eso. Estad prevenidos. El leal consejo que os doy es que os guardéis bien de vuestros enemigos».

1636 «Entonces que Dios nos proteja», dijo Hagen. «Pero lo que ahora preocupa a los reyes, a sus vasallos y también a estos guerreros es encontrar aposento: algún lugar donde puedan hallar descanso en este país antes de que llegue la noche.

1637 Nuestros caballos están cansados por el largo camino andado, y no nos quedan alimentos», prosiguió Hagen el guerrero. «No encontramos lugar donde comprarlos. Nos haría falta un generoso señor que quiera compartir su pan con nosotros esta noche».

1638 Respondió entonces Éckewart: «Os mostraré un anfitrión muy generoso en cuya casa seréis acogidos como en ningún otro país del mundo, si es que queréis, bravos guerreros, aceptar la hospitalidad de Rúdiger.

1639 Vive no muy lejos de aquí, junto al camino, y es el mejor señor que jamás tuvo un feudo. Caballerosas virtudes florecen en su corazón del mismo modo en que lo hacen las hermosas flores en el dulce mes de mayo. Siempre que puede servir a héroes se regocija su ánimo».

1640 Habló entonces el rey Gúnter: «¿Queréis ser mi mensajero y preguntar a mi querido amigo Rúdiger si en atención a mi persona desea brindar su hospitalidad a nuestros parientes y vasallos? Siempre sabré agradecérselo del mejor modo que pueda».

1641 «De buen grado seré vuestro mensajero», dijo entonces Éckewart. Con mucha diligencia se puso en camino para contarle a Rúdiger todo lo que se había dicho. No había escuchado el margrave en mucho tiempo tan agradable noticia.

1642 Entonces se vio a un caballero galopar veloz hacia Bechelaren. Rúdiger pudo bien reconocerlo y dijo: «Éckewart, un vasallo de Crimilda, se acerca por el camino corriendo a toda prisa». Imaginaba que sus enemigos le habían causado algún daño.

1643 Se dirigió entonces a la puerta del castillo a recibir al mensajero[110]. Este desciñó su espada y la colocó a un lado. No ocultó la noticia que traía ni al señor ni a sus vasallos, y allí mismo la puso en su conocimiento.

1644 Así dijo al margrave: «Me envía el señor Gúnter del país de Burgundia, y también sus hermanos Gíselher y Gérnot. Cada uno de estos nobles caballeros os hace llegar sus más leales saludos.

1645 También lo hacen Hagen y Vólker con devoción y afecto. Os diré, además, que el mariscal del rey Gúnter me encarga anunciaros que los valerosos guerreros necesitan que les brindéis vuestra hospitalidad esta noche».

1646 Rúdiger contestó sonriente: «Me es muy grato saber que estos honorables reyes tienen necesidad de mis servicios. No les serán negados: si vienen a mi casa, me sentiré muy feliz y orgulloso de poder recibirlos».

1647 «Dánkwart, el mariscal, me pidió que os dijera a quienes, además de los reyes, debéis dar alojamiento: sesenta esforzados héroes, mil valerosos caballeros y otros nueve mil escuderos». Mucho se alegró Rúdiger al conocer la noticia.

1648 «Me complace grandemente», dijo entonces Rúdiger, «acoger a estos ilustres caballeros extranjeros, a los que hasta ahora no he podido atender en mi casa. ¡Ahora id todos a recibirlos, mis parientes y vasallos!».

1649 Caballeros y escuderos corrieron a sus caballos. Les parecían muy acertadas las órdenes que su señor les impartía. Con gran celo se afanaron en cumplirlas. La señora Gotelinda, que se encontraba en su cámara, aún no sabía nada.

Canto XXVII

De cómo llegaron a Bechelaren

1650 Entonces el margrave se encaminó al aposento donde se encontraban las damas. Allí encontró a su hija y a su esposa, e inmediatamente les hizo saber la grata noticia de que los hermanos de Crimilda se dirigían a su casa.

1651 «Amada esposa», dijo entonces Rúdiger, «debéis ofrecer a los nobles e ilustres reyes una magnífica bienvenida cuando lleguen a nuestra corte con su séquito. También saludaréis cordialmente a Hagen, el vasallo del rey Gúnter.

1652 Los acompaña un caballero que tiene por nombre Dánkwart y otro que se llama Vólker, el cual hace gala de una gentileza exquisita. Deberéis besar a esos seis vos y mi querida hija, y también mostraréis afabilidad y cortesía para con los demás guerreros».

1653 Las damas prometieron cumplirlo y se dispusieron a hacerlo. Sacaron de los baúles las magníficas galas que querían vestir para recibir a los caballeros. Muy grande fueron la diligencia y el esmero con que las hermosas señoras se aplicaron a ello.

1654 No se veía en las mejillas de las damas trazas de colores falsos[111]. En sus cabezas ceñían diademas de oro radiante. Sus espléndidos tocados impedían que el viento deshiciera el peinado de sus preciosos cabellos. Juro por mi honor que lo que digo es cierto.

1655 Dejemos ahora que las damas se ocupen de sus cuidados. Muy presurosos cabalgaron por las llanuras los hombres de Rúdiger hasta encontrar a los príncipes. Estos recibieron la más cálida bienvenida en la tierra del margrave.

1656 Cuando Rúdiger los vio acercarse, dijo lleno de júbilo el valiente margrave: «¡Sed bienvenidos, señores, y también vuestros vasallos! Me produce gran placer recibiros en mi tierra».

1657 Los caballeros se inclinaron ante él con lealtad y sin una brizna de odio. Rúdiger les mostraba muy claramente su aprecio. Dirigió un saludo especial a Hagen, a quien conociera en otro tiempo[112], y también a Vólker, el gran héroe de Burgundia.

1658 También dio la bienvenida a Dánkwart. Así habló este bravo guerrero: «Si nos dais albergue esta noche, ¿quién se ocupará de la tropa que hasta aquí nos acompaña?». Dijo entonces el margrave: «Pasaréis una buena noche

1659 vosotros y vuestra gente. Todo lo que habéis traído a esta tierra, vuestras ropas y también vuestros caballos, lo pondré a buen resguardo para que ni siquiera una espuela se pierda.

1660 Escuderos, levantad las tiendas en la pradera. Yo os resarciré por todo cuanto aquí falte. Quitad las bridas a vuestros caballos y dejadlos en libertad». Jamás ningún señor los había tratado antes de aquella manera.

1661 La alegría cundió entre los invitados. Cuando todo aquello se hizo, los señores se alejaron a caballo. Los sirvientes se acostaron en la hierba, donde gozaron de un merecido descanso. No creo que hubiera un lugar durante todo el viaje en que se encontrasen más cómodos.

1662 La noble margravina había salido del castillo con su muy hermosa hija. Junto a ellas se veían hermosas damas y muchas bellas doncellas que llevaban espléndidos brazaletes y muy ricas vestimentas.

1663 Las piedras preciosas que llevaban en sus lujosos vestidos brillaban desde muy lejos. Muy bellas eran las damas. Después también llegaron los extranjeros y en seguida bajaron de sus caballos. ¡Qué exquisita cortesía derrocharon los burgundios!

1664 Treinta y seis doncellas, además de otras muchas damas, todas ellas de muy bella planta, salieron a su encuentro, acompañadas de muchos hombres valientes. Las nobles señoras les dispensaron la más calurosa bienvenida.

1665 La joven margravina besó a los tres reyes tal y como había hecho su madre. Hagen se encontraba entre ellos y su padre le ordenó que lo besase, pero, al mirarlo, su aspecto le pareció tan horrible que de buena gana hubiera preferido evitarlo[113].

1666 Sin embargo, debía cumplir lo que su padre ordenaba. El color de la tez le cambiaba de continuo: tan pronto enrojecía como se le volvía pálido. Besó también a Dánkwart y después al juglar Vólker. Recibió este tal saludo por su excepcional coraje[114].

1667 La joven margravina tomó de la mano a Giselher, el guerrero de Burgundia. Su madre hizo lo mismo con el bravo Gúnter. Muy alegremente se alejaron de allí acompañando a los héroes.

1668 El anfitrión entró con Gérnot en una sala espaciosa. Allí tomaron asiento los caballeros y las damas. Muy pronto se dio la orden de escanciar vino excelente a todos

los invitados. No pudo nunca agasajarse mejor a unos héroes.

1669 La hija de Rúdiger atraía muchas amorosas miradas, tan grande era su hermosura. Inspiraba tiernos sentimientos en más de un caballero noble. Sin duda lo merecía, pues su alma era muy pura y elevada.

1670 Pero cualesquiera que fuesen sus pensamientos, estos no podían realizarse. Una y otra vez dirigían sus miradas a las muchas damas y doncellas que allí estaban sentadas. Vólker, el noble juglar, mostraba su aprecio a Rúdiger.

1671 Tal y como era la costumbre, se separaron en estancias distintas los caballeros y las damas[115]. Se cubrieron con manteles las mesas de la espaciosa sala. Después se agasajó fastuosamente a los huéspedes extranjeros.

1672 Para honrar a aquellos huéspedes, la noble margravina vino a sentarse a la mesa. Dejó a su hija entre las doncellas, que era donde le correspondía[116]. Mucho lamentaron los invitados tener que dejar de verla.

1673 Una vez que todos hubieron comido y bebido, volvieron a traer a la sala a las hermosas damas. Se entretuvieron recitando graciosos poemas, la mayoría de los cuales a cargo del bravo Vólker.

1674 Habló el noble juglar con franqueza: «Poderoso margrave, Dios os ha mostrado su gran magnanimidad al concederos una esposa muy hermosa además de una vida placentera.

1675 Si yo fuera príncipe», continuó el juglar, «y hubiera de ceñir corona, escogería a vuestra encantadora hija para que fuese mi reina. Eso sería lo que mi corazón desearía. Contemplarla es un regalo, y es, además, muy noble y muy virtuosa».

1676 Le respondió el margrave: «¿Cómo podría desear un rey casarse con mi querida hija? Tanto mi esposa como yo somos aquí extranjeros[117]. ¿De qué le sirve a la doncella poseer su grandísima belleza?».

1677 Le respondió el gentil Gérnot: «Si yo hubiera de elegir una dama de mi gusto, me sentiría muy feliz de tenerla por mi esposa». Hagen contestó entonces con muy corteses palabras:

1678 «Es hora de que mi señor Gíselher tome una esposa. La joven margravina es de tan alto linaje que tanto a mí como a mis vasallos nos complacerá servirla, si ella ha de ceñir corona en el reino de Burgundia».

1679 Aquellas palabras fueron muy del agrado de Rúdiger y también de Gotelinda. Sus corazones rebosaban de alegría. Allí mismo dispusieron los guerreros que Gíselher la tomara por esposa, tal y como convenía a un rey.

1680 ¿Quién puede impedir que ocurra lo que ha de suceder? Pidieron a la joven que acudiese a la corte. Después prometieron entregar al joven rey como esposa a la encantadora joven, y él a su vez juró solemnemente amar a tan hermosa doncella.

1681 Se asignaron entonces castillos y tierras a la doncella[118]. Levantando su mano en solemne juramento, el noble rey y el señor Gérnot dieron, así, su palabra. Dijo el margrave: «Puesto que no poseo castillos,

1682 siempre estaré en deuda con vos y os guardaré mi lealtad inquebrantable. Daré a mi hija tanta plata y tanto oro como puedan llevar cien animales de carga, de forma que los parientes del rey puedan quedar satisfechos tal y como el honor demanda».

1683 Después, según la costumbre, se les pidió a los dos que se colocaran en un círculo formado por los pre-

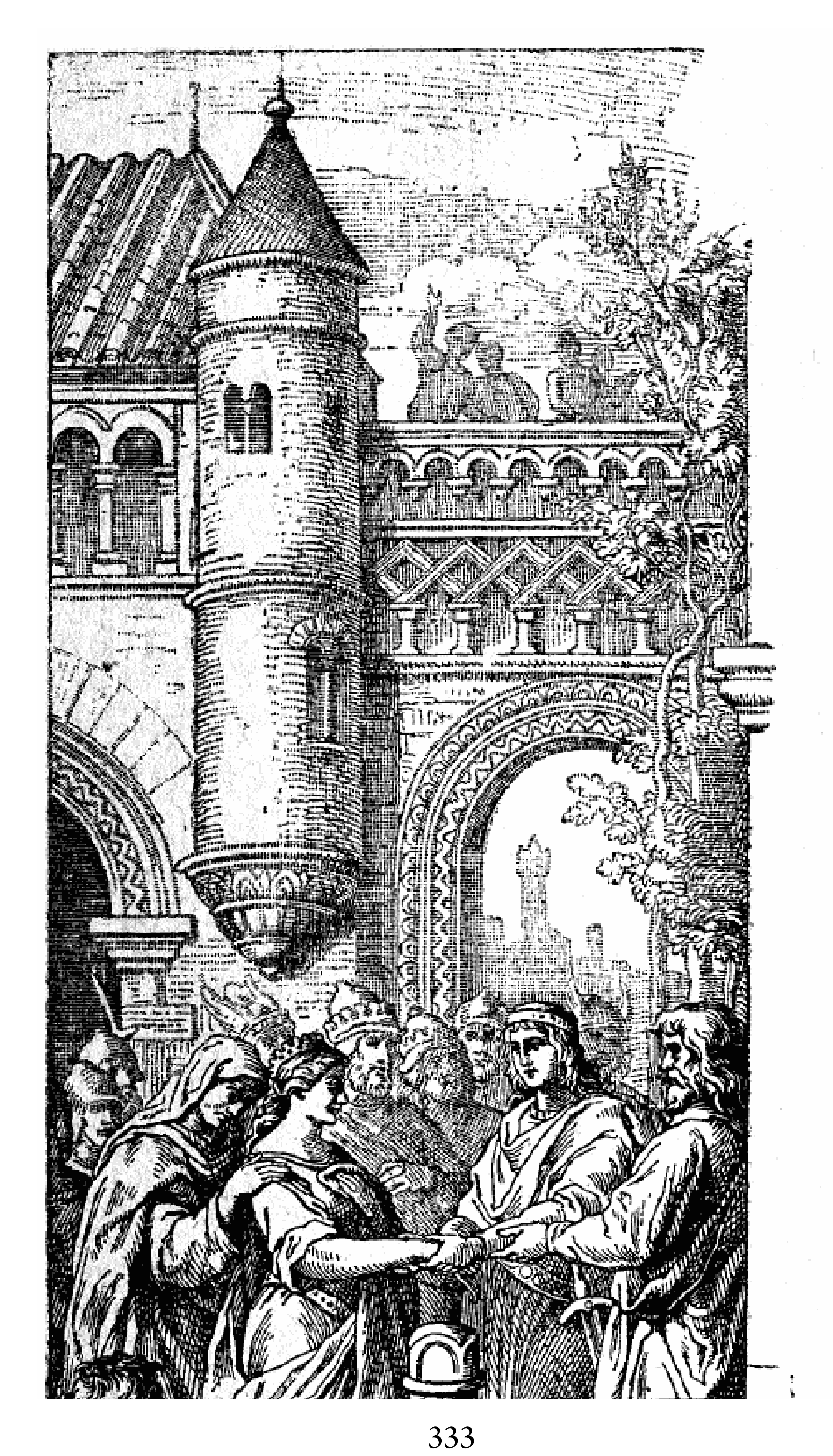
sentes. Muchos jóvenes guerreros se encontraban frente a ellos con el ánimo exultante. Ocupaban sus pensamientos en las mismas cosas en que piensan hoy los jóvenes.

1684 Cuando preguntaron a la gentil doncella si quería tomar a Gíselher por esposo se sintió un tanto apenada, aunque hubiese decidido aceptar al apuesto caballero. Le sonrojó la pregunta tal y como les sucede a muchas jóvenes.

1685 Su padre, Rúdiger, le aconsejó decir que sí y que aceptara a su esposo de buen grado[119]. En ese momento el noble Gíselher se acercó a ella y la estrechó con sus blancas manos. ¡Qué poco tiempo habría de durarle a ella su dicha!

1686 Dijo entonces el margrave: «Nobles y poderosos reyes, cuando regreséis a vuestra tierra de Burgundia, os entregaré a mi hija para que os la llevéis con vosotros tal y como es la costumbre». Así acordaron hacerlo.

1687 Hubo que poner ya fin a todo el clamor que se oía de la fiesta. Se pidió a las doncellas que se retiraran a sus aposentos, y a los invitados que se fuesen a descansar hasta que amaneciera el día. Entonces se les preparó un almuerzo. El anfitrión los colmaba de regalos y atenciones.





1688 Una vez que hubieron desayunado, quisieron proseguir su viaje hacia la tierra de Atila. «No lo permitiré», dijo el noble señor, «debéis quedaros más tiempo, pues nunca tuve en mi casa a unos invitados que me fueran más queridos».

1689 Respondió Dánkwart: «No es posible. ¿De dónde sacarías los víveres, el vino y el pan, siquiera esta noche, para alimentar a tantos guerreros?». Cuando el anfitrión oyó aquello les habló de esta manera: «¡No digáis más palabras!

1690 Queridos señores, no me neguéis lo que os pido. Puedo daros alimento a vos y a todos los que os acompañan durante catorce días. Todavía no me ha privado el rey Atila de todo cuanto poseo».

1691 Por mucho que protestaron, hubieron de quedarse todavía hasta la mañana del cuarto día. Era tan grande la generosidad del margrave que su fama se extendía hasta muy lejos. Rúdiger regaló a sus invitados caballos y vestimentas.

1692 Su partida no podía demorarse por más tiempo, y era ya hora de marcharse. Era tal la prodigalidad de Rúdiger que no había nada que escatimase. A ninguno de sus invitados negaba cualquier cosa que desease. Aquello no podía sino complacer a todos.

1693 Sus nobles sirvientes trajeron ante las puertas del castillo muchos caballos ensillados. Los guerreros extranjeros se acercaron a sus monturas. Llevaban los escudos en la mano, pues querían partir hacia el reino de Atila.

1694 Antes de que los nobles huéspedes hubiesen abandonado la sala, el anfitrión les ofreció sus regalos. Su generosidad le permitía gozar de una merecida fama. A

Gíselher le había entregado a su hermosa hija como esposa.

1695 Luego obsequió a Gúnter, el renombrado guerrero, con una armadura que el poderoso príncipe se honraría en llevar con honor, aunque nunca solía aceptar regalos. Después el rey Gúnter, en señal de agradecimiento, se inclinó ante el noble Rúdiger.

1696 Luego regaló a Gérnot una extraordinaria espada que luego empuñaría gloriosamente en el combate. Complació mucho este obsequio a la esposa del margrave. Pero el bravo Rúdiger habría de perder la vida más tarde, herido por el filo de su acero.

1697 Dado que el mismo rey había aceptado presentes, Gotelinda quería ofrecer a Hagen un regalo como prueba de amistad, pues no deseaba que se marchase a los festejos de Atila sin haber recibido de su mano un obsequio. Al principio, no quiso aceptarlo el guerrero.

1698 «De todo lo que he visto», dijo Hagen, «no deseo llevarme nada conmigo excepto el escudo que veo colgado en aquel muro. Mucho me complacería poder llevarlo al reino del rey Atila».

1699 Cuando la margravina oyó las palabras de Hagen, asomó en su corazón la pena. Era natural que llorara, pues recordaba con dolor la muerte de Nuódung[120], al que Wítege había quitado la vida. Aquel recuerdo la había sumido en una profunda tristeza.

1700 Así habló al guerrero: «Os entregaré el escudo. ¡Ojala quisiera el Dios del Cielo que aún viviera quien lo portara en su brazo! Halló la muerte en combate. Por siempre he de llorar al muerto. Yo, que soy una pobre mujer, siento pena al recordarlo».

1701 La noble margravina se levantó de su asiento y con sus blancas manos descolgó el escudo y se lo llevó a Hagen, que lo colocó en su brazo. Aquel regalo honraba al guerrero al que iba destinado.

1702 Una envoltura de fina seda cubría el escudo sin que pudiera apagar el brillo de sus gemas engastadas. Jamás resplandeció la luz del sol sobre un escudo más bello. Si alguien hubiese querido comprarlo, le hubiese costado mil marcos.

1703 Hagen ordenó entonces que se llevaran el escudo. En aquel momento Dánkwart se presentó en la corte[121]. La hija del margrave le hizo entrega de ricas ropas que más tarde llevaría con gran suntuosidad a la tierra de los hunos.

1704 Ninguno de los burgundios hubiera aceptado aquellos regalos de no haber sido por el afecto que profesaban a Rúdiger[122], que se los ofrecía con una generosidad tan magnánima. Más tarde se volverían tan encarnizados enemigos que habrían de matarlo.

1705 Después el bravo Vólker, galantemente, se presentó con su vihuela ante la margravina Gotelinda. Interpretó dulces melodías y cantó bellas canciones. Se despedía de esa forma antes de abandonar Bechelaren.

1706 Hizo la margravina que le trajeran un arca. Oiréis ahora cuáles fueron los regalos de amor[123] que ella hizo: sacó doce brazaletes y se los colocó al juglar en el brazo. «Llevadlos con vos al país de Atila,

1707 y por amor a mi persona llevadlas también a la corte, para que a vuestro regreso me puedan contar las gentes de qué forma me servisteis en su fiesta». Después cumpliría de buen grado todo lo que la dama le había pedido.

1708 Entonces dijo el anfitrión a los invitados: «Viajaréis mucho más tranquilos si yo mismo os acompaño y ordeno que se os dé escolta para que en el camino nadie os cause ningún daño». A continuación se cargaron las mulas.

1709 Rúdiger había preparado caballos y vestimentas y una escolta compuesta por quinientos de sus vasallos. Todos ellos viajaban con él alegremente a la fiesta. Ninguno de ellos volvería a Bechelaren con vida.

1710 Con un amoroso beso el anfitrión se despidió de su amada. Lo mismo hizo Gíselher, tal y como la cortesía dictaba. Estrecharon entre sus brazos a aquellas hermosas damas[124]. Más tarde muchas de aquellas doncellas habrían de llorar su marcha.

1711 Por todas partes se abrían las ventanas. Rúdiger con sus hombres se disponían a montar en sus caballos. Creo que en sus corazones ya presentían la desgracia que les estaba esperando. Más de una hermosa doncella lloraba, y también más de una dama.

1712 Muchos de los que partían marchaban entristecidos por los queridos parientes a los que dejaban atrás y que ya nunca volverían a ver. Sin embargo, cabalgaban con ánimo alegre a orillas del Danubio en su camino hacia el reino de Atila.

1713 Entonces el noble caballero Rúdiger habló así a los burgundios: «No debemos mantener en secreto la noticia de que viajamos hacia el país de los hunos. Nunca recibiría el rey Atila una noticia tan grata».

1714 Sin más dilación se envió a un mensajero que atravesó toda Austria. Por todas partes se anunció a las gentes la llegada de unos héroes que venían de Worms, al

otro lado del Rin. Ninguna otra noticia podía ser más agradable para los vasallos de Atila.

1715 Los mensajeros llevaron a toda prisa la nueva de que llegaban los nibelungos al país de los hunos. «Debéis dispensarles, mi señora Crimilda, la más cálida acogida. Vuestros queridos hermanos vienen a visitaros y esperan ser recibidos con los máximos honores[125]».

1716 Crimilda, la reina, se asomó a la ventana, atisbando en el horizonte la llegada de sus parientes con la impaciencia de quien espera a sus hermanos. Vio llegar a muchos guerreros de la tierra de sus padres. El rey también supo la noticia y sonrió de felicidad.

1717 «¡Qué grande es mi alegría!», exclamó Crimilda. «Mis parientes traen muchos escudos nuevos y armaduras relucientes. Aquel que quiera poseer mi oro, deberá recordar mi pena y yo siempre le profesaré mi afecto[126]».

Canto XXVIII

De cómo los burgundios llegaron al país de los hunos

1718 CUANDO LOS BURGUNDIOS llegaron al país de Atila, la noticia llegó a oídos del anciano Hildebrando de Verona[127] Se lo contó a su señor Teodorico, y este sintió gran tristeza[128] Le ordenó que se dispensara el mejor recibimiento a los nobles y esforzados caballeros.

1719 Mandó el esforzado Wóhlfart[129]que trajeran los caballos. Después, muchos bravos héroes marcharon con Teodorico hasta un prado para dar la bienvenida a los guerreros burgundios. Allí habían levantado las tiendas más ostentosas.

1720 Cuando Hagen de Tronje los vio cabalgar de lejos, dijo cortésmente a sus señores: «Ahora debéis, nobles héroes, bajar de vuestras monturas y salir al encuentro de aquellos que vienen a recibiros.

1721 Se acerca una hueste que para mí es muy conocida. Son los valientes guerreros de la tierra amelunga. Los guía su señor Teodorico de Verona y son gentes de muy probada bravura. No desdeñéis su cortesía».

1722 Entonces con Teodorico muchos caballeros y escuderos bajaron de sus caballos —como procedía hacer — y avanzaron al encuentro de los héroes extranjeros. Saludaron cordialmente a los héroes de Burgundia.

1723 Ahora oiréis lo que el señor Teodorico les dijo a los hijos de la reina Ute cuando los vio acercarse. Lamentaba el héroe que hubieran emprendido aquel viaje. Creía que Rúdiger conocía las intenciones de Crimilda y que les habría advertido.

1724 «Os doy la bienvenida a todos, señores Gúnter, Gíselher, Gérnot y Hagen. Lo mismo os digo a vos, Vólker, y también al bravo Dánkwart. ¿Es que acaso no sabéis que Crimilda sigue aún llorando amargas lágrimas por el héroe nibelungo?».

1725 «¡Pues que continúe llorando!», dijo entonces Hagen. «¡Hace mucho tiempo que no vive Sigfrido! A quien tiene que amar ahora es al rey de los hunos. Sigfrido ya no volverá jamás. Lleva ya muchos años enterrado en su tumba».

1726 «No hablemos más de la muerte de Sigfrido. Mientras viva Crimilda habrá que temer desgracias. Vos, que de los nibelungos sois defensa y consuelo, guardaos muy bien de ella». Esas palabras dijo Teodorico de Verona.

1727 «¿Por qué he de protegerme?», preguntó el noble rey Gúnter. «Atila nos ha enviado a sus emisarios, invitándonos a viajar a su tierra. ¿Qué más puedo pedir? También mi hermana Crimilda nos ha mandado muchos mensajes».

1728 «Os daré un buen consejo», habló Hagen de nuevo. «Pedid al señor Teodorico y a sus bravos guerreros que os hagan saber con más detalles cuáles son las intenciones con que nos hace venir Crimilda a este reino».

1729 Entonces los tres poderosos reyes, Gúnter, Gérnot y el señor Teodorico se fueron a hablar en privado.

«Decidnos, noble y digno caballero de Verona, lo que sabéis acerca de los designios de la reina».

1730 Respondió el señor de Verona: «¿Qué más he de deciros? Todas las mañanas oigo cómo la esposa del rey Atila llora y se lamenta amargamente ante el poderoso Dios de los Cielos por la muerte del valeroso Sigfrido».

1731 «No podemos cambiar nada», dijo el bravo juglar Vólker, «a tenor de lo que aquí hemos oído. Debemos ir a la corte y averiguar por nosotros mismos lo que a nosotros, valientes guerreros burgundios, nos depara la tierra de los hunos».

1732 Los intrépidos burgundios marcharon hacia la corte de Atila. Llegaron con toda pompa, según la costumbre de su tierra. Muchos bravos guerreros de entre los hunos sentían curiosidad por saber cómo era Hagen de Tronje.

1733 Por todo el país se rumoreaba —y rumores había muchos— que había dado muerte al héroe de Niderlandia, al más bravo de todos los guerreros, al que fuera el esposo de Crimilda. Por esa razón en la corte querían saber más de Hagen.

1734 Cierto es que el héroe hacía gala de gran talla. Era muy ancho de espaldas, peinaba entrecanos cabellos, poseía piernas muy largas y mostraba también una terrible mirada. En su caminar se advertía un porte muy arrogante.

1735 Se ordenó preparar acomodo a los guerreros burgundios[130] A la servidumbre del rey Gúnter se le dio un alojamiento aparte. Así lo había dispuesto la reina, que albergaba gran odio contra su hermano. Así fue posible, después, dar muerte a los sirvientes en su estancia.

1736 Dánkwart, el hermano de Hagen, era el mariscal. El rey le había encomendado encarecidamente que

cuidara de las gentes de su séquito y las proveyera de comida en abundancia. El héroe de Burgundia cumplía fielmente aquella tarea.

1737 La bella Crimilda salió con todo su séquito a recibir a los nibelungos con intención aviesa. Besó a Gíselher y lo tomó de la mano[131] Al verlo, Hagen de Tronje apretó más firmemente las correas de su yelmo[132]

1738 «Después de tal acogida», dijo Hagen, «nuestros bravos guerreros deben mantenerse en guardia. En el saludo se debe distinguir a los reyes de sus vasallos. No fue buena decisión emprender este viaje para venir a esta fiesta».

1739 Así habló Crimilda: «Sed bienvenidos por aquellos que se alegren de veros. Si os saludo no es por que sienta ninguna amistad por vos. Decidme qué me traéis de Worms más allá del Rin para que deba ofreceros una cálida acogida».

1740 «Si hubiese sabido», respondió Hagen, «que los guerreros os pudiesen traer regalos, los habría traído conmigo aquí, al país de Atila, en caso de haberlo pensado, pues me sobran riquezas[133].

1741 «A ese respecto me gustaría saber más detalles. ¿Qué habéis hecho del tesoro nibelungo? Como muy bien sabéis, era mío de pleno derecho. ¡Debíais habérmelo traído aquí, a la tierra de Atila!».



1742 «Sinceramente, Crimilda, hace ya mucho tiempo que no me ocupo del tesoro de los nibelungos. Mis señores ordenaron que fuese arrojado al Rin y allí permanecerá seguramente hasta que llegue el día del Juicio Final».

1743 Entonces habló la reina: «Algo así había imaginado. Nada me habéis traído de los bienes que eran míos, a pesar de que eran de mi propiedad y de que dispuse de ellos en otros tiempos. Por su pérdida he sufrido desde entonces muchos días de tristeza».

1744 «¡Lo que os traigo es el diablo[134]!», replicó Hagen. «Bastante es la carga que llevo con mi escudo y mi coraza, además de mi reluciente yelmo y la espada que veis que empuña mi mano[135]. Eso es todo lo que traigo y no pienso entregarlo».

1745 Entonces habló la reina a todos los caballeros que allí se encontraban: «Nadie ha de portar ninguna arma en esta sala. Entregádmelas a mí, caballeros, que yo haré que las custodien». «¡Por mi fe», dijo Hagen, «que jamás haré tal cosa!

1746 No aspiro a tener el honor de ver llevar a la magnánima esposa del rey mi escudo y mis otras armas al lugar donde me alojo. Vos sois una reina. Mi padre me enseñó cortesía: yo seré mi propio lacayo».

1747 «¡Qué desgracia!», exclamó Crimilda. «¿Por qué ni mi hermano ni Hagen quieren que se guarden sus escudos? Alguien ha debido prevenirles. Si supiera quién ha sido, yo misma le daría muerte».

1748 Lleno de ira, le respondió Teodorico: «Yo soy quien ha prevenido a estos nobles y poderosos reyes y al bravo guerrero Hagen, vasallo de los burgundios. Ahora, infernal mujer[136], ¡hacedme pagar por ello!».

1749 Sufrió entonces la esposa del rey Atila una vergüenza muy grande. Sentía un vivo temor al muy bravo Teodorico. Después se alejó a toda prisa, sin decir una palabra, pero no sin lanzar a sus enemigos furibundas miradas.

1750 Entonces dos caballeros se estrecharon las manos. Uno era el señor Teodorico y el otro Hagen de Tronje. Teodorico, el bravo guerrero, le dijo muy cortésmente: «Lamento muy sinceramente que hayáis venido a la tierra de los hunos,

1751 después de que la reina os ha hablado de ese modo». Contestó entonces Hagen de Tronje: «Todo acabará por arreglarse». Así hablaron entre sí los dos valerosos caballeros. Aquello lo vio el rey Atila y preguntó por la causa.

1752 «Me gustaría saber», dijo el poderoso rey, «quién es aquel caballero al que el señor Teodorico saluda tan afectuosamente. Su porte es muy altanero. Quienquiera que sea su padre, sin duda será un buen guerrero».

1753 Uno de los fieles de Crimilda respondió así al rey: «Nació en la ciudad de Tronje y Aldrian es el nombre de su padre. Por muy corteses que sean sus maneras, se trata de un hombre fiero. Comprobaréis que no miento sin que pase mucho tiempo».

1754 «¿En qué puedo reconocer que es un hombre tan terrible?». Aún desconocía el rey las engañosas artimañas que más tarde emplearía la reina para que ninguno de sus parientes regresara del país de los hunos con vida.

1755 «Muy bien conocía yo a Aldrian, pues era vasallo mío. A mi lado conquistó mucha fama y grandes honores. Lo nombré caballero y le entregué mi oro. La noble reina Helche le tenía gran aprecio.

1756 Desde entonces lo sé todo sobre Hagen. Tuve como rehenes a dos hermosos infantes; uno fue él y el otro, Valtario de España[137]. Los dos se criaron en mi corte hasta que se hicieron hombres. A Hagen se lo devolví a su padre; Valtario escapó con Hildegunda».

1757 Atila recordó viejas historias ocurridas en otros tiempos. Bien había reconocido a su amigo de Tronje, aquel que en su juventud le rindiera grandes servicios; ahora, en su edad madura, daría muerte a muchos de sus amigos queridos.

Canto XXIX

De cómo Crimilda reprendió a Hagen y de cómo este no se puso en pie a su paso

1758 ENTONCES SE SEPARARON los dos famosos guerreros, Hagen, señor de Tronje, y el noble señor Teodorico. Luego, volviendo atrás la mirada, el vasallo del rey Günter buscó un compañero de armas y muy pronto encontró uno.

1759 Junto a Gíselher vio a Vólker. Rogó al ingenioso juglar que lo acompañara, pues conocía muy bien su carácter huraño. Era, en todos los sentidos, un caballero muy valeroso y muy digno.

1760 Habían dejado a sus señores esperando en la corte[138]. Se los vio a los dos solos[139] alejarse de allí y llegar hasta una inmensa sala. A ninguno de aquellos distinguidos caballeros le arredraba la hostilidad de nadie.

1761 Se sentaron en un banco frente al aposento de palacio que pertenecía a Crimilda. Resplandecían sobre sus cuerpos las brillantes armaduras. A muchos de los que los contemplaban les hubiera gustado saber quiénes eran aquellos guerreros.

1762 Los vasallos del rey huno miraban a los arrogantes héroes con el mismo asombro con que se mira a una fiera salvaje. Entonces la esposa de Atila los vio desde su ventana y se afligió nuevamente.

1763 Hagen le recordaba su pena y volvió a romper en llanto. Las gentes de Atila se preguntaban cuál podría ser la causa que tan súbitamente hacía entristecer su ánimo. Dijo ella: «Héroes nobles y bravos, la culpa la tiene Hagen».

1764 Preguntaron a la reina: «¿Cómo ha podido suceder? Hace poco os hemos visto con talante muy alegre. Por muy osado que sea quien os ha causado daño, le costará la vida si vos nos ordenáis vengaros».

1765 «Siempre estaré agradecida a aquel que vengue mi agravio. Estoy dispuesta a concederle todo aquello que desee. Os lo pido de rodillas», dijo la esposa del rey. «¡Vengadme de Hagen y haced que pierda la vida!».

1766 Al momento prepararon sus armas sesenta bravos héroes. Por amor a Crimilda, querían ir en busca de Hagen para dar muerte al valeroso guerrero y también al juglar. Esto lo hicieron después de decidirlo en consejo.

1767 Cuando la reina vio que el grupo era tan pequeño, habló con gesto adusto a los héroes: «Debéis abandonar aquello que tenéis en mente. Siendo tan pocos como sois jamás podréis hacer frente a Hagen.

1768 Por fuerte y osado que sea Hagen de Tronje, aquel que lo acompaña, el juglar Vólker, es todavía más fuerte. Se trata de un hombre muy peligroso. No podréis vencer a esos héroes con una fuerza tan escasa».

1769 Cuando oyeron estas palabras, se convocó a más hombres: ahora los bravos guerreros sumaban ya cuatrocientos. La noble reina estaba muy decidida a causar gran daño a sus enemigos. Aquello pondría después en grave aprieto a los héroes.

1770 Cuando la reina vio bien armada a su hueste, se dirigió a los valientes guerreros: «¡Deteneos un instante!

¡Aún debéis esperar un momento! Quiero marchar contra mis enemigos llevando la corona en mis sienes[140].

1771 Escuchad las recriminaciones que hago al señor Hagen de Tronje, el vasallo del rey Gúnter. Es tan grande su arrogancia que él no negará nada de lo que digo. Por lo demás, poco me importa el mal que pueda ocurrirle por ello».

1772 Entonces el bravo juglar vio bajar de sus aposentos a la noble reina por unas escalinatas que salían de palacio. Al contemplarla, habló así el valeroso Vólker a su compañero de armas:

1773 «Ved, amigo Hagen, cómo se dirige hacia nosotros quien de forma tan traicionera nos ha invitado a esta tierra. Nunca vi a tantos vasallos juntos acompañar a la esposa de un rey empuñando sus espadas en son de guerra.

1774 ¿Sabéis, mi buen amigo Hagen, si os profesan hostilidad? Os aconsejo en ese caso que protejáis vuestro honor y vuestra vida. Me parece lo apropiado, pues, si yo no me engaño, vienen con ánimo muy airado.

1775 Algunos de ellos muestran el pecho muy ancho. El que quiera defenderse es ahora cuando debe hacerlo. Creo que bajo esas ropas de seda ocultan brillantes corazas. No sabría decir a quién tienen la intención de atacar».

1776 Enfurecido, habló el bravo vasallo Hagen: «Sé muy bien que quieren atacarme y por eso empuñan en su mano esas brillantes espadas. No serán ellos los que me impidan regresar vivo a Burgundia.

1777 Decidme ahora, amigo Vólker ¿estaréis a mi lado en caso de que los vasallos de Crimilda se decidan a atacarme? Dadme vuestra respuesta si es que me tenéis aprecio. Por lo que a mí respecta, estaré siempre a vuestro servicio y seré vuestro fiel aliado».

1778 «Estad bien seguro de que os brindaré mi ayuda», respondió el juglar Vólker. «Incluso si viese que el mismísimo rey se dirigiera hacia nosotros con todas sus huestes, el miedo no me hará retroceder de vuestro lado ni un solo paso mientras me quede vida».

1779 «¡Qué os lo pague el Dios del Cielo, nobilísimo Vólker! Si combatiesen contra mí, ¿qué otra mejor ayuda tendría yo que no fuese la vuestra? Si, como acabo de oír, estáis dispuesto a ayudarme, harán bien esos guerreros protegiéndose con sus armas».

1780 «¡Levantémonos de nuestro asiento!», dijo el juglar. «Es una reina y debemos ponernos en pie a su paso. Rindámosle este honor, pues es de cuna muy alta. Con ello ha de ganar nuestra fama».

1781 «No lo hagáis si me tenéis aprecio», replicó Hagen. «Esos caballeros podrían pensar que lo hago por miedo si me levantara a su paso. Ninguno de ellos me obligará a abandonar mi asiento.

1782 De hecho, nos conviene más a los dos prescindir de ese saludo. ¿Por qué debo rendir honores a quien tanto me odia? No haré tal cosa mientras viva. Por otra parte, me es indiferente el rencor que me guarde la esposa del rey Atila».

1783 El arrogante Hagen colocó sobre sus rodillas una espada reluciente, en cuyo pomo brillaba un jaspe resplandeciente que era más verde aún que la hierba. Bien distinguió Crimilda que era la de Sigfrido.

1784 Al reconocer la espada, la tristeza se apoderó de ella. Su empuñadura era de oro y su vaina la ornamentaba un orifrés rojo. Recordó entonces su dolor y comenzó a llorar. Creo que esa era la intención con que mostró su espada el valiente Hagen.

1785 El bravo Vólker atrajo hacia sí en el banco un fuerte arco de vihuela grande y largo que se asemejaba a una espada afilada y ancha. Allí permanecieron sentados, sin sentir ningún temor, los dos bravos caballeros.

1786 Los dos valerosos héroes tenían tal alta opinión de sí mismos que no querían levantarse de sus asientos, pues no sentían temor de nadie. La noble reina fue hacia ellos y les dirigió un saludo lleno de odio.

1787 Dijo ella: «Decidme, señor Hagen, ¿quién os ha mandado buscar para que tengáis la osadía de venir a este país cuando de sobra sabéis todo el mal que habéis causado? Si estuvierais en vuestro sano juicio, os habríais abstenido de venir».

1788 «Nadie me mandó llamar», contestó entonces Hagen. «Se invitó a tres reyes a venir a esta tierra de los hunos. Ellos son mis señores y yo soy su vasallo. Nunca me han dejado atrás cuando han viajado a otra corte».

1789 Dijo ella: «Decidme ahora otra cosa: ¿por qué habéis obrado de tal forma para concitar mi odio? Disteis muerte a Sigfrido, mi querido esposo, al que no dejaré de llorar hasta el final de mis días».

1790 Contestó Hagen: «¿Para qué más palabras? Demasiado hemos hablado. Sí, yo soy aquel Hagen que dio muerte al intrépido Sigfrido. ¡Muy cara hubo de pagar la afrenta que doña Crimilda causó a la hermosa Brunilda!

1791 No negaré, poderosa reina, que yo soy el culpable de todo el mal que se os ha causado. Ahora que se tome el que quiera la venganza, tanto si es una mujer como un hombre. Mentiría si no admitiera que os he causado un gran daño».

1792 Dijo ella: «¡Oíd, guerreros, cómo no niega todo el daño que me ha hecho! Caballeros del rey Atila, lo que

le suceda por ello me es del todo indiferente». Los orgullosos guerreros se miraron unos a otros.

1793 Si alguno de ellos hubiera iniciado la lucha, lo habría hecho para aumentar la gloria de los dos camaradas, porque una y otra vez habían demostrado su destreza en las batallas. Por temor los hunos tuvieron que abandonar su pretencioso proyecto.

1794 Dijo entonces uno de aquellos guerreros: «¿Por qué me miráis así? Renuncio al compromiso que había prometido antes. No existe regalo alguno que me haga perder la vida. La esposa del rey Atila quiere conducirnos a la desgracia».

1795 Habló otro que se hallaba junto a él: «Soy de la misma opinión. No desafiaría a ese juglar aunque me dieran torres que estuvieran abarrotadas de buen oro rojo, porque es muy feroz el brillo que he visto en su mirada.

1796 Además, conozco a Hagen desde sus años mozos y doy por cierto cuanto de él se ha dicho. Lo he visto pelear en veintidós batallas y llevar desolación y tristeza al corazón de muchas damas.

1797 Él y Valtario de España participaron en numerosas campañas, en el curso de las cuales, en esta tierra de Atila, libraron muchas batallas por el honor de su rey. Por ello es justo reconocer la merecida fama de Hagen.

1798 En aquellos días el guerrero era apenas un muchacho. Los que entonces eran jóvenes ahora peinan ya canas. Posee la sabiduría que solo da la experiencia, y es un hombre muy fiero. Además, empuña la espada Bálmung que ganó traidoramente».

1799 Se decidió de aquel modo que nadie presentaría combate. Muy amarga fue la contrariedad de la reina. Los guerreros hunos se retiraban, pues tenían miedo de morir

a manos del tañedor de vihuela. Sus temores estaban de sobra justificados.

1800 Habló entonces el juglar: «Hemos podido comprobar que aquí tenemos enemigos tal y como hace poco nos han dicho[141]. Vayamos a la corte a reunirnos con los reyes. De esa manera nadie osará atacar a nuestros señores.

1801 ¡Cuántas veces los cobardes, por miedo, no se atreven a hacer nada, al ver que un amigo apoya a otro amigo llevado por su amistad[142], y, si son lo suficientemente sensatos, se libran de sufrir una desgracia!».

1802 «Seguiré vuestro consejo», dijo Hagen. Después se dirigieron hacia donde se encontraban los valientes héroes[143], a los cuales se les ofrecía una fastuosa recepción en la corte. El intrépido Vólker habló en voz alta a sus señores:

1803 «¿Cuánto tiempo vais a permanecer aún aquí, permitiendo que se os entretenga en esta fiesta[144]? Debéis ir a ver al rey y conocer cuáles son sus intenciones. Se vio entonces a los bravos y osados héroes agruparse por parejas.

1804 El príncipe de Verona tomó la mano del poderoso rey Gúnter de Burgundia; Írnfrid[145] tomó la del bravo Gérnot, y a Rúdiger se lo vio dirigirse hacia la corte, acompañado de Gíselher.

1805 Formasen como se formasen las parejas para presentarse en la corte, Hagen y Vólker ya nunca se separaron, excepto en la última batalla, antes de perder la vida. Después nobles damas llorarían amargamente su pérdida.

1806 Con los reyes se vio llegar a la corte a un millar de hombres valientes que componían su noble séquito,

además de sesenta caballeros, que también venían con ellos y que Hagen había seleccionado en su tierra.

1807 Se vio a Háwart[146] y a Íring[147], dos excelentes guerreros, acompañar a los reyes. A Dánkwart y a Wóhlfart, un digno caballero, se los vio distinguirse de los demás por su exquisita cortesía.

1808 Cuando los señores del Rin entraron en la gran sala, el poderoso rey Atila no se hizo demorar más tiempo y se levantó de su asiento nada más verlos llegar. Jamás hubo reyes que fueran mejor acogidos.

1809 «Sed bienvenido, señor Gúnter, y también vos, señor Gérnot, y vuestro hermano Góselher. Os envié a Worms mi mensaje para expresaros mi más sincera lealtad. También es muy bienvenido vuestro cortejo a mi reino.

1810 Igualmente la reina y yo deseamos ofrecer la más cordial bienvenida a nuestra tierra a dos guerreros muy bravos, a Hagen y al valiente Vólker. Ella les ha enviado más de un mensaje allá, al país del Rin».

1811 Dijo entonces Hagen de Tronje: «He oído hablar mucho de ello. Si no hubiera venido al país de los hunos por orden de mi señor, lo hubiera hecho en cualquier caso para rendiros honores». Después el noble anfitrión tomó a sus huéspedes de la mano.

1812 Los llevó él mismo hasta el asiento que antes había ocupado. Entonces se sirvió a los invitados, en grandes copas de oro y con cuidado muy atento, hidromiel, una bebida de moras y vino, y se les brindó una bienvenida cordial a los guerreros extranjeros.

1813 Entonces habló el rey Atila: «Os confieso, bravos héroes, que nada me puede ser más grato en este mundo que veros aquí, en mi reino. Con vuestra visita aliviáis la tristeza de la reina.

1814 Y yo, que he recibido a tantos nobles extranjeros, me he preguntado a menudo qué mal puedo haberos hecho para que no os dignarais venir a visitar mi reino. Mucho me alegra veros aquí».

1815 Contestó Rúdiger, el muy noble caballero: «Hacéis bien en alegraros. La lealtad que os profesan los parientes de mi reina es sincera y sin reservas. Son muchos los bizarros guerreros que vienen con ellos a vuestra casa».

1816 Era la víspera del solsticio cuando llegaron los señores a la corte del poderoso rey Atila. Nunca se había oído hablar de una acogida tan cordial como la que les dispensó el soberano. Era la hora de la cena, y el rey se dirigió a la mesa con ellos.

1817 Jamás anfitrión alguno se sentó con más pompa y esplendor junto a sus invitados. Se les sirvió comida y bebida en abundancia. Todo cuanto deseaban estaba a su disposición. Eran muchas las maravillas que se habían contado de estos héroes.

Canto XXX

De cómo Hagen y Vólker montaron guardia

1818 El día había llegado a su fin y la noche se acercaba. Los fatigados guerreros se preguntaban con inquietud cuándo podrían ir a descansar y tenderse sobre un lecho. Hagen trató el asunto con Gúnter y, después, fueron a hablar con los hunos.

1819 Gúnter habló con el anfitrión: «¡Que Dios os conceda un buen descanso! Con vuestro permiso, deseamos ir a dormir. Regresaremos mañana a la hora que ordenéis». Muy contento, el rey Atila se despidió de sus huéspedes.

1820 Entonces los invitados se vieron rodeados por todas partes. Así habló el bravo Vólker a los hunos: «¿Cómo os atrevéis a impedir el paso de estos guerreros? Si no os echáis a un lado, muy caro vais a pagarlo.

1821 Propinaré a algunos tal golpe con mi vihuela que si tienen amigos fieles van a tener que llorarlos. Lo mejor será que os apartéis, guerreros. Aquí todos se dicen valientes, pero me parece que no todos tienen el mismo temple».

1822 Después de que Vólker hubiera hablado con furia, el osado Hagen miró hacia atrás y dijo: «Guerreros de Crimilda, el bravo juglar os da un buen consejo: lo que debéis hacer ahora es volver a vuestros aposentos.

1823 No creo que ninguno de vosotros lleve a cabo aquello que tiene en mente, pero, si deseáis hacerlo, esperad hasta mañana y dejadnos descansar esta noche. Creo que esa es la manera como deben comportarse los verdaderos guerreros».

1824 Se condujo entonces a los invitados a una espaciosa sala en la que por todas partes se habían colocado lujosas camas muy grandes y largas destinadas a los héroes. Doña Crimilda había urdido contra ellos los peores sufrimientos.

1825 Vieron allí abundantes cubrecamas hechos con finas lanas de Arrás y también muchas sábanas de la mejor seda de Arabia que pudiera encontrarse. Llevaban bordados adornos de los más vivos colores.

1826 Se veían muchas mantas de armiño y de cibelina negra bajo las cuales debían dormir los héroes toda la noche hasta que llegara el día. Jamás descansaron mejor un rey y todo su séquito.

1827 «¡Maldito sea el alojamiento de esta noche!», dijo el joven Gíselher. «¡Lo lamento igualmente por los amigos que han venido aquí conmigo! Por muchas atenciones que mi hermana haya tenido con nosotros, me temo que por su odio vamos todos a perder la vida».

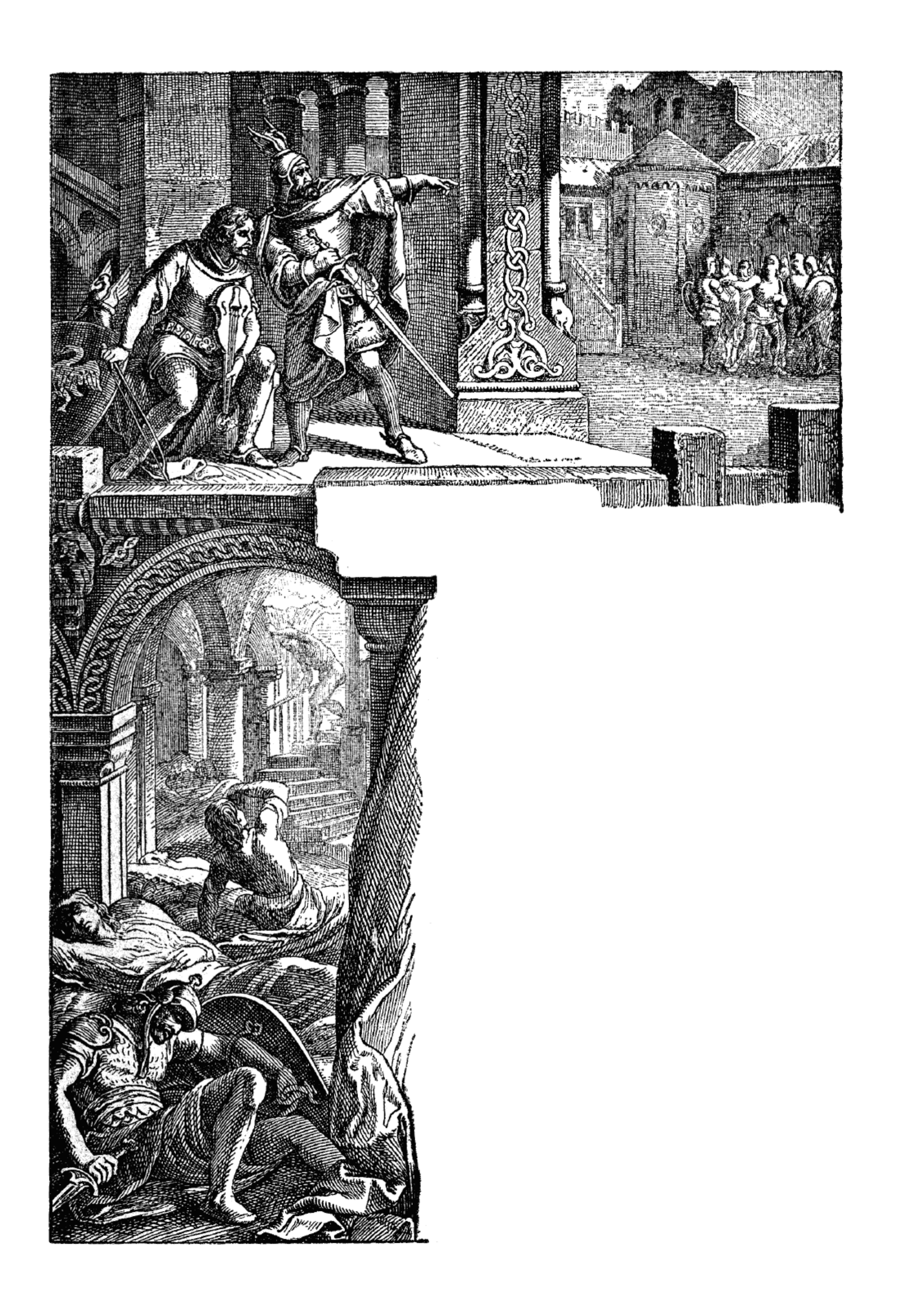
1828 «Desechad todo temor», dijo Hagen, el guerrero. «Esta noche montaré yo la guardia. Confío en poder protegeros bien hasta que amanezca. No temáis a ese respecto. Después, cada uno se las arreglará como pueda».

1829 Entonces todos se inclinaron ante él y, así, le dieron las gracias. Luego todos se dirigieron a sus lechos. Sin que pasara mucho tiempo, se acostaron los valientes guerreros. Hagen, el bravo héroe, preparó entonces sus armas.

1830 Habló el intrépido juglar: «Si no desdeñáis mi oferta, señor Hagen, quisiera montar con vos la guardia esta noche hasta que se haga de día». El héroe dio las gracias a Vólker con muchísimo afecto:

1831 «¡Que el Dios del Cielo os lo premie, querido Vólker! No desearía a mi lado a otra persona que a vos en los momentos de riesgo. Sabré recompensaros muy bien si no me lo impide la muerte».

1832 Se colocaron los dos sus brillantes armaduras. Luego tomó cada uno su escudo y salieron de la sala situándose en la puerta. Allí velaron por sus compañeros y lo hicieron lealmente.



1833 El valiente Vólker se deshizo de su escudo y lo apoyó contra el muro. Después, regresó a la sala y allí tomó su vihuela. Servía a sus amigos tal y como correspondía a un héroe[148].

1834 Se sentó en un banco de piedra en el umbral de la sala. Jamás existió un juglar que fuera tan valeroso. Los tañidos de sus cuerdas sonaban tan dulcemente que todos los orgullosos extranjeros dieron las gracias a Vólker.

1835 Luego tocó tan fuertemente las cuerdas del instrumento que resonó toda la sala. Tanto su brío como su talento eran excepcionalmente grandes. Después interpretó melodías más dulces y más suaves, de tal suerte que a muchos desazonados guerreros los hizo dormir en su lecho.

1836 Una vez que se hubieron quedado dormidos y él se hubo cerciorado de ello, el caballero volvió a tomar el escudo en sus manos y regresó a hacer guardia ante la puerta, para proteger a los extranjeros de los hombres de Crimilda.

1837 A medianoche, aunque no sé si fue antes, vio el valiente Vólker que en medio de la oscuridad brillaban unos yelmos. Los hombres de Crimilda estaban dispuestos a causar un gran daño a los invitados burgundios.

1838 Dijo entonces el juglar: «Amigo Hagen, es preciso que afrontemos los dos juntos este trance. Veo a gente armada que se acerca al palacio. Creo, si no me equivoco, que se disponen a atacarnos».

1839 «Callad entonces», dijo Hagen, «dejad que vengan más cerca. Antes de que se percaten de nuestra presencia, habremos quebrado con nuestras espadas más de un yelmo. Se los devolveremos a Crimilda en un estado muy penoso».

1840 En seguida uno de los guerreros hunos observó que la puerta estaba guardada. Tardó muy poco en contarlo. «Lo que habíamos pensado hacer, ya no podemos realizarlo. Veo que el juglar está montando guardia a la puerta.

1841 En su cabeza ciñe un reluciente yelmo, plateado y recio y también duro y compacto. Su armadura, igualmente, brilla como el mismo fuego, y a su lado tiene a Hagen. Los extranjeros disponen de muy buena guardia».

1842 Muy pronto los hunos retrocedieron. Al verlo, Vólker, airado, le dijo a su camarada de armas: «Dejadme salir de esta sala e ir a por ellos. Quisiera preguntar a los hombres de Crimilda cuáles son sus intenciones».

1843 «Si en algo estimáis mi amistad, no hagáis nada de eso», respondió Hagen. «Si abandonáis la sala, las espadas de aquellos bravos guerreros os pondrán en tal aprieto que tendré que acudir a socorreros, a riesgo de que mueran mis parientes.

1844 Si los dos nos lanzamos a la pelea, al instante tres o cuatro de ellos se precipitarán en la sala y causarán tal estrago entre los guerreros que duermen que durante toda nuestra vida no dejaríamos de llorarlos».

1845 Volvió entonces a hablar Vólker: «Permitidme al menos que les haga saber que los he visto, para que así los vasallos de Crimilda no puedan negar la infame traición que pretenden consumar con nosotros».

1846 Luego Vólker se dirigió a voces a los hunos: «¿Cómo es que vais tan armados, muy valientes guerreros? ¿Acaso queréis venir a robarnos, bravos hombres de Crimilda? Aquí nos tenéis, a mi compañero y a mí, para que podáis hacerlo».

1847 Nadie hubo que contestara. Su ánimo se llenó de inmensa furia: «¡Avergonzaos, viles cobardes!», dijo el esforzado héroe. «¿Pensabais matarnos mientras dormíamos? Jamás obraron así los que de verdad son caballeros».

1848 Entonces se dio a conocer a la reina en detalle el fracaso de sus hombres. Tenía razones sobradas para la furia. Después recurrió a un plan distinto, pues su alma estaba llena de ira. Por aquella causa después habrían de perder la vida muchos valientes y esforzados guerreros.

Canto XXXI

De cómo fueron los nibelungos a la iglesia

1849 «SIENTO FRÍA mi cota de malla», dijo Vólker. «No creo que la noche dure ya mucho más tiempo. Noto por la frescura del aire que muy pronto será de día». Se despertaron entonces muchos de los caballeros que todavía dormían.

1850 Luego la radiante mañana penetró en la vasta sala, llevando luz a los huéspedes. Hagen comenzó a despertar a todos los caballeros y a preguntarles si querían asistir a misa en la iglesia. Comenzaron entonces, según la cristiana costumbre, a redoblar las campanas.

1851 Cantaban en la misa de maneras muy distintas. Era más que evidente que cristianos y paganos no mantenían armonía. Los vasallos de Gúnter querían ir a la iglesia. Todos se habían levantado de sus lechos al mismo tiempo.

1852 Los guerreros se vistieron entonces con los mejores atuendos que nunca antes se había visto llevar a héroes en ningún reino. Esto produjo gran irritación en Hagen, que dijo: «Caballeros, ¡haríais mucho mejor llevando otras ropas muy distintas!

1853 Sin duda muchos de vosotros no ignoráis lo que sucede: en lugar de llevar rosas en la mano, empuñad vuestras espadas; y en lugar de lucir gorros ornados de pe-

drería, ceñid vuestros recios y resplandecientes yelmos, pues conocemos bien cuáles son las aviesas intenciones de Crimilda.

1854 Os digo que hoy tendremos que pelear. En lugar de camisas de seda, tendréis que llevar corazas, y en lugar de ricos mantos llevaréis escudos que sean fuertes y anchos, para que os podáis defender cuando seáis atacados.

1855 Mis queridos señores, mis parientes y vasallos, debéis acudir prontamente a la iglesia y confiar al Dios Todopoderoso vuestras angustias y penas, pues debéis tener por cierto que la muerte nos acecha.

1856 Tampoco debéis olvidar confesar todo aquello que habéis hecho; presentaos ante el Señor llenos de humildad y modestia. Deseo advertiros, bravos guerreros, que si el Dios del Cielo no lo impide, jamás oiréis misa de nuevo».

1857 Se encaminaron a la iglesia los príncipes y sus vasallos. Al llegar al camposanto, el bravo Hagen les mandó detenerse para, así, no separarse, y les habló de esta manera: «Todavía desconocemos lo que han preparado los hunos contra nosotros.

1858 Poned, amigos míos, los escudos a vuestros pies, y si alguien os saludara hostilmente, hacédselo pagar dándole un tajo de muerte. Este es el consejo que os da Hagen. Si os comportáis como valientes, crecerá vuestra fama».

1859 Vólker y Hagen fueron a colocarse ambos a la entrada de la gran catedral. Procedían de ese modo para que la esposa del rey tuviera que abrirse paso entre los dos a la fuerza. La furia se había desatado en ellos.

1860 Entonces llegaron el señor de aquella tierra y su bella esposa. Vestía ella lujosas ropas, lo mismo que los

bravos guerreros que cabalgaban junto a ellos. Mucha era la polvareda que levantaban las huestes de Crimilda.

1861 Cuando el poderoso Atila vio a los príncipes y a sus hombres armados hasta las cejas, les habló de esta manera: «¿Cómo es que veo a mis amigos con yelmos ceñidos en sus cabezas? Por mi fe que tomaré como una afrenta a mi persona si alguien les ha hecho algún daño.

1862 Les daré gustosamente la reparación que consideren apropiada, si alguien les ha herido el corazón o el alma. Les haré saber lo mucho que lo lamento. Sea lo que sea lo que me pidan estoy dispuesto a concederlo».

1863 Respondió entonces Hagen: «Nadie nos ha causado ningún daño. Es costumbre de mis señores ir armados en todas las grandes fiestas durante tres días completos. Si alguien nos causara daño, lo haríamos saber a Atila».

1864 Crimilda había oído muy claramente lo que Hagen había dicho. ¡Con cuánto rencor le dirigió su mirada! No quiso revelar, sin embargo, cuáles eran las costumbres de su tierra, a pesar de que las conocía por haber vivido muchos años en Burgundia.

1865 Por feroz e intenso que fuese el odio de la reina, si alguien hubiera contado la verdad a Atila, este hubiera impedido seguramente lo que sucedería después. Pero, por su desmedido orgullo, no quiso ninguno confesársela al rey.

1866 Avanzó entonces una gran multitud que acompañaba a la reina. Sin embargo, los dos guerreros no quisieron ceder ni tan siquiera dos palmos[149]. Aquello irritó a los hunos. No les quedó más remedio que abrirse paso a empellones entre aquellos altivos héroes.

1867 Aquello no fue del agrado de los chambelanes de Atila. Podían haber provocado la ira de los guerreros, pero en presencia del noble rey no se atrevieron a hacerlo. Se produjo gran tumulto, pero todo quedó en eso.

1868 Después de oída la misa, cuando ya iban a marcharse, llegaron de repente numerosos hunos a caballo. Muchas bellas doncellas rodeaban a Crimilda. Más de siete mil guerreros cabalgaron ante la reina.

1869 Crimilda, con sus damas, se hallaba sentada en el ventanal, junto al poderoso Atila. Aquello complacía mucho al rey. Se disponían a contemplar a los esforzados héroes. ¡Cuántos guerreros extranjeros desfilaron ante ellos!

1870 También había llegado el bravo mariscal Dánkwart con todos sus escuderos. Traía consigo a todas las huestes de su señor, venidas de la tierra de Burgundia. Causaron mucha admiración las excelentes sillas que llevaban los caballos nibelungos.

1871 Cuando el rey y sus hombres llegaron en sus caballos, aconsejó el bravo Vólker que preparasen una justa, según era costumbre en su tierra. Después, los caballeros exhibirían en los torneos una extraordinaria destreza.

1872 No hubo nadie que lamentara los consejos que dio Vólker. El fragor de la justa y el alboroto fueron cada vez más grandes. Caballeros en gran número llenaron aquella plaza tan grande. Atila y Crimilda se dispusieron a contemplar el torneo.

1873 De entre los héroes de Teodorico se presentaron seiscientos caballeros para disputar la liza. Deseaban entretenerse peleando con los burgundios. Si Teodorico se lo hubiera permitido, con gusto lo hubieran hecho.

1874 ¡Cuántos nobles guerreros habían venido con ellos! De todo ello se dio cuenta a Teodorico, y este prohibió a sus hombres participar en las justas con los vasallos de Gúnter. No sin buena razón sentía temor por sus gentes.

1875 Cuando se hubieron marchado los hombres del señor de Verona, vinieron de Bechelaren los que eran vasallos de Rúdiger. Se presentaron aquellos quinientos jinetes con el escudo embrazado. El margrave hubiera querido que se hubiesen retirado.

1876 Sabiamente cabalgó entre sus huestes, advirtiendo a sus guerreros que se fijaran en el fiero talante que exhibían los vasallos de Gúnter. Le darían un gran placer si renunciaban a pelear en las justas.

1877 Cuando aquellos bravos héroes se hubieron alejado de los burgundios, llegaron —así nos lo han contado — caballeros de Turingia, y también un millar de valientes que venían de Dinamarca. Se vieron volar por los aires muchas astillas de lanzas.

1878 Írnfrit y Háwart participaron en el torneo. Los caballeros del Rin los aguardaban altaneros. Riñeron combate en más de una justa con los hombres de Turingia. Más de un excelente escudo fue atravesado por las lanzas.

1879 Después llegó el señor Blóedelin con tres mil de sus guerreros. Atila y Crimilda pudieron verlos muy claramente, pues las justas tenían lugar delante de ellos. A la reina le agradó presenciarlo, pues albergaba la esperanza de que el infortunio se abatiese sobre los burgundios.

1880 Schrutan y Gibeche[150], y también Rámung y Hornboge[151], luchaban en la justa según las costumbres hunas. Se detuvieron frente a los héroes de Burgundia. Las

astillas de las lanzas llegaron a volar por encima de los muros.

1881 Por mucho que pelearan aquellos guerreros hunos, lo único que conseguían era armar un enorme ruido[152]. En el palacio y en la gran sala se oía el fuerte resonar de los golpes que los vasallos de Günter daban en sus escudos. Su séquito conquistó allí muchos honores y gloria.

1882 El pasatiempo al que se entregaban los héroes era tan intenso y se prolongaba tanto, que el sudor corría a chorros por los paramentos de los nobles caballos que montaban los guerreros. Se medían con los hunos con mucho valor y arrogancia.

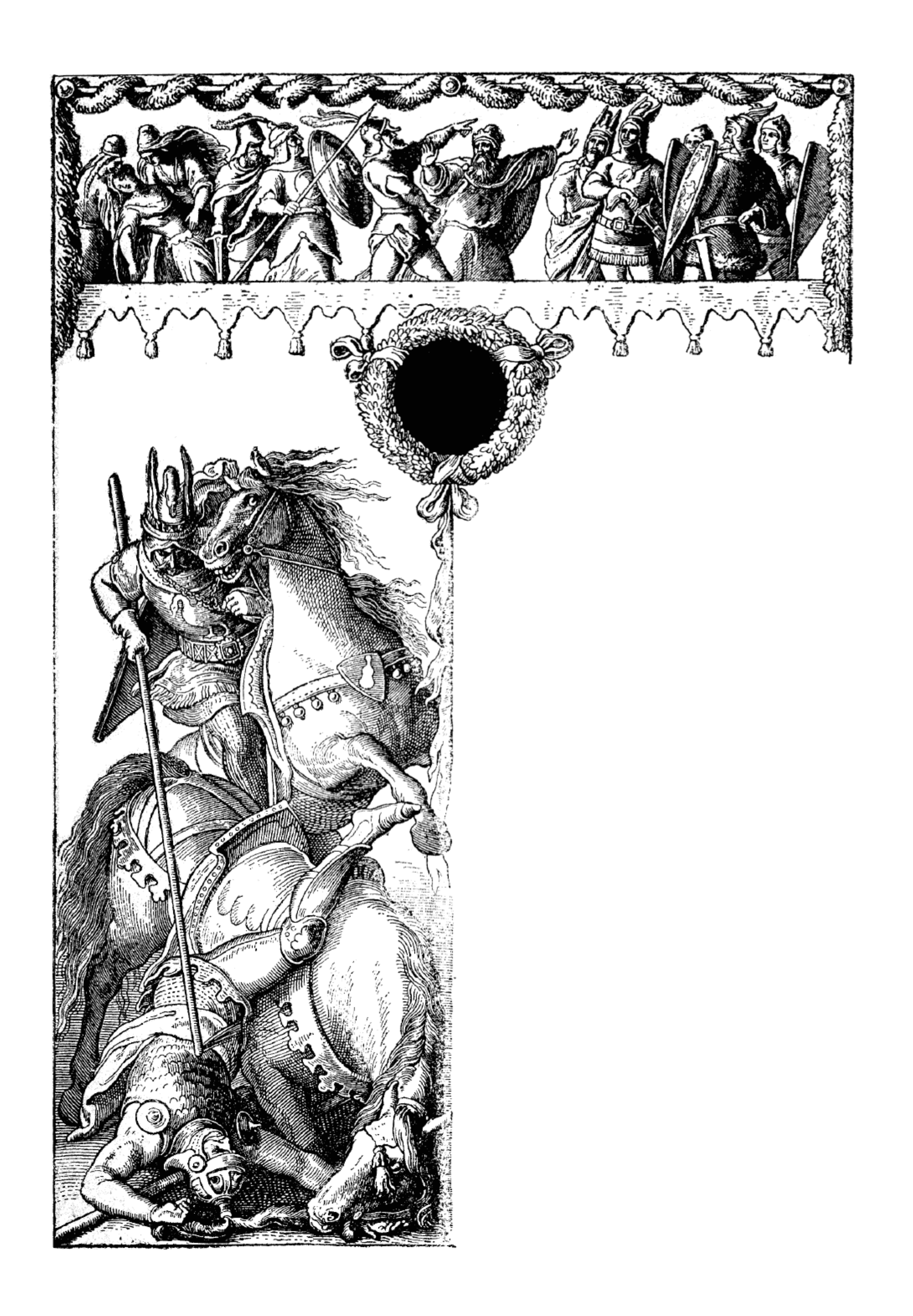
1883 Entonces habló el noble y bravo juglar Vólker: «Creo que estos guerreros no se atreven a atacarnos. Siempre había oído decir que nos profesaban enemistad. No creo que hayan tenido jamás mejor ocasión que ahora.

1884 Que lleven nuestros caballos a los establos», continuó Vólker. «Esta tarde volveremos a montarlos, cuando sea la hora apropiada. ¡Esperemos que entonces la reina quiera reconocer la victoria a los burgundios!».

1885 Vieron entonces acercarse a un caballero tan gallardo que ningún otro de entre los hunos podía compararse le. Con seguridad debía tener ocupado el corazón con alguna enamorada. Iba tan bien ataviado que más bien parecía la novia de un caballero noble.

1886 Volvió a hablar otra vez Vólker: «¿Cómo puedo contenerme? Ese favorito de las damas merece un buen escarmiento y no lo va a evitar nadie. Está poniendo su vida en juego. Poco me importa que se enfurezca la esposa del rey Atila».

1887 «No lo hagáis si me tenéis afecto», respondió en seguida el rey. «Nos culparán si atacamos los primeros. Será mucho mejor que sean los hunos los que empiecen la pelea». Mientras tanto, el rey Atila permanecía sentado junto a la reina.



1888 «Deseo tomar parte en el torneo», dijo Hagen entonces. «Los caballeros y damas tienen que ver cómo cabalgamos. Eso será lo apropiado; de lo contrario, no se concederá el premio de la justa a ninguno de los vasallos de Gúnter».

1889 El valeroso Vólker volvió a entrar en la justa. Esto causaría después gran dolor a muchas damas. Con su lanza atravesó el cuerpo del petulante huno. Luego se vio llorar su muerte a muchas doncellas y dueñas.

1890 Hagen y sus vasallos —eran sesenta bravos guerreros— se lanzaron a toda prisa tras Vólker al lugar donde tenía lugar el torneo. El rey Atila y Crimilda lo vieron muy claramente.

1891 Los tres reyes no querían dejar a su valiente juglar indefenso en medio de sus enemigos. Acudieron a rescatarlo, en una hábil maniobra, un millar de guerreros. Hacían lo que les parecía con gran arrogancia.

1892 Cuando hubo muerto el huno del atuendo extravagante, se oyeron las quejas y los lamentos de los que eran sus parientes: «¿Quién lo ha hecho?», preguntaban. «Ha sido Vólker, el bravo juglar que hace sonar la vihuela».

1893 En aquel mismo instante pidieron a gritos espadas y escudos los parientes del margrave de los hunos. Deseaban dar muerte a Vólker. El señor de aquella tierra se alejó a toda prisa de la ventana desde donde contemplaba el torneo.

1894 Se alzó por todas partes el clamor de aquellas gentes. Los reyes y sus vasallos descabalgaron delante de la gran sala. Los guerreros burgundios abandonaron sus caballos[153]. Entonces llegó el rey Atila. Quería el soberano mediar en aquella lucha.

1895 Arrancó de las manos de uno de los parientes del muerto, que junto a él se encontraba, una poderosa espada. Hizo retroceder a todos, pues muy grande era su furia: «¿Queréis hacer que incumpla mi deber de hospitalidad con estos héroes?

1896 Si hubieseis matado a este juglar ante mi vista», dijo Atila, «no habríais obrado con justicia. Yo he visto cómo cabalgó hacia él cuando atravesó al huno. No fue por culpa suya, sino que tropezó el caballo.

1897 ¡Debéis dejar en paz a mis huéspedes!». Para protegerlos, él mismo fue quien les dio escolta. Se llevaron entonces los caballos a los establos. Tenían a su servicio muchos escuderos que se esforzaban en servirles con mucha atención y celo.

1898 El anfitrión entró en el palacio con sus amigos. No permitía que la ira se apoderara de sus hombres. Colocaron las mesas y sirvieron el agua a los invitados. No faltaban, en aquella corte, enemigos a los guerreros del Rin.

1899 Antes de que se sentaran los señores, hubo de transcurrir mucho tiempo. Crimilda era presa de un gran desasosiego. Habló entonces: «Príncipe de Verona, busco vuestro apoyo, vuestra ayuda y también vuestro consejo. Me encuentro en un grave aprieto».

1900 Entonces contestó Hildebrando, el afamado guerrero: «Quien quiera marchar contra los nibelungos esperando tener por recompensa un tesoro, habrá de hacerlo sin mí. Para algunos el precio será muy caro. Esos valientes y esforzados caballeros jamás han sido vencidos».

1901 Habló entonces gentilmente el señor Teodorico: «No demandéis tales cosas, poderosísima reina. Vuestros parientes no me han causado afrenta que me empuje

a combatir a esos bravos guerreros con las armas en la mano.

1902 Muy poco os honra vuestro deseo, esposa de muy noble príncipe, de dar muerte a vuestros deudos. Ellos han venido confiados a esta tierra. ¡La mano de Teodorico no será la que vengue la muerte del buen Sigfrido!».

1903 Cuando vio que el caballero de Verona no estaba predispuesto a la traición, se apresuró a prometer a Blóedelin, con un juramento de manos, una extensa marca que antes había pertenecido a Nuódung. Pero Dánkwart lo mataría después, haciendo que se olvidara del regalo.

1904 Dijo la reina: «Ayudadme, señor Blóedelin. Mis enemigos, aquellos que mataron a mi amado esposo Sigfrido, se encuentran en esta casa. A aquel que me ayude a cumplir mi venganza le estaré agradecida por siempre».

1905 Le respondió Blóedelin de esta manera: «Señora, debéis saber que no me atrevo a urdir nada contra los burgundios por temor al rey Atila, pues él los tiene en gran estima. Si yo les causase algún mal, él no me lo perdonaría».

1906 «No será así, señor Blóedelin, porque siempre tendréis mi aprecio. Como recompensa os daré plata y oro y también una hermosa doncella, la prometida de Nuódung. Gozaréis del placer de estrechar en vuestros brazos a tan deliciosa dama.

1907 Os entregaré también, además de las tierras, todos los castillos que eran propiedad de Nuódung. Podréis, noble héroe, llevar una vida feliz si obtenéis esa marca. Lo que os prometo hoy lo cumpliré fielmente».

1908 Cuando el señor Blóedelin supo cuál era la recompensa, y puesto que, además, la dama era muy de su

agrado por su extraordinaria belleza, decidió ganar en combate a la encantadora dueña. Más tarde, por aquella causa habría de perder la vida.

1909 Así dijo a la reina: «Volved a la sala. Antes de que nadie se dé cuenta, provocaré una pelea. Hagen ha de pagar todo el mal que os ha causado. Os entregaré atado al vasallo del rey Günter».

1910 «Ahora», dijo Blóedelin, «¡que preparen sus armas todos mis hombres! Atacaremos a nuestros enemigos en sus aposentos. Me lo pide la esposa del rey Atila, y por esa razón nosotros, bravos guerreros, pondremos nuestra vida en juego».

1911 Una vez que la reina hubiese dejado a Blóedelin dispuesto para iniciar el ataque, se fue a la mesa donde estaba el rey Atila, acompañado de sus vasallos. Había tramado una pérfida traición contra los que eran sus invitados.

1912 Como el enfrentamiento no podía provocarse de otro modo, pues Crimilda seguía arrastrando su antiguo dolor en el fondo de su alma, mandó ella que se presentara a la mesa el hijo del rey Atila. ¿Cómo pudo una mujer por venganza cometer una acción tan execrable?

1913 Cuatro vasallos de Atila se levantaron al momento y trajeron al joven rey Órtlieb a la mesa de los príncipes, donde también se encontraba Hagen. Por su odio asesino el niño habría de morir más tarde.

1914 Cuando el poderoso rey vio a su hijo, se dirigió afectuosamente a los parientes de su esposa: «Ved aquí, amigos míos, a mi único hijo, que es también el hijo de vuestra hermana. Algún día os ha de servir fielmente.

1915 Si sale a los de su sangre, será un bravo guerrero, poderoso y noble, y también fuerte y apuesto. Si vivo lo

suficiente, le entregaré doce reinos. Será entonces cuando el joven Órtlieb os pueda servir lealmente.

1916 Por tanto, queridos amigos míos, deseo pediros que, cuando regreséis a vuestras tierras del Rin, os llevéis con vosotros al hijo de vuestra hermana y tratéis siempre a este niño con vuestro afecto más grande[154].

1917 Educadlo en el sentido del honor hasta que sea un hombre, y, si alguien en vuestro reino os causara alguna afrenta, él os ayudará a vengaros cuando alcance edad adulta». Crimilda, la esposa del rey Atila, también oyó estas palabras.

1918 «Si crece hasta hacerse hombre», dijo entonces Hagen, «estos héroes pondrán en él toda su confianza, pero tengo la impresión de que el joven rey está predestinado a la muerte. Jamás me verán ir a visitar a Órtlieb a su corte».

1919 El rey fijó su mirada en Hagen. Mucho le dolió lo que dijo. Aunque no respondió el noble príncipe, aquellas palabras afligieron su corazón y llenaron de pesar su alma. La disposición de Hagen no era muy complaciente.

1920 Lo que había dicho Hagen sobre el hijo de Atila indignó profundamente a los príncipes, así como al rey. Les resultaba insoportable escuchar tales palabras. Desconocían aún lo que el guerrero haría más tarde.

Canto XXXII

De cómo Dánkwart dio muerte a Blóedelin

1921 TODOS LOS HOMBRES de Blóedelin estaban ya preparados. Protegidos por sus cotas de malla, mil de ellos se dirigieron al lugar donde Dánkwart estaba sentado con sus vasallos. Se desató entonces entre los héroes la más grande hostilidad.

1922 Cuando el señor Blóedelin se acercó a las mesas, Dánkwart, el mariscal, se esforzó en saludarle cortésmente. «¡Sed bienvenido a esta casa, señor Blóedelin! Vuestra visita me sorprende. Decidme qué sucede».

1923 «Vuestro saludo está de sobra», dijo Blóedelin «El motivo por el que vengo es para daros la muerte, porque fue vuestro hermano Hagen quien asesinó a Sigfrido. Los hunos os harán pagar por ello a vos y a muchos otros guerreros».

1924 «Os equivocáis, señor Blóedelin», dijo Dánkwart, «pues entonces tendríamos que lamentar haber viajado a esta corte. Yo era tan solo un niño cuando Sigfrido perdió la vida[155]. Desconozco qué puede reprocharme la esposa del rey Atila».

1925 «No tengo más que deciros salvo que fueron vuestros parientes, Hagen y Günter, quienes lo hicieron. ¡Defendeos ahora, extranjeros! ¡De esta no saldréis con vida! Pagaréis con la muerte vuestra deuda con Crimilda».

1926 «Veo que no cejáis en vuestro empeño», dijo Dánkwart. «Lamento haberme disculpado: sería mejor no haberlo hecho». El bravo guerrero, de un salto, se levantó de la mesa y desenvainó una espada larga, acerada y muy grande.

1927 Entonces asestó con su espada a Blóedelin un tajo tan formidable que su cabeza cayó rodando a sus pies. «Este será el regalo de boda», dijo el valeroso Dánkwart, «para la viuda de Nuódung a la que pretendías amar[156].

1928 Mañana, si quieren, pueden prometerla a otro hombre en matrimonio, y si este desea su dote, correrá la misma suerte». Conocía por un huno que le era fiel que la reina había planeado causarles grandes daños.

1929 Cuando los hombres de Blóedelin vieron que su señor yacía muerto en el suelo, no quisieron soportar a los extranjeros por más tiempo. Blandiendo las espadas en alto, se abalanzaron ferozmente contra pajes y escuderos. Más de uno lo lamentaría después.

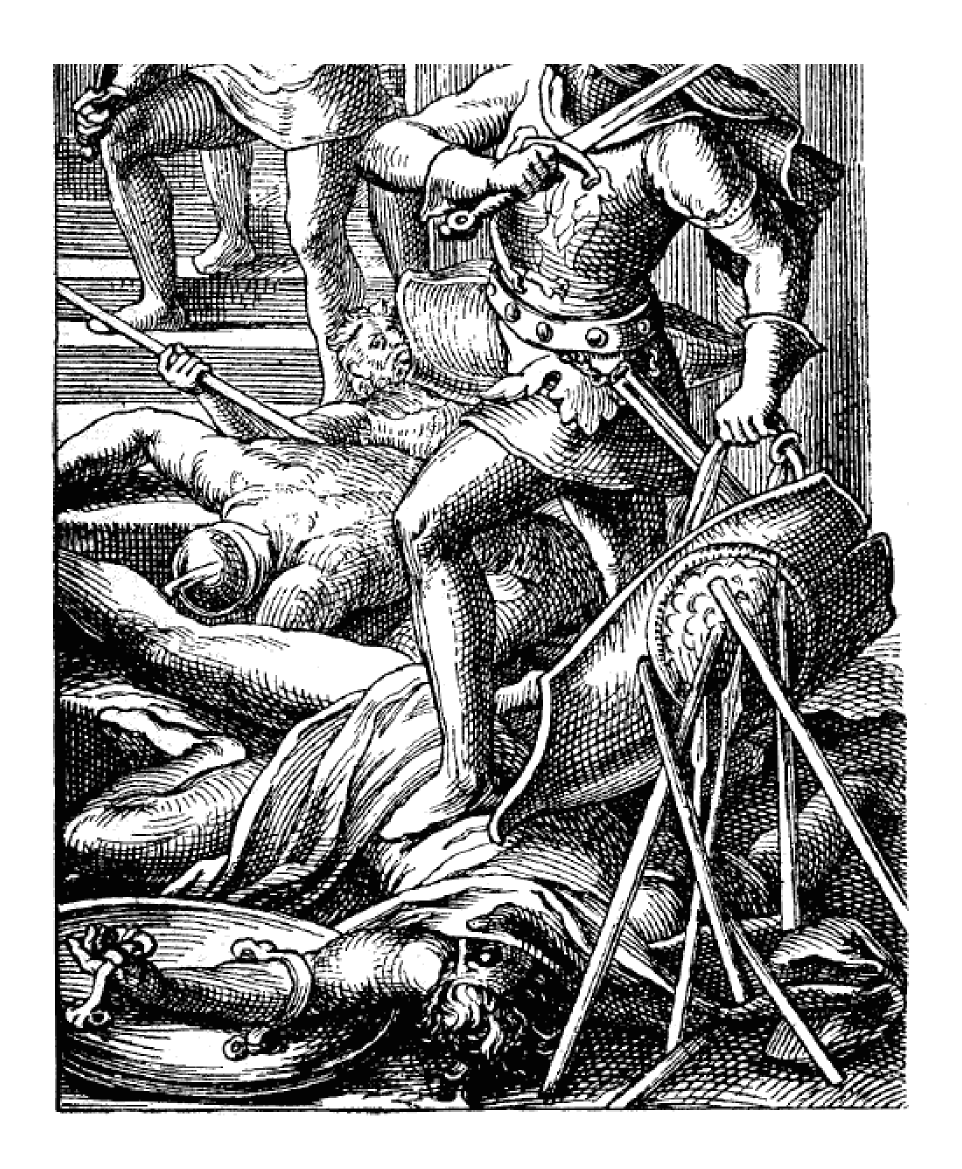
1930 A grandes voces llamó el señor Dánkwart a toda su hueste: «¡Ved bien, nobles escuderos, lo que nos tienen preparado! ¡Defendeos, guerreros, en esta que no es vuestra tierra! Nos encontramos en grave peligro, a pesar de la gentil invitación de Crimilda».

1931 Los que no tenían espada se defendieron con los bancos en los que habían estado sentados. Los escuderos burgundios no estaban dispuestos a soportar aquello sin defenderse. Con esos pesados asientos abollaron más de un yelmo.

1932 ¡Con qué encarnizada furia se defendieron los escuderos extranjeros! Arrojaron de la sala a los guerreros armados, no sin que unos quinientos hunos o más pere-

cieran allí dentro. Todo el séquito burgundio se había teñido de sangre.





1933 La terrible noticia de que Blóedelin y sus vasallos habían muerto a manos de Dánkwart y sus sirvientes se propagó muy pronto entre los guerreros de Atila. Para ellos fue un golpe muy doloroso.

1934 Antes de que Atila se enterara, ya se habían reunido dos mil hunos, o puede que muchos más, empujados por la ira, y arremetieron —como no podía ser de otro modo— contra los sirvientes y escuderos. De toda aquella hueste no dejaron ni uno solo con vida.

1935 Los traidores habían llevado un poderoso ejército hasta la entrada de la sala. Los escuderos extranjeros se defendieron muy bravamente, pero ¿de qué les sirvió su desmedido coraje? Todos sucumbieron en la lucha. Poco tiempo después ocurriría una terrible desgracia.

1936 Ahora oiréis contar hechos que son a la vez asombrosos y también espeluznantes. Nueve mil escuderos yacían allí muertos, junto a doce caballeros que eran vasallos de Dánkwart. Tan solo quedó él en pie, rodeado de enemigos.

1937 El ruido se fue apagando hasta que hubo cesado el clamor. Dánkwart, el bravo guerrero, volvió la mirada atrás, por encima de su hombro, y dijo: «¡Caiga sobre mí el infortunio por haber perdido a mis amigos! Para mi desgracia, ahora me toca hacer frente a mis enemigos yo solo».

1938 Por todas partes caían sobre el solitario guerrero copiosos golpes de espada. Más tarde llorarían por aquella lucha las esposas de muchos héroes. Tras apretar las correas, blandió en alto su escudo. Hizo que corriera la sangre por muchas cotas de malla.

1939 «¡Ay, desgraciado de mí! ¡Qué sufrimiento!», dijo el hijo de Aldrian. «¡Atrás, guerreros hunos, dejadme

respirar el aire para que me refresque el viento, pues ya estoy extenuado del combate». Se vio entonces abrirse paso al guerrero con una bravura heroica.

1940 Cuando el héroe, agotado por la lucha, logró salir de la sala, ¡cuántos golpes de espada cayeron de nuevo sobre su yelmo! Los que aún no habían visto las proezas que realizaba su brazo corrieron a enfrentarse al guerrero de Burgundia.

1941 «Ojalá quisiera Dios», dijo Dánkwart, «que tuviera un mensajero que le contara a mi hermano Hagen el trance en que ahora me encuentro delante de estos guerreros. Él me ayudaría a escapar de este lugar o moriría conmigo en la lucha».

1942 Entonces dijeron los guerreros hunos: «Tú mismo serás el mensajero cuando le llevemos a tu hermano tu cadáver. Entonces será cuando sienta el vasallo del rey Gúnter el dolor por vez primera. Son muchos los males que tú has causado aquí al rey Atila».

1943 Contestó Dánkwart: «¡Dejaos de amenazas y apartaos de mi camino! ¡Seguiré tiñendo de sangre las cotas de malla de vuestros hombres! Yo mismo llevaré la noticia a la corte y lloraré ante mis señores su gran duelo, que es el mío».

1944 Inspiraba tanto terror entre los hombres de Atila, que estos ya no se atrevían a atacarlo con la espada. Entonces fueron tantos los venablos que arrojaron a su escudo, que el guerrero hubo de soltarlo, por lo mucho que pesaba.

1945 Ahora que no tenía escudo creyeron poder dominarlo. ¡Cuántas heridas mortales causó quebrantando yelmos! Muchos guerreros valientes cayeron bajo sus golpes. Allí el bravo Dánkwart se hizo merecedor de la gloria.

1946 A un lado y a otro se lanzaban sobre él sus enemigos, pero algunos se precipitaban demasiado pronto al combate. Los hizo retroceder tal y como lo hace un jabalí en el bosque con los perros que lo atacan. ¿Era posible mostrar mayor valentía y coraje?

1947 Tras él iba dejando otra vez un rastro rojo de sangre. Ningún guerrero podía haber combatido con más bravura a sus enemigos que como él lo había hecho. Vieron al hermano de Hagen marchar orgulloso hacia la corte.

1948 Los escuderos trinchantes y escanciadores oyeron el chocar de espadas. Muchos de ellos arrojaron las bebidas y manjares que llevaban a la mesa. Fueron muchos los enemigos que lo estaban esperando en las gradas de la corte.

1949 «¿Qué os sucede, escuderos?», habló el exhausto guerrero. «Debéis preocuparos de atender con gentileza a los invitados y de llevar buenos manjares a los anfitriones, y también de dejarme a mí contar lo que ha sucedido a mis queridos señores».

1950 A aquellos que por su audacia quisieron cerrarle el paso en las escaleras, les descargó tan fuertes golpes con su espada que, presas del pánico, hubieron de retroceder. Su portentoso coraje había obrado un auténtico milagro.

Canto XXXIII

De cómo los burgundios lucharon contra los hunos

1951 CUANDO EL BRAVO Dánkwart logró llegar hasta el umbral de la puerta, ordenó echarse atrás a los guerreros de Atila. Todas sus ropas, desde los pies a la cabeza, estaban teñidas de sangre, y empuñaba, desnuda, una espada poderosa.

1952 Dando voces entonces, Dánkwart llamó al guerrero: «Hermano Hagen, ¡lleváis aquí sentado ya mucho tiempo! ¡A vos y al Dios del Cielo vengo a quejarme de mi desgracia! Nuestros caballeros y escuderos yacen muertos en sus aposentos».

1953 Hagen quiso saber entonces: «¿Quién ha sido el que lo ha hecho?». «Fueron el señor Blóedelin y sus guerreros, pero bien puedo deciros que él lo ha pagado muy caro. Yo, con mis propias manos, he segado de un tajo su cabeza».

1954 «No es menoscabo para el honor de un caballero», respondió Hagen, «que de él se diga que ha muerto a manos de un héroe. De ese modo, las bellas damas tendrán que llorarlo menos.

1955 Mas dime ahora, hermano Dánkwart, ¿cómo es que venís tan teñido de rojo? Creo que a causa de vuestras heridas debéis de sufrir un gran dolor. Si quien os ha he-

cho esto se encuentra en algún lugar de este reino, lo pagará con su vida a no ser que lo salve el mismo diablo».

1956 «Cómo bien podéis ver, me encuentro en perfecto estado. Solo mis ropas están teñidas de sangre, pero procede de los muchos guerreros a los que hoy he matado. Si tuviera que declarar en juramento, no sabría decir cuántos».

1957 Dijo Hagen: «Entonces, hermano Dánkwart, guardad bien la puerta y no dejéis que ningún huno escape. Quiero preguntarles la razón de lo que han hecho tal y como exige el caso. Han matado a los nuestros sin que merecieran la muerte».

1958 «Si he de hacer de portero», dijo el valiente Dánkwart, «sabré muy bien servir a mis poderosos reyes y defender con honor las gradas de esta escalera». Nada pudo haber sido más aciago para las huestes de Crimilda.

1959 «Mucho me gustaría conocer», dijo Hagen, «qué es lo que andan murmurando ahí dentro entre sí todos los guerreros hunos. Me imagino que les gustaría librarse del que hace guardia a la puerta y nos trajo a los burgundios la noticia desde la corte.



1960 Hace mucho tiempo que he oído decir de Crimilda que no ha podido olvidar el dolor que tiene atenazada su alma. Bebamos a la memoria de los muertos[157] y alcemos nuestras copas a la salud del rey que nos ofrece su vino. ¡Brindemos, en primer lugar, por el joven príncipe de los hunos!».

1961 Entonces Hagen, el muy dignísimo héroe, asestó tan formidable tajo al joven Órtlieb, que la sangre que corría a lo largo de su espada tiñó de rojo su mano mientras que la cabeza del niño cayó rodando hasta los pies del rey. En aquel momento tuvo lugar entre los guerreros una espantosa matanza.

1962 Entonces Hagen, con sus dos manos, descargó al preceptor del infante un golpe tan fuerte con su espada, que la cabeza de este cayó rodando al pie de la mesa. Ciertamente fue muy triste el salario con que pagó a su maestro.

1963 Ante la mesa de Atila vio que se hallaba un juglar. Sin poder contener su ira, Hagen se fue corriendo hacia él, y de un violento tajo cortó la mano derecha con la que sostenía el laúd. «¡Que sea ese el pago por el mensaje que llevaste a tierras burgundias!».

1964 «¡Oh, desgracia! ¡Ay de mi mano!», exclamó Wérbel, el juglar. «Señor Hagen de Tronje, ¿qué mal os he causado? Viajé de buena fe al país de vuestros reyes. ¿Cómo haré para tocar las cuerdas de este instrumento ahora que he perdido mi mano?».

1965 Poco le importaba a Hagen que él no volviera a tocar. Causó por toda la sala terribles heridas a los guerreros de Atila, matando a muchos de ellos. Fueron muchos guerreros a los que allí dio muerte.

1966 El valeroso Vólker se levantó de la mesa de un salto. Empuñaba su vihuela[158] arrancando sonidos que eran muy altos. De ella salían acordes muy destemplados. ¡Cuántos enemigos se ganó entre los valientes hunos!

1967 También los tres altivos reyes se levantaron de la mesa. Era su intención separar a los contendientes antes de que ocurrieran más desgracias. Pero su juicio sensato apenas pudo hacer nada para aplacar la furia salvaje que se había desatado tanto en Hagen como en Vólker.

1968 Cuando vio el señor del Rin que no podía poner fin a aquel combate, él mismo infligió graves heridas a sus enemigos, traspasando sus relucientes cotas de malla. El rey era un auténtico héroe y lo demostró sobradamente.

1969 El poderoso Gérnot también se arrojó a la lucha. Dio muerte a más de un héroe de los hunos con la acerada espada que le había regalado Rúdiger. Causó grandes sufrimientos a los guerreros de Atila.

1970 El hijo menor de la reina Ute se lanzó al combate. Su espada resonaba claramente cuando quebraba los yelmos de los guerreros de Atila. Fueron muchas las proezas que el brazo de Gíselher llegó a realizar aquel día.

1971 Por muy valientes que fuesen el rey y todos sus vasallos, era a Gíselher al que se veía delante de los demás, enfrentándose al enemigo. Era un héroe de un arrojo extraordinario. Hirió a más de uno, que cayó abatido sobre su propia sangre.

1972 Los hombres de Atila, por su parte, se defendían con coraje. A pesar de ello, se vio que los invitados se abrían paso por la sala real a golpes de sus espadas relucientes. Por todas partes se oían lamentos espeluznantes.

1973 Los hunos que estaban fuera querían unirse a sus amigos de dentro. Pero apenas avanzaban los que ata-

caban las puertas. A los que se hallaban dentro bien les hubiera gustado escaparse de la sala, pero Dánkwart no dejaba que nadie subiera o bajara la escalera.

1974 Se alzó entonces antes la puerta un formidable tumulto. Resonaban en los yelmos los golpes de las espadas. El bravo Dánkwart se vio en muy grande aprieto, llenando de inquietud a Hagen como no podía ser menos.

1975 Entonces a voces llamó Hagen a Vólker: «¿Veis allí, compañero, a mi hermano enfrentándose a los guerreros hunos bajo una lluvia de golpes? ¡Salvad a mi hermano, amigo mío, antes de que perdamos a ese valiente!».

1976 «Lo haré, no tengáis ninguna duda», dijo el juglar, y avanzó abriéndose paso por la sala haciendo tañer su música[159]. Con su mano hacía sonar una y otra vez una espada bien forjada. Los guerreros del Rin le dieron las gracias.

1977 El valeroso Vólker le dijo entonces a Dánkwart: «Hoy os habéis visto en duro trance. Vuestro hermano me ha rogado que viniese en vuestro auxilio. Si queréis quedaros fuera, yo pelearé desde dentro».

1978 El bravo Dánkwart permaneció fuera frente a la puerta. Defendía las escaleras de todos los que llegaban. Se oía el chocar de las espadas que esgrimían los héroes. Lo mismo hacía desde dentro de la sala Vólker, el guerrero de Burgundia.

1979 El bravo juglar gritó por encima del tumulto: «La sala está bien sellada, mi buen amigo Hagen. La puerta de Atila está bien atrancada por las manos de dos héroes, igual que si estuviera cerrada por mil cerrojos».

1980 Cuando Hagen de Tronje vio que la puerta estaba tan bien guardada, el afamado héroe se echó el escudo a la espalda[160]. Fue entonces cuando comenzó a vengarse

de todo el mal que se le había hecho. Sus enemigos no tenían la menor oportunidad de salir de allí con vida.

1981 Cuando el señor de Verona vio que el poderoso Hagen destrozaba tantos yelmos, el rey de los amelungos se puso de pie en un banco y dijo: «¡Hagen está sirviendo aquí la bebida más amarga[161]!».

1982 El anfitrión estaba enormemente preocupado, y razones tenía para estarlo: ¡muchos amigos queridos perecían ante sus ojos! Él mismo escapó con vida de sus enemigos por poco. Presa de una gran angustia, permanecía sentado. ¿De qué le servía ser rey?

1983 La poderosa Crimilda llamó a voces a Teodorico: «Venid a ayudarme, noble caballero; salvadme la vida en nombre de las virtudes de todos los príncipes amelungos, pues, si Hagen me alcanza, mi muerte será segura».

1984 «¿Cómo podría ayudaros, noble reina», dijo el señor Teodorico, «si con mantenerme vivo tengo ya suficiente? Es tan grande la furia de los vasallos de Günter que en este momento no puedo ser defensor de nadie».

1985 «¡No, por favor, señor Teodorico, digno y bravo caballero! ¡Dadme la prueba hoy de vuestras nobles virtudes ayudándome a escapar de este lugar, pues si no moriré aquí mismo!». El miedo al peligro sumía a Crimilda en gran desesperación.

1986 «Veré la manera de poder ayudaros. Verdaderamente, hace ya mucho tiempo que no veía a tan ilustres caballeros presas de una furia tan violenta. Distingo muy claramente cómo los golpes de sus espadas hacen manar la sangre a borbotones de los yelmos».

1987 Aquel excelente guerrero gritó con todas sus fuerzas, de forma que su voz resonaba como si fuera un

cuerno de bisonte haciendo retemblar con su eco todo el castillo. Era descomunal la fuerza de Teodorico.

1988 En medio de la fiera pelea, oyó Gúnter la llamada de aquel hombre. Prestó atención y dijo: «Llega a mis oídos la voz de Teodorico. Creo que nuestros guerreros han debido de dar muerte a alguno de los suyos.

1989 Puedo verlo sobre una mesa haciendo señales con su mano. Amigos y parientes de Burgundia, ¡poned fin a la pugna! Dejadme ver y escuchar qué mal han causado mis hombres a ese guerrero».

1990 Una vez que el rey Gúnter lo hubiera pedido y ordenado, se detuvieron las espadas en el fragor de la lucha. Se demostró entonces su autoridad soberana, pues desde aquel mismo momento no hubo nadie que siguiera peleando. Preguntó entonces Gúnter al caballero de Verona qué era lo que deseaba.

1991 Habló así: «Muy noble Teodorico, ¿qué daño os han hecho mis amigos? Estoy dispuesto a ofreceros compensación y desagravio. Me aflige profundamente aquello que os pueda haber agraviado».

1992 Contestó el señor Teodorico: «A mí no me han hecho nada. Dejadme abandonar esta sala con mis hombres y retirarme bajo vuestra protección de esta feroz batalla. Podréis contar con que siempre estaré a vuestro servicio».

1993 «¿Cómo es que suplicáis tan pronto?», dijo Wólfhart[162]. «El juglar no ha sellado tanto la puerta que no podamos abrirla de par en par, haciendo en ella una brecha». «Callaos ahora», dijo el señor Teodorico. «No hay nada que vos hayáis hecho».

1994 Respondió entonces el rey Gúnter: «Os concedo mi permiso. Podéis llevaros a muchos o a pocos hom-

bres de esta sala, siempre que no sean enemigos míos, que esos aquí tienen que quedarse, pues he sufrido mucho daño en el país de los hunos».

1995 Cuando el señor de Verona hubo oído estas palabras, tomó del brazo a la reina, pues su angustia era muy grande. Con el otro brazo también sujetaba a Atila. También seiscientos héroes muy arrogantes salieron con Teodorico.

1996 Habló entonces el noble margrave Rúdiger: «Si se permite a otros que os sirven de buen grado abandonar esta sala, ¡hacédnoslo saber! Es conveniente acordar con los que son buenos amigos una paz larga y estable».

1997 Le respondió Píselher de Burgundia: «¡Que la paz y la reconciliación se os concedan, puesto que vos y vuestros vasallos habéis sido siempre muy fieles y muy leales! Podéis salir de aquí sin temor vos y vuestros amigos».

1998 Cuando el señor Rúdiger abandonó la sala, marcharon con él quinientos o más hombres de Bechelaren, que eran sus amigos y vasallos. A manos de estos guerreros el rey Gúnter habría de sufrir más tarde una terrible desgracia.

1999 Vio entonces un guerrero huno que Atila caminaba al lado de Teodorico y quiso aprovechar para escaparse. Pero el juglar le asestó tan fuerte golpe con su espada que su cabeza cayó rodando a los mismos pies de Atila.

2000 Cuando el señor de aquella tierra hubo salido de la sala, volvió atrás su mirada para contemplar a Vólker: «¡Ay de mí! ¡Qué infortunio haber tenido tales huéspedes! ¡Qué desgracia tan espantosa que todos mis guerreros hayan tenido que sucumbir a sus manos!

2001 ¡Maldita sea esta fiesta!», dijo el noble rey. «Dentro de esa sala hay un tal Vólker que lucha como un

feroz jabalí y que también es un juglar. Doy gracias a mi fortuna por haber podido escapar de ese demonio.

2002 Sus sones dan escalofríos: las cuerdas de su vihuela están teñidas en sangre, y los sonidos que arrancan causan a muchos héroes la muerte[163]. No sé qué tiene ese juglar contra nosotros, pero jamás tuve ningún huésped que me hiciera tanto daño».

2003 Aquellos a los que los burgundios habían dejado salir abandonaron la sala. En el interior se produjo un gran tumulto. Los guerreros extranjeros se vengaron cruelmente de aquello que les había ocurrido antes. ¡Cuántos yelmos hendió el valiente Vólker!

2004 El noble rey Gúnter se volvió hacia donde venía el estruendo: «¿Oyes, Hagen, los acordes que ofrece Vólker a los hunos cuando se aproximan a la puerta? ¡Frota con roja resina las cuerdas de su vihuela!

2005 «Lamento profundamente», dijo Hagen, «haber ocupado en la mesa mejor lugar que ese héroe[164]. Yo he sido su escudero en la lucha, igual que él lo ha sido mío. Si alguna vez volvemos a nuestra tierra, seguiremos siendo muy leales amigos.

2006 ¡Ved, noble rey, la manera en que Vólker tan lealmente os sirve! Por su forma de lucha merece sobradamente vuestra plata y vuestro oro. Su vihuela se abre camino entre el más duro acero y rompe en mil pedazos las joyas que brillan sobre los yelmos.

2007 Jamás vi a ningún juglar luchar tan bravamente como hoy lo ha hecho este guerrero. Sus sones se hacen oír entre los escudos y los yelmos. Ciertamente merece cabalgar sobre los mejores caballos y vestir los ropajes más soberbios».

2008 De todos los guerreros hunos que habían estado en la sala ni uno solo quedaba con vida dentro. El clamor se había apagado, pues ya nadie peleaba. Los bravos y esforzados héroes depusieron las espadas que hasta entonces habían empuñado.

Canto XXXIV

De cómo arrojaron a los muertos de la sala

2009 DESPUÉS DE LAS GRANDES fatigas que les produjo la lucha, se sentaron los señores. Vólker y Hagen abandonaron la sala. Los héroes, henchidos de orgullo, se apoyaron en sus escudos. Entonces intercambiaron muy sabias palabras.

2010 Habló Gíselher, el héroe de Burgundia: «Queridos amigos, no es ahora momento para el descanso. Es necesario sacar a los muertos de esta sala. Nos volverán a atacar, ¡no tengáis duda de ello!

2011 Los cadáveres no deben permanecer bajo nuestros pies por más tiempo. Antes de que los hunos logren vencernos en el combate, les causaremos tantas heridas que a mí me llenará de contento. Pondré toda mi voluntad en ello». Así habló Gíselher.

2012 «¡Soy feliz por tener a tal señor!», dijo Hagen. «El consejo que nos acabáis de dar, mi joven señor, es propio de un verdadero guerrero. Muy bien pueden los burgundios regocijarse por ello».

2013 Siguieron aquel consejo y sacaron por la puerta a siete mil cadáveres que luego arrojaron fuera. Se fueron amontonando al pie de las escaleras. Se alzaron entonces entre sus parientes muchos gritos de lamento.

2014 Había algunos de ellos que apenas estaban heridos y que, de haber sido atendidos, podrían haberse salvado, pero al arrojarlos desde tan gran altura acabaron pereciendo. Sus parientes y amigos sintieron gran desconsuelo: tenían buena razón para hacerlo.



2015 Entonces habló el juglar Vólker, aquel héroe tan valiente: «Ahora veo que lo que me han dicho es cierto, que los hunos son cobardes y que lloran como mujeres. Deberían preocuparse por sus hombres malheridos».

2016 Pensó entonces un margrave que aquellas palabras se habían dicho con intención compasiva. Había visto a uno de sus parientes tendido en un charco de sangre. Lo cogió entré sus brazos y quiso llevarlo consigo, pero el bravo juglar lo abatió con un venablo al recoger a su amigo.

2017 Cuando los otros lo vieron, emprendieron la huida. Comenzaron entonces a maldecir al juglar. Recogió este un duro y afilado venablo que un guerrero huno había lanzado contra él.

2018 Lo lanzó con toda su fuerza hasta el otro extremo del castillo, pasando por encima de las cabezas de los guerreros enemigos. Indicaba de esa forma a los vasallos de Atila que retrocedieran más allá de la gran sala para poder protegerse. Todos temían su extraordinario coraje.

2019 Ahora se hallaban frente a la sala muchos miles de guerreros. Entonces Hagen y Vólker comenzaron a decir al rey Atila cuál era su pensamiento. Por aquello los dignos y bravos héroes pagarían más tarde un alto precio.

2020 «Sería lo apropiado», dijo Hagen, «para aquel que se dice protector de su pueblo, que los reyes peleen en la batalla a la cabeza de sus tropas, como acostumbran mis señores, que hienden yelmos con sus espadas y chorrea sangre por el filo de sus aceros».

2021 Era tan valiente Atila que tomó su escudo al momento. «¡Tened mucho ciudado!», dijo Crimilda, «y ofreced a los guerreros un escudo lleno de oro, pues si Hagen os alcanza os matará de seguro».

2022 El rey era tan valeroso que no quiso rehuir el combate, algo que hoy rara vez ocurre entre poderosos príncipes. Tuvieron que sujetarlo, tirando de las correas de su escudo. Entonces el adusto Hagen siguió mofándose de él.

2023 «Un lejano parentesco», dijo Hagen, el guerrero, «une a Atila con Sigfrido. Él amó a Crimilda mucho antes de que vos la conocieseis. Rey miserable, ¿por qué urdís tramas contra mí?».

2024 Oyó estas palabras la esposa del noble rey. Crimilda montó en cólera al ver que Hagen se atrevía a injuriarla delante de los vasallos de Atila. Por aquella razón comenzó a maquinar de nuevo contra los extranjeros otras intrigas.

2025 Así dijo: «Aquel que dé muerte a Hagen de Tronje y me traiga su cabeza, recibirá rebosante de oro rojo el escudo de Atila. Además, le daré como recompensa muchas tierras y castillos».

2026 «No sé a qué están esperando», dijo entonces el juglar. «Nunca vi a guerreros quedarse tan indecisos al ofrecérseles una recompensa tan crecida. ¡Jamás debería demostrarles su favor el rey Atila!

2027 Veo aquí a muchos que indignamente comen el pan del rey y que lo abandonan cuando se acerca el peligro. Se comportan cobardemente y aparentan tener gran valor. ¡Que la deshonra caiga sobre ellos para siempre!».

Canto XXXV

De cómo murió Íring

2028 HABLÓ ENTONCES ÍRING, el margrave de Dinamarca: «Hace ya mucho tiempo que me guío por el honor y he ganado mi fama realizando grandes gestas en las batallas. ¡Traedme mis armas! ¡Quiero medirme con Hagen!».

2029 «Yo no os lo aconsejaría», contestó entonces Hagen. «Mejor haced que retrocedan los guerreros hunos aún más lejos. Si dos o tres de los vuestros intentan entrar en la sala, los arrojaré desde arriba por las escaleras abajo».

2030 «¡Eso no me detendrá!», respondió Íring. «Ya me he visto antes en trances más peligrosos. Yo solo os haré frente con mi espada. ¿De qué os servirá entonces la arrogancia con la que me habéis hablado?».

2031 Muy presto se armó el noble Íring, y también Írnfrid de Turingia, el joven y bravo héroe. Igualmente lo hizo el poderoso Háwart, y también un millar de guerreros. Todos querían secundar a Íring en su empresa, fuese esta la que fuese.

2032 Vio el juglar Vólker avanzar a una tropa bien armada con Íring a la cabeza. Llevaban todos ellos duros yelmos bien sujetos. Se dejo llevar entonces el intrépido Vólker por un arranque de ira.

2033 «¿Veis allí, amigo Hagen, acercarse a Íring, aquel que prometiera batirse él solo contra vos con la úni-

ca ayuda de su espada? Mentir no es propio de un caballero. Tal cosa solo me inspira desprecio. Lo acompañan con sus armas más de un millar de guerreros».

2034 «¡No me acuséis de mentir!», dijo el vasallo de Háwart. «Cuanto he prometido, estoy dispuesto a cumplirlo. Ningún miedo va a hacer que desista de mi empeño. Por muy fiero que sea Hagen, lucharé yo solo, cara a cara, con él».

2035 Íring se arrodilló ante sus parientes y vasallos, pidiéndoles que lo dejaran luchar a él solo contra el héroe. De mala gana accedieron, pues conocían muy bien la fama del altivo y arrogante guerrero de Burgundia.

2036 Tanto tiempo les rogó que al final consintieron. Cuando las gentes de su séquito comprendieron que se trataba para él de una cuestión de honor, permitieron que fuera. Se entabló entonces una batalla feroz entre los dos héroes.

2037 Íring de Dinamarca alzó en alto el venablo. El noble e ilustre héroe se protegió con su escudo. Subió corriendo las escaleras que llevaban a la sala para encontrarse con Hagen. Un gran estrépito se produjo cuando chocaron los dos guerreros.

2038 Con tal fuerza arrojaron los venablos con sus manos que atravesaron los recios escudos hasta alcanzar las cotas de malla relumbrantes. Volaron entonces las astas de sus lanzas por el aire. Luego los altivos y bravos guerreros echaron mano a sus espadas[165].

2039 La fuerza y el valor del bravo Hagen eran extraordinarios, pero los golpes que descargaba Íring sobre él hacían que la sala resonase. El palacio y las torres esparcían el eco de sus golpes. Sin embargo, el caballero no pudo llevar a cabo su obra.

2040 Íring se alejó sin poder haber herido a Hagen. Se lanzó entonces contra el juglar. Creyó poder vencerlo por la fuerza de sus golpes. Pero Vólker, el valeroso héroe, supo defenderse muy bien.

2041 Asestó el juglar tal golpe con la fuerza de su brazo, que los pernos del escudo hubieron de salir volando. Íring se alejó de él, pues era un peligroso enemigo. Después cargó contra Gúnter, el guerrero de Burgundia.

2042 Los dos eran muy fuertes en el combate. Por violentos que fueran los golpes que se asestaron, ninguno de ellos logró infligir al otro heridas que vertiesen sangre. Lo impedían sus buenas y recias cotas de malla.

2043 Se apartó entonces de Gúnter y arremetió contra Gérnot, haciendo que saltaran chispas de los anillos de malla. Sin embargo, faltó muy poco para que el poderoso Gérnot de Burgundia diese muerte al bravo y audaz Íring.

2044 Dando un salto muy rápido, Íring se separó del príncipe; sus pies eran muy ligeros. Muy pronto dio muerte el héroe a cuatro de los burgundios que habían venido desde Worms con el séquito de Gúnter. No podía ser mayor la cólera que sintió Gíselher.

2045 «Bien sabe Dios, señor Íring», dijo Gíselher, «que habréis de pagar por la muerte de los que aquí habéis matado hace un instante». A continuación se lanzó contra él, golpeando con tal fuerza al héroe danés, que este ya no pudo moverse.

2046 A manos de Gíselher quedó tendido en un charco de sangre. Todos creyeron entonces que aquel guerrero jamás volvería a descargar golpes con su espada en ningún combate. Pero el danés yacía en el suelo a los pies de Gíselher, sin haber sufrido herida alguna.

2047 Por el retumbar de los espadazos en su yelmo, tanto se había aturdido su juicio que no sabía si aún seguía con vida. La fuerza de los golpes del poderoso Gíselher era quien lo había causado.

2048 Cuando empezó a remitir en su cabeza el zumbido que le produjeran los golpes, discurrió de esta manera: «Estoy vivo todavía y no tengo ninguna herida. Ahora ya sé cuál es la fuerza de Gíselher».

2049 Podía oír a sus adversarios, que lo rodeaban por todos lados[166]. Si hubiesen sabido que estaba ileso, mucho peor le habría ido. También oía muy cerca a Gíselher. Entonces se preguntó cómo podía escapar de sus enemigos.

2050 ¡Con qué furia se puso en pie desde el charco de sangre donde estaba tendido! Bien podía dar las gracias a aquella agilidad suya. A toda prisa huyó corriendo de la sala, pero se encontró con Hagen. Con su poderoso brazo le propinó fuertes golpes.

2051 Así pensaba Hagen: «Eres hombre muerto. ¡Si no te protege el diablo, de esta no saldrás vivo!». Pero entonces Íring logró herir a Hagen a través de su yelmo. Asestó aquel golpe con su espada Waske, templada con el mejor de los aceros.

2052 Al sentir la herida, Hagen comenzó a esgrimir la espada con gran violencia en su mano[167]. El vasallo de Háwart no tuvo más remedio que huir por las escaleras abajo. Hagen salió corriendo tras él.

2053 El valiente Íring colocó el escudo sobre su cabeza. Aun si las gradas de las escaleras hubiesen sido tres veces más largas, Hagen no le permitió devolver ni un solo golpe. ¡Qué rojas eran las chispas que saltaban de su yelmo!

2054 Íring logró regresar con su gente sano y salvo. Supo luego Crimilda de la herida que Hagen de Tronje había recibido durante el combate. La reina le expresó entonces su más profundo agradecimiento.

2055 «¡Que Dios os lo pague, Íring, héroe glorioso y bravo! Habéis devuelto la esperanza a mi corazón y mi alma. Veo ahora la armadura de Hagen roja de sangre». La misma Crimilda, llevada por su alegría, recogió el escudo de sus manos.

2056 «¡No se lo agradezcáis demasiado!», dijo Hagen. «Lo apropiado en un guerrero es probar su valor de nuevo. ¡Si entonces saliese bien librado de la prueba, demostraría ser un bravo! La herida que he recibido de él no os servirá de gran cosa.

2057 Que veáis por mi herida que mi cota de malla está teñida en sangre no hace sino impulsarme a dar muerte a más de uno. Es en este momento cuando el vasallo de Háwart me hace sentir la cólera. El guerrero Íring hasta ahora me ha hecho muy poco daño».

2058 Íring de Dinamarca se colocó de cara al viento. Tomó aire fresco en su cota de malla y aflojó también su celada. Todos decían que su valentía era grande. Aquello satisfizo enormemente al margrave y le hizo henchirse de orgullo.

2059 Habló Íring de nuevo: «Oídme, amigos míos, ¡debéis armarme a toda prisa! Quiero probar de nuevo si puedo vencer a ese altivo guerrero». Su escudo estaba hecho pedazos: le entregaron uno nuevo.

2060 En seguida se armó al héroe mejor que antes lo estuviera. Con ademán hostil, empuñó una poderosa lanza con la que pretendía volver a enfrentarse a Hagen.

Aquel feroz adversario estaba esperando a que su enemigo se acercase.

2061 Hagen, el bravo guerrero, no pudo aguantar la espera: bajó corriendo a su encuentro, arrojando su lanza y descargando golpes de espada hasta llegar al final de las gradas. Su cólera era tremenda. Esta vez no pudo Íring sacar provecho de su fuerza.

2062 Asestaban golpes con tal fuerza sobre los los escudos que centellas rojas de fuego parecían iluminarlos. La espada de Hagen hirió gravemente al vasallo de Háwart, atravesándole su escudo y también su cota de malla. De aquella herida mortal ya no habría de recuperarse nunca.

2063 Cuando el bravo Íring se sintió herido, levantó el escudo por encima de su yelmo. Consideraba que ya había recibido suficiente castigo. Pero el vasallo del rey Gúnter le haría todavía sufrir más daño.

2064 Hagen encontró a sus pies un venablo. Se lo arrojó a Íring, el héroe de Dinamarca, de tal forma que su asta le atravesó de lado a lado la cabeza. Hagen, el guerrero, le había deparado un fin macabro.

2065 Íring se vio obligado a retroceder hacia los suyos. Antes de que le quitaran la celada, le arrancaron la lanza. La muerte ya estaba próxima. Sus parientes comenzaron a verter lágrimas. Tenían buen motivo para hacerlo.

2066 La reina se acercó entonces adonde él estaba tendido. Comenzó a lamentar la suerte del valeroso Íring y lloró al ver sus heridas; grande era su desconsuelo. Dijo entonces el orgulloso y bravo caballero delante de sus parientes:



2067 «Cesad en vuestros lamentos, mi muy noble señora. De nada sirven las lágrimas. He de perder la vida por las heridas que llevo. La muerte no me permite ya serviros ni a vos ni a Atila».

2068 Se dirigió entonces a los guerreros de Turingia y también a los de Dinamarca: «¡Que ninguna de vuestras manos acepte los regalos de la reina, su reluciente oro rojo! Aquel que se enfrente a Hagen tendrá que encontrar la muerte».

2069 Su tez se había puesto pálida. El valiente Íring mostraba las señales de la muerte. Todos sentían gran pena. El vasallo de Háwart ya no podía seguir con vida. A los daneses no les quedaba otro camino que continuar el combate.

2070 Írnfrid y Háwart se lanzaron al asalto de la sala con más de mil guerreros. Se oía por todas partes un estruendo terrible, formidable, violento. ¡Cuántos acerados venablos cayeron sobre los burgundios!

2071 El bravo Írnfrid se lanzó contra el juglar, pero recibió grandes daños de su mano. Vólker, el bravo juglar, asestó al landgrave golpes tan fuertes que quebrantaron su yelmo, pues muy grande era su furia.

2072 Entonces el señor Írnfrid descargó sobre el bravo juglar un golpe tal que se rompieron los anillos de su malla y saltaron rojas centellas de su coraza. A pesar de ello, el landgrave cayó muerto a manos del noble músico.

2073 Háwart y Hagen habían trabado combate. Quien los hubiera contemplado habría podido ver una prodigiosa proeza. Los héroes intercambiaban muy fuertes golpes de espada. Finalmente Háwart encontró la muerte, abatido por el caballero de Burgundia.

2074 Cuando los guerreros daneses y turingios vieron muertos a sus señores, tuvo lugar frente al palacio una terrible batalla antes de que por la fuerza de sus brazos pudieran llegar a la entrada. Muchas celadas y escudos quedaron allí destrozados.

2075 «Abridles paso», dijo Vólker a los suyos, «y permitidles que pasen. Lo que esperan conseguir jamás podrán lograrlo. Muy pronto habrán de morir aquí dentro[168]. Van a pagar con su vida los regalos de Crimilda».

2076 Cuando los altivos guerreros penetraron en la sala, muchos de ellos perdieron la vida de un brusco tajo en la cabeza. El bravo Gérnot combatía valientemente, pero igualmente lo hacía el muy intrépido Gíselher.

2077 Lograron entrar en aquella sala mil y cuatro guerreros. Se vio brillar las espadas y también se oyó cómo

cortaban el aire. Todos los que habían entrado allí encontraron la muerte. Muchas proezas asombrosas podrían contarse de lo que los burgundios hicieron.

2078 Una vez que se fue acallando el estrépito, se produjo un gran silencio. Por todas partes la sangre de los muertos corría hacia gárgolas y desaguaderos. Los caballeros del Rin habían realizado aquella gesta con un inmenso coraje.

2079 Después se sentaron los burgundios para tomarse un descanso. Dejaron entonces los escudos y las armas que empuñaban. Todavía el bravo juglar seguía defendiendo la entrada. Se mantenía vigilante por si alguien pretendiese entrar.

2080 El rey se lamentó amargamente y también lo hizo su esposa. Las damas y las doncellas mortificaron sus cuerpos[169]. Creo que la muerte se había confabulado contra los hunos, pues todavía muchos más habrían de morir a manos de los extranjeros.

Canto XXXVI

De cómo la reina ordenó incendiar la sala

2081 «Desatad vuestros yelmos», dijo el bravo Hagen. «Mi compañero y yo velaremos por vosotros. Si los vasallos de Atila quieren atacaros de nuevo, advertiré a mis señores lo más deprisa que pueda».

2082 Entonces muchos arrojados caballeros se despojaron de sus yelmos. Se sentaron sobre los muertos que habían caído a sus pies en grandes charcos de sangre. Era pésima la acogida que se dispensaba a los huéspedes extranjeros.

2083 Antes de que llegara la noche, el rey y también la reina habían decidido que los guerreros hunos atacaran de nuevo. Más de veinte mil guerreros se vio entonces reunirse frente a ellos. Todos iban a entrar en combate.

2084 Dio comienzo entonces una furiosa batalla con los extranjeros. Dánkwart, aquel valiente héroe hermano de Hagen, corrió desde donde estaban sus señores y se abalanzó contra los enemigos que se encontraban en la puerta. Se le llegó a dar por muerto, pero salió ileso de aquel combate.

2085 La feroz lucha duró hasta que se lo impidió la noche. Entonces, durante todo aquel largo día de verano, los invitados se defendieron frente a los hombres de Atila

tal y como correspondía a su condición de héroes. ¡Cuántos bravos cayeron muertos ante ellos!

2086 Fue en el solsticio de verano cuando tuvo lugar aquella horrible matanza; cuando Crimilda vengó el desconsuelo de su corazón en sus parientes más próximos y, también, en otros muchos guerreros. Desde entonces el rey Atila ya nunca volvió a recobrar su alegría.

2087 El día se había acabado, pero los burgundios tenían sobrados motivos para seguir preocupados. Pensaban que era preferible para ellos hallar una muerte rápida que sufrir largo tiempo unos sufrimientos atroces. Entonces los gallardos y orgullosos caballeros solicitaron una tregua.

2088 Pidieron que viniera el rey Atila a su presencia. Los héroes, los tres nobles reyes, tintos de sangre y sucias sus cotas de malla, salieron de la sala. No sabían a quién debían quejarse por su espantosa desgracia.

2089 Se presentaron entonces el rey Atila y Crimilda. Aquella era su tierra y por ello iban creciendo sus huestes. Habló Atila a sus invitados: «Decidme, ¿qué queréis de mí? Esperáis conseguir una tregua. Eso difícilmente será posible

2090 después del grave daño que a mí me habéis causado. No se os concederá mientras me quede un solo aliento de vida: ¡habéis dado muerte a mi hijo y a muchos que son mis deudos! Por esa razón toda tregua y toda reconciliación os será siempre negada».

2091 Respondió Günter: «No nos quedó más remedio que proceder de ese modo. Todo mi séquito sucumbió a manos de vuestros guerreros cuando se hallaba en su estancia. ¿Qué he hecho para merecerlo? Vine a vuestra tie-

rra en son de paz. Creía que contaba con vuestra amistad».

2092 Habló entonces el joven Gíselher de Burgundia: «Guerreros de Atila que seguís todavía con vida, ¿qué reproche es el que tenéis que hacerme? ¿Qué mal os he hecho yo, que vine a este país como amigo?».

2093 Contestaron los hunos: «Vuestra bondad ha sido la causa de que todo el reino y la corte se haya llenado de desolación y llanto. ¡Ojalá jamás hubierais venido desde Worms en el Rin! Vos y vuestros hermanos habéis llenado de huérfanos toda esta tierra».

2094 Así se expresó el rey Gúnter, lleno de cólera: «Bueno sería para ambas partes el que quisierais llegar a una reconciliación y poner fin a esta gran hostilidad con nosotros, guerreros extranjeros. No hay nada que justifique lo que Atila nos hace».

2095 Así habló Atila a los invitados: «Mis penas y las vuestras no son comparables. Al gran dolor que me ahoga por la pérdida que he sufrido se suma la vergüenza que siento. Ninguno de vosotros saldrá de este lugar con vida».

2096 Habló ahora al rey el poderoso Gérnot: «¡Qué Dios os aconseje cómo obrar correctamente! Dejad que salgamos a enfrentarnos con vosotros al aire libre, y entonces podréis matarnos. Os honraréis con ello.

2097 Sea lo que sea lo que nos ocurra, haced que pase muy rápido. Tenéis tantos hombres que no han sufrido heridas que, si se atreven a atacarnos, no nos dejarán con vida, pues de tanto luchar estamos ya muy cansados. ¿Cuánto tiempo queréis prolongar nuestro tormento?».

2098 Los guerreros de Atila estaban dispuestos a acceder a que salieran de la sala. La noticia llegó a oídos de

Crimilda, y esta entonces sintió una furiosa rabia. Aquella fue la razón por la que se les negó de inmediato la tregua a los extranjeros.

2099 «¡No, no lo hagáis, nobles guerreros hunos! Os aconsejo lealmente que renunciéis al proyecto que tenéis en la cabeza. No dejéis salir de la sala a esos hombres sedientos de venganza. Si lo hacéis, vuestros parientes habrán de sucumbir todos.

2100 Si ninguno de ellos quedara vivo a excepción de mis nobles hermanos, hijos de la reina Ute, y estos salieran a respirar aire puro y a refrescar sus corazas, estaríais todos perdidos. No han nacido en este mundo guerreros tan valientes».

2101 Entonces dijo el joven Gíselher: «Mi muy encantadora hermana, no esperaba verme en este aprieto cuando me invitasteis a venir desde el Rin; hice mal en confiarme. ¿Qué puedo haber hecho para merecer la muerte a manos de los hunos?

2102 Siempre os fui leal y jamás os causé ningún daño. Viajé hasta esta corte creyendo, querida hermana, que contaba con vuestro aprecio. Concedednos ahora vuestra clemencia, pues no queda otra alternativa».

2103 «No os puedo dar clemencia, pues no me queda ninguna. Hagen de Tronje me ha causado tanto daño que no puede haber reconciliación alguna mientras yo siga con vida. Deberéis pagarlo todos», dijo la esposa de Atila.

2104 «Sin embargo, si me entregáis como rehén a Hagen, accederé a vuestro ruego y os dejaré con vida, pues sois hermanos de mi sangre e hijos de una misma madre. En ese caso, hablaré con los guerreros sobre la posibilidad de que nos reconciliemos».

2105 «¡No lo quiera el Dios del Cielo!», dijo Gérnot. «Aunque fuésemos un millar los de la estirpe de tus deudos, sucumbiríamos antes de entregar como rehén a uno solo de los nuestros. No haremos jamás tal cosa».

2106 «Moriremos entonces», dijo Gíselher. «Nadie nos impedirá morir luchando como caballeros. Si alguien quiere combatir contra nosotros, que sepa dónde encontrarnos. Jamás he faltado a mi lealtad para con mis amigos y deudos».

2107 Entonces habló el bravo Dánkwart —no quería guardar silencio—: «Mi hermano Hagen no está aquí solo. Aquellos que rechazan una tregua es muy posible que lleguen a lamentarlo. Os lo demostraremos muy bien; ¡no tengáis duda de ello!».

2108 Entonces habló la reina: «Vosotros, mis más bravos héroes, id a las escaleras y vengad mi afrenta. Os estaré agradecida por siempre, tal y como es de justicia hacerlo. La altanería de Hagen se la haré pagar muy cara.

2109 No dejéis que salga ni uno solo de la sala. Después daré orden de que prendan fuego a las cuatro esquinas del palacio. Vengaré de ese modo todos los agravios que me han hecho». Muy pronto se prepararon los guerreros de Atila.



2110 A golpes de espada y lanzándoles venablos, hicieron que los burgundios que se encontraban fuera regresaran adentro. Se alzó entonces un gran tumulto, pero ni los reyes ni vasallos quisieron separarse los unos de los otros. No podían dejar de prestarse ayuda mutua por la lealtad jurada.

2111 Mandó en aquel momento la mujer de Atila que se incendiase la sala. Sufrieron los guerreros entonces la feroz furia del fuego. El viento soplaba fuerte e hizo que muy pronto la sala fuera presa de las llamas. No creo que jamás una hueste se viera en mayor peligro.

2112 Había muchos que gritaban desde dentro: «¡Oh, desgracia! ¡Qué suplicio tan horrible! Antes preferiríamos perecer en la batalla. ¡Si Dios no se apiada de no-

sotros, estamos todos perdidos! La reina de modo cruel descarga en nosotros su ira».

2113 Habló uno de los que estaban dentro: «Vamos todos a morir. ¿De qué nos sirvieron las palabras de bienvenida que nos dedicó el rey Atila? Este inmenso calor me hace sufrir una sed tan atroz que creo que voy a perder muy pronto la vida en este tormento».

2114 Habló entonces Hagen de Tronje: «Nobles y dignos caballeros, si la sed os hace sufrir, bebed la sangre que aquí corre. Con este calor es mucho mejor que el vino. En un trance como este no hay ninguna mejor bebida».

2115 Entonces uno de los guerreros fue adonde yacía uno de los muertos, se arrodilló junto a su herida y se desató su yelmo. Luego comenzó a beber de la sangre que corría. Aunque no estaba acostumbrado a aquella bebida, la encontró exquisita.

2116 «Que Dios os lo premie, señor Hagen», habló el cansado guerrero. «Gracias a vuestro consejo bebí una buena bebida. Nunca antes me sirvieron un vino tan excelente. Si llego a sobrevivir, os lo agradeceré por siempre».

2117 Cuando los demás oyeron que la sangre tenía buen sabor, hubo muchísimos más que comenzaron a beberla. Muchos se recuperaron así y renovaron sus fuerzas. Muchas hermosas damas habrían de lamentar más tarde la muerte de sus amigos queridos.

2118 Por todas partes en la sala brasas de fuego caían sobre ellos. Se protegían de ellas con la ayuda de su escudo y hacían que cayesen en el suelo. El humo y el calor agravaban su sufrimiento. No creo que jamás unos héroes sufrieran tales tormentos.

2119 Habló entonces Hagen de Tronje: «Colocaos junto a las paredes de la sala. No dejéis que las brasas caigan sobre las cintas de vuestros yelmos. Empujadlas con los pies hacia los charcos de sangre. ¡La reina nos ha invitado a una fiesta muy siniestra!».

2120 En medio de aquel sufrimiento transcurrió la noche entera. El valeroso juglar y también Hagen, su compañero, aún guardaban la puerta apoyados en sus escudos. Vigilaban por ver si los guerreros de Atila les reservaban aún peores tormentos.

2121 Habló entonces el juglar: «Entremos ahora en la sala. Así pensaran los hunos que todos hemos perecido por causa del fuego. Y comprobarán cómo todavía hacemos frente a más de uno en combate».

2122 Tomó entonces la palabra el joven Gíselher de Burgundia: «Creo que pronto va a amanecer; un viento fresco se levanta. ¡Ojalá permita el Dios de los Cielos que conozcamos mejores tiempos! Mi hermana Crimilda nos ha invitado a una infortunada fiesta».

2123 Entonces habló otro de ellos: «Veo que amanece el día. Puesto que nuestra situación no parece que mejore, ¡empuñad, guerreros, las armas y luchad por vuestras vidas! ¡Muy pronto vendrá a visitarnos la esposa del rey Atila!».

2124 El anfitrión de la casa creía que los invitados habrían muerto debido a sus sufrimientos y a la violencia del fuego. Pero aún quedaban vivos dentro seiscientos bravos guerreros, los más valientes que tuvo jamás ningún rey a su servicio.

2125 Aquellos que vigilaban a los burgundios pudieron ver que estos seguían con vida, pese al daño y a las heridas sufridas que habían padecido tanto señores como va-

sallos. Se los veía caminar aún en pie a uno y a otro lado de la sala.

2126 Le dijeron a Crimilda que muchos quedaban aún vivos dentro. La reina respondió que aquello no podía ser; que ninguno podría haber sobrevido a los tormentos del fuego. «Prefiero creer que se encuentran todos muertos».

2127 Los príncipes y los vasallos aún podrían haberse salvado si alguien hubiera mostrado alguna clemencia hacia ellos, pero no pudieran encontrarla por ningún lado en el país de los hunos. Vengaron su propia muerte con la firmeza de sus manos.

2128 Al llegar la mañana de aquel día, se les saludó con un ataque feroz que hizo peligrar la vida de los burgundios. Muchos duros venablos se lanzaron contra ellos, pero los nobles y bravos héroes se defendieron como hacen los caballeros.

2129 Impulsaba a las huestes de Atila el deseo de ganar la recompensa que les prometió Crimilda. Deseaban cumplir también con lo que les había ordenado el rey. Por aquella causa muchos de ellos muy pronto habrían de perder la vida.

2130 Se podrían decir maravillas de las promesas y regalos que les hiciera Crimilda. Ordenó que se trajera el oro rojo en escudos. Lo entregó a quien lo desease y quisiera aceptarlo. Seguramente jamás se ofreció salario tan alto por combatir a un enemigo.

2131 Se aproximó una gran hueste de guerreros bien armados. Habló de este modo el bravo Vólker: «Aún seguimos aquí. Nunca vi a guerreros tan resueltos a luchar como los que, para causarnos daño, cogieron el oro de Atila».

2132 Gritaron entonces muchos burgundios: «Acercaos más todavía, guerreros, y acabemos cuanto antes. Aquí tan solo morirán aquellos a los que el destino haya elegido para hacerlo». Inmediatamente se vio cómo sus escudos se cubrían con los venablos lanzados.

2133 ¿Qué más puedo contar? Unos mil doscientos hombres intentaron abrirse paso avanzando y retrocediendo. Los extranjeros enfriaban su ardor hiriéndoles gravemente. Ninguno podía poner fin a aquella lucha. Pronto se vio correr ríos de sangre

2134 que manaban de las mortales heridas. Muchos allí perdieron la vida. Se oía a muchos lamentar la pérdida de sus amigos. Muchos poderosos y altivos guerreros de Atila habían perecido. Sus parientes queridos lloraron amargamente su muerte.

Canto XXXVII

De cómo murió Rúdiger

2135 AQUELLA MAÑANA los extranjeros habían luchado muy bravamente. El esposo de Gotelinda llegó al patio del castillo. Vio las terribles pérdidas que habían sufrido ambas partes. Honda y amargamente lloró el bravo y muy leal Rúdiger.

2136 «¡Ay, desdichado de mí», exclamó el guerrero, «por haber venido al mundo! ¿No hay nadie que ponga fin a esta desgraciada lucha? Por mucho que yo desee acordar una tregua, el rey no lo permitirá, porque su desconsuelo se hace más grande cada instante que pasa».

2137 Entonces el buen Rúdiger mandó un mensaje a Teodorico para ver si entre los dos podían cambiar la suerte de los tres reyes. El señor de Verona respondió a su recado: «¿Quién concertará la paz? El rey Atila desea que no se interponga nadie».

2138 Entonces un caballero huno vio a Rúdiger con los ojos bañados en lágrimas; muchas eran las que ya había derramado. Dijo así el guerrero a la reina: «¡Ved allí al que tiene mayor poder después de Atila

2139 y al que tierras y vasallos le tributan obediencia! ¿Cómo es posible que Rúdiger tenga asignados tantos castillos si no fuera porque los ha recibido de la generosidad del rey? No ha descargado un solo golpe apreciable durante toda esta lucha.

2140 No parece que le importe lo que aquí está pasando, pues cuanto desea lo posee en gran abundancia. De él se dice que es más valiente que nadie, pero en el peligroso trance en que nos encontramos lo ha demostrado muy poco».

2141 Con el alma entristecida, aquel muy leal guerrero contempló al que así hablaba, y este era su pensamiento: «¡Habrás de pagar por esto, pues me has llamado cobarde! ¡Has pronunciado muy alto tus palabras en la corte!».

2142 Cerrando fuertemente los puños, se abalanzó sobre el huno y le asestó tan duro golpe que en ese mismo instante hizo que cayera allí muerto a sus pies. Con ello el dolor del rey Atila no hizo más que acrecentarse.

2143 «¡Vete, probado cobarde!», dijo Rúdiger. «Ya tengo suficiente con mi dolor y tristeza. ¿Cómo puedes reprocharme no haber luchado aquí? Tengo todos los motivos para ser hostil a los huéspedes

2144 y les hubiera causado todo el daño que estuviera en mi mano, si no hubiera sido yo quien los condujo hasta aquí. Yo mismo fui quien les dio escolta hasta el país de mi señor. Por esa razón no debo, yo, que soy extranjero, combatir contra ellos».

2145 Entonces el altivo rey Atila respondió al margrave: «¿Es así como nos ayudáis, mi muy noble señor Rúdiger? Tenemos ya tantos muertos en nuestras filas que no necesitamos que vos vengáis a aumentarlos. No debíais haberlo hecho».

2146 Respondió el noble caballero: «Atentó muy gravemente contra mi honor y me reprochó mi patrimonio y los bienes que tan generosamente recibí de vuestras manos. Alto precio ha pagado el farsante».

2147 Se acercó entonces la reina, que había presenciado cómo sucumbía el huno por la cólera de Rúdiger. Su lamento fue inmenso; sus ojos se llenaron de lágrimas. Le dijo a Rúdiger: «¿Qué hemos hecho para merecer

2148 que aumentéis aún más, si cabe, el dolor del rey y el mío? ¿Acaso no habéis dicho siempre, noble Rúdiger, que estabais dispuesto a arriesgar por nosotros vuestro honor y vuestra vida? He oído a muchos guerreros hablar de vos con palabras de elogio.

2149 Os recuerdo la ayuda que prometisteis levantando vuestra mano cuando me aconsejasteis, valeroso caballero, que desposara a Atila. Me jurasteis entonces que estaríais a mi servicio hasta vuestra muerte o la mía. Jamás como ahora, a mí, que soy una pobre mujer, me hizo tanta falta vuestro auxilio».

2150 «No puedo negaros eso. Os juré, noble señora, que arriesgaría por vos mi honor y también mi vida, pero en ningún momento juré que habría de perder mi alma. Fui yo quien trajo a las fiestas a estos príncipes de tan ilustre linaje».

2151 Dijo ella: «Pensad, Rúdiger, en vuestra lealtad y constancia y también en el juramento que hicisteis de vengar los agravios que me causasen y todos mis sufrimientos». Contestó así el margrave: «Jamás os he negado ninguna cosa».

2152 También el poderoso Atila comenzó a suplicarle. Entonces se echaron los dos a los pies de su vasallo. Aquel gesto conmovió muy grandemente al margrave. El muy noble guerrero habló apesadumbrado:

2153 «¡Ay, pobre de mí, abandonado por Dios, que haya tenido que vivir este trance! Ahora debo renunciar a mi honor, a mi lealtad y a las virtudes que el Señor tuvo a

bien concederme. ¡Ay, Dios del Cielo!, ¿por qué no me libra la muerte de esta deshonra?

2154 Aquello que me niegue a hacer o bien decida emprender siempre será muy mezquino y muy bajo. Pero si no tomo partido, seré despreciado por todos. ¡Que me guíe entonces aquel que me dio la vida!».

2155 El rey y la reina insistieron tenazmente en sus súplicas. Por ello muchos guerreros perderían después la vida a manos de Rúdiger, y también el mismo héroe. Ahora conoceréis el triste final que tuvo.

2156 Sabía que no sufriría más que daños y atroces padecimientos. De buena gana se habría negado a lo que el rey y la reina le pedían. Mucho temía que si daba muerte a un burgundio el mundo entero lo odiase.

2157 Habló entonces al rey aquel valeroso caballero: «Quedaos, señor, con todo aquello que me disteis, las tierras y los castillos. No quiero nada de ello. Deseo marcharme a pie sin posesiones rumbo a tierras extranjeras».

2158 Respondió el rey Atila: «¿Quién me ayudará entonces? Te daré en propiedad, Rúdiger, esas tierras y esos castillos para que me vengues de mis implacables enemigos. Al lado de Atila, serás un rey poderoso».

2159 Dijo de nuevo Rúdiger: «¿Cómo podría hacer tal cosa? Yo mismo invité a los burgundios a mi casa. Les ofrecí mi comida y mi bebida y también les entregué mis regalos. ¿Cómo puedo ahora colaborar en su muerte?

2160 Quizá la gente piense de mí que me falta coraje. Jamás me negué a servir a los dignos príncipes y a sus vasallos. Lamento amargamente haber creado con ellos vínculos de parentesco.

2161 Mi hija se la entregué al noble guerrero Giselher. No podía ella haber encontrado a nadie mejor en

esta tierra en lo que se refiere al honor, fama, gentileza y fortuna. Jamás conocí a un rey tan joven con tan excelentes virtudes».

2162 Entonces volvió a hablar Crimilda: «Muy noble Rúdiger: apiádate del tormento que sufrimos tanto el rey como yo. Ten presente que ningún anfitrión tuvo nunca tan abominables huéspedes».

2163 Respondió el margrave a la noble reina: «Hoy pagará Rúdiger con su vida por todos los dones que vos y el rey me habéis hecho. Debo morir por esa razón, sin que pueda mi muerte demorarse por más tiempo.

2164 Sé muy bien que, antes de que acabe el día, mis tierras y mis castillos volverán a vuestras manos cuando me dé muerte un burgundio. Encomiendo a vuestra clemencia la protección de mi mujer y de mi hija, y también de los guerreros extranjeros que quedan en Bechelaren».

2165 «¡Que Dios te lo pague, Rúdiger!», contestó entonces el rey. Tanto el rey como la reina se mostraron muy contentos. «Los tuyos no quedarán desamparados. Pero confío en mi buena fortuna y creo que saldrás bien librado de este trance».

2166 Ponía en juego el margrave su vida y, también, su alma. Entonces la mujer de Atila prorrumpió en amargo llanto. Así habló Rúdiger: «Debo cumplir ahora con lo que os he jurado. ¡Qué desgracia, amigos míos! Voy a combatir contra vosotros a pesar de lo que mi voluntad me demanda».

2167 Se lo vio entristecido alejarse del rey. No muy lejos de él se encontraban sus hombres. Les dijo: «¡Armaos todos, guerreros! Para mi desgracia me veo obligado a combatir contra los bravos burgundios».

2168 Ordenaron inmediatamente que fueran a buscar sus armas. Sus escuderos entonces les trajeron sus escudos y sus yelmos. Pronto los orgullosos extranjeros habrían de conocer una funesta noticia.

2169 Se armaron entonces Rúdiger y quinientos guerreros. Acudieron en su ayuda otros doce caballeros que querían ganar su fama en el peligro de la lucha. No sabían por entonces que la muerte estaba cerca.

2170 Se vio entonces avanzar a Rúdiger cubierto con su yelmo. Los vasallos del margrave empuñaban, en una mano, espadas muy aceradas y, en la otra, grandes escudos brillantes. Cuando vio esto, el juglar sintió una pena muy amarga.

2171 También el joven Gíselher vio cómo su suegro avanzaba, bien sujeta su celada. ¿Cómo podía él imaginar que Rúdiger viniera con intenciones que no fuesen las mejores? Mucho se alegró el joven príncipe al verlo.

2172 «Me siento muy dichoso», dijo el bravo Gíselher, «por haber ganado tales parientes en el curso de este viaje. Ahora nos serán útiles mis nupcias. Mucho me alegro del matrimonio que contraje».

2173 «No sé de qué os alegráis tanto», dijo el juglar. «¿Dónde habéis visto avanzar tantos guerreros cubiertos con sus yelmos y empuñando sus espadas para concertar un acuerdo? Rúdiger quiere ser propietario a nuestra costa de sus castillos y sus tierras».

2174 Antes de que el juglar hubiera terminado sus palabras, el noble Rúdiger había llegado ante el palacio. Puso su buen escudo a sus pies. Había llegado la hora de negar a sus amigos su saludo y su servicio.

2175 El noble margrave gritó a los que se encontraban dentro de la sala: «¡Bravos nibelungos, aprestaos to-

dos a vuestra defensa! Deberíais haber aprovechado mi amistad, pero ahora vengo a daros muerte. Antes éramos amigos, pero ahora ya no puedo mantener esa lealtad».

2176 Aquellas palabras sobrecogieron a los ya hostigados héroes, pues ninguno de ellos se alegraba de ver que quien era su amigo iba a combatir contra ellos. Sus enemigos ya les habían hecho sufrir bastante.

2177 «No quiera el Dios del Cielo», dijo el noble Günter, «que renunciéis a la generosidad y a la gran lealtad que siempre nos habéis mostrado. Confío en que no lo haréis jamás».

2178 «No puedo obrar de otro modo», dijo el valeroso guerrero. «Tengo que luchar contra vosotros porque así lo he prometido. Defendeos ahora, bravos guerreros, si apreciáis vuestras vidas. La esposa del rey Atila no me deja liberarme de mi vínculo».

2179 «Habéis tardado mucho en declararnos la guerra», dijo el orgulloso rey. «Que Dios os premie, noble Rúdiger, la lealtad y el afecto que nos habéis demostrado, si accedéis a mantener hasta el final vuestra benevolencia.

2180 Mis parientes y yo siempre nos sentiremos agradecidos por todo lo que nos disteis si nos dejáis con vida. Acordaos, noble Rúdiger, de los magníficos regalos que nos hicisteis cuando con toda lealtad nos guiasteis hasta el país de Atila».

2181 «¡Cuán grato me sería», exclamó el bravo Rúdiger, «colmaros a manos llenas de abundantes regalos, tal y como era mi esperanza! Los daría generosamente si nadie me lo reprochase».

2182 «Desechad vuestros planes, bravo Rúdiger», dijo Gérnot, «pues jamás hubo ningún señor que tratara con más lealtad a sus invitados que como vos lo habéis he-

cho. Deberíais recibir vuestra recompensa si es que seguimos viviendo».

2183 «¡Ojalá quisiera Dios, noble Gérnot», dijo Rúdiger, «que estuvierais junto al Rin, y que yo hubiera tenido una muerte honrosa, pues tengo que combatiros! ¡Jamás hubo héroes extranjeros que fueran peor tratados por sus amigos!».

2184 «Que Dios os premie, señor Rúdiger», contestó Gérnot, «por vuestros excelentes regalos. Mucho me apena vuestra muerte, pues con ella perecerá vuestra virtud y vuestro coraje. Aquí llevo, noble héroe, la espada que me entregasteis.

2185 Nunca me abandonó en los más penosos trances. Más de un caballero ha muerto por los golpes de su acero. Es leal y virtuosa y también noble y honrada. No creo que jamás un caballero vuelva a hacer tan preciado regalo.

2186 Si no desistís de vuestra idea y decidís atacarnos, dando muerte a alguno de mis amigos que se encuentran en esta sala, yo mismo os mataré con vuestra propia espada. Mucho lo lamentaré por vos, Rúdiger, y también por vuestra muy digna esposa».

2187 «¡Quiera Dios, señor Gérnot, que se cumplan vuestros deseos y que vuestros amigos y parientes puedan salvar su vida! Mi hija y mi esposa quedarían entonces confiadas a vuestro cuidado».

2188 Habló entonces el héroe de Burgundia, el hijo de la hermosa reina Ute[170]: «¿Por qué obráis así, señor Rúdiger? Todos los que han venido conmigo os tienen en gran aprecio. Hacéis muy mal atacándonos. Vais a hacer que vuestra preciosa hija se convierta en viuda muy pronto.

2189 Si vos y vuestros guerreros nos atacáis ahora, pagaréis mal la confianza que deposité en vuestra persona, por encima de otros hombres, al tomar a vuestra hija como esposa».

2190 «Si Dios os permite salir vivo de este trance, recordad, noble y orgulloso rey, que habéis comprometido vuestra palabra», dijo Rúdiger. «No permitáis que mi hija tenga que pagar por mi causa. En nombre de vuestro honor, tened clemencia con ella».

2191 «¡Es de justicia que lo haga!», dijo el joven Giselher, «pero si mis nobles parientes que aún se encuentran dentro de esta sala murieran a vuestras manos, los lazos leales de parentesco que me unen a vuestra hija y a vos por fuerza habrían de romperse».

2192 «¡Entonces que Dios tenga piedad de nosotros!», dijo el osado guerrero. Alzaron luego sus escudos, disponiéndose a atacar a los extranjeros en la sala de Crimilda. En aquel momento Hagen, desde lo alto de las escaleras, gritó con voz tonante:

2193 «¡Deteneos un instante, noble Rúdiger! Mis señores y yo aún tenemos que deciros algo. La necesidad nos obliga a mencionarlo. ¿Qué gana el rey Atila con la muerte de nosotros, que somos extranjeros?

2194 Me encuentro en un grave aprieto», prosiguió Hagen. «Los hunos han destrozado el escudo que en su día me regaló doña Gotelinda. Lo traje amistosamente aquí, a la tierra de Atila.

2195 Ojala el Dios del Cielo me permitiera llevar otro tan bueno como el que vos, Rúdiger, lleváis en vuestro brazo. En tal caso, no necesitaría protegerme en el combate con ninguna cota de malla».

2196 «De buen grado os daría mi escudo si me atreviese a entregároslo ante los ojos de Crimilda. Pero no importa; tomadlo y llevadlo en vuestro brazo. ¡Ojalá pudierais llevarlo al país de los burgundios!».

2197 Cuando entregó su escudo de forma tan generosa, fueron muchos los ojos que enrojecieron de lágrimas. Este fue el último regalo que hizo a un guerrero Rúdiger de Bechelaren. Ya no tendría ocasión de hacer ninguno más en su vida.

2198 Por duro que fuera el corazón de Hagen y a pesar de su furia, no pudo por menos de emocionarse ante el regalo que el noble héroe le hacía, tan cerca ya de su muerte. Más de un noble caballero se afligió con él.

2199 «¡Que el Dios del Cielo os lo pague, noble Rúdiger! Nunca habrá en adelante nadie que haga tan magníficos regalos a guerreros extranjeros. ¡Ojalá quiera el Señor que perduren por siempre vuestras virtudes!

2200 ¡Cuánto lamento este suceso!», dijo Hagen. «Ya hemos tenido que soportar muchas penas. ¡Que Dios se apiade de nosotros si tenemos que combatir contra los que son nuestros amigos!». Respondió el margrave: «Es tan grande vuestro dolor como el mío».

2201 «¡Que Dios os recompense por vuestro regalo, noble Rúdiger! Independientemente de cómo procedan estos caballeros hacia vos en el combate, mi mano jamás se alzará contra vuestra persona, incluso si dierais muerte a todos los guerreros de Burgundia».

2202 Ante aquellas palabras, el noble Rúdiger se inclinó muy cortésmente. De todas partes se oyó a las gentes lamentarse, pues no había nadie que pudiera poner fin a aquel tormento. Su desconsuelo era inmenso. Con Rúdiger moriría el padre de las virtudes más nobles.

2203 Entonces el juglar Vólker habló desde dentro de la sala: «Puesto que Hagen, mi amigo, os ha ofrecido la paz, yo mismo haré otro tanto. Muy bien os la merecisteis cuando llegamos a esta tierra.

2204 Noble margrave, vos seréis mi mensajero. Estos brazaletes de oro rojo me los dio la margravina para que los llevara en esta fiesta. Vos mismo podéis verlos y dar fe de que los llevo[171]».

2205 «¡Ojalá quisiera el Dios del Cielo», dijo Rúdiger, «que la margravina os hubiese hecho aún más regalos! Me complacerá llevar estas noticias a mi muy querida esposa, si es que alguna vez la veo. No tengáis duda de ello».

2206 Cuando hubo prometido esto, Rúdiger alzó su escudo y dio rienda suelta a su furia. Ya no esperó nada más y se abalanzó como un héroe contra los extranjeros. El valeroso margrave asestó más de un golpe formidable.

2207 Retrocedieron ante él Hagen y Vólker, pues así lo habían prometido los dos valientes caballeros. Pero Rúdiger se encontró delante de la puerta con tan bravos guerreros que comenzó el combate con grandes dificultades.

2208 Animados por su deseo de venganza, Gúnter y Gérnot le permitieron que se adentrara en la sala. Eran ambos auténticos guerreros. Gíselher se mantenía apartado de la lucha, pues sentía una tristeza sincera. Confiaba aún en salvar su vida, evitando a Rúdiger en la pelea.

2209 Entonces arremetieron contra sus enemigos los vasallos del margrave. Se les vio seguir a su señor como valientes guerreros. Empuñaban en sus manos muy afilados aceros. Con ellos quebraron muchos escudos y yelmos.



2210 Los agotados burgundios respondieron a los guerreros de Bechelaren con golpes tan formidables que sus espadas atravesaban sus corazas relucientes hasta las mismas entrañas. Realizaron las más increíbles proezas en medio de aquella batalla.

2211 La noble hueste de Rúdiger ya había para entonces penetrado en la sala. Al momento Hagen y Vólker se lanzaron contra ellos. No daban cuartel a nadie, con la excepción de un solo hombre[172]. La sangre corría por las celadas de los golpes que descargaban sus manos.

2212 ¡Con qué terrible estruendo resonaba allí el choque de tantas espadas! Bajo sus golpes muchos herrajes saltaban de sus refuerzos, y las joyas de los escudos caían destrozadas y teñidas en sangre. Combatían tan encarnizadamente como no se volverá a ver nunca.

2213 El señor de Bechelaren se abría paso a un lado y a otro como solo un bravo héroe sabe hacer en la batalla. Aquel día Rúdiger demostró, más allá de toda duda, ser un arrojado guerrero muy digno de alabanza.

2214 Gúnter y Gérnot se mantenían firmes sin ceder un solo palmo. En la batalla dieron muerte a más de un guerrero. Gíselher y Dánkwart se mostraban impasibles, repartiendo golpes a diestro y siniestro y haciendo que en aquel lugar muchos viviesen su última hora.

2215 De manera incuestionable mostraba Rúdiger la calidad de sus armas, su gran fuerza y su coraje. ¡Cuántos fueron los héroes que murieron por su mano! Al ver esto, un burgundio[173] sintió un arrebato de furia. La muerte del noble Rúdiger estaba cada vez más cerca.

2216 El valeroso Gérnot llamó al héroe. Así le dijo al margrave: «Noble Rúdiger, veo que no queréis dejar con

vida a ninguno de mis hombres. Esto me duele profundamente y no puedo tolerarlo por más tiempo.

2217 El regalo que me habéis hecho podría muy bien causar vuestra pérdida, pues son muchos los amigos que me habéis arrebatado. Volveos y hacedme frente, muy noble y esforzado caballero. Haré todo lo que pueda para ser digno merecedor de vuestro obsequio».

2218 Antes de que el margrave pudiera abrirse paso hacia él, muchas relucientes cotas de malla quedaron teñidas en sangre. Aquellos hombres, ávidos de honores, se lanzaron el uno contra el otro. Cada uno se protegía con su escudo para evitar heridas mortales.

2219 Sus espadas estaban tan afiladas que no existía ninguna protección contra ellas. Entonces Rúdiger el guerrero asestó un golpe tan fuerte al duro yelmo de Gérnot que la sangre empezó a brotar profusamente. El bravo y esforzado caballero no tardó en devolver aquel golpe.

2220 Blandió en alto con su mano el regalo que Rúdiger le había hecho[174] y, aunque herido de muerte, le asestó tan fuerte golpe que, atravesando su escudo, penetró hasta la correa del yelmo[175]. Perdió entonces la vida el esposo de Gotelinda.

2221 Nunca tuvo peor recompensa un regalo tan preciado. Ambos sucumbieron entonces, Gérnot y Rúdiger, el uno a manos del otro. Al contemplar tan gran desgracia, Hagen mostró su cólera.

2222 Habló así el héroe de Tronje: «Muy grande es nuestra desdicha. Con la muerte de estos dos caballeros hemos sufrido una grandísima pérdida. Ni sus gentes ni su tierra podrán jamás sobreponerse a ella. Nosotros, extranjeros burgundios, haremos que los guerreros de Rúdiger lo paguen muy caro».

2223 «¡Ay dolor! ¡Qué desdichado mi hermano[176]! ¡Las malas noticias nos llegan por doquier! También debo lamentar por siempre la muerte del noble Rúdiger. La pérdida y el dolor alcanzan igualmente a las dos partes».

2224 Cuando el señor Gíselher vio muerto a su hermano, los que estaban en la sala[177] sufrieron terriblemente. La muerte buscaba afanosamente a aquellos que iban a ser sus vasallos. De los guerreros de Bechelaren no consiguió salir con vida ni uno solo de ellos.

2225 Gúnter y Gíselher, y también Hagen, Dánkwart y Vólker, los muy nobles guerreros, se dirigieron adonde yacían tendidos los dos hombres. Mucho lloraron y se lamentaron los héroes.

2226 «La muerte nos golpea ferozmente», dijo el joven Gíselher. «Dejemos ahora de lamentarnos y salgamos al aire libre para refrescar las corazas de los que estamos agotados por la lucha. ¡No creo que el Dios del Cielo nos quiera dejar mucho más tiempo con vida!».

2227 Se veía a muchos valientes sentados y a otros que se apoyaban en sus escudos. Hacían de aquella forma un descanso. Todos los vasallos de Rúdiger yacían muertos en el suelo. Había cesado el estruendo. Tanto se prolongaba la calma que se enojó el rey Atila.

2228 «¡Qué desgracia!», dijo la esposa del rey. «¿Es así cómo nos sirven? No podemos confiar lo bastante en la lealtad de esos guerreros para que nuestros enemigos reciban el castigo que merecen a manos de Rúdiger. Va a conseguir que regresen vivos a la tierra de Burgundia.

2229 ¿De qué nos ha servido, rey Atila, que le hayamos entregado todo aquello que él quería? El caballero no ha obrado como en justicia debía. Aquel que iba a vengar-

nos intenta ahora llegar a un acuerdo». A aquellas palabras respondió Vólker, el bravo guerrero:

2230 «Desgraciadamente, noble esposa de Atila, nada de eso es cierto. Si me atreviese a decir que una noble señora como vos miente, diría entonces que habéis mentido de la forma más infame en lo que atañe a Rúdiger. Si él y sus guerreros andaban buscando un pacto, han salido defraudados.

2231 Cumplió tan celosamente las órdenes que le dio su rey, que él y toda su hueste yacen ahora muertos. Mirad a vuestro alrededor, Crimilda, y buscad a alguien que os obedezca. El valiente Rúdiger os ha servido hasta el último momento.

2232 Si no deseáis creerme, podéis verlo por vos misma». Se lo mostraron entonces para herir a la reina dónde más le dolía. Trajeron el cadáver destrozado del héroe adonde el rey pudiera verlo. Jamás los guerreros de Atila sintieron dolor tan grande.

2233 Ningún escribano sabría poner por escrito, ni tampoco dar cuenta, de las muchas señales de dolor con que mujeres y hombres mostraban su desesperación cuando vieron transportar el cadáver del margrave.

2234 La pena de Atila era tan grande que en su desesperación los lamentos del poderoso rey resonaban como si fueran los rugidos de un león. De igual modo se afligía su esposa. Su dolor por la muerte del noble Rúdiger no tenía límite.



Canto XXXVIII

De cómo murieron todos los guerreros del señor Teodorico

2235 De todas partes se oían tales lamentos que las torres y el palacio entero retumbaban con el eco. Uno de los vasallos de Teodorico de Verona también podía escucharlos. ¡Con cuánta prisa corrió a dar la funesta nueva!

2236 Después habló así al príncipe: «¡Oídme, mi señor Teodorico! Jamás en toda mi vida he escuchado quejas tan desesperadas como las que han golpeado mis oídos. Me temo que el mismo Atila haya sufrido algún daño.

2237 ¿Cómo, si no, podrían ellos sentir un desconsuelo tan grande? Uno de ellos, bien el rey o bien Crimilda, ha debido de morir por el odio de los bravos extranjeros. ¡Cuántos valientes guerreros lloran ahora amargamente!».

2238 Habló entonces el campeón de Verona: «Mis queridos vasallos, no os precipitéis en vuestro juicio. Lo que los guerreros extranjeros han realizado lo hicieron llevados por la más imperiosa necesidad. Dejad que aprovechen la paz que yo les había prometido[178].

2239 Dijo entonces el bravo Wólfhart: «Iré allí a averiguar lo que han hecho y, una vez me haya enterado, os contaré después, mi muy querido señor, cuál es el motivo de sus lamentos».

2240 Dijo entonces el noble Teodorico: «Si allí donde se espera encontrar gente enojada, se hacen, además, preguntas inadecuadas, es muy fácil provocar su ira aún más si cabe. No quiero que seáis vos, Wólfhart, el que vaya a preguntarles».

2241 Pidió entonces a Hélpfrich[179]que se acercara a palacio y averiguara por los vasallos de Atila, o bien por los extranjeros, lo que estaba sucediendo. Nunca se había visto a tanta gente entregada a tan profundos lamentos.

2242 Preguntó el mensajero: «¿Qué es lo que ha sucedido aquí?». Le respondió uno de ellos: «Se acabó para nosotros la alegría que teníamos en la tierra de los hunos. Aquí yace muerto Rúdiger por la mano de los burgundios.

2243 De los que con él entraron en la sala ninguno ha quedado vivo». La pena que sentía Hélpfrich no podía ser más grande. Tampoco sentía deseos de llevar aquella infausta noticia. El mensajero volvió a Teodorico llorando muy amargas lágrimas.

2244 «¿Qué noticias nos traéis?», le preguntó Teodorico, «¿por qué lloráis tan desconsoladamente, señor Hélpfrich?». Respondió el noble guerrero: «Es natural que me lamente. El valeroso Rúdiger ha muerto a manos de los guerreros burgundios».

2245 Habló el caballero de Verona: «¡Quiera Dios que no sea cierto! ¡Sería una horrible venganza y una burla del demonio[180] ¿Qué pudo haber hecho Rúdiger para merecer semejante trato por parte de los burgundios? Bien sé que los extranjeros lo tienen en muy alto aprecio».

2246 A esto respondió Wólfhart: «Si son ellos los que lo han hecho, lo pagarán con su vida. Si tolerásemos esto, la vergüenza caería sobre nosotros, pues el bravo Rúdiger siempre puso su brazo a nuestro servicio[181].

2247 Mandó el señor de los amelungos[182]que confirmaran la noticia. Muy apesadumbrado, se sentó junto a una ventana y pidió a Hildebrando que fuera a preguntar a los extranjeros qué era lo que había sucedido.

2248 El maestro Hildebrando, el batallador guerrero, no empuñaba en su mano ni escudo ni espada. Deseaba presentarse ante los extranjeros como un recto y justo caballero. El hijo de su hermana[183]no tardó en reprochárselo sin que pasara mucho rato.

2249 Muy furioso, dijo Wólfhart: «Si vais allí desarmado, no pasará mucho tiempo sin que seáis el blanco de todas sus burlas, y volveréis avergonzado. Pero si vais bien armado, muchos de ellos se guardarán muy bien de hacer mofa».

2250 El veterano guerrero se armó, siguiendo el consejo del inexperto joven. Antes de que se percatara, todos los héroes de Teodorico se habían puesto ya su armadura y empuñaban sus espadas. El caballero lo lamentó grandemente. Mucho le hubiese gustado evitarlo.

2251 Les preguntó adónde se dirigían. «Deseamos acompañaros. Veremos entonces si el señor Hagen de Tronje se atreve a hablaros con burla, como normalmente hace». Cuando oyó aquellas palabras, el héroe permitió que lo acompañaran.

2252 Vio el bravo Vólker aproximarse a los guerreros de Verona, vasallos de Teordorico, todos ellos bien armados, con los escudos embrazados y las espadas al cinto. De ello dio cuenta a su señor de Burgundia.

2253 Dijo entonces el juglar: «Veo que se acercan como enemigos los hombres de Teodorico; vienen armados y ciñen celadas en sus cabezas. Se disponen a atacarnos.

Temo que esto acabe mal para nosotros, que aquí somos extranjeros».

2254 En aquel momento apareció Hildebrando. Colocó el escudo a sus pies y preguntó a los vasallos de Gúnter: «¡Ay, desgracia, dignos héroes! ¿Qué habéis hecho al noble Rúdiger?

2255 Me envía mi señor Teodorico para saber si la mano de alguno de vosotros dio muerte al noble margrave, tal y como se nos ha dicho. Jamás podríamos consolarnos de una desgracia tan grande».

2256 Respondió Hagen de Tronje: «Lo que os han contado es cierto. Por lo mucho que aprecio a Rúdiger, ¡cuánto hubiese deseado que el mensajero os hubiera mentido y que siguiera vivo aquel a quien mujeres y hombres han de llorar para siempre!».

2257 Cuando los guerreros dieron por cierto que el héroe había sucumbido, todos lloraron su muerte como su lealtad exigía. Se vio que por las barbas y barbillas de los vasallos de Teodorico corrían amargas lágrimas. Sentían un inmenso desconsuelo.

2258 Sígestap[184] duque de Verona, dijo entonces: «Se acabó el tiempo feliz que nos había procurado el margrave tras nuestros días de infortunio. Aquel que era la alegría de los desterrados yace ahora muerto en la persona de Rúdiger».

2259 Entonces Wolfwin, el guerrero amelungo, dijo: «Si yo viera muerto aquí a mi padre, no sentiría tanto dolor como hoy delante de Rúdiger. ¡Ay, dolor! ¿Quién consolará ahora a la esposa del noble margrave?»[185]

2260 Entonces, lleno de ira, habló el héroe Wólfhart: «¿Quién guiará a las huestes en las campañas guerreras

como solía hacerlo el margrave? ¡Qué desgracia para nosotros, noble Rúdiger, haberte perdido de esta manera!».

2261 Wólfprant[186] y Hélpfrich, así como Hélmnot[187] con todos sus amigos y parientes, lloraron su muerte. Hildebrando no pudo hacer más preguntas, pues se lo impedía su llanto. Dijo entonces: «Concedednos ahora, guerreros, aquello por lo que mi señor nos ha pedido que vengamos.

2262 Sacad el cadáver de Rúdiger de la sala y entregádnoslo. Con él muere toda nuestra alegría y solo nos queda la desesperación y el llanto. Dejadnos que le rindamos honores por la gran lealtad que siempre nos mostró a nosotros y a otros muchos caballeros.

2263 Al igual que el valiente Rúdiger, nosotros somos también extranjeros. ¿Por qué nos hacéis esperar? Dejad que nos lo llevemos para así poder rendirle homenaje tras su muerte. Mejor sería que se lo hubiéramos rendido cuando él estaba todavía vivo».

2264 Respondió entonces el rey Gúnter: «No existe mejor homenaje que el que rinde un amigo a otro cuando este muere. A un comportamiento tal es a lo que yo llamo guardar una lealtad sincera. Justo es que lo honréis, pues él os mostró su afecto».

2265 «¿Cuánto tiempo habremos de suplicar?», dijo Wólfhart el guerrero. «Ahora que aquel que era nuestra esperanza yace muerto por vuestra mano y que para nuestra desgracia ya nunca volveremos a disfrutar de su presencia, permitid que nos llevemos el cuerpo del caballero para darle sepultura».

2266 Contestó Vólker: «Nadie os lo entregará. Venid a recogerlo a la sala donde el héroe yace en un charco de

sangre que mana de sus heridas mortales. Ese sería el mejor homenaje que podríais rendir a Rúdiger».

2267 Habló entonces el valeroso Wólfhart: «Sabe Dios, señor juglar, que no necesitáis provocarnos. Basta para eso con el dolor que ya nos habéis causado. Si yo me atreviese a pelear contra vos delante de mi señor, saldríais muy malparado. No podemos combatir, pues nos han prohibido hacerlo».

2268 Respondió así el juglar: «Es grande el miedo que siente aquel que deja de hacer todo lo que le prohíben. No llamo yo a eso valentía en un guerrero». Buenas le parecieron a Hagen las palabras de quien era su compañero de armas.

2269 «¡Dejaos de burlas», respondió Wólfhart, «o desafinaré tanto las cuerdas de vuestra vihuela que cuando volváis al Rin tendréis para contar una historia interesante. Mi honor no me permite soportar vuestra altanera soberbia».

2270 Le contestó el juglar: «Si priváis a mis cuerdas de sus dulces melodías, tendré que oscurecer el brillo de vuestro yelmo con los golpes de mi espada, tanto si regreso como si no a la tierra de Burgundia».

2271 Wólfhart quiso entonces abalanzarse sobre él, pero se lo impidió su tío Hildebrando, que lo sujetó con firmeza. «Querías dejarte llevar por el arranque de ira del que es joven e inexperto. Habrías perdido de esa forma el favor de mi señor».

2272 «¡Soltad al león, maestro, ya que es tan feroz su ánimo! Pero si cae en mis manos», dijo Vólker, el bravo héroe, «aunque hubiese dado muerte al mundo entero, le asestaría tal golpe que jamás podría contarlo».

2273 La ira se apoderó entonces de los guerreros de Verona. Wólfhart, el bravo y esforzado guerrero, enarboló su escudo. Como un león furioso se lanzó a la lucha el primero. Sus amigos y parientes tuvieron que seguirlo a la carrera.

2274 Aunque corría a grandes zancadas, Hildebrando logró darle alcance cuando ya estaba al pie de las escaleras. No quería dejarle que entrara antes que él en combate. Llevados por su furia, encontraron muy pronto en los extranjeros lo que estaban buscando.

2275 El maestro Hildebrando se abalanzó sobre Hagen. Se oía en las manos de ambos héroes resonar el choque de los aceros. Se veía a los dos acometerse con saña. De los golpes de las espadas saltaban chispas de fuego.

2276 En el fragor de la batalla se separó el uno del otro. Aquello lo logró la furia de los guerreros de Verona. En el momento en que Hildebrando se hubo separado de Hagen, el vigoroso Wólfhart acometió al bravo Vólker.

2277 Tan fuerte fue el golpe que descargó sobre el juglar en su dura celada, que el filo de su espada penetró hasta las correas del yelmo. Pero el valiente juglar devolvió un golpe aún más fuerte, haciendo que de la coraza de Wólfhart saltasen chispas de fuego.

2278 De las cotas de malla de ambos se desprendían centellas. Era muy grande el odio que los movía. Los separó entonces Wolfwin, el guerrero de Verona. Solo un héroe como él era capaz de haberlo hecho.

2279 El noble rey Gúnter recibió a los famosos héroes del país amelungo ofreciéndoles de forma amistosa su mano[188] El señor Gíselher hizo teñir rojas de sangre muchas lustrosas celadas.

2280 Dánkwart, el hermano de Hagen, era un hombre sanguinario. Todo el daño que había hecho sufrir en la batalla a los guerreros de Atila hasta entonces no era más que un pequeño adelanto. El hijo del bravo Aldrian luchaba ahora con una furia sin freno.

2281 Rítschart[189] y Gérbart[190] y también Hélpfrich y Wíchart[191] nunca se habían arredrado en anteriores batallas. Muy bien se lo probaron a los vasallos de Gúnter. Se vio a Wólfprant dirigirse orgulloso a la refriega.

2282 El viejo Hildebrando luchaba como si estuviera enloquecido por la cólera. Muchos valientes caballeros cayeron bañados en sangre, abatidos bajo los golpes de espada que iba descargando Wólfhart. De aquella forma vengaban a Rúdiger aquellos nobles y muy esforzados guerreros.

2283 El señor Sígestap peleaba con la furia que correspondía a su coraje. ¡Cuántos buenos yelmos de sus enemigos hendió el hijo de la hermana de Teodorico en aquella batalla! Mejor no podía haber luchado en aquella dura pelea.

2284 Cuando el vigoroso Vólker vio que el valiente Sígestap hacía correr arroyos de sangre de las lorigas, no pudo el héroe evitar ser presa de la ira. De un salto salió corriendo a su encuentro. No tardó mucho el juglar con sus golpes

2285 en dar muerte al bravo Sígestap. Le mostró con tal contundencia la destreza que esgrimía en su arte, que Sígestap cayó allí muerto por los golpes de su espada. El anciano Hildebrando se cobró venganza, tal y como le exigía su ardor.

2286 «¡Ay, qué desgracia para mí! ¡Mi amado señor», dijo el maestro Hildebrando, «yace aquí muerto

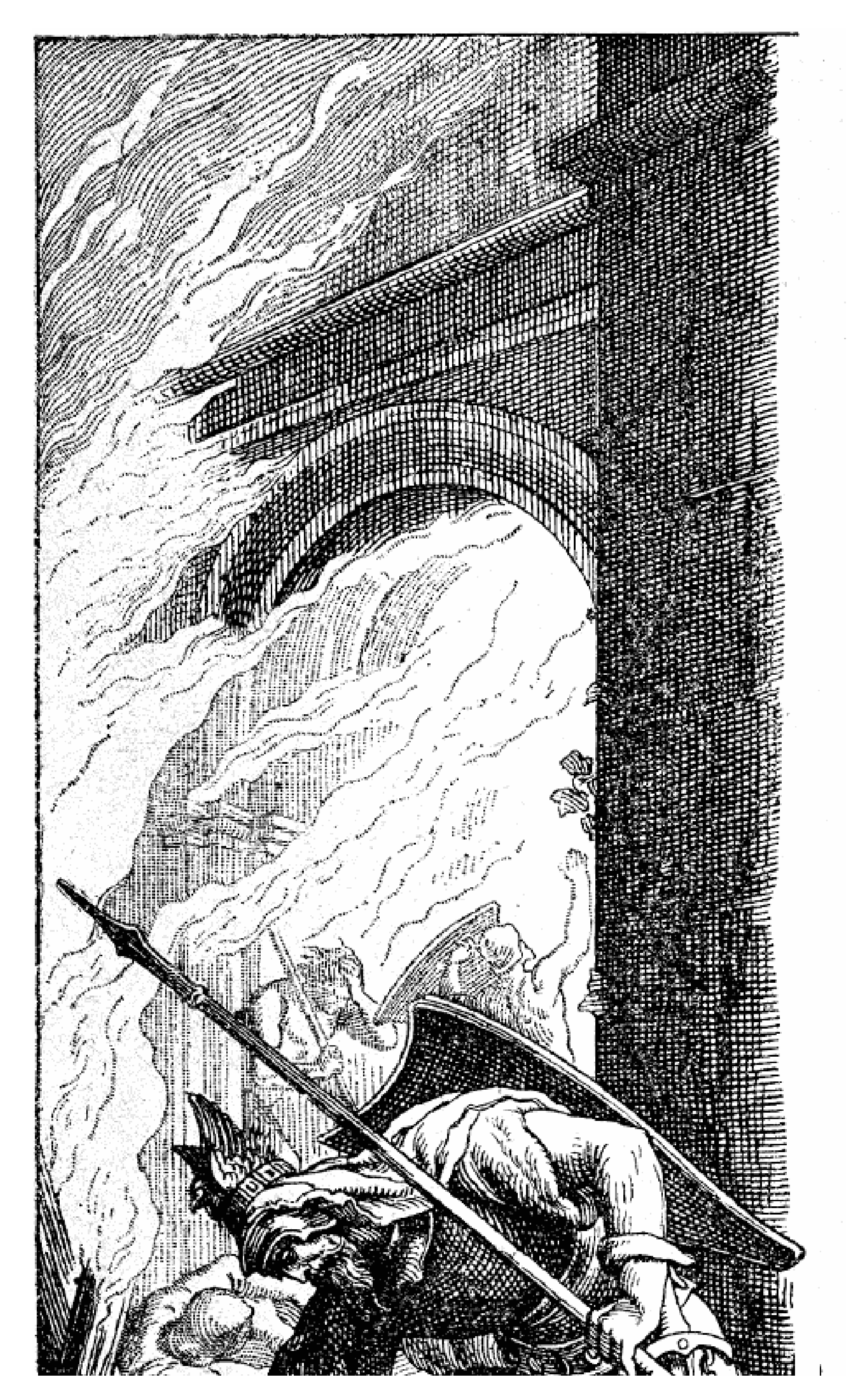
por la mano de Vólker! ¡Ese juglar no vivirá ya más tiempo!». ¿Podría ser aún más grande la furia de Hildebrando?

2287 Descargó sobre el bravo juglar Vólker un golpe tan violento que las correas de su yelmo y las abrazaderas de su escudo volaron hechas pedazos hacia el muro de la sala. De aquella manera halló la muerte el muy poderoso Vólker.

2288 Entonces entraron en lucha los hombres de Teodorico. Asestaban tales golpes que los anillos de las cotas de malla salían despedidos muy lejos y se veía cómo las puntas de las espadas saltaban también por el aire. Hacían correr de los yelmos ríos calientes de sangre.

2289 Entonces Hagen de Tronje vio que Vólker había muerto. Aquella fue la pérdida más amarga que sufriera en aquella fiesta de entre todos los que eran sus deudos y vasallos. ¡Ay! ¡De que forma tan terrible vengó Hagen al guerrero!

2290 «¡No disfrutará de su victoria el viejo Hildebrando! Aquel que siempre me dio su ayuda, el mejor compañero de armas que jamás tuve, yace ahora muerto a manos de ese guerrero». Alzando su escudo, Hagen se abrió camino asestando golpes a diestro y siniestro.





2291 El poderoso Hélpfrich dio muerte a Dánkwart. Gúnter y Gíselher sintieron gran pena cuando lo vieron caer en medio de la refriega. Pero ya antes el héroe había vengado con creces su propia muerte.

2292 Mientras tanto Wólfhart se abría paso golpeando a un lado y a otro a los vasallos de Gúnter. Por tres veces ya había dado vueltas a toda la sala. Eran muchos los guerreros que habían muerto por su espada.

2293 El señor Gíselher llamó entonces a Wólfhart: «¡Qué lástima no haber tenido nunca antes a un enemigo tan fiero! Noble y bravo caballero, venid a darme la cara. Quiero contribuir a poner fin a esta batalla. Esto ya no puede durar más tiempo».

2294 Wólfhart se volvió hacia Gíselher para hacerle frente. Cada uno causó al otro graves y dolorosas heridas. Se abalanzó con tal fuerza contra el rey que la sangre de sus pies le salpicaba hasta la misma cabeza.

2295 Con feroces y temibles golpes el hijo de la bella reina Ute recibió al bravo héroe. Por fuerte que fuese aquel caballero, no podía seguir viviendo más tiempo. Jamás hubo un rey tan joven que fuese a la vez tan valiente.

2296 El fortísimo golpe que asestó a Wólfhart logró atravesar su coraza e hizo que de su herida manara sangre como si fuera una fuente. Había herido mortalmente al vasallo de Teodorico. Nadie salvo aquel guerrero habría podido hacerlo.

2297 Cuando el bravo Wólfhart se sintió herido, dejo caer el escudo y blandió en alto, con las dos manos, un poderoso y muy afilado acero. El guerrero golpeó a Gíselher atravesando su yelmo y también su cota de malla.

2298 Ambos, el uno al otro, se dieron una muerte horrenda. Ahora ya no quedaba con vida ni uno solo de los

vasallos de Teodorico. El viejo Hildebrando vio cómo Wólfhart sucumbía. No creo que aquel anciano hubiera sufrido tanto en toda su vida.

2299 Ahora ya habían muerto todos los vasallos de Günter y también todos los de Teodorico. Hildebrando se acercó al lugar donde había caído Wólfhart en medio de un charco de sangre. Tomó en sus brazos al bravo y valeroso guerrero.

2300 Pretendió llevarlo consigo sacándolo de la sala, pero la carga era tan pesada que tuvo que dejarlo allí, tendido en el suelo. Entonces el moribundo abrió sus ojos bañados en sangre y vio que su tío estaba intentando ayudarlo.

2301 El que iba a morir habló entonces: «Querido tío, ya no podéis ayudarme; ¡haríais mucho mejor guardándoos ahora de Hagen! Animan su corazón sentimientos que son de furiosa ira.

2302 Si mis parientes, aquellos que son los más queridos y próximos, quieren llorar por mi muerte, decidles que se ahorren las lágrimas, pues no hay razón para ello. Muero a manos de un rey una muerte gloriosa.

2303 Además, he hecho pagar por mi vida un precio tan alto en esta sala, que las esposas de muchos valerosos caballeros tendrán motivos de llanto. Si alguien os pregunta, podréis decir con certeza que con tan solo mis manos he dado muerte a más de cien adversarios».

2304 Los pensamientos de Hagen se dirigían al intrépido juglar a quien el valiente Hildebrando había quitado la vida. Así le dijo al héroe: «¡Habréis de pagar mi duelo! ¡Habéis dado muerte a muchos de nuestros bravos guerreros!».

2305 Asestó un golpe con tal fuerza sobre Hildebrando que se oyó resonar a Bálmung, la espada que el audaz Hagen había arrebatado a Sigfrido cuando dio muerte al héroe. Pero el anciano supo aguantar con firmeza, pues le sobraba coraje.

2306 El caballero de Teodorico descargó sobre el héroe de Tronje un golpe con una ancha espada de muy afilado acero. No pudo, sin embargo, herir al vasallo de Gúnter. Hagen, por el contrario, pudo traspasar de un tajo su reluciente coraza.

2307 Al notar que estaba herido, el anciano Hildebrando temió sufrir aún más daño a manos del fiero Hagen. El vasallo de Teodorico echó el escudo a su espalda. Aunque gravemente herido, el guerrero logró escaparse de Hagen.

2308 De todos los guerreros que seguían vivos tan solo quedaban Günter y Hagen. Todo cubierto de sangre huyó de allí el anciano Hildebrando. Iba a llevar a Teodorico la desgraciada noticia.

2309 Lo encontró sentado, presa de una profunda tristeza. Mayor dolor sintió aún al ver la armadura de Hildebrando toda teñida en sangre. Entre la angustia y el desasosiego, le preguntó qué es lo que había sucedido.

2310 «Decidme, maestro Hildebrando, ¿cómo es que venís bañado en vuestra propia sangre? ¿Quién es la persona que os ha herido? Debéis de haber combatido en la sala con los extranjeros. ¡Os lo prohibí tan rigurosamente que deberíais haberlo evitado!».

2311 Entonces Hildebrando respondió a su señor: «Fue Hagen quien lo hizo. Me causó esta herida en la gran sala, cuando intentaba alejarme del guerrero. Solo con

mucha dificultad logré salvar la vida y escapar de ese diablo».

2312 Entonces habló el señor de Verona: «Os merecéis lo que os ha sucedido. Bien me habíais oído asegurar mi amistad a esos guerreros, y habéis roto la paz que yo había concertado con ellos. ¡Si no fuera para mí una deshonra perpetua, os haría perder la vida!».

2313 «Señor Teodorico, no descarguéis en mí vuestra ira. Es ya bastante el daño que he sufrido con mis parientes y amigos. Queríamos sacar el cadáver de Rúdiger, pero los vasallos del rey Gúnter no nos dieron su permiso».

2314 «¡Ay, desdicha! ¡Qué gran sufrimiento el mío! ¡Ciertamente ha muerto Rúdiger! Ese dolor supera para mí todas las demás desgracias. La noble Gotelinda es la hija de mi tía. ¡Qué desconsuelo para los pobres huérfanos que quedan sin amparo en Bechelaren!».

2315 La muerte de Rúdiger le hacía recordar la leal amistad que los unía y las penas que los dos sufrieron juntos. Entonces prorrumpió en amargas lágrimas. El héroe tenía buena razón para ello. «¡Qué desgracia haber perdido al que era mi más fiel amigo! ¡Nunca olvidaré al vasallo del rey Atila!

2316 ¿Podéis decirme, maestro Hildebrando, con certeza quién fue el guerrero que dio muerte al señor Rúdiger?». Le respondió de este modo: «Fue el fuerte Gérnot quien lo hizo con su poderoso brazo. Pero este héroe murió también a manos de Rúdiger».

2317 Habló Teodorico a Hildebrando: «Decid a mis hombres que se armen a toda prisa. Yo mismo iré al combate. Pedidles que me traigan mi brillante armadura. Seré yo quien les pregunte a los guerreros de Burgundia».

2318 Así dijo el maestro Hildebrando: «¿Quién os acompañará? De vuestros hombres, el que aún queda vivo lo tenéis aquí, a vuestro lado. Soy yo el único de los que han sobrevivido; los demás han muerto todos». Se alarmó Teodorico al oír aquella noticia. Tenía toda la razón para ello,

2319 pues jamás había sentido tanto dolor en esta tierra. Así habló: «Si todos mis hombres han muerto, Dios se ha olvidado de mí, ¡del desgraciado Teodorico! Hasta ahora fui un rey noble, muy rico y poderoso».

2320 Continuó su discurso Teodorico: «¿Cómo pudo suceder que hayan sucumbido todos esos dignos héroes a manos de guerreros exhaustos por los combates y ya al borde de sus fuerzas? Si no fuera por mi malhadado sino, la muerte les sería ajena.

2321 Puesto que no puedo evitar mi infortunado destino, decidme si aún queda vivo alguno de los extranjeros». Respondió el maestro Hildebrando: «Ni uno solo, a Dios pongo por testigo, que no sean Hagen y el honorable rey Gúnter».


Balmung

2322 «¡Ay, desgracia, querido Wólfhart! ¡Si a ti también te he perdido, tendré todos los motivos para lamentar haber nacido! ¡Sígestap, Wolfwin y también Wólfbrant! ¿Quién me habrá de ayudar para regresar al país de los amelungos?

2323 Si han dado muerte al valeroso Hélpfrich, y también a Gébart y a Wíchart, ¿cómo podré jamás consolarme por su pérdida? Este es para mí el último día de alegría. ¡Cómo lamento que no se pueda morir de pena y de tristeza!».

Canto XXXIX

De cómo el señor Teodorico luchó con Gúnter y Hagen

2324 ENTONCES EL SEÑOR Teodorico buscó su propia armadura. El maestro Hildebrando lo ayudó a colocársela. Tan fuerte se lamentaba el corpulento varón que resonaba la sala con su muy potente voz.

2325 Recobró entonces el coraje que anima a los verdaderos héroes. Mientras se armaba el noble caballero, su cólera iba creciendo. Tomó en su mano un escudo firme y recio. Se fueron de allí en seguida él y el noble Hildebrando.

2326 Habló entonces Hagen de Tronje: «Veo acercarse al señor Teodorico. Quiere lanzarse contra nosotros por el inmenso dolor que aquí ha sufrido. Hoy se verá claramente cuál de los dos es el guerrero más bravo.

2327 Por muy fuerte y temible que se crea el señor Teodorico», dijo Hagen, «si quiere cobrarse venganza por el daño que se le ha hecho, no tengo ningún temor a la hora de atreverme a plantarle cara yo mismo».

2328 Teodorico e Hildebrando oyeron aquellas palabras. Luego el señor de Verona se dirigió adonde se encontraban los dos guerreros, apoyados sobre el muro del exterior de la sala. Puso entonces Teodorico su buen escudo en el suelo.

2329 Lleno de dolor y pena, Teodorico les dirigió estas palabras: «¿Por qué habéis obrado de ese modo contra mí, poderoso rey Gúnter, que soy extranjero en esta tierra? ¿Qué daño os he causado? Me habéis privado de todo lo que era mi consuelo.

2330 No os pareció suficiente el dolor que sufrimos cuando disteis muerte al bravo Rúdiger. Matasteis, además, a todos nuestros vasallos. Ciertamente, yo jamás os hubiera causado tan desmesurado daño.

2331 Pensad en vosotros mismos y en vuestra propia tristeza, en la muerte de vuestros amigos y en vuestro sufrimiento. ¿Es que acaso no se aflige vuestro ánimo, bravos guerreros? ¡Muy amarga es la pena que siento por la muerte del buen Rúdiger!

2332 No ha habido nunca ningún hombre que haya sufrido tanto dolor en este mundo. Prestasteis muy poca atención a mis penas y a las vuestras. Todos aquellos que eran la causa de mi alegría yacen ahora muertos por vuestra mano. Jamás podré encontrar consuelo por la muerte de los míos».

2333 «No es nuestra toda la culpa», dijo entonces Hagen. «Vuestros guerreros llegaron a esta sala muy armados y con una cuantiosa hueste. Creo que lo que aquí ha sucedido no se os ha contado cumplidamente».

2334 «Entonces ¿qué es lo qué debo creer? Hildebrando me contó que cuando mis guerreros amelungos os pidieron que les entregarais el cadáver de Rúdiger y lo sacarais de la sala, mofas y burlas fue lo único que recibieron».

2335 Habló después el soberano del Rin: «Dijeron que querían sacar de aquí el cuerpo de Rúdiger. Di orden de que se lo negasen[192]para agraviar al rey Atila, pero no

a vuestros vasallos. Entonces comenzó Wólfhart a lanzarnos graves injurias».

2336 Dijo el guerrero de Verona: «Así debió de suceder. Noble rey Gúnter, en nombre de vuestra nobleza os pido que me resarzáis de los males que por vuestra causa he sufrido, y que los reparéis, bravo caballero, de tal manera que yo pueda perdonarlos.

2337 Entregaos, sed mis prisioneros, vos y vuestro vasallo. Entonces evitaré, lo mejor que pueda, que aquí, en la tierra de los hunos, se os haga daño. No encontraréis en mí otra cosa que no sea indulgencia y lealtad».

2338 «No permita el Dios del Cielo», habló entonces Hagen, «que se rindan dos caballeros armados como estamos y dispuestos al combate, y a quienes sus enemigos aún no han podido apresar».

2339 Así les respondió Teodorico: «Gúnter y Hagen, no deberíais rehusar mi propuesta. Bastante habéis afligido ya mi corazón y mi alma. Sería justo que quisierais resarcirme por todos los males recibidos.

2340 Os juro de buena fe, y empeño con mi mano mi palabra, que os escoltaré yo mismo de regreso a vuestra patria. Os conduciré con los honores que os corresponden o, si no, he de perder la vida. En atención a vosotros olvidaré mi infinita desdicha».

2341 «Es inútil que insistáis», respondió Hagen. «Sería poco honroso para nosotros que se dijera que dos buenos guerreros se han rendido ante vos. Además, no vemos a vuestro lado a nadie más, a excepción de Hildebrando».

2342 Dijo entonces el maestro Hildebrando: «Bien sabe Dios, señor Hagen, que ha llegado la hora de que aceptéis de buen grado la paz que tan generosamente se os

ofrece. La reparación que mi señor os propone debe sin duda resultar de vuestro agrado».

2343 «Ciertamente preferiría aceptar tal reparación», replicó Hagen, «antes que huir vergonzosamente de una sala, maestro Hildebrando, tal y como vos habéis hecho. Creí que habríais hecho frente a vuestros enemigos de un modo más valiente».

2344 Respondió Hildebrando: «¿Por qué me hacéis tal reproche? ¿Quién fue el que se quedó sentado en su escudo, junto a la gruta de Waskenstein, mientras Valtario de España daba muerte a tantos de sus parientes y amigos[193] ¡Tenéis muchísimas cosas que reprocharos vos mismo!».

2345 Habló entonces el señor Teodorico: «No es propio de guerreros increparse entre ellos como las viejas comadres. Os prohíbo, Hildebrando, que pronunciéis otra palabra. Ya me afligen inconsolables penas, a mí, guerrero exiliado.

2346 «Decidme, bravo Hagen», prosiguió Teodorico, «¿qué hablasteis entre los dos, valientes héroes, cuando visteis que me acercaba hacia vosotros armado? Dijisteis que os enfrentaríais a mí solo en un único combate».

2347 «No seré yo quien desmienta», dijo el valiente Hagen, «que estoy dispuesto a probarlo con los golpes de mi espada nibelunga, si es que esta no se rompe en la batalla. Me enfurece en grado extremo que alguien pretenda que nos rindamos».

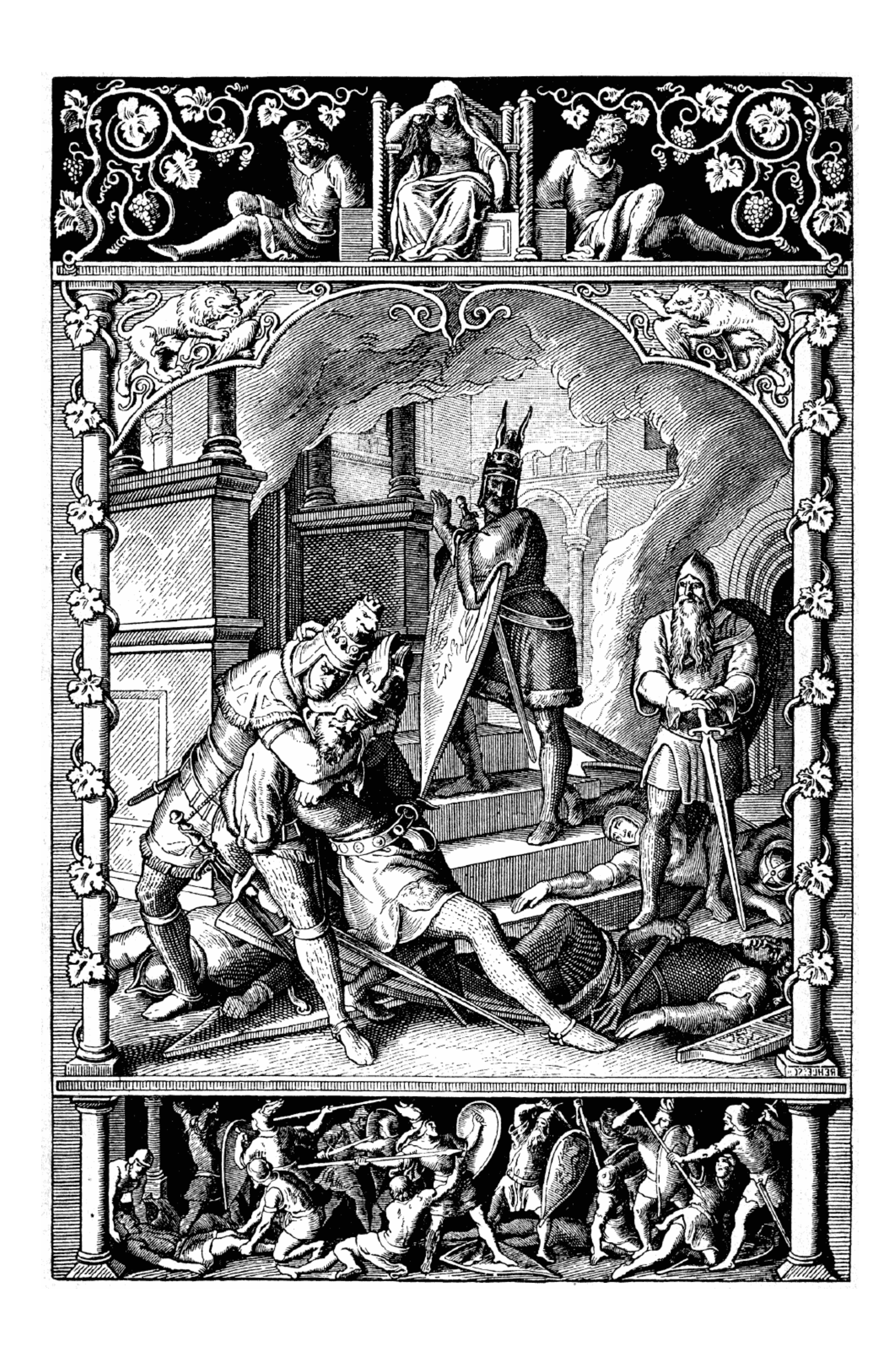
2348 Cuando Teodorico conoció el feroz humor de Hagen, el bravo y esforzado héroe tomó su escudo al momento. ¡Con que celeridad corrió Hagen hacía él desde lo alto de las gradas! La noble espada de Nibelungo resonó muy fuerte al golpear la loriga de Teodorico.

2349 En seguida supo el señor Teodorico que el bravo guerrero era presa de la furia. Comenzó el señor de Verona a defenderse de los peligrosos golpes. Conocía muy bien a Hagen el esforzado y gallardo caballero.

2350 Temía también a Bálmung, la muy poderosa espada. A veces Teodorico devolvía certeros golpes, hasta que llegó el momento en que venció a Hagen en la batalla. Logró infligirle una herida que era muy profunda y grande.

2351 Pensó entonces el señor Teodorico: «Tu prolongado esfuerzo en la pugna ha acabado por agotarte. Sería poco honroso para mí que murieras aquí mismo. Intentaré obligarte sin lucha a que seas mi prisionero». Mucho le costó conseguirlo.

2352 Dejó caer el escudo; su fuerza era muy grande. Tomó en sus brazos al señor Hagen de Tronje. Así fue como logró dominar al bravo guerrero. Al noble rey Gúnter, al verlo, le invadió una gran tristeza.



2353 Luego Teodorico amarró a Hagen y lo llevó adonde se encontraba la noble reina. Le hizo entrega del guerrero más valiente que jamás ciñera espada. Después de tantos tormentos, sintió una inmensa alegría.

2354 Llena de felicidad, la esposa de Atila se inclinó ante aquel héroe: «¡Benditas sean por siempre vuestra persona y vuestra alma! Me habéis resarcido con creces de todas mis penas. Os lo agradeceré eternamente, si la muerte no me lo impide».

2355 Habló entonces el señor Teodorico: «Es preciso, noble reina, que le permitáis seguir vivo. Si así lo hacéis, él mismo os resarcirá de todo el mal que os ha hecho. Por el hecho de que yo os lo haya entregado atado, no debéis hacer que él lo pague con su vida».

2356 Ordenó ella entonces que condujeran a Hagen a una mazmorra, donde fuese encerrado y nadie pudiera verlo. Günter, el noble rey, gritó de esta manera: «¿Dónde se encuentra el héroe de Verona? Muy grande es el daño que me ha hecho».

2357 El señor Teodorico salió entonces a su encuentro. La valentía de Günter era conocida y tenida en muy alto aprecio. Tampoco él esperó más y salió a toda prisa de la sala. Un estrepitoso fragor resonó al cruzarse las espadas.

2358 Aunque el señor Teodorico había adquirido desde hacía mucho tiempo una merecida fama, era tal la ira y el resentimiento que impulsaban a Günter, que aún hoy la gente se pregunta cómo Teodorico pudo salir bien librado.

2359 Muy grande era la fuerza y el coraje de los dos. La gran sala y las torres retumbaban con los golpes de las

espadas que ambos descargaban sobre las duras celadas. El rey Gúnter mostraba un arrojo extraordinario.

2360 Sin embargo. el señor de Verona consiguió finalmente vencerlo, igual que anteriormente había hecho con Hagen. Se veía manar la sangre del héroe a través de su cota de malla por la herida que le había causado con su acerada espada. Pero, a pesar de su cansancio, el señor Gúnter supo defenderse de manera muy honrosa.

2361 El soberano fue atado por las manos de Teodorico, aunque jamás rey alguno debe sufrir tales lazos. Pensó que si dejaba libres a Gúnter y a su vasallo, darían muerte después a todos los que encontrasen.

2362 Teodorico de Verona tomó a Gúnter de la mano y atado lo llevó ante Crimilda. El infortunio de Gúnter puso fin a las penas de la reina. Dijo entonces: «¡Sed bienvenido, rey Gúnter, de la tierra de Burgundia!».

2363 Dijo él: «Me inclinaría ante vos, querida hermana, si vuestra acogida fuera mucho más benévola. Sé muy bien, noble reina, que vuestro ánimo es tan fiero que el saludo que a Hagen y mí nos hacéis no deja de ser muy frío».

2364 Respondió entonces el guerrero de Verona: «Esposa de muy noble rey, jamás fueron hechos prisioneros caballeros tan valientes, muy ilustre señora, como estos que os entrego. Os ruego que en atención a mi persona seáis clemente con los extranjeros».

2365 Prometió ella que lo haría de buen grado. Entonces el señor Teodorico, con lágrimas en los ojos, se alejó de los renombrados héroes. Después la esposa del rey Atila se cobraría una terrible venganza, quitando la vida a aquellos dos excelentes caballeros.

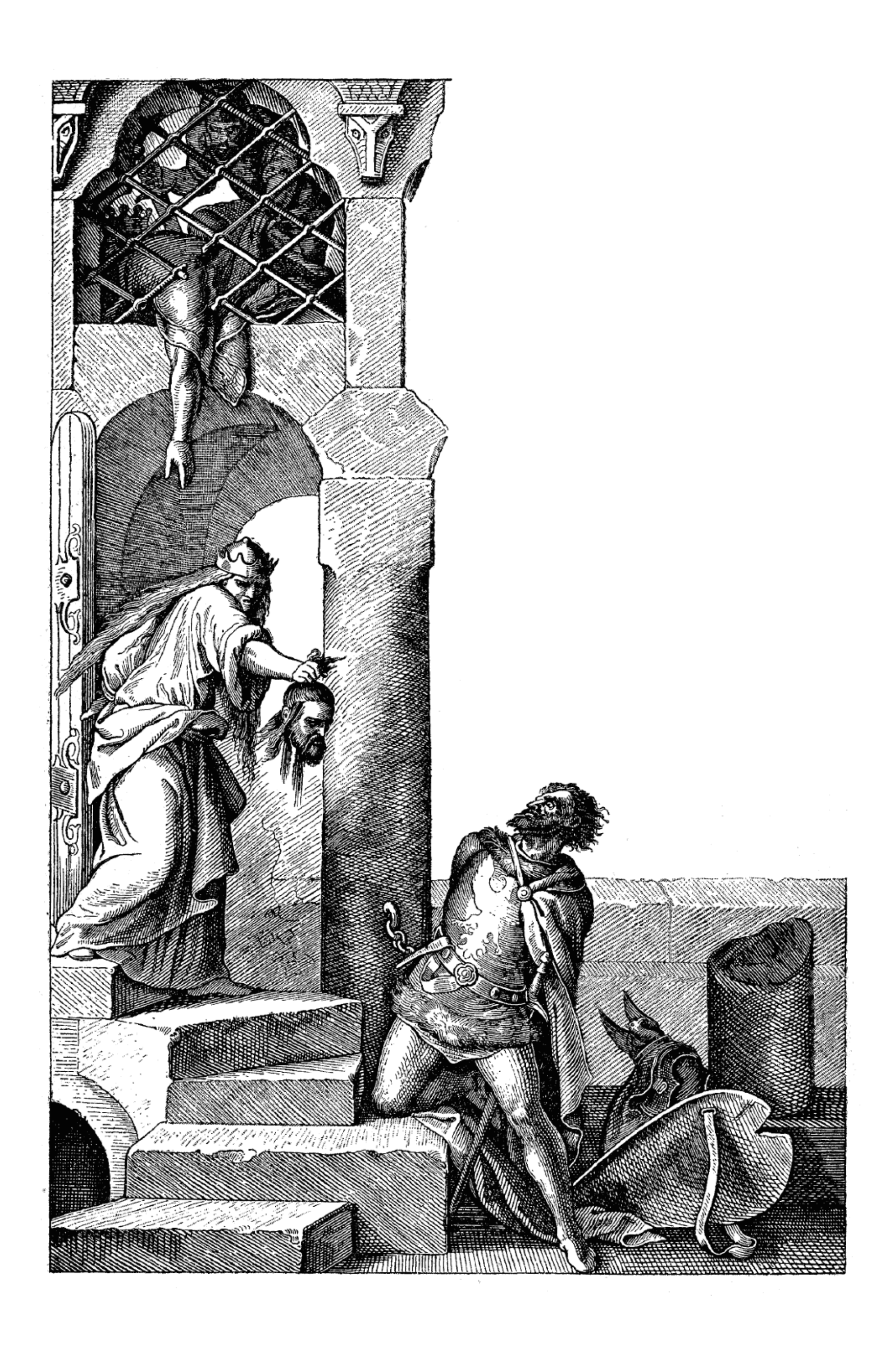
2366 Para aumentar su desconsuelo hizo que los encerraran en mazmorras separadas, de forma que ninguno de ellos volvió a ver al otro hasta que la reina llevó a Hagen la cabeza de su hermano. Fue completa la venganza que Crimilda se cobró en aquellos dos guerreros.

2367 La reina se dirigió allí donde estaba Hagen. ¡Con cuánto rencor habló al héroe! «Si queréis devolverme lo que me habéis arrebatado, podéis regresar con vida a vuestra patria en Burgundia».

2368 Respondió el feroz Hagen: «Malgastáis vuestras palabras, noble reina. He jurado no revelar el lugar dónde se encuentra el tesoro mientras vivan cualquiera de mis señores. Así, pues, no lo entregaré a nadie».

2369 «Pondré fin a todo esto», dijo la noble señora. Dio orden entonces de que dieran muerte a su hermano. Le cortaron la cabeza y, tomándola por los cabellos, se la presentó ella misma al héroe de Tronje. Fue inmenso el dolor que sintió el guerrero.

2370 Cuando vio, desconsolado, la cabeza de su señor, así dijo a Crimilda: «Habéis logrado vuestro propósito tal y como era vuestro deseo, y todo ha sucedido tal y como yo había supuesto.



2371 Ahora han muerto el noble rey de Burgundia, el joven Gíselher y también el señor Gérnot. Menos Dios y yo, nadie conoce dónde se encuentra el tesoro. ¡Para vos, mujer endiablada, siempre se mantendrá oculto!».

2372 Dijo ella: «Me dais mala recompensa por aquello que debíais pagarme. Al menos me quedaré con la espada de Sigfrido. Mi amado esposo la llevaba la última vez que lo vi con vida. Al perderlo por vuestra culpa, mi corazón ha sufrido amargamente».

2373 Desenvainó ella entonces la espada; Hagen no podía defenderse. Era su intención quitar la vida al guerrero. Alzando el acero con las dos manos, cortó su cabeza de un tajo. Gran pesar sintió al verlo el rey Atila.

2374 «¡Oh, desgracia!» dijo el príncipe. «¿Cómo es posible que el más valiente héroe que jamás combatiese en batalla o que nunca ciñera escudo haya encontrado la muerte a manos de una mujer? Por muy enemigo que fuese, su muerte me sume en una gran aflicción».

2375 Habló entonces el anciano Hildebrando: «La reina no podrá disfrutar por haberse atrevido a matarlo. Me pase lo que me pase, y aunque yo mismo me ponga en grave peligro, voy a vengar la muerte del valeroso héroe de Tronje».



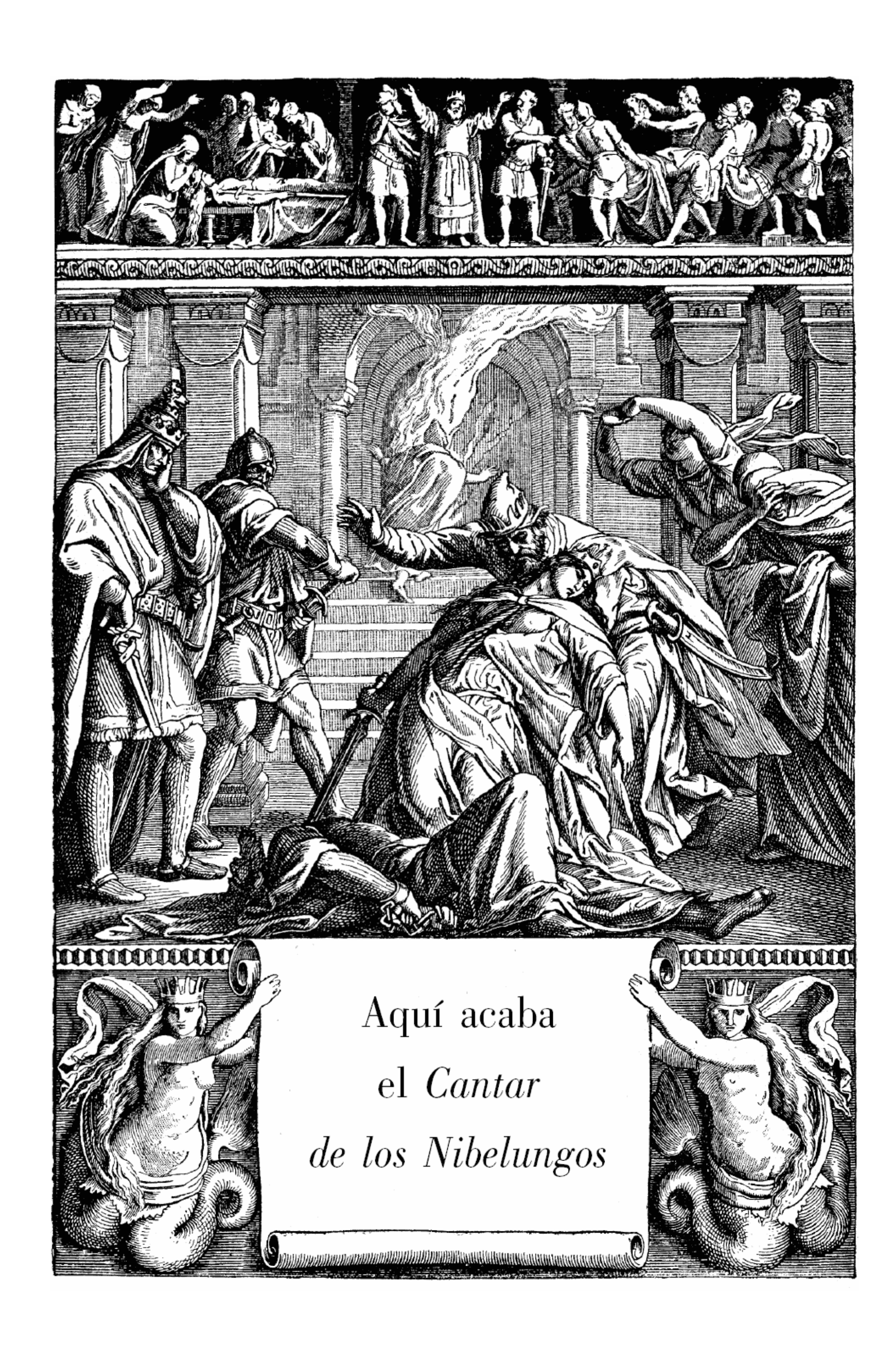
2376 Lleno de ira, el viejo Hildebrando se abalanzó de un salto sobre Crimilda. Asestó luego a la reina un fuerte golpe con su muy pesada espada. Sentía ella un miedo aterrador a Hildebrando. Pero de muy poco le iba a servir ahora lanzar sus desgarradores gritos.

2377 Todos los que estaban destinados a la muerte yacían allí tendidos. La noble dama había sido cercenada en pedazos. Teodorico y Atila rompieron los dos en llanto. Lloraban sentidamente la muerte de sus parientes y vasallos.

2378 Muerto quedaba allí todo el honor y toda la gloria. Las gentes sentían gran pesadumbre y tristeza. La fiesta del rey acabó en desconsuelo, lo mismo que el placer acaba siempre en sufrimiento.

2379 No puedo contaros más de lo que después sucedió. Tan solo sé que se vieron caballeros y damas, además de nobles escuderos, llorar por la muerte de sus deudos. Aquí se acaba la historia: esta es la tragedia[194]de los nibelungos.




Aquí acaba
el *Cantar*
de los Nibelungos

Notas

[1] Ni este título ni la primera estrofa de este canto se encuentran en el manuscrito B, que es el que seguimos, sino que están tomados del manuscrito C. <<

[2] Posiblemente una localidad cercana a Worms en los montes Hunsrück, también conocida antiguamente como Troneck o Troneg. <<

[3] Persona que se ocupaba de aposentar la caballería. Pasó a ser título hereditario de nobleza. <<

[4] El senescal o mayordomo dirigía las tropas en la guerra. Era el jefe o cabeza principal de la nobleza. <<

[5] Noble que acompañaba y servía al rey en su cámara. Estos cuatro empleos: mariscal, senescal, escanciador y chambelán, eran los más importantes que se podían desempeñar en la corte en época de los Otones. <<

[6] *Niderlant* en el original. Históricamente comprendía el territorio que conforma la desembocadura del Rin, el Escalda y el Mosa. Es decir, lo que hoy es el noroeste de Alemania, Países Bajos y parte de Bélgica. <<

[7] El 21 de junio era una fecha importante en la religión de los antiguos germanos, junto con el 21 de diciembre, día del solsticio de invierno. <<

[8] Referencia al amor cortés. El amor cortés era un concepto literario de la Europa medieval que expresaba el amor en forma noble, sincera y caballeresca. La relación que se establecía entre el caballero y la dama era comparable a la relación de vasallaje. Ge-

neralmente, el amor cortés era secreto y entre los miembros de la nobleza, y dado que los matrimonios eran arreglados entre las familias y se realizaban por conveniencia, el amor cortés no era un amor bendecido por el sacramento del matrimonio, en el seno de parejas formales; sino, en la mayoría de los casos, adúltero o prohibido. <<

[9] Renania, la patria de los burgundios. <<

[10] Algunas fuentes consideran que el número de guerreros debería ser once porque en el original «selbe zwelfte» significaría once más Sigfrido, y que por tanto esto contradice la estrofa 64, en la que sí se señala claramente el número doce. Deducen así que los números en el poema no deben tomarse muy literalmente. No estamos de acuerdo con dicha interpretación por cuanto que en el mundo germánico y escandinavo la superstición asociada al número trece, la *triscaidecafobia*, estaba muy extendida. Aunque aceptamos esta contradicción, creemos, en cualquier caso, que la suma de caballeros en las dos estrofas debe ser trece, es decir, los doce caballeros más Sigfrido. De esta manera el autor del poema está anticipando el final trágico de Sigfrido.

La *triscaidecafobia* se difundió desde Escandinavia, a través de Europa, en dirección sur, y es una de las primeras referencias escritas a la mala fortuna relacionada con el número trece. Tiene su origen en la mitología nórdica de la era precristiana. A un banquete en el Valhalla fueron invitados doce dioses. Loki, el espíritu del mal, se presentó sin ser invitado, con lo que el número de los presentes llegó a trece. En la lucha que se produjo para expulsar a Loki, Bálder, el favorito de los dioses, encontró la muerte. <<

[11] Las referencias a que Hagen sea tuerto del ojo derecho no aparecen en todo el poema. Sí existe, en muchas versiones, vacilaciones respecto al empleo del singular o el plural al referirse a sus ojos. Por la *Thidrekssaga* escandinava y el *Cantar de Valtario*, poema épico en latín del siglo x en el que se narra su combate con Val-

tario, sabemos que Hagen era tuerto. Véase la traducción española de *Valtario* a cargo de Luis Alberto de Cuenca, Madrid, Rey Lear, 2012. <<

[12] Alberico (o Alberich) es en la mitología germánica el enano custodio del tesoro de los Nibelungos. Alberico tenía la facultad de transformarse en pez. En la versión escandinava del mito su nombre era Andvari y poseía un anillo mágico capaz de detectar el oro, hasta que el dios Loki se lo sustrajo junto con el resto de las riquezas acumuladas. <<

[13] Esta capa, *Tarnkappe,* tenía la propiedad de volver invisible a quien la portase. <<

[14] En el manuscrito original que aquí usamos, el B, figura el hijo de la reina Ute, es decir, Gérnot. Sin embargo, en el manuscrito C aparece Gíselher. <<

[15] Similares al lanzamiento de peso y al tiro con arco o jabalina. <<

[16] Para ejercer su autoridad y administrar justicia. <<

[17] Sigfrido era ahora el extranjero al haber invadido Sajonia. <<

[18] Es costumbre que las festividades comiencen en Pentecostés en las novelas épicas medievales, especialmente aquellas del ciclo artúrico. Esta festividad entronca con la tradición celta de la Beltane, que tenía lugar en mayo para celebrar la llegada del verano y la fertilidad de la próxima cosecha. <<

[19] Este gesto debe entenderse como parte del acto protocolario y no como una expresión amorosa. <<

[20] Se apunta aquí a que Brunilda y Sigfrido se conocían de antes. En otras sagas nórdicas queda establecida una relación previa entre ellos. En la mitología nórdica, Brynhildr o Brunilda fue una *skjaldmö* (doncella escudera) y una valquiria. Aparece como uno de los personajes en la saga de los Volsungos y también en las *Eddas*. En la saga del *Helreið Brynhildar* o *Viaje de Brunilda al infierno*

Buðli es el padre de Brunilda. Odín mandó a esta valquiria decidir la lucha entre dos reyes. En vez de favorecer a Hjalmgunnar, ella decide ayudar a Agnar, por eso el dios la castigó encerrándola en un castillo donde debía dormir hasta que fuera rescatada. El héroe Sígurd (Sigfrido en el *Cantar de los Nibelungos*) llega hasta ella, la libera y recibe sus dones en agradecimiento. Se va, pero antes le promete volver para casarse con ella. Sin embargo, por un filtro mágico, Sígurd se casa con Gudrun (Crimilda en otras leyendas) y, más tarde, engaña a Brunilda para que se case con su cuñado Gúnter. Tiempo después, la valquiria se da cuenta de la treta, se venga de Sígurd, pero su muerte le pesa y se quita la vida para que su cuerpo esté junto a la tumba de Sígurd. <<

[21] En pequeños grupos, siguiendo las leyes de la caballería. <<

[22] La seda era relativamente rara en Europa a comienzos del siglo XIII. <<

[23] Es decir, doce trajes cada uno. <<

[24] Ciudad oriental imaginaria, que también aparece en *Parzival*, el poema épico medieval de Wolfram von Eschenbach del siglo XIII. <<

[25] La piel de armiño se consideraba valiosa, pero aún más lo eran las pieles negras, como la de la marta cibelina. <<

[26] La capital de Brunilda en Islandia. <<

[27] Quien habla es Sigfrido. La omisión del hablante está omitida, como ocurre frecuentemente en el *Cantar*. <<

[28] Que Sigfrido se encargue de preparar para Gúnter el caballo es parte del plan para hacer ver que él es vasallo del rey. A pesar de que todo es una estratagema, Gúnter no deja de sentirse halagado por ello. <<

[29] Es decir, dando muerte a sus seres queridos. <<

[30] Se refiere al *velmez* o *belmez* medieval, que era la vestidura que se ponía sobre la camisa para evitar que la loriga y demás

guarniciones molestasen al cuerpo. <<

[31] Correa del escudo con la que se colgaba del cuello. <<

[32] Lugar imaginario supuestamente en Oriente. <<

[33] Se desconoce la medida exacta. <<

[34] La maza de madera o hierro era el arma habitual de los gigantes en la literatura medieval alemana. <<

[35] También el látigo era arma habitual de los enanos. <<

[36] Juego de palabras: *zuht* en alto alemán medio significaba «buena educación», «castigo», y también «tirón». <<

[37] El *lûtertrank* era una mezcla de vino tinto, miel y especias. Se solía servir a modo de bienvenida. <<

[38] No parece que esta tarea sea la más adecuada para Hagen, pero más adelante se verá que esto puede tener que ver con una estrecha relación con la reina Brunilda. De esto no se habla aquí. <<

[39] *Botenbrôt* en el original. Recompensa que se daba a los mensajeros cuando traían buenas noticias. <<

[40] La cofia distinguía a la mujer casada. <<

[41] Punta aguda de forma cónica o piramidal que tenían en el centro algunos escudos y rodelas. <<

[42] Las guirnaldas o coronas de flores indicaban que las damas estaban solteras. <<

[43] Era costumbre en la nobleza medieval lavarse las manos antes y después de comer. <<

[44] Los juramentos se realizaban acompañados de gestos de la mano. Podía servir estrecharse las manos o bien alzar la mano. <<

[45] El círculo formado por las personas alrededor de la pareja era suficiente para confirmar legalmente el matrimonio. <<

[46] Ceñía corona para celebrar su boda con Brunilda. <<

[47] La de no consumar su matrimonio. <<

[48] La sortija y el cinturón de Brunilda. <<

[49] Se refiere a los dos hijos de Nibelungo, el padre de Schilbungo y Nibelungo. <<

[50] Niderlandia, la tierra de los nibelungos, se funde hacia el norte con Noruega en una masa indefinida. Esta es la única referencia a Noruega que se hace en el poema. <<

[51] Véase la nota 5 a la estrofa 11. <<

[52] El círculo confería autoridad al juramento. <<

[53] *Gouche*, en el original: cucos o cuclillos. Es conocida la costumbre de esta pequeña ave de poner su huevo en el nido de otras aves y a marcharse. <<

[54] Con la idea de engañar a Sigfrido. Además, los burgundios solo aportaban escuderos. Los caballeros eran los de Sigfrido. <<

[55] *Waskenwald* o *Vogesen* en alemán, frontera natural entre Alsacia y Lorena, hoy en Francia. Otra tradición establece la muerte de Sigfrido en el bosque de Odenwald, que se encuentra en la cordillera que recorre los estados de Hesse, Baviera y Baden-Württemberg. <<

[56] Ironía por parte del narrador alusiva a la muerte de Sigfrido. <<

[57] Existía la creencia medieval de que la pantera exhalaba un agradable olor que atraía a sus presas. <<

[58] Para dar ventaja a Hagen. <<

[59] Normalmente los caballeros debían poner especial esmero con la ropa que debían vestir ante las damas, y ahora se presentaban a medio vestir de manera apresurada. <<

[60] Se refiere al fenómeno de la *cruentación*, una creencia muy extendida en la Edad Media, supersticiosa y falsa, que daba valor probatorio para descubrir a los asesinos. Es posible que la creencia esté relacionada con la vida de los santos. <<

[61] Se refiere al sufrimiento de velar al cadáver. <<

[62] Estas palabras harían alusión a Sigmundo, pues este podría fallecer y dejar sola a Crimilda en un reino extranjero y sin amigos. <<

[63] Gérnot miente. Aunque no tomó parte en la cacería funesta, sí estuvo presente en la reunión en la que se decidió la muerte de Sigfrido (véase la estrofa 865). <<

[64] Crimilda se siente culpable por la muerte de Sigfrido, al haber revelado a Hagen el punto en que su esposo era vulnerable. Por esa razón, ella nunca se perdonará, y su odio por Hagen no tendrá límite. <<

[65] Esta varita de oro no cumple ninguna función en el *Cantar* y solo se menciona en esta estrofa. Richard Wagner utiliza en su tetralogía el motivo del amo del mundo, atribuyéndolo al anillo de oro forjado por Alberico. <<

[66] Este viaje se introduce con el objeto de no implicar a los hermanos de Crimilda en este nuevo atropello del que ella es víctima, dejando las manos libres a Hagen. <<

[67] Nombre con que se conocía en la Alta Edad Media la actual población de Pöchlarn, en la Baja Austria. <<

[68] Esta es la única referencia en el *Cantar* a una visita de Sigfrido al reino de Atila. <<

[69] Alusión al temor a los ladrones de caminos. Según confirman las crónicas durante los años de las guerras civiles entre los güelfos pontificios y los gibelinos de la casa Hohenstaufen (1198-1208), cualquier viaje resultaba una peligrosa empresa. <<

[70] Hagen hace aquí alusión al trato que recibió cuando estuvo exiliado en la corte de Atila. <<

[71] Aunque en el *Cantar de los Nibelungos* no se da cuenta de este hecho, en el *Cantar de Valtario* se menciona que Hagen pasó su infancia como rehén en la corte de Atila. <<

[72] 7335 kilos de oro. <<

[73] Unos 250 kilos. <<

[74] Véase la estrofa 700. <<

[75] Es decir, el límite natural de su frontera con los hunos. <<

[76] Hoy Pföring. <<

[77] Como protección a una posible emboscada en Baviera. <<

[78] Para alojar a los viajeros. <<

[79] El obispo Pílgrim era hermano de la reina Ute. <<

[80] Hoy Eferding, población en la Alta Austria, a veinticinco kilómetros de Linz. <<

[81] Atila. <<

[82] Para educarse en la corte. <<

[83] La actual Melk es la ciudad situada en la ribera del Danubio, en la Baja Austria, famosa por su abadía benedictina. <<

[84] Hoy Mautern. <<

[85] En el original del manuscrito *B* figura *Zeizenmûre,* pero se considera un error. En el manuscrito *C* aparece *Treysenmuore,* que es lo correcto. <<

[86] Pueblo fino-ugrio. Los pechenegos o *patzinak* eran un pueblo seminómada de las estepas de Asia Central que hablaba una lengua túrcica y que invadió partes de Europa oriental y central llegando a los territorios hoy pertenecientes a Bulgaria, Hungría y Ucrania hacia el siglo IX. <<

[87] La actual Tulln. <<

[88] Dietrich von Bern, también conocido como Teodorico de Verona. Famoso héroe de la épica medieval alemana. <<

[89] En el original, «*tiuschen gesten*». Con este adjetivo («alemán») el autor del *Cantar* incluye a los hombres de Dietrich, exiliados en el reino de Atila, por ser de origen godo, a los burgundios, que son el séquito de Crimilda, y a los vasallos de Rúdiger. <<

[90] También fue el día de Pentecostés cuando Sigfrido conoció por primera vez a Crimilda (estrofa 271). En el ciclo artúrico el día de Pentecostés es un día de grandes celebraciones. <<

[91] Atila. <<

[92] Unos 250 kilos en oro. <<

[93] Hoy Hainburg an der Donau, cercana a las ruinas de *Carnutum* (de ahí el apelativo «antigua») y próxima a la frontera eslovaca. <<

[94] Wieselburg. <<

[95] Castillo o villa de Atila. Se especula con que pudiera tratarse de la ciudad de Esztergom en el Danubio, y también Obuda, una parte de la Budapest actual. Otra conjetura relaciona Etzelburg con la ciudad de Gran (véase la estrofa 1497). <<

[96] Nueva alusión a un episodio que se conoce por el *Cantar de Valtario*. Sabemos por él que, efectivamente, Hagen había sido rehén en la corte de Atila. <<

[97] Normalmente eran los juglares los receptores de regalos y no al revés. <<

[98] La demora en recibir respuesta les parecía excesiva. <<

[99] Los mensajeros lo aceptan para evitar un incidente diplomático, pues rechazar los regalos de un rey poderoso como Gúnter constituiría una ofensa para el monarca. <<

[100] Posiblemente Wáerbelin. <<

[101] Para transportarlos a la orilla oriental del Rin. <<

[102] A partir de aquí el nombre *nibelungos* también se aplica a los burgundios. <<

[103] En la mitología germánica las ondinas tienen su correspondencia con las náyades de la mitología griega. Las ondinas eran ninfas que tenían dones proféticos y saberes mágicos. Solían frecuentar las aguas de los ríos y los manantiales, y su cuerpo era mitad ondina y mitad ave. <<

[104] Sorprender a una ondina y despojarle de su vestimenta para obtener cualquier cosa a cambio es una característica constante que se encuentra en los poemas feéricos de la literatura celta. Al privarlas de su ropa, el hombre tiene a las ondinas en su poder, pero en el momento en que recuperan sus vestidos tal poder cesa, y por esa razón siempre dicen la verdad. <<

[105] Se trata de vestidos de plumas a semejanza del plumaje de los cisnes. Estas divinidades inferiores se llamaban en la mitología germánica *Schwanenjungfrauen* (doncellas-cisnes). <<

[106] Este personaje no guarda ninguna relación con Sigelinda, la madre de Sigfrido. <<

[107] O Möhringen. La identificación no es segura. Möhringen se encuentra en el Danubio por debajo de Pföring y cerca de Tuttlingen. Otra posibilidad es Groβmöhring. <<

[108] Referencia a las normas de los torneos del siglo XIII, según las cuales los escuderos debían sujetar los caballos de sus señores cuando habían sido desmontados en el curso de la lucha. <<

[109] Se trata del río Inn. Passau se encuentra en la margen izquierda de este río en la confluencia de los ríos Enns y Danubio. <<

[110] Gesto de cortesía que se encuentra frecuentemente en las novelas de amor cortés. <<

[111] Al igual que en la estrofa 592, el poeta pone objeciones —igual que su contemporáneo Wolfram von Eschenbach— al uso del maquillaje. <<

[112] Otra alusión a la época en que Hagen había permanecido en la corte de Atila (véase también la estrofa 1201). <<

[113] Por el final del *Cantar de Valtario,* poema épico de finales del siglo X escrito en latín medieval y traducido al español por Luis Alberto de Cuenca (Madrid, Rey Lear, 2012), sabemos algo sobre el terrible aspecto de Hagen. En su lucha contra Valtario había perdido un ojo, recibido un tajo en la cabeza que le desprendió el

labio y perdido seis muelas. La *Saga de Thidrek de Bern* o *Saga de Teodorico de Verona,* poema anónimo del siglo XIII, también nos habla detalladamente de la amedrentadora apariencia de Hagen. <<

[114] No por su linaje, del que carecía. <<

[115] Hasta entonces los caballeros y las damas habían entrado por parejas, pero se separaron en el momento de sentarse a la mesa y solo la margravina permaneció con los invitados. Su hija fue con las otras damas y doncellas a una sala distinta. <<

[116] Las doncellas del séquito de Sigelinda. <<

[117] Rúdiger había llegado como exiliado al reino de Atila, y, por lo tanto, todo lo que posee le pertenece a Atila. Por esa razón pregunta si su hija es digna de tal unión. <<

[118] Los reyes burgundios hacen aquí a la novia el habitual regalo de bodas, el *Morgengabe.* <<

[119] La doncella no se considera digna del joven rey, al constituir esta boda para ella una promoción social a cambio de que Giselher se asegure una alianza en el país de Atila. <<

[120] Nuódung era un pariente de Gotelinda que había muerto a manos de Wítege, un personaje de la *Saga de Teodorico de Verona*. Según la *Thidrekssaga,* Nuódung era su hermano; según los poemas alemanes (*Biterolf, Rosengarten*) era hijo de Rúdiger y Gotelinda. <<

[121] En calidad de mariscal de los reyes burgundios, Dánkwart estaría seguramente ocupado en los preparativos del viaje y por ese motivo es ahora cuando se reúne con los reyes y con su hermano. <<

[122] Los reyes no desean aceptar regalos de un margrave, pero lo hacen por afecto. <<

[123] Esta escena debe interpretarse como un servicio de amor: el juglar toca su canción delante de su dama, una mujer casada, colocada socialmente en un nivel más elevado que el suyo, y reci-

be de ella un regalo que deberá llevar en adelante como muestra de su amor por ella y de que está a su servicio. En este caso preferimos traducir *friuntliche gabe* como regalo de amor. <<

[124] Los hombres de Rúdiger. <<

[125] Los que hablan son los mensajeros. <<

[126] Es decir, a quien me ayude a vengarme y recuerde mi dolor yo lo recompensaré y siempre tendrá mi afecto. <<

[127] Hildebrando de Verona es el héroe del poema épico alemán *Hildebrandslied*, que se conserva en un manuscrito de principios del siglo IX. Al igual que en el poema, Hildebrando está al servicio de Teodorico de Verona (Dietrich von Bern), que históricamente se corresponde con el rey ostrogodo Teodorico de Rávena, muerto en el año 526. <<

[128] Intuía los planes de Crimilda. <<

[129] Wóhlfart es el sobrino de Hildebrando. Sabemos, por la *Saga de Teodorico* que Wóhlfart era hijo de Amelungo y el guerrero más impetuoso de los vasallos de Teodorico. <<

[130] Sus mil caballeros. <<

[131] Gíselher era el único que no había tomado parte en la muerte de Sigfrido. Es el primero a quien saluda Crimilda, cuando el protocolo exigía que el primero a quien saludase fuera el rey Gúnter. <<

[132] Desde aquel momento Hagen se encuentra a la defensiva, listo para responder. <<

[133] No era habitual que una reina aceptase regalos de un vasallo. <<

[134] Es decir, absolutamente nada. <<

[135] La espada es Bálmung, la de Sigfrido. <<

[136] Esta es la única vez en el poema que se llama así a Crimilda. <<

[137] El poeta hace alusión a hechos que se narran en el *Cantar de Valtario*. <<

[138] A ser recibidos. <<

[139] A Hagen y a Vólker. <<

[140] Su enemistad con los burgundios deja de tener carácter privado. Toda afrenta por parte de Hagen afecta a sus vasallos hunos. <<

[141] Se refiere a las advertencias de las ondinas, de Éckewart y de Teodorico. <<

[142] Recurso retórico llamado figura etimológica o derivación, que consiste en la repetición de una misma palabra. <<

[143] Los burgundios. <<

[144] Vólker teme que se pueda atentar contra la vida de los burgundios. <<

[145] Landgrave de Turingia, exiliado en la corte de Atila. <<

[146] Háwart de Dinamarca, príncipe exiliado en la corte de Atila. <<

[147] Margrave de Dinamarca y vasallo de Háwart, también exiliado en la corte de Atila. <<

[148] En calidad de juglar. <<

[149] Esta escena se corresponde con la disputa de las dos reinas ante la catedral de Worms. Véase la estrofa 843. <<

[150] En el poema épico *Biterolf*, Schrutan es el duque de Merania, y tanto él como Gibeche están al servicio de Atila. <<

[151] También estos dos personajes aparecen en *Biterolf*. <<

[152] Defraudando las expectativas de Crimilda. <<

[153] Se preparaban para combatir a pie. <<

[154] Era costumbre corriente entre los pueblos germánicos que un sobrino se criase en la corte de su tío. <<

[155] Dánkwart miente, puesto que participó en el viaje a Islandia para conquistar a Brunilda. <<

[156] Las estrofas 1927 y 1928 están en contradicción con el texto, puesto que la aventura se basa en un ataque por sorpresa lanzado contra los burgundios. Por otra parte, Dánkwart no puede conocer la promesa que Crimilda hace a Blóedelin con respecto a la viuda de Nuódung en las estrofas 1903-1908. <<

[157] Para desafiar a Crimilda con una cruel ironía, Hagen hace referencia a la antigua costumbre germánica de brindar por los muertos. Entre ellos podría estar Sigfrido, los escuderos burgundios muertos, pero también está pensando en Órtlieb, el hijo de Atila, al que Hagen ya tiene preparado dar muerte. <<

[158] Metáfora irónica por su espada. Recordemos que era juglar. <<

[159] Es decir, a golpes de espada. <<

[160] Con este gesto se hace ver que Hagen ya solo piensa en atacar y no en defenderse. <<

[161] Véase la estrofa 1960. <<

[162] Sobrino de Hildebrando al servicio de Teodorico. <<

[163] Como vemos el poeta sigue manteniendo el símil entre la espada y la vihuela de Vólker. <<

[164] Aunque Vólker carece de linaje, debido a su gran valor Hagen lo considera uno de los suyos. <<

[165] Aquí hay una clara desviación del protocolo que se seguía en torno al siglo XI para un duelo a caballo. Normalmente, los contendientes comenzaban con la lanza; cuando las lanzas se rompían, desmontaban de los caballos y proseguían la lucha con la espada. Aquí el combate tiene lugar a pie: los guerreros se arrojan las lanzas y después continúan luchando con la espada. <<

[166] La visera de su celada le impedía ver a sus enemigos. Para hacerlo, tendría que haber movido la cabeza, cosa que él astuta-

mente evita. <<

[167] En este momento parece como si Bálmung, la espada de Sigfrido, cobrara vida propia. <<

[168] Los burgundios se encuentran en minoría delante de la puerta, y son sus adversarios los que tienen la ventaja. Vólker pretende atraer a sus enemigos a la sala para igualar el combate. <<

[169] En señal de duelo. <<

[170] Se trata de Gíselher. <<

[171] Esta escena ilustra muy claramente el servicio de amor de un caballero. En la estrofa 1705 y siguientes se vio que la margravina regalaba a Vólker los brazaletes, pidiéndole que los llevase por amor a ella y para servirla durante la fiesta. El juglar entonces le aseguró su fidelidad. Vólker le pide a Rúdiger que lleve su mensaje a la margravina y que sea testigo de que ha llevado sus brazaletes hasta el final y combatido por ella. <<

[172] Rúdiger. <<

[173] Por el contexto se entiende que es Gérnot. <<

[174] La espada. <<

[175] Rúdiger sujetaba el escudo por encima de su celada para protegerse. <<

[176] Se supone que habla Gíselher. <<

[177] Los guerreros de Rúdiger. <<

[178] Se refiere a la promesa que hizo Teodorico a los burgundios cuando le permitieron abandonar la sala sin ponerle dificultades a él y a sus hombres (véase la estrofa 1992). <<

[179] Al igual que otros muchos personajes de este penúltimo canto, Hélpfrich es una figura conocida del público conocedor de la *Saga de Teodorico*. <<

[180] Es decir, el triunfo sarcástico del diablo sobre la justicia divina. <<

[181] En la *Saga de Teodorico* aparece la *Rabenschlacht* o batalla de Rávena, en la que Rúdiger hace de mediador entre Atila y Teodorico cuando los hijos de Atila, que estaban al cuidado de Teodorico, fueron asesinados. <<

[182] Teodorico. <<

[183] Es decir, Wólfhart. <<

[184] Hermano de Wólfhart, sobrino de Hildebrando y también matador de dragones en la *Saga de Teodorico*. <<

[185] Sobrino de Hildebrando. Otro personaje famoso en la *Saga de Teodorico*. <<

[186] Hermano de Wolfwin y de Rítschart en el poema épico *Biterolf*. <<

[187] Hélmnot de Toscana aparece también en la *Saga de Teodorico*. En el poema *La muerte de Alphart* es uno de los vasallos de Teodorico. <<

[188] Obviamente el autor se expresa en términos irónicos. <<

[189] Personaje famoso en la *Saga de Teodorico*. Hermano de Wolfwin y de Wólfbrant en *Biterolf*. <<

[190] Otro personaje que también aparece en la *Saga de Teodorico*. Es el hermano de de Wíchart en *Biterolf*. <<

[191] Hermano de Gérbart en *Biterolf*. <<

[192] Esta estrofa se contradice con la 2264, en la que se afirma que Gúnter está dispuesto al principio en entregar el cadáver de Rúdiger, pero es Vólker quien lo rechaza. También es posible que Gúnter dé una versión alterada. <<

[193] Otra alusión al *Cantar de Valtario*, el poema escrito en latín en torno al año 930 en la abadía de St. Gall (véase la traducción citada de Luis Alberto de Cuenca: Madrid, Rey Lear, 2012). Por amistad con Valtario de Aquitania (o de España), Hagen no participa al principio en los combates que se libran entre los vasallos de Gúnter y Valtario y que dan lugar a la victoria de este último.

Waskenstein o Wasgenstein, según el autor del poema, se encontraría en algún lugar de los Vosgos. <<

[194] El manuscrito C termina con un *daz ist der Nibelunge liet*. Es decir, «aquí acaba el *Cantar de los nibelungos*». <<

ÍNDICE